
La esperanza del CEO
LUCIANE RANGEL

A esperança do CEO

UM ROMANCE ESCRITO POR

LUCIANE RANGEL

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

Derechos de autor © Luciane Rangel

Título original: A Esperança do CEO

Primera publicación: 2020

La violación de derechos de autor es un delito.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin previa autorización del autor.

EL PLAGIO ES UN DELITO.

LA PIRATERÍA (PDF) ES UN DELITO.

Este libro electrónico es una obra de ficción. Si bien puede hacer referencia a eventos históricos o lugares reales, los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

AUTORA: LUCIANE RANGEL

TRADUCCIÓN: NATACHA BARALDI

PORTADA: GIOVANA MARTINS

IMÁGENES: FREEPIK

DISEÑO: LUCIANE RANGEL

Sigue a la autora en las redes sociales:

Instagram: @luciane_rangel

TikTok: @luescreve

Descubre sus otros títulos en Amazon:

https://www.amazon.com.br/Luciane-Rangel/e/B00J2K4DJI

Índice

Sinopsis

Lista de reproducción

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo Nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Epílogo
Extra
Contactos de la autora

Sinopsis

Marcos Herrmann es un millonario viudo cuyo mayor objetivo es cumplir el último sueño de su difunta esposa: tener un hijo.

Ese deseo se convirtió en lo único que tenía sentido en su vida.

Pero, para lograrlo, necesitaba encontrar a una mujer dispuesta a ser madre subrogada. Algo que no le parecía difícil, ya que el dinero no era un problema para él.

Sería solo un contrato de nueve meses. Simple. Sin involucrarse, solo un acuerdo.

Cuando Luciana, una joven madre soltera, aceptó su propuesta, él creyó que todo lo que le importaba era la suma ofrecida.

Pero pronto se dio cuenta de que estaba equivocado. Detrás de la decisión había una madre dispuesta a todo para darle a la pequeña Lara, su hija que había perdido una pierna en un accidente, la oportunidad de una nueva vida.

Para ella, no se trataba de ambición, sino de la felicidad de su hija.

Lo que ninguno de los dos esperaba era que, entre pérdidas y cicatrices, surgiera una atracción física

inesperada e irresistible, que pronto se volvió incontrolable… y peligrosa para ambos.

Entre promesas rotas y silencios cargados de deseo, Marcos descubrió que él, Luciana y la dulce Lara eran tres almas rotas, unidas por otro ser humano que comenzaba a formarse.

Y por un sentimiento nuevo que empezó a crecer y a gritar que necesitaba algo más que un heredero.

Necesitaba a Luciana.

Y, sobre todo, a esa familia.

Lista de reproducción

Abre la aplicación Spotify, haz clic en "buscar", selecciona la cámara y apunta tu teléfono a este código:

O accede a través del enlace:

https://open.spotify.com/playlist/1uZwQt2ftsZkPyQmiaTAFq?si=21b9570b23904d91

Dedico este libro a todas las madres,

a las de sangre y a las de corazón.

Especialmente a la mía,

que siempre fue mi superhéroe.

Capítulo uno



MARCOS

Siempre fui un tipo reservado.

En la escuela, era el famoso nerd, con un uso bastante peyorativo de la palabra. Era el chico que usaba gafas, leía cómics durante el recreo y, durante las clases, realmente prestaba atención a las explicaciones de los profesores.

Cuando era adolescente, era de los que preferían pasar desapercibido por los lugares, sin llamar la atención. Sin embargo, a pesar de todo eso, confieso que los focos sobre mí ya no me molestaban tanto. Nunca tuve la pretensión de ser una celebridad, pero mi trabajo me llevó a eso.

Esa tarde, estaba dando una conferencia ante una enorme audiencia compuesta por periodistas, socios, empresarios e invitados, marcando oficialmente el

lanzamiento de la nueva versión de mi aplicación más exitosa, el Connection. Una red social con un formato interactivo de videos cortos. Inicialmente, el público objetivo eran los adolescentes, enfocados en sus pequeños grupos de amigos. Pero con el tiempo, se popularizó y la app se convirtió en la favorita de celebridades, las marcas comenzaron a mostrar interés en patrocinar contenidos, se creó un nuevo nicho de influencers digitales, y... ahora, cinco años después de la creación de la primera versión, mi nombre figuraba constantemente en las listas de las personas más ricas del país, e incluso de algunas a nivel mundial.

Pero lo curioso era cómo los portales y revistas empresariales no eran los únicos en publicar artículos sobre mí. De manera bastante llamativa, el chico nerd de la época escolar ahora recibía títulos inusuales como 'CEO sensual' y otras cosas por el estilo.

El joven Marcos de trece años probablemente se reiría si le dijeran que eso iba a ocurrir algún día. Bueno... no hay nada como la madurez.

Como es habitual, al finalizar la conferencia, reservé un tiempo para recibir a los periodistas y responder a sus preguntas sobre la nueva versión de la app, alternando entre preguntas que consideraba estúpidas e irrelevantes para la situación.

—¿Y ese corazón, ya tiene una nueva dueña?

Forcé una leve sonrisa, no era de mostrar demasiado entusiasmo, al menos no con desconocidos. Aunque esa pregunta no fuera nada agradable para mí, ni siquiera

coherente con algún tipo de lógica humanitaria. Habían pasado tres años desde que perdí a mi esposa, víctima de una terrible enfermedad. Bueno... pero 'humanidad' era un concepto difícil de esperar de reporteros de portales de chismes.

—¿Alguna otra pregunta sobre el lanzamiento? —pregunté, tratando de retomar el enfoque.

Un periodista al fondo de la sala levantó la mano.

—Hace unos días, te vieron en un restaurante con una morena misteriosa. ¿Están en una relación seria?

Bufé, apenas logrando disimular mi mal humor.

Eso era ridículo.

Menos de una semana antes, me había dado el lujo, durante un viaje de negocios, de parar a almorzar en un restaurante. Había una pareja frente a mí confirmando su reserva, y durante los breves minutos de espera, una mujer llegó, me reconoció, pidió un autógrafo e inició una breve conversación informal sobre cómo le gustaba mi aplicación.

¿Qué fueron? ¿Tres minutos de conversación? Como máximo, cuatro. Lo suficiente para que alguien fotografiara la escena y, menos de una hora después, estuviera estampada en portales de chismes con preguntas ridículas sobre quién sería la morena misteriosa. Ni siquiera nos tocamos.

Pero no tenía mucha paciencia para explicar ese tipo de cosas, así que di por terminada la rueda de prensa, agradeciendo a los presentes y retirándome, entre protestas y flashes de los periodistas.

No podría haberme quedado más tiempo ni aunque hubiera querido. Tenía un compromiso ineludible. Un compromiso que podría definir toda mi vida.

Tomé mi coche y conduje hasta el edificio de lujo donde vivía. Mi hermana Elisa vivía en el piso de abajo del mío. Ella y mi sobrino Caio eran toda mi familia, y me aseguraba de tenerlos cerca. Especialmente si lo que habíamos intentado durante más de un año finalmente saliera bien.

Ella ya me esperaba frente al edificio y subió al coche. La llevé al hospital, donde se realizaría los exámenes que confirmarían si el último intento había tenido éxito.

Como en los anteriores, la respuesta fue un desalentador no.

La inseminación nuevamente no había funcionado.

Después de escuchar todas las explicaciones del médico responsable, el doctor Jonas, sobre esto, decidimos irnos.

Mientras conducía camino a casa, solo había una cosa que odiaba más que la decepción en los ojos de Elisa: saber que eso reflejaba mi propia mirada. Mi propia decepción. No con ella, por supuesto. En absoluto. Mi

hermana era maravillosa y jamás podría agradecerle lo que había estado tratando de hacer por mí. Pero estaba decepcionado con la vida.

Esa sí, era una gran hija de puta, que parecía querer quitarme todo lo que tenía.

—Podemos intentarlo una vez más... —dijo ella, rompiendo el silencio que había invadido el vehículo desde que salimos del hospital.

Estaba cansado de todo eso. Y, sobre todo, cansado de someter a mi hermana a esa situación.

—No, Elisa. Ya han sido tres intentos, no voy a dejar que pases por esto otra vez.

Ella respiró profundamente, afectada.

—Es curioso que, con un descuido de anticonceptivos, quedé embarazada de Caio, ni siquiera planeado. Ahora, en un laboratorio, con toda la tecnología médica, mi útero es incapaz de formar un embrión. No es posible.

Ella estaba frustrada, y esa era otra razón para que reforzara mi decisión de dejar todo eso atrás. Mi hermana era una mujer joven, tenía treinta y dos años y un hijo de ocho. No tenía ningún plan de volver a quedar embarazada, pero aceptó esa locura por un solo motivo: ser el vientre subrogado para mi hijo.

—Quiero intentarlo una vez más, Marcos. Este hijo es tu sueño. El sueño de Isadora. Y no voy a permitir que

desistas de esto.

—Esto es demasiado agotador, Elisa. Especialmente para ti, claro, que tienes que pasar por esos procedimientos invasivos. Pero emocionalmente para mí también.

Isadora quería mucho ese hijo, tanto que, al ver que su enfermedad progresaba, quiso hacer la congelación de óvulos. Después de que ella se fue, me sentía un estúpido por no haber conseguido aún los medios para cumplir ese último deseo suyo. No era algo que uno le pediría a cualquiera. Mi hermana era maravillosa al ofrecerse para eso. Desafortunadamente, su cuerpo no parecía querer colaborar.

—Necesitamos entender el momento de dejar ir —dije finalmente, aunque esas palabras me dolieran profundamente.

Elisa intentó argumentar, pero le dejé claro que, al menos por ese día, el tema estaba cerrado. Llegamos al edificio y, cuando el ascensor paró en su piso, le di un beso en la mejilla y nos abrazamos con fuerza, despidiéndonos. Generalmente, pasaría por ahí para ver a Caio, pero ese día no había clima para eso. Subí hasta el último piso, que estaba completamente ocupado por mi ático.

Me di una ducha y, con mi bata puesta, fui a la sala de cine, que era un lugar donde me gustaba refugiarme. Compré ese apartamento seis meses después de la muerte de Isadora, pero siempre pensé que, si ella hubiera conocido ese lugar, la sala de cine habría sido su favorita. Aunque nuestros gustos cinematográficos eran bastante opuestos. A ella le gustaban más las películas de culto, las

que tenían un trasfondo filosófico que provocan muchas reflexiones. Yo, por mi parte, aún mantenía mi aura nerd de la secundaria bien viva, y era fanático del mismo estilo en el cine. O, al menos, solía serlo. Ya no encontraba tanta gracia en eso últimamente.

El trabajo me consumía por completo, y estaba bien que fuera así. Pero en ese momento solo necesitaba una bebida fuerte y un lugar oscuro para refugiarme.

Me serví un vaso de coñac y me senté en una de las butacas frente a la pantalla apagada. El silencio era muy bienvenido en ese momento, hasta que fue interrumpido por el sonido de mi celular.

Maldición... ¿por qué no dejé esa maldita cosa en la habitación?

Bueno, ya sabía la respuesta. Nunca me desconectaba. La tecnología, al igual que el trabajo, era una adicción.

Miré la pantalla para ver quién era y así decidir si contestaría o no. Era Thiago, mi mejor amigo y también mi abogado. Contesté, imaginando que podría ser algo importante. Pero solo fue para hacerme la pregunta que quería evitar.

—¿Cómo salieron los exámenes de Elisa? ¿La inseminación funcionó?

Tomé un largo trago de mi bebida y supe que solo el hecho de tardar en decir algo ya le habría dado la pista

sobre cuál sería la respuesta.

—No. No funcionó.

—Vaya, amigo... ¿Este fue el cuarto intento?

—Tercero. Y el último. No pienso seguir sometiendo a mi hermana a esto.

—Lo entiendo. Realmente lo entiendo, amigo. Pero eso no es motivo para que desistas.

—¿Y de qué manera no desistiría, Thiago? Elisa es mi única familia. No hay otra persona a la que le pediría que gestara a mi hijo.

—Han pasado tres años desde que Isa murió, Marcos. En algún momento tendrás que seguir adelante y encontrar otra mujer.

—Ah, claro. Voy a conseguir una novia y pedirle que lleve el hijo de mi difunta esposa. Realmente, Thiago, tiene todo el sentido del mundo.

Bufé, dando otro trago a mi bebida. Thiago sabía perfectamente que el problema no era tener un hijo. Aunque no tuviera ningún interés en relacionarme con alguien, era un hombre joven y algún día podría encontrar a una mujer que también quisiera tener un hijo. Pero ese no era un sueño solo mío. Era mío y de Isadora. Un sueño que construimos juntos desde que comenzamos a salir, en el último año de la secundaria. Ella murió sin lograrlo, pero yo le debía eso.

—Lo sé, amigo, perdón. —Thiago demostró que había comprendido—. Pero existen otras formas. Una mujer que geste ese hijo no tiene que ser un familiar tuyo ni tener ninguna relación contigo.

Legalmente, tenía que ser, y él, como abogado, sabía muy bien eso. Las leyes en Brasil solo permitían el llamado "vientre subrogado" cuando era realizada sin ningún tipo de compensación financiera, por parientes cercanos: hermana, madre, tía, prima...

Aún así, encontré la explicación innecesaria, ya que él sabía todo eso. Solo fui sarcástico:

—¿Vamos a poner un anuncio en el periódico?

No solía ser tan ácido con un amigo, pero mi humor realmente no era el mejor.

—No exactamente en un periódico. Puede ser una búsqueda más discreta. Ofreciendo una buena cantidad, no será difícil encontrar a alguien.

Casi me atraganté con la bebida. ¿De verdad estaba proponiendo eso?

—Eso es ilegal, Thiago. Eres abogado, lo sabes mejor que yo.

—Sí, es ilegal, pero no debería serlo. Necesitas un hijo. Existen mujeres jóvenes y saludables que necesitan dinero. Unos ayudarían a los otros.

—No importa si debería serlo o no. Es un crimen. Además, sabes que mi vida está vigilada de cerca por los medios. ¿Cómo explico que un hijo aparezca de la nada?

—¿Una adopción? O mejor aún: un romance con una mujer que no quiso asumir el hijo y desapareció. Aunque la desconfianza de los medios podría llevar a una investigación, el hijo será tuyo, fácilmente comprobable con cualquier prueba de ADN. —Parecía que él ya lo había pensado todo. Y lo demostró al continuar—. No es difícil encontrar mujeres dispuestas a esto. ¿Sabías que hay incluso personas que publican este "trabajo" en grupos de Facebook?

—¿Has estado investigando sobre esto?

—Solo contando con la posibilidad de que no funcione con tu hermana. Siempre dijiste que harías lo que fuera necesario para tener este hijo.

—No a costa de la ley.

—Primero, las leyes no siempre son justas. De hecho, esta es una práctica aceptada en muchos países. Y segundo: yo entiendo de leyes, y me aseguraré de que todo se haga de la manera más discreta posible, sin dejar rastros. No tendrás que tener mucho contacto con la mujer y, en nueve meses, simplemente desaparecerá, y tú tendrás a tu hijo en tus brazos. Vamos, Marcos, te hablo como tu abogado, como tu mejor amigo y como el mejor amigo de Isadora. Déjame encargarme de esto. Haré lo que sea necesario, pero no permitiré que abandones este sueño.

La idea era horrible y lo sabía. En tantos niveles que ni siquiera podría empezar a enumerarlos.

Tomé el último trago de la bebida y sentí el alcohol recorrer mi cuerpo, impulsado por el sentimiento de frustración. Siempre había dicho que haría lo que fuera necesario para tener ese hijo. Y ahora, que una posibilidad se abría frente a mí, ¿sería cobardía dejarla pasar?

Tal vez me arrepentiría de dejar que el alcohol y la frustración hablaran por mí. Pero, cuando me di cuenta, ya estaba diciendo las palabras:

—Haz lo que sea necesario. Pagaré lo que sea.

Escuché un leve sonido de risa al otro lado de la línea.

—Déjame a mí, *jefe*.

*****

Capítulo dos



LUCIANA

El pedido fue minuciosamente revisado por mí antes de ir a la caja de cartón.

Dos tazas, una almohada, tres cuadernos, una agenda y dos bolígrafos.

Todo debidamente chequeado y muy bien embalado para que llegara a su destino en buen estado.

Después de cerrada, la caja fue colocada sobre otras cuatro, en la pila de encomiendas a ser enviadas al correo. Perfecto.

La semana había comenzado algo floja en cuanto a ventas, pero parecía estar empezando a mejorar, gracias a Dios. Lo que ganaba con la venta en línea de artículos personalizados eran todos los ingresos para la casa.

Escuché el portón de mi casa abrirse, pero no me preocupé, porque sabía que solo había una persona que entraba de esa forma sin necesidad de anunciarse. Dicho y hecho, unos segundos después, Carolina apareció en la puerta de la sala.

—Lu, voy al Centro, ¿algo que deba llevar al correo?

Sentada en el suelo, estiré los dos brazos hacia adelante, exhibiendo los paquetes frente a mí.

—Llegaste justo a tiempo.

—¡Guau! ¡Hoy las ventas fueron buenas! —Sonrió—. Voy a darme una vuelta por el mercado, ¿quieres que traiga algo?

—Hoy no, Carol, gracias. O mejor... Si puedes traer algunos plátanos. A Larita le encantan, pero los nuestros ya se están terminando. Voy a sacar el dinero para ti.

—No te preocupes, yo lo pago todo con tarjeta y luego me lo devuelves.

Junté los paquetes y los metí en una bolsa grande. Había acabado de hacer café, así que le pregunté si quería un poco antes de salir. Ella aceptó y me acompañó hasta la cocina.

—¿Y qué tal ayer con el abogado? —Pregunté, refiriéndome al tipo con el que mi amiga había estado saliendo las últimas semanas.

Como siempre, ella abrió una sonrisa y se animó a hablar sobre él.

Carolina y yo nos conocíamos desde que me mudé allí, hacía casi diez años, y nuestro primer encuentro pareció un reencuentro de almas, como si ya nos conociéramos de toda la vida. Sentíamos como si fuéramos amigas desde la infancia, tanto que le propuse ser madrina de mi hija.

Cuando pasé por los momentos más difíciles de mi vida, ella estuvo a mi lado, y me dio todo el apoyo posible. La amaba como si fuera la hermana que nunca tuve, y por eso siempre me preocupaba por sus relaciones. Ella tenía treinta años, uno más que yo, y era una típica mujer romántica en busca de su gran amor, con el pequeño problema de constantemente involucrarse con los hombres equivocados. Yo deseaba mucho que, esta vez, hubiera encontrado al indicado.

—Amiga, ayer fuimos a un bar, y creo que él bebió un poco de más, porque me contó unas cosas de su trabajo... ni te cuento el chisme.

"Ni te cuento" significaba que, sin duda, me lo contaría, preguntara yo o no.

—¿Cosas del trabajo? Él es abogado. ¿Qué tiene de emocionante eso? ¿Está defendiendo algún caso famoso?

Terminó de llenar una taza con café y dio el primer sorbo, antes de seguir hablando:

—Bueno, él trabaja para un tipo súper rico. No sé si es famoso o no, porque no dijo el nombre. Pero ya lo mencionó varias veces y parece ser el más importante del despacho, su cliente principal. Insistí, pero no quiso decirme el nombre. Debe tener miedo de que la historia se filtre, qué sé yo.

—Vaya, ¿por qué será? —dije irónicamente—. En menos de veinticuatro horas ya estás aquí contándome todo.

—Si sigues llamándome chismosa, no te cuento nada.

Levanté los brazos en señal de rendición. Yo no era muy interesada en los chismes. De hecho, solía ser bastante ajena a ellos y constantemente era la última en enterarme de todo. Si ese tal cliente fuera un artista famoso, la posibilidad de que yo no supiera quién era sería enorme. Pero Carol parecía bastante emocionada de contarme, así que debía ser algo mínimamente interesante.

Ella continuó:

—Resulta que el tipo perdió a su esposa hace algunos años, pero parece que la mujer dejó unos óvulos congelados. Excentricidades de gente rica, ¿no? Ella quería, incluso después de morir, tener un niño con su ADN por ahí.

No sabía muy bien qué pensar al respecto. Claro, cada quien podía hacer lo que quisiera con su vida, pero... como yo había quedado huérfana a una edad muy temprana, pensaba que crecer sin madre estaba lejos de

ser algo agradable. Someter a un niño a eso por un simple capricho me sonaba un tanto egoísta.

Bueno, pero ¿quién era yo para juzgar a alguien?

Carol continuó:

—Ahora le toca a Thiago la tarea de encontrar a una mujer que acepte ceder su útero para eso.

—¿No tiene alguna mujer en la familia que se ofrezca? —Tomé un sorbo de mi café.

—Tiene una hermana, pero parece que ella intentó varias veces y no lo consiguió. Así que ahora están buscando a alguien que acepte hacerlo a cambio de dinero.

Casi me ahogo con la revelación, especialmente por la razón que mencioné:

—¿Eso no es ilegal?

—Aparentemente sí. Pero... Quien sea lo suficientemente imparcial como para aceptar, se va a beneficiar. Thiago me dijo que, además de cubrir todo el sustento y los costos de procedimientos médicos y exámenes de la mujer durante el embarazo, va a pagar nada menos que doscientos mil reales.

Era, de hecho, una cantidad tentadora. Pero eso no hacía que la situación fuera menos desagradable.

—¿Vivir nueve meses de embarazo solo para entregar el niño a otra persona y nunca más tener contacto con él? Creo que yo no tendría ese desapego —opiné.

Y mi amiga estuvo de acuerdo conmigo.

—¿Verdad? Imagínate, enfrentar todos los inconvenientes y riesgos de un embarazo, sentir un bebé creciendo dentro de ti, desarrollándose, moviéndose... y al final simplemente dejarlo con otra persona. Yo jamás tendría el valor de hacer eso. Qué suerte la de quien acepte, porque doscientos mil ayudan mucho a cualquiera.

—Sin dudas, ayudaría mucho en mi vida. Pero yo rechazaría la propuesta. Por cierto, ¿por qué te contó eso Thiago? ¿Será que pensó que te podría interesar?

—Ah, no. Fue solo una conversación. Thiago es un buen tipo, no iba a proponer algo así a la persona con la que está saliendo. Imagina, si nuestra relación se pone seria... yo saliendo con él y esperando el hijo del jefe de él con una mujer muerta?

Yo empezaba a dudar de que él fuera realmente un buen tipo.

—No sé, Carol. Lo mínimo que se espera de un abogado es que haga las cosas dentro de la ley.

—Yo también pensé en eso, Lu, pero algo de lo que dijo me hizo pensarlo mejor. —Mientras hablaba, se acercó al fregadero y comenzó a lavar su taza, ahora vacía—. Piensa, por más que sea ilegal, ¿qué mal puede hacer eso?

Serán dos personas ayudándose. Una mujer con el útero vacío y necesitando dinero, y un hombre con mucho dinero necesitando un hijo. Las dos partes ganan. Yo no haría algo así, pero... hay gente que acepta cualquier cosa por dinero. Al menos que haga algo que será bueno para alguien.

Me encogí de hombros, volviendo al enfoque anterior de mis pensamientos:

—Pero entonces... ¿Existe alguna posibilidad de que esto entre ustedes se ponga serio?

Se puso roja y me hizo gracia. Carol podía ser desinhibida para cualquier cosa en la vida, pero cuando se trataba de relaciones, solía comportarse como una adolescente.

—Creo que sí. Digo... no sé. A veces parece que sí, como hoy, cuando me contó algo tan importante de su trabajo. Pero a veces parece que trata de poner un muro entre nosotros, ¿sabes? Es raro.

—Pero apenas están empezando. ¿Cuánto hace que están saliendo?

—Ya más de un mes. Pero tienes razón, voy a dejar que pase el tiempo y que todo fluya. Estoy deseando presentártelo, por cierto. Tienes que ver lo lindo que es.

—Ya me mostraste fotos de él y estoy de acuerdo con eso.

—Créeme, las fotos no le hacen justicia. En persona es mucho más que eso.

Me reí. Carol realmente estaba enamorada. Esperaba que todo saliera bien. Por lo que ella contaba, ese tal Thiago parecía ser un buen tipo. Y mi amiga se merecía mucho ser feliz.

Decidiendo que necesitaba ir antes de que la agencia de correos cerrara, me dio un beso en la mejilla y se fue, tomando la bolsa con los paquetes mientras pasaba por la sala. El cuarto estaba hecho un desastre con los residuos de materiales usados en los embalajes, así que me puse a limpiar todo. Después me senté en la mesa donde estaba mi computadora, para responder algunos correos que habían llegado a la tienda. No sé cuánto tiempo estuve en eso, pero me sacó del trance el sonido de una bocina y del portón abriéndose, seguido por un grito con la voz más dulce del mundo:

—¡Mamá! ¡Llegué!

Giré en la silla, quedando de frente a la puerta, justo en el momento en que Lara llegó, con su cabello rubio desordenado. Al verme, sonrió, mostrando la "ventanita" de uno de los dientes de leche que había perdido hace poco.

—¡Llegué, mamá! —repitió.

Me levanté y fui hacia ella, como siempre, para abrazarla y darle un beso en la mejilla. Me agaché para quedarme a la altura de sus ocho años recién cumplidos.

—¿Cómo te fue en la escuela, mi amor?

—Estuvo bien. —Siempre respondía de esa manera, pero tratando de evitar que insistiera, añadió algo bueno—. La profesora elogió mi lectura, dijo que estoy mejorando rápido.

En su año de alfabetización, Lara había estado fuera de la escuela durante algunos meses, lo que retrasó un poco su desarrollo en la lectura. Pero ella era muy aplicada y había logrado recuperar el tiempo perdido.

—Es porque eres muy inteligente —respondí. Y ella sonrió nuevamente.

Siempre pensaría que la sonrisa de mi hija era la más hermosa del mundo, creo que todas las madres deberían sentir lo mismo. Sin embargo, ya no era la misma sonrisa que tenía hace dos años, antes de ese maldito accidente que nos quitó tantas cosas. Había un dejo de tristeza en ella que temía que nunca se fuera.

Y daría cualquier cosa por recuperar ese brillo que tenía antes.

—¿Qué tal si me ayudas con la cena? —pregunté.

Ella aceptó y fuimos a la cocina. Obviamente, con su corta edad, la ayuda se limitaba a traerme algunas cosas que estuvieran sobre la mesa o en algún armario bajo, pero ese momento juntas siempre era especial. Era cuando Lara me contaba un poco sobre su día.

Había dos niños, un chico y una chica, de los que siempre hablaba. Parecían ser sus únicos amigos en la clase, pero yo sabía que a esa edad ya empezaban a formarse los grupitos, así que era normal que ella fuera más cercana a algunos niños que a otros. Hablaba mucho sobre lo que la profesora había enseñado ese día y luego añadía que ya había visto algo parecido en algún episodio de los dibujos animados que solía ver.

Después de eso, cenamos juntas, y yo también le conté un poco sobre las encomiendas que había recibido. Ese día, una de ellas era de artículos con el tema de Frozen, que era el dibujo favorito de Lara, lo que dio pie a otro tema largo de conversación.

Cuando terminamos, le pedí que fuera a cepillarse los dientes mientras yo lavaba los platos, y ella se fue al cuarto. Me llevó unos minutos dejar todo limpio y luego fui a la habitación de mi hija. Para mi sorpresa, ya estaba usando su pijama, acostada en la cama y con un libro de historias en las manos, esperándome.

En el suelo, al lado de la cama, sus piezas del uniforme estaban cuidadosamente dobladas, aunque sabía que yo las llevaría a lavar. Sobre la pila de ropa, una prótesis de pierna ya estaba esperando ser usada nuevamente.

Con una respiración profunda, forcé una sonrisa en mi rostro y entré en el cuarto.

—¿No deberías darte un baño antes de acostarte? —pregunté. Siempre la ayudaba con eso.

El accidente ocurrido dos años antes no solo me había arrebatado la vida de mi esposo y me había hecho perder al bebé que esperaba, sino que dejó a mi hija con una secuela eterna. Me parecía muy injusto haber sido la única que salió ilesa de eso.

Físicamente. Porque mi alma se había roto de manera irreversible.

Debido a la amputación realizada en su pierna izquierda, justo por encima de la rodilla, Lara aún no tenía la autonomía para hacer algunas cosas sola, como bañarse. Su prótesis no podía mojarse y, por lo tanto, debía quitársela antes de entrar al baño. Aún no lograba mantener el equilibrio sobre una sola pierna para realizar su higiene por sí misma.

—¡Hace frío hoy, mamá! —respondió ella—. Ya me bañé antes de ir a la escuela.

—Pero fuiste a la escuela y estuviste varias horas allí. Tienes que bañarte de nuevo.

—¿No lo puedo dejar para mañana? Ni siquiera huelo mal, mira.

Levantó el cuello para que la oliera. Hice como que iba a hacerlo, pero aproveché para hacerle cosquillas en la barriga. El sonido de su risa llenó todo el cuarto y era la música más dulce para mis oídos.

—Está bien, por hoy te haré ese favor, pero mañana bien temprano te darás el baño.

—¡Trato hecho!

Me senté en el borde de la cama, a su lado, tomé la pequeña prótesis del suelo y la miré detenidamente. Ya comenzaba a quedarle pequeña. Lo recomendable para los niños era cambiarla cada año. Se había adaptado bien al modelo que usaba, que tenía un precio bastante elevado para nuestro estándar de vida actual. Esa era la segunda prótesis, y la compra de esta y la primera, junto con todos los procedimientos médicos por los que Lara había pasado, simplemente habían agotado las reservas de dinero que tenía.

—Mami ya casi tiene el dinero para comprar tu prótesis nueva —le conté, aún mirando el objeto en mis manos—. Lo conseguiré para el mes que viene.

—¿Con la nueva podré jugar como los otros niños? ¿Hacer todo lo que ellos hacen?

Esa pregunta me desgarraba por dentro, pero fui lo más sincera que pude:

—Eso no depende de la prótesis, Larita. Es la fisioterapia lo que te va a ayudar a lograrlo. Y lleva tiempo. Puedes jugar todo lo que quieras, pero en algunas cosas tienes que ser cuidadosa.

—¿Y puedo correr?

Si su pregunta se refería a las carreras ligeras de los juegos diarios, yo le respondería que, tan pronto como llegara la nueva prótesis con el tamaño adecuado para su

altura actual, tendría más estabilidad y podría jugar con más libertad. El problema era que sabía que no se refería a eso.

Lara estudiaba en una escuela cara. Mi esposo había trabajado durante años allí como profesor, y por eso, incluso después de su muerte, la directora mantuvo la beca completa para Lara. La escuela ofrecía una variedad de actividades extracurriculares, y Lara había encontrado su pasión en el equipo infantil de atletismo.

Mi niña quería correr. Justo correr. Justo lo que no podía hacer, por la razón que intentaba explicarle.

—Tu nueva prótesis será similar a esta, mi amor. Sabes que no está hecha para correr. Podrás correr en los juegos, pero no hacer actividades de alto impacto. La prótesis para correr es muy cara, y mamá no tiene cómo comprártela ahora.

—¿Entonces nunca más podré correr?

—¡Sí! Claro que vas a poder, mi amor. Mamá va a trabajar mucho para eso. Pero necesito que esperes hasta entonces. ¿Trato hecho?

Asintió con la cabeza y eso hizo que mi corazón se apretara aún más. Lara era una niña extremadamente dulce y demasiado comprensiva para alguien tan pequeña. Por algo mucho más trivial, cualquier otro niño insistiría en su voluntad, pero Lara aceptaba. De alguna forma, sabía que ella, aunque no comprendiera cómo funcionaban las

limitaciones de la vida adulta, confiaba en mí. Si le pedía que esperara, lo haría.

Pero... ¿hasta cuándo?

Tomé el libro que había elegido y comencé a leer. Ella parecía estar muy cansada, porque no resistió ni la mitad de la lectura antes de quedarse dormida. Arreglé su cobija y le di un beso en la frente. Luego me levanté y recogí el uniforme del suelo. Salí del cuarto y me dirigí directamente a la lavandería, junto a la cocina, donde dejé la ropa en un cesto para lavarla al día siguiente.

Sin embargo, me quedé allí, parada frente al cesto de ropa, con la mirada perdida en la nada y la mente funcionando a mil por hora. Realmente ya tenía casi todo el dinero para la nueva prótesis, pero... ¿una para correr? Eran caras y también tendrían que ser cambiadas anualmente, ya que Lara seguía siendo una niña en crecimiento. ¿Por qué le había dicho que esperara, si no había ninguna expectativa de conseguir ese dinero?

La realidad es que no me permitía decirle esa verdad, ni aceptarla yo misma. Lo solucionaría, no importaba cómo.

Sabía que lo haría.

*****

Capítulo tres



LUCIANA

¿Qué más podría recortar?

La tabla de gastos básicos que había organizado ya estaba simplificada al máximo. No había forma de reducir más, a menos que decidiera cortar la electricidad de la casa y vivir a la luz de velas. Considerando que necesitaba una computadora para diseñar los productos de mi tienda, esa definitivamente no era una opción.

¿Qué más podría hacer? Un empleo regular probablemente ayudaría mucho, porque podría seguir con mi tienda sin importar si para eso tuviera que pasar noches en vela trabajando. Pero, ¿cómo comprometerme con un trabajo fijo si mi hija necesitaba tantos cuidados?

Yo era diseñadora gráfica, trabajaba en una empresa de marketing y tenía un buen salario, pero tuve que dejar

todo después del accidente, ya que ahora era yo la única para cuidar de mi hija.

Tenía fisioterapia tres veces a la semana, consultas médicas mensuales, psicóloga semanalmente... La agenda de Lara estaba bastante ocupada, y la mía, lógicamente, la seguía de cerca.

Sin contar las veces que, a media tarde, me llamaban a la escuela porque Lara se había accidentado. Las caídas eran muy comunes el primer año después del accidente, mientras ella aún se adaptaba al uso de la prótesis. Aunque ya no ocurrían tan seguido, no eran tan raras.

¿Qué podía hacer para juntar más dinero? Esa pregunta no dejaba de martillar en mi mente.

Me sacó de mis pensamientos la voz de Carolina, que entraba por mi terraza.

—¿Lu? ¿Ya estás despierta? ¡Voy entrando!

Sabía que la pregunta era más bien retórica. Eran poco más de las siete de la mañana, pero Carol sabía que yo me despertaba temprano. Cuando llegó a mi puerta, sonrió y me saludó.

—¡Buenos días!

—Buenos días —respondí. Y silbé, haciendo referencia a lo formal que estaba vestida—.¿Tienes trabajo temprano? Con esa pinta, el cliente no podrá resistirse.

—Esa es la idea. —Guiñó un ojo, entrando en el juego —. He estado casi un año tratando de vender este departamento, ¡ahora tengo que conseguirlo!

Carol era agente inmobiliaria. De las mejores. Creo que sería capaz de convencer a un oso polar de comprar una cabaña en el Desierto del Sahara. Pero ese departamento era un elefante blanco del que no lograba deshacerse.

Metió la mano en su bolso y sacó un recibo de envío, entregándomelo junto con una bolsa con las bananas que le había pedido el día anterior.

—¿Larita sigue durmiendo? Pensé que iba a poder darle un beso.

—Sí, hoy no tiene fisioterapia, ni médico, ni psicóloga... Es el día que puede dormir un poco más hasta tarde.

—Tú también deberías. Pero ya estás en el trabajo.

—En realidad, estoy haciendo cuentas. Ayer, Lara volvió a hablar de correr.

—¿No puede hacerlo con su prótesis actual, amiga?

—No es apropiada para actividades de alto impacto, podría lastimarla y causar lesiones. De hecho, la que tiene ahora es menos apta aún. Ya le está quedando pequeña, así que pronto va a empezar a lastimarla incluso en el día a día si no la cambio pronto. Pero si todo va bien y no surge

ningún gasto extra, el mes que viene podré cambiarla. A pesar de ser cara, es más barata que la de correr.

—Solo tiene ocho años, Lu. Los intereses cambian rápido. A esa edad yo decía que quería ser veterinaria, y hoy cierro los ojos cuando mi gato va a recibir una vacuna, porque me da pavor. Lo de correr no durará para siempre.

Esperaba que tuviera razón, aunque en el fondo de mi corazón gritaba que no. Porque una madre conoce a su hijo, incluso en las cosas más sutiles. Y veía cómo los ojos de Lara brillaban cuando veía una competencia de atletismo en la televisión, o incluso cuando pasaba un corredor de fin de semana frente a nuestra casa. A los seis años, ella se había unido al equipo de atletismo de la escuela, enfocado en su grupo de edad, participó en la olimpiada anual organizada por la escuela y ganó una medalla de segundo lugar, que aún guardaba con orgullo. Eso había sido solo unas semanas antes de ese maldito accidente. Desde entonces, tuvo que reaprender a caminar. Hace unas semanas, volvió a mencionar el tema de correr.

—Bueno, cuando ella vuelva de la escuela, llévala a mi casa para que le dé un besito. Voy a pedir una pizza para nosotras y, tengo fe, ¡vamos a celebrar la venta de ese maldito apartamento!

—Sé que lo vas a conseguir, Carol.

—Espero que sí. Su comisión es excelente y la necesito. Si no, voy a tener que decirle a Thiago que acepto el trabajo de gestación subrogada.

Me reí, sabiendo que estaba exagerando.

—¡Estás loca! —bromeé—. No vas a necesitarlo, porque la venta se cerrará hoy.

—¡Que Dios te escuche, amiga! —Se acercó y me dio un beso en la mejilla. —Y mira... quédate tranquila, todo va a salir bien. Si realmente cierro esta venta, al menos con una parte del dinero de la prótesis podré ayudar.

—No, Carol... Ni pensarlo, el dinero es tuyo, producto de tu trabajo.

—Y tú eres mi mejor amiga, Larita es mi ahijada y lo que más quiero es ayudarles. No sirve de nada discutir. La otra parte la vamos a conseguir. Vamos a hacer vaquitas, campañas, vamos a llorar para conseguir un descuento en la tienda, ¡lo que sea! Créeme, amiga, lo vamos a lograr.

Me abrazó y la correspondí, sintiendo cómo la emoción nublaba mis ojos. Carol era toda mi red de apoyo y estaba muy agradecida a Dios por tenerla en mi vida. Eso me emocionaba profundamente, pero sabía que no era justo que ella tuviera que hacer ese gasto tan grande, y que aunque lo permitiera, no sería suficiente. La prótesis era solo una parte. Estaban los accesorios, que también eran caros, y la manutención y cambio anual, y no veía ninguna manera de poder con todo eso.

Cuando Carol se fue dejándome sola, me quedé haciendo cuentas... y consideré la posibilidad de aceptar la ayuda de mi amiga. Aún así, los cálculos no cuadraban. Ya iba a contraer deudas pesadas para completar el dinero

necesario para la prótesis del día a día, que iba a tener que ser cambiada el mes siguiente de todas formas. La prótesis para correr estaba completamente fuera de mi realidad.

Pero, ¿cómo le iba a decir eso a Lara? Ella había perdido una pierna. Había perdido a su padre y al hermanito con el que tanto soñaba. No podía aceptarlo, no podía permitir que perdiera también lo que más amaba hacer.

Me sentía el peor fracaso como madre.

Miré la foto en el marco sobre la mesa, donde aparecíamos yo, Lara y Vinicius, mi difunto marido. Era innegable que lo amaba, pero no podía decir que tuvimos el matrimonio perfecto. Tal vez, si no fuera por Lara, ni siquiera habríamos permanecido juntos tanto tiempo. Pero él era un excelente padre.

—Si yo hubiera ido en tu lugar... Estoy segura de que estarías manejando todo esto mucho mejor que yo... — susurré, mirando la imagen impresa en el retrato.

Entendiendo que de nada servía lamentarse, abrí el navegador en la computadora para revisar correos y pedidos de la tienda. Respondí algunas dudas, envié los códigos de seguimiento de los últimos pedidos y pasé un rato preparando publicaciones para las redes sociales del negocio y respondiendo algunos comentarios sobre los productos mostrados en las fotos.

Al final de todo, miré la hora en la esquina inferior de la pantalla. Ya eran casi las diez de la mañana. Era raro que

Lara aún no se hubiera despertado. Pero ella generalmente se levantaba muy temprano los otros días de la semana, así que pensé que se merecía dormir un poco más.

Me levanté y fui al lavadero, comenzando a separar la ropa para ponerla en la lavadora. Sin embargo, cuando fui a doblar el uniforme de Lara, me paralicé al ver una mancha roja oscura en la pierna de uno de los pantalones. Sentí como si toda la sangre de mi cuerpo se hubiera congelado y dejé la prenda ahí, corriendo hacia la habitación de mi hija. Al abrir la puerta, la encontré ya despierta, sentada en la cama. Al verme, se apresuró a tirar de las sábanas, cubriéndose hasta la cintura. No podía creer que estuviera ocultándome algo así...

—Déjame ver tu pierna, Lara —le dije seriamente, tratando de mantener el control en mi voz.

Sus ojitos azules me miraban asustados y odiaba que tuviera miedo de mostrarme una herida en su cuerpo. Cuando bajó las sábanas, respiré hondo, controlando las ganas de llorar, de gritar, de maldecir el mundo y soltar todos los malditos insultos posibles. No era una simple herida. El muñón de la pierna amputada de Lara estaba muy rojo, casi en carne viva.

Como un huracán, salí de la habitación, fui al baño, donde tomé la caja de medicamentos y primeros auxilios. Regresé y me senté al borde de la cama, comenzando a limpiar la zona.

Mi hija soltó un gemido de dolor y eso me destrozó aún más.

—¿Por eso no me dejaste quitarte la prótesis ni bañarte ayer? —pregunté, luchando al máximo para mantenerme firme.

Ella movió la cabeza en afirmación y completó:

—Tú te pondrías triste si lo vieras. Y tenía miedo de que me regañaras.

—Si te lastimas, Lara, me pongo triste. Siempre será así. Soy tu madre. Pero, ¿por qué pensaste que iba a regañarte? Antes de ir a la escuela ayer no estabas lastimada. ¿Qué pasó?

Ella mordió sus labios, como siempre que estaba nerviosa. Una costumbre que, por cierto, había heredado de mí. Continué mirándola en silencio, esperando a que viniera una respuesta.

—Sé que dijiste que no podía correr, mamá, pero... le dije al entrenador que tú me habías dado permiso y me dejó participar ayer en la clase de educación física.

Pasé la mano por mi rostro, haciendo un esfuerzo sobrehumano para mantener la calma. Ahora, quería ir a la escuela y agarrar a ese profesor del cuello. ¿Cómo podía creer en las palabras de una niña para algo tan serio?

Sin embargo, eso no redimía la conducta de Lara.

—Hija, te lo dije, esa prótesis no es adecuada para eso. Mira lo que pasó. ¿Hasta cuándo crees que podrías esconderme esta pierna lastimada? Hay otras actividades

en la escuela, incluso actividades físicas con menos impacto. Podemos elegir otra.

Ella bajó la cabeza, pero aún así pude ver cómo las lágrimas caían por sus mejillas.

—Solo sentí dolor después, mamá. En ese momento, solo me sentía feliz por estar corriendo. Solo tengo dos amigos en la escuela, mamá. Caio y Ana Clara. Y los dos están en el equipo de carreras. Me encanta correr y estar con ellos. Los otros niños no me quieren. Algunos se ríen de mí y me señalan porque todavía cojeo un poco al caminar. Me siento triste por eso. Y me siento triste cuando pienso en papá. Pero me siento feliz cuando corro. —Levantó el rostro, ya empapado de lágrimas, y me miró con esos ojos azules llenos de tristeza—. ¿Lo entiendes, mamá?

Fue mi turno de morderme los labios, luchando por evitar el llanto. Pasé la mano por su rostro, secando las lágrimas.

—Lo entiendo, mi amor. Y te juro que voy a hacer todo lo posible. Pero no quiero que sigas lastimándote, así que prométeme que vas a esperar un poco. Por favor.

Ella movió la cabeza en señal de acuerdo, pero sabía que eso sería muy difícil para ella. La tomé cerca de mí y la abracé con fuerza, sin poder evitar que algunas lágrimas se desbordaran por mi rostro. Pero enseguida me las sequé. No podía llorar, no podía desplomarme, tenía que ser fuerte por mi hija.

Volví a limpiar y desinfectar las heridas. Después la ayudé a bañarse y, con la piel seca, le hice los vendajes. No quería que forzara el roce con la prótesis ese día, así que decidí que no iría a la escuela. Acordamos pasar un día de películas en casa y, después del almuerzo, la llevé a mi cuarto, donde la cama era más grande, y pasamos el día ahí, viendo dibujos en la televisión. Hice palomitas de maíz y sandwiches por la tarde. Lara volvió a sonreír, e incluso a reír a carcajadas con las escenas graciosas de sus dibujos favoritos, y eso fue como un analgésico para mi corazón.

Pero los analgésicos son temporales y, cuando ella se quedó dormida, ya por la noche, el dolor volvió. Apagué la televisión y me incliné sobre la cama, mirando su pequeño rostro dormido. Cuando nació, juré que siempre la protegería. Pero había estado fallando miserablemente en eso. Haría cualquier cosa por ella. Pero... ¿qué sería de todo eso? ¿Qué me faltaba hacer?

Una idea se instaló en mi mente, al principio perturbadora, pero pronto mostrándose como una solución.

Me levanté y salí del cuarto. Al pasar por la sala, tomé el abrigo que estaba colgado en la silla de trabajo y me lo puse mientras abría la puerta para salir al jardín y luego a la calle. Me detuve frente al portón de la casa de al lado y toqué el timbre. Normalmente habría entrado sin necesidad de anunciarme, igual que la dueña de esa casa lo hacía en la mía, pero no tenía intención de entrar. Mi hija estaba sola en casa, así que solo diría lo que necesitaba decir desde allí.

Carol apareció poco después, abriendo el portón y mirándome con una expresión confundida.

—¿Por qué no entraste, Lu? Estaba abierto. Qué raro, ¿dónde está Larita? Pensé que habían venido por nuestra pizza. Bueno, no cerré el contrato, pero la pizza sigue en pie.

—Carol... —la interrumpí. La expresión en su rostro se tornó preocupada, probablemente dándose cuenta de que algo andaba mal.

—¿Qué pasó? ¿Lara está bien?

—Lara no está bien, pero se pondrá bien. Voy a conseguir las prótesis para ella, tanto la diaria como la de correr. Lo más rápido posible.

—¿Cómo, Lu? Dios mío, no estás pensando en pedirle dinero a un prestamista o algo por el estilo, ¿verdad?

—Algo por el estilo... —respondí. Era muy diferente, pero... era igualmente ilegal. Respiré hondo, preparándome para lo que diría a continuación—. Quiero que le digas a tu amigo abogado que conoces a una mujer interesada en la propuesta de su cliente.

El rostro bronceado de Carolina se puso pálido, en shock por lo que acababa de escuchar.

No la culpo. Por dentro, yo también estaba en shock. Pero no iba a dar marcha atrás.

*****

Capítulo cuatro



MARCOS

Dos semanas después...

Esa situación era... curiosa, cuanto menos.

Sentado en el sofá de mi oficina, en la sede de MH Tecnología, mi empresa, observaba los tres sobres sobre la mesa, que contenían fotos, información y, lo más importante: los resultados de los exámenes realizados por las tres 'finalistas' de la búsqueda de Thiago.

Realmente había encontrado mujeres dispuestas a alquilar el útero, y por el valor que había acordado pagar, eso no me sorprendía tanto. Todas pasaron por entrevistas. También contrató a una psicóloga de confianza para hacer una consulta de evaluación con cada una de ellas, después de todo, no quería ninguna psicópata que pudiera

secuestrar al bebé, amenazarme o algo parecido. Por último, todas se sometieron a exámenes médicos para ver sus condiciones generales de salud y si eran aptas para quedar embarazadas. Al final de todo esto, quedaron tres. Jóvenes, físicamente saludables y mentalmente estables. Y ahora debía elegir una de ellas con base en... No tenía idea.

—Tienes fotos de ellas para ayudar —informó Thiago, sentado en el sillón al otro lado de la mesa, señalando los sobres—. Será la casa de tu hijo durante nueve meses, es justo que elijas a la más bonita.

—Esto no es el alquiler de un apartamento, Thiago —repliqué, ligeramente irritado—. Estamos hablando de tres seres humanos.

—Es un alquiler, amigo. Y, si me permites añadir, un alquiler bastante caro. Las tres tienen edades similares y son igualmente saludables. El único parámetro que queda es la apariencia física. Vamos, mira las fotos y adelante.

No iba a hacer eso. No, era demasiado para mí.

Me levanté y comencé a caminar lentamente por la espaciosa sala.

—¿Dónde encontraste a estas chicas? Ninguna de ellas sabe quién soy, ¿verdad?

—No estás tratando con un aficionado, amigo. Claro que ninguna sabe la identidad de mi "cliente". Probablemente querrás acompañar algunos exámenes

médicos durante el embarazo, así que la elegida tendrá que firmar un acuerdo de confidencialidad. Haremos todo lo posible para que esto nunca llegue a los medios.

—Entiendo. Pero, ¿dónde las encontraste?

—Tiré algunas pistas por ahí. Mencioné el caso a media docena de personas... tranquilo, ninguna de ellas te conoce. Una de ellas se ofreció en persona en ese mismo momento. De las otras cinco, tres comentaron después con amigas que terminaron buscándome. Las otras, como dije, pusieron anuncios en grupos del tema en Facebook. Por cierto, podrías crear un sistema de grupos en Connection, ¿no? Es muy útil.

No estaba dispuesto a discutir sobre herramientas de mi app con Thiago. Así que insistí en el tema:

—Y estas tres "finalistas", ¿de dónde viene cada una? Por cierto, ¿tienes algo que decir sobre cada una de ellas para que tenga algo más que historial médico y fotos para tomar la decisión?

Thiago giró el sillón, quedando de frente a mí.

—Dos de ellas vienen de los grupos. La número uno es la más joven, tiene 25 años, no tiene hijos, trabaja como profesora...

—¿No va a ser extraño? —lo interrumpí—. Ella va a aparecer embarazada en su trabajo. Los compañeros y estudiantes van a preguntar después por el bebé.

—No olvides que tú te harás cargo de todos los gastos de la elegida durante los nueve meses, Marcos. Exactamente para que no tenga que trabajar y se mantenga más recluida. Será primordial que solo las personas más cercanas a la mujer sepan lo que está pasando, el mínimo posible.

—¿Y cuál sería el mínimo de esa chica?

—Ella vive con sus padres y tres hermanos. —Cinco personas... no era nada bueno. Demasiada gente involucrada—. Siguiendo, la número dos, que también vino de un grupo, tiene 26 años. Está casada, pero tampoco tiene hijos.

—¿El marido está de acuerdo con esto?

—Él la acompañó en todos los exámenes. Necesitan mucho ese dinero, pero prepárate, el tipo es algo celoso y tiende a meterse en todo.

Todo lo que necesitaba...

—¿Y la última?

—La número tres es la más vieja, tiene veintinueve años. Es amiga de una chica con la que estoy saliendo, una a las que le lancé el anzuelo. Sinceramente, puedo hablar más de las otras dos, prácticamente me contaron toda su vida. Esta es de las que no habla mucho sobre sí misma. Es muy callada, solo responde lo que le preguntan. Bueno, pero ella comentó que este será su segundo embarazo y su

segundo parto. Si quieres contar con la experiencia, es una buena opción.

"Una buena opción". La forma en que hablaba aún sonaba como un agente inmobiliario tratando de alquilar una propiedad. Bueno, pero todo en esa situación ya era suficientemente surrealista como para quejarme de algo. Necesitaba decidir quién sería la dueña del útero que albergaría a mi hijo, basándome en unas cuantas informaciones.

Rendido, me acerqué a la mesa y abrí cada uno de los sobres, sacando las fotos impresas en papel tamaño A4 y colocándolas una al lado de la otra, mientras recordaba lo que Thiago me había dicho sobre cada una de ellas. Ninguna de las tres configuraciones familiares era ideal. Padres, hermanos, esposos e hijos solo incluirían a más personas que sabrían sobre el acuerdo, lo que podría complicar las cosas. Miré cada una de las fotos. Tres mujeres físicamente diferentes, aunque todas eran muy bonitas, no es que eso, en realidad, importara. Sin embargo, me quedé mirando un poco más la imagen de la última, recapitulando lo que mi amigo me había contado.

—¿Esta, del sobre número tres, es realmente la tercera de la que me hablaste?

—¿La rubia? Sí, ella. ¿Por qué?

—No sé. Dijiste que era de las más calladas. Me imaginaba a alguien diferente... no sé...

¿Qué palabra usar? ¿Seria? ¿Oscura? ¿Antipática? No lo sabía. Pero había imaginado algo muy distinto a la rubia que sonreía en la foto. Porque había sinceridad y felicidad en esa sonrisa, y eso no encajaba con el perfil que mi mente había creado basándose en la descripción.

Parece que entendió lo que quería decir, porque Thiago explicó:

—Las fotos no las tomé yo, cada una trajo algunas suyas. Esta chica comentó que las de ella ya tienen unos dos o tres años, dijo que hacía mucho que no se tomaba fotos. No me importó porque... No ha cambiado mucho. Aparte del cabello, ya no tiene ese flequillo de la foto, pero creo que eso es irrelevante. También parecía más simpática en esa época.

Eso era una locura, lo sé. Ni siquiera conocía a esa mujer, pero la breve narrativa de mi amigo había creado una imagen de ella en mi mente, y aunque la adaptara a los rasgos físicos que veía en la foto, la sonrisa y el brillo en sus ojos no encajaban. Y creo que en realidad sucedía lo mismo, ya que Thiago pareció comprender exactamente cuál era mi duda.

Pero no diría que era un tema de simpatía. Mis fotos tomadas hace tres o cuatro años también parecían corresponder a otra persona, que ya no era la misma que soy ahora. Yo había cambiado debido al dolor. De repente, me vino a la cabeza la idea completamente ilógica de que lo mismo podría haberle ocurrido a esa mujer. Tal vez algo relacionado con lo que ahora la llevaba a aceptar la idea de alquilar su útero a un desconocido a cambio de dinero.

Era una tontería, lo sé. Ella era solo una mujer que necesitaba dinero, con la racionalidad necesaria para gestar un hijo de otra persona sin correr el riesgo de ceder a las emociones y apegarse. Pero de todos modos, en medio de esos pensamientos locos, creé una primera y pequeña conexión con ella.

Bueno, tal vez ese era el factor necesario para tomar la decisión.

—La número tres —declaré, dando el tema por cerrado.

—¡Está bien! —Thiago golpeó los apoyabrazos del sillón antes de levantarse—. Me pondré en contacto con ella y redactaré el contrato. Le pediré que venga mañana a mi oficina para cerrar todo, y entonces ya podrá empezar con los procedimientos para la inseminación. Creo que sería viable contratar a alguien para orientarla en esto, hacer las citas, acompañarla... O, mejor, yo mismo puedo ocuparme.

—No será necesario. Yo mismo me encargaré de todo.

—No creo que sea muy apropiado, Marcos.

—Si el miedo es a los periodistas, tranquilo, seré cuidadoso.

—No es solo eso. Pensé que querrías acompañarla solo en las cosas más significativas. Como... no sé... escuchar el corazón del bebé, saber el sexo... Y, sinceramente, creo que eso sería lo más adecuado. Cuanto

menos cercanía tengas con esta mujer, mejor. Recuerda que después del nacimiento de tu hijo, deberías cortar cualquier contacto con ella.

—Quiero participar en todo. Es mi hijo, carajo.

—Está bien. Haremos lo que creas mejor.

—Una cosa más: no descartes a las otras dos aún. Estaré mañana en tu oficina, quiero conocer a la chica antes de cerrar completamente con ella.

—¿Es realmente necesario, Marcos?

—Sí, lo es. Quiero asegurarme de que realmente parezca una persona equilibrada, lo suficientemente estable como para no tener riesgo de apegarse al bebé o querer formar parte de su vida después de que nazca. No voy a permitir eso de ninguna manera. El hijo es mío y de Isadora. Quiero mirarla a los ojos y asegurarme de que todo su interés gira en torno al dinero.

—Está bien, si eso es lo que quieres, lo haremos. Si ella no cumple con los parámetros que esperas, aún tendremos otras dos opciones. No las voy a descartar.

—Perfecto. Y, Thiago... una cosa más...

—¿Qué?

—Gracias por todo.

Él sonrió.

—Amigo, Isadora y yo crecimos juntos, éramos como hermanos, y sé cuánto significaba para ella tener este hijo.

—Ella también te quería como a un hermano, y sé que estaría muy agradecida por todo lo que has hecho.

—Creo que, en algún lugar, ella está viendo todo lo que estamos haciendo. Y que no has dejado de cumplir su sueño. —No creía en nada de eso, y sé que Thiago lo sabía, porque rápidamente cambió el enfoque del tema—. Y tú también eres como un hermano para mí. Lo sabes.

—Lo sé. Y es recíproco, amigo.

Nos abrazamos y se fue, dejándome allí solo, perdido en mis pensamientos. Me acerqué nuevamente a la mesa, donde las fotos seguían expuestas, y tomé la última de ellas, la de la mujer elegida. Tenía el cabello rubio, ligeramente ondulado en las puntas, y largo, con un flequillo recto que Thiago me había dicho que ya no tenía. Los ojos azules resaltaban, no solo por la belleza, sino por el brillo que llevaban, junto con la sonrisa sincera en su rostro. Ella realmente parecía feliz allí.

No sabía por qué, pero algo, no solo en la imagen, sino también en la poca información que tenía sobre esa mujer, me llamó tanto la atención.

No debería ser así, al final de cuentas. Después de todo, Thiago tenía toda la razón. Era solo un alquiler, una transacción comercial. Nada más debería importar.

Me senté en mi sillón, aún con la foto impresa en mis manos. Luego, desvié los ojos hacia el portarretrato sobre la mesa, mirando la imagen registrada en mi boda con Isadora.

—Voy a cumplir tu sueño, Isa... —aseguré—. Nuestro bebé finalmente vendrá al mundo, y yo tendré una parte de ti para siempre conmigo.

*****

Capítulo cinco



LUCIANA

Me estaba atando los cordones de mis zapatillas cuando la voz preocupada de Carolina llegó a mis oídos.

—¿Estás segura de que realmente quieres hacer esto?

Pensé que la pregunta no había sido bien formulada. Porque querer... bueno, era un hecho que no quería.

Había mentido en la entrevista que hizo Thiago cuando informé que había pasado por un embarazo. En realidad, habían sido dos. El de Lara, y otro, interrumpido a los cuatro meses en el momento del accidente. Mi segundo hijo era un niño, y había sido otra víctima de esa tragedia. Tuve miedo de que, si decía que había tenido un aborto, el abogado pudiera pensar que mi útero había sido dañado de alguna manera y, con eso, ni siquiera me dejara hacerme los exámenes.

Estos también me causaron algo de miedo, pero todo había salido bien, y estaba completamente apta para volver a quedar embarazada. Pero sabía bien la cantidad de detonantes emocionales que eso causaría en mí.

No quería eso.

Pero quería que mi hija estuviera bien. Y no era difícil poner ambas voluntades en una balanza para analizar cuál tenía un peso mayor.

—Necesito hacerlo, Carol. Otra oportunidad de ganar dinero de esta manera no va a caer del cielo. Además, no es nada del otro mundo. Voy a ayudar a un hombre que quiere tener un hijo, cumplir el último deseo de una mujer que murió y conseguir dinero que me ayudará a darle una mejor calidad de vida a mi hija durante los próximos años. Podré comprar las prótesis y todos los accesorios para este año, y probablemente asegurar la sustitución para el próximo año, teniendo la seguridad de que podré pagar el tratamiento de ella por un tiempo.

—¿Y dónde encajas *tú* en esta ecuación, Lu? ¿Dónde queda tu salud mental en todo esto?

—Eso lo recuperaré después. Ahora solo necesito hacer lo que debe hacerse.

Fui hasta el espejo del cuarto donde estábamos, echando un vistazo rápido a mi reflejo. Vestía de la forma más sencilla posible: pantalón de jean, zapatillas blancas y una camiseta negra. Usé el sujetador de cabello que tenía

en mi muñeca para acomodar mi cabello rubio en una cola de caballo.

Por más que no dejara de ser una reunión de negocios, no era algo que exigiera mayor formalidad, ni un evento social en el que tuviera que preocuparme por maquillaje, pendientes o accesorios. Siempre fui una persona muy básica, pero cuando era más joven... en realidad, hasta antes del accidente, era una mujer que disfrutaba de camisetas temáticas y accesorios coloridos para combinar con los jeans y los All Star. Ahora ya no le encontraba tanta gracia a eso.

Volví a quedarme frente a Carolina, que estaba sentada en mi cama, y le di las instrucciones necesarias:

—El transporte escolar que trae a Lara llega alrededor de las cinco y media. La reunión está programada para las cinco, así que yo no llegaré a tiempo.

—No te preocupes. Ya te dije que la llevaré a mi casa. Y tranquila, sabes que a ella le encanta jugar con el Mingau. —Mingau era el gatito de Carol. Lara realmente estaba loca por él. Ella quería mucho tener una mascota, y antes del accidente estábamos estudiando la posibilidad de adoptar una. Pero, ahora, todo se había vuelto más difícil. Un animal de compañía requería tiempo y dinero. Y no tenía abundancia de ninguna de las dos cosas.

—Gracias por esto también, amiga —agradecí.

—Estoy aquí para eso, siempre. Incluso cuando tomas decisiones con las que no estoy de acuerdo. Te conozco lo

suficiente como para saber que no vas a salir bien de esto, Lu.

Ella realmente me conocía. Y sabía bien que tenía toda la razón. Pero, ahora, ya no había vuelta atrás.

Mi decisión ya estaba tomada.

*****

El despacho de abogados quedaba al otro lado de la ciudad, a más de una hora de mi casa. Claro, si fuera en coche, el trayecto sería un poco más rápido. Yo había ido en autobús, por la obvia razón de que no conducía.

No es que no supiera manejar. Lo sabía, muy bien, de hecho. Tenía licencia de conducir desde los dieciocho años. Simplemente... ya no lo hacía más.

Después del fatídico accidente, el seguro había cubierto la reparación de mi coche, pero obviamente lo vendí, porque no tendría sentido tener en mi cochera el vehículo que le había quitado la vida a mi marido y a mi bebé, mutilado a mi hija y robado la mayor parte de mi alma. Con el dinero de la venta podría haber comprado otro más simple, que incluso sería muy útil para el día a día. Ahorraría en el transporte escolar de Lara y en los viajes en Uber para ir y volver del hospital y sus sesiones de fisioterapia. Pero ya ni siquiera podía imaginarme la idea de volver a conducir.

Lo irónico es que ni siquiera estaba conduciendo ese maldito día. Pero debería haberlo hecho. Vinicius estaba nervioso y yo debería haber insistido más en tomar el volante.

Bueno, sabía que habría sido inútil. Cuando Vinicius estaba nervioso, no había nada que lo hiciera cambiar de idea.

Entré al edificio y subí en el ascensor hasta el sexto piso, donde estaba ubicado el despacho. Anuncié mi nombre a la recepcionista, que rápidamente me indicó el camino hacia la oficina del Doctor Thiago. Él ya me esperaba allí y, en cuanto abrí la puerta, me di cuenta de que no estaba solo. Había otro hombre sentado en una de las sillas alrededor de una mesa de reuniones. Estaba justo frente a la puerta, lo que hizo que, tan pronto como llegué, mis ojos se encontraran directamente con los suyos.

Era un hombre atractivo.

Bueno, ¿a quién quería engañar? Atractivo sería quedarse corto para describirlo. Aunque estaba sentado, se notaba que era bastante alto, creo que fácilmente rondaba el metro noventa. Tenía el cabello castaño claro y una barba corta que marcaba su rostro.

Esa belleza hipnotizante debía ser, lógicamente, lo primero que llamó mi atención. Pero extrañamente, no fue así. Sus ojos verdes eran duros y serios. A primera vista, podría dar la impresión de frialdad, pero comprendí que no era eso. Lo que veía allí era... tristeza.

—Señorita Luciana, buenas tardes —dijo Thiago, haciéndome apartar la mirada mientras caminaba hacia mí y me tendía la mano, que estreché formalmente—. Llegó un poco más temprano de lo previsto. La puntualidad es una cualidad para pocos.

Forcé una ligera sonrisa ante el elogio, tratando de parecer amable. Pero debo admitir que era difícil, considerando lo nerviosa que estaba. Agradecí mentalmente cuando él sacó una silla para que me sentara, ya que mis piernas temblaban tanto que temía caerme en cualquier momento.

La silla en la que me senté estaba justo enfrente de la del hombre cuyo nombre aún no conocía, pero que sabía que era mi verdadero contratante.

El tipo a quien iba a alquilar mi útero. Llegaba a ser gracioso por lo surreal. Pensé en lo que Vinicius diría si estuviera allí para ver esa decisión mía. Celoso como era, jamás admitiría verme embarazada de otro hombre, aunque no hubiera ningún tipo de contacto sexual involucrado.

—Entonces, señorita Luciana, este es Marcos Herrmann, él es quien va a contratarte. Creo que lo has reconocido, ¿verdad?

¿Reconocido? ¿Debería?

Volví a mirar al tal Marcos. Tan guapo como era, perfectamente podría ser un galán de telenovelas o un influencer famoso. Lo cual, obviamente, no significaba nada

para mí. Mi internet se limitaba al trabajo, y la televisión de mi casa básicamente solo servía para canales infantiles o dibujos animados.

Moví la cabeza en señal de negación, lo que pareció sorprender a los dos hombres.

—¿No? ¿En serio? —insistió Thiago. Moví la cabeza una vez más, y eso pareció convencerlo, aunque seguía sorprendido—. Bueno, no importa. Redacté un contrato explicando cómo funcionará todo. Si aceptas y estás de acuerdo con todos los términos, será como ya te expliqué. Recibirás un monto mensual, que aún vamos a calcular, para tus gastos de alimentación, vestimenta, medicamentos o suplementos alimenticios que puedas necesitar, las cuentas básicas de tu casa... En fin, queremos que durante todo el embarazo puedas dedicarte única y exclusivamente a esto.

Eso no sería posible, porque seguiría saliendo casi a diario para los tratamientos de mi hija. Pero si su preocupación era que pudiera ser interrogada sobre el embarazo en un ambiente laboral, necesitaba tranquilizarlos, recordándoles que trabajo desde casa, como autónoma. De esta forma, sinceramente, no tendrían que preocuparse por pagar mis cuentas básicas, porque seguiría trabajando y podría perfectamente continuar haciéndolo, el monto que me pagarían ya era lo suficientemente alto para que no tuviera ninguna ambición de querer más.

Iba a decirle esto, pero no me dio tiempo, ya que pronto volvió a hablar mientras se sentaba en una silla al lado de Marcos:

—Claro, esto sin contar los gastos médicos. Todo el control prenatal se realizará en los mejores hospitales, con los mejores profesionales. El bienestar del bebé y, consecuentemente, el tuyo, son prioridades en todo esto. Las fechas de los procedimientos te serán informadas y un conductor del señor Marcos siempre te recogerá y te llevará de vuelta a casa. No necesitarás preocuparte por nada.

La frase "no necesitarás preocuparte por nada" solo podría, realmente, ser dicha por un ser humano sin útero. Yo iba a gestar un niño dentro de mí, era obvio que eso traería miles de preocupaciones. De todas formas, decidí quedarme callada al respecto porque... sinceramente, no esperaba que él fuera capaz de comprenderlo.

En ese momento, estaba reforzando en mi mente todas las dudas que Carol siempre me contaba sobre su actual novio siendo un "buen tipo". No parecía tener mucha empatía, ¿verdad?

—Tu primera consulta para la inseminación será en los próximos días. Cabe resaltar que es un proceso que podría no tener éxito en el primer intento, pero nuestro contrato establece que, si no funciona, intentaremos algunas otras veces... hasta que funcione o, en caso de ver que no va a funcionar, hasta que mi cliente decida intentar con otra persona.

Es decir... Mi voluntad allí no importaba mucho. ¿Y si todo salía mal una, dos, tres veces... y yo ya no quería seguir intentando?

Realmente quise discutir eso, pero... solo medio segundo de reflexión me llevó a una conclusión obvia: no

iba a rendirme. Necesitaba ese dinero, aunque tuviera que pasar por quinientos procedimientos fallidos.

No podía fallar. Necesitaba demasiado ese pago.

—¿Alguna pregunta? —preguntó Thiago al final de toda esa explicación.

Ni siquiera lo pensé antes de disparar:

—¿Cuándo recibiré el dinero?

Me di cuenta de que el tal Marcos suspiró y desvió la mirada, visiblemente incómodo con mi pregunta. ¿Realmente qué esperaba? Él estaba pagando a una mujer para que gestara a su hijo, era un maldito acuerdo comercial. Realmente no me importaba ni un poco los cambios en mi cuerpo, las explosiones hormonales, los riesgos de un embarazo o los temores del momento del parto. Solo tenía una cosa en mente: necesitaba comprar las prótesis para mi hija. Lo más pronto posible.

—Bueno... —retomo Thiago—. Recibirás cincuenta mil tan pronto como la inseminación sea exitosa. Otros cincuenta al llegar al quinto mes de gestación. Los cien restantes los recibirás al final, con la entrega del niño. Si hay un aborto en cualquier fase, no necesitarás devolver el dinero, pero, dependiendo de tu condición física, podremos reiniciar el procedimiento, si es del interés del contratante, sin pagar más por eso. Si los intentos de inseminación no tienen éxito y mi cliente opta por desistir, solo recibirás veinte mil, lo que debe cubrir los inconvenientes.

"Cubrir los inconvenientes"... ¿estaba hablando de una tienda en construcción?

Con los cincuenta mil iniciales, ya podría cubrir los costos de la mayor parte del equipo. Como tendría el ahorro de los gastos mensuales de la casa, que él cubriría y decidí que no me opondría a eso, y sumando lo que había ahorrado para la prótesis del día a día, tal vez podría cubrir casi todo.

Iba a funcionar. Todo iba a funcionar. Y mi pequeña volvería a tener una vida lo más parecida posible a lo que era antes de que ocurriera esa desgracia.

—Bien. Por lo demás, todo quedó muy bien explicado —concluí.

Thiago volvió a hablar:

—Otra cosa primordial es que deberás mantener el secreto sobre toda esta situación. No sé si estás informada, pero ceder el útero para una gestación de otras personas, a cambio de dinero, es una práctica prohibida en Brasil. La ley solo permite la gestación subrogada de manera no remunerada, siempre y cuando sea realizada por parientes hasta el cuarto grado. Tú no tienes parentesco con el señor Marcos, y lo estás haciendo a cambio de dinero. Si hay una denuncia, los tres responderemos por un crimen. En otras palabras, si llegas a perjudicar al señor Marcos, también serás perjudicada. O incluso más, porque... él tiene acceso a los mejores abogados, y temo que tú no tengas los mismos recursos.

Ahora, tenía claro: ese Thiago era cualquier cosa menos un buen tipo. Necesitaba hablar con Carol sobre él. Mi sexto sentido me mantenía alerta, y necesitaba contarle esa impresión a mi amiga. Por más que eso la hiciera sufrir, sería mejor una decepción ahora que un sufrimiento mucho mayor después.

Sobre el otro tipo, Marcos... ni siquiera había escuchado su voz. No dijo una sola palabra y, después de mi pregunta sobre el dinero, ni siquiera volvió a mirarme. No sabía bien qué pensar de él. Me parecía un gran enigma.

Un enigma que, tal vez, jamás lograría resolver.

Thiago me entregó las hojas del contrato, las cuales leí rápidamente antes de firmar. Sin más preguntas.

Estaba hecho. No habría vuelta atrás.

*****

Capítulo seis



MARCOS

¿Cuándo recibiré el dinero?

Esa había sido la primera pregunta de esa mujer. Lo primero que pensó en decir, lo que demostraba que esa era su absoluta prioridad.

Bueno... ¿pero qué tenía de extraño eso? ¿Qué esperaba? ¿Que estuviera en esto por caridad a un total desconocido? Era obvio que no.

Sin embargo, confieso que algo en mí se frustró con la forma en que lo preguntó. Ni siquiera hizo ninguna pregunta sobre el equipo médico involucrado, nada que tuviera que ver con su propia salud, lo que me daba la clara impresión de que ponía el dinero por encima de cualquier otra cosa.

No me gustaban las personas codiciosas. Claro, no sería hipócrita al negar que la ambición estuvo presente en mi vida. Tuve una infancia humilde, estudié parte de mi vida en escuelas públicas, y otra parte con becas. Era un nerd tan apasionado por la tecnología, que hice de ello mi modo de vida, y a través de eso, terminé creando mis propias aplicaciones, mi propia empresa... y construyendo mi propia fortuna.

Pero esa ambición en mí nunca estuvo completamente centrada en el dinero, y nunca fue un factor determinante en mis decisiones. Amaba lo que hacía, y mi enriquecimiento vino como consecuencia de ello.

Lo que más amaba de Isadora era el hecho de que me conoció como un compañero becado en su escuela de élite en la secundaria, y, aunque yo era discriminado -no solo por ser un estudiante nerd, sino también por ser pobre-, a ella no le importó el juicio de los demás, se acercó a mí, se hizo mi amiga... y, un año después, mi novia. Sus padres no aprobaban nuestra relación, pero ella luchó por ello. Estuvo a mi lado cuando no tenía nada, apoyándome en todos mis sueños. No sería ni un tercio del hombre exitoso que soy hoy si no fuera por su apoyo.

Aparte de Isadora, Thiago -que era su amigo de la infancia y terminó siendo también mi amigo cuando nos conocimos- y mi hermana Elisa, vivía constantemente rodeado de personas que dejaban que la codicia dominara sus vidas. No soportaba a ese tipo de personas, y eso fue lo que me arruinó la primera buena impresión que tuve de esa mujer.

Pero, de nuevo: ¿qué más esperaba?

Un poco más de una semana había pasado desde nuestro primer encuentro y no la había vuelto a ver. Ella ya había iniciado los procedimientos médicos para la inseminación, y decidí seguir el consejo de Thiago y optar por no acompañarla en esta primera fase. A partir del momento en que estuviera embarazada,si todo salía bien, claro, asistiría a los exámenes para seguir el crecimiento y desarrollo de mi hijo.

Era domingo y había aceptado una invitación de mi hermana para almorzar con ella. Aprovecharía para contarle todo esto. No tenía idea de cómo reaccionaría.

Cuando llegué a su apartamento, me sorprendió no ser recibido por un “ataque" de Caio, mi sobrino de ocho años.

—Caio no está esperando escondido detrás de algún mueble para saltar sobre mí de sorpresa en cualquier momento, ¿verdad? —pregunté mientras entraba en la espaciosa sala de estar.

Por decisión de Elisa, su apartamento tenía alrededor de la mitad del tamaño del mío. Había sido un regalo mío, quería que tuviera el máximo de confort posible, pero ella insistió en que no necesitaba más espacio que eso, que ya lo consideraba incluso demasiado. Convencerla de aceptar ese tamaño fue complicado. Pero Elisa estaba divorciada y yo viudo, nuestros padres ya habían fallecido y éramos toda la familia el uno para el otro, por eso me aseguré de que viniera a vivir cerca mío, además de trabajar en mi empresa. ¿De qué me serviría tener tanto dinero si no lo usaba bien para cuidar de las personas que amaba?

—No, tranquilo, no habrá ataque hoy. Caio bajó al apartamento de su amiga, Ana Clara. La madre de ella lo invitó a almorzar allá.

Ya había oído mucho sobre Ana Clara. Vivía en nuestro edificio, unos pisos más abajo, y estudiaba en la misma clase que Caio. Los dos eran inseparables.

Aproveché que mi sobrino no estaba para entrar en el tema serio que tenía que tratar. Lo hice en cuanto me senté en el cómodo sofá.

—Necesito contarte algo, Elisa. Sobre la inseminación. He decidido intentarlo de nuevo.

Ella sonrió enormemente y se sentó a mi lado, tomando mi mano entre las suyas.

—Qué bueno que pensaste mejor sobre esto, Marcos. Estuve investigando en Internet, y creo que si pruebo algunos tratamientos hormonales, yo…

—No, Elisa —la interrumpí—. Ya te dije que no quiero que te sigas involucrando en esto.

La sonrisa en su rostro dio paso a una expresión confusa.

—Pero... entonces ¿cómo... quién...?

—Contraté a una persona. Una mujer llamada Luciana, tiene veintinueve años, está sana, y... es todo lo

que sé sobre ella. Thiago se encargó de todo. Ella ya comenzó con los tratamientos para intentar la inseminación.

—Espera... ¿Contrataste a una completa desconocida para que geste a tu hijo? ¿Y si esa mujer es una estafadora y trata de extorsionarte amenazando con no entregarte al niño o, no sé, hacerse un aborto? ¿Y si es una loca y decide huir con el bebé? ¿O si va a los medios a contar todo esto? Las acciones de Connection pueden desplomarse, podrías tener que responder penalmente, eso podría perjudicarte mucho, de tantas maneras...

—Thiago se ha asegurado de todo. Ella no va a intentar nada. Está siendo muy bien pagada por el trabajo. Quédate tranquila, Elisa. Mi única preocupación, aparte de hacer los pagos, es esperar que la inseminación sea exitosa y que pueda llevar el embarazo con seguridad hasta el final. Yo quiero mucho a ese hijo.

—Lo sé, hermano. Solo tengo miedo de que algo malo pase y sufras aún más.

—Nada malo va a pasar.

—Bueno... estaré aquí a tu lado, de todos modos. Te ayudaré en lo que necesites.

—No tengo dudas de eso, hermana. Bueno, me invitaste a almorzar, ¿verdad? ¿Hasta qué hora vas a seguir torturándome con el olor de esa comida?

Ella sonrió y asintió, entonces nos levantamos y fuimos a almorzar. Elisa cocinaba muy bien, su sazón era muy parecida a la de nuestra madre, lo que hacía que sus invitaciones a almorzar en su casa fueran totalmente irresistibles. Mientras comíamos, cambiamos de tema, ella me contó algunas cosas sobre Caio. Sin embargo, justo después de servir el postre, volvió al tema anterior:

—Entonces, ¿cómo es ella?

—¿Ella...?

—Sí. La... ¿cómo se llama? Luciana, ¿no?

—Solo estuve con ella una vez, por menos de una hora, y no intercambiamos ni una palabra. Thiago se encargó de todo.

—Marcos, la mujer va a dar a luz a tu hijo y no te preocupaste por hablar con ella?

—Ya te dije, Thiago se encargó de todo.

—Sí, te pasó el nombre, la edad, el estado de salud, pero... ¿cómo es ella realmente?

—Es una mujer bonita —confesé lo que no podía negar. Ella realmente era hermosa—. Rubia, ojos azules... Pero el ADN del bebé será el mío y el de Isadora, la apariencia de la mujer que lo geste no influye en nada.

—No estoy hablando de su apariencia, Marcos. Estoy hablando de lo que ella es como persona. ¿Qué hace en la vida, dónde vive, cómo es su familia, qué le gusta...?

—Eso no importa, Elisa. Voy a convivir con esta mujer lo mínimo durante nueve meses de embarazo, y luego no pienso volver a verla nunca más. Es importante no crear vínculos.

—Marcos... perdóname por hablar de esto, pero... hay momentos en los que casi no te reconozco. Cambiaste mucho después de la muerte de Isadora.

El comentario me irritó levemente.

—¿Cómo puedes decir algo así, Elisa? Yo sigo siendo la misma persona para ti y para Caio.

—Exactamente. Para mí, sigues siendo el mismo hermano cariñoso y, para Caio, el mismo tío consentidor. Y sé que por dentro sigues siendo el mismo ser humano maravilloso, pero... te cerraste completamente al resto del mundo.

—El resto del mundo no me importa.

—Pero debería importarte, Marcos. Especialmente una mujer que va a gestar a tu hijo.

—No tuve una buena impresión de ella. Visiblemente es solo una persona capaz de hacer cualquier cosa por dinero. Thiago dijo que esta será su segunda gestación. No

me sorprendería que la primera también haya sido con vientre subrogado por alguien. Es un buen negocio.

—¿Cómo puedes saber si siquiera hablaste con ella? De todas formas... Es obvio que ella entró en esto por dinero, ni siquiera te conoce, ¿qué otras razones podría tener para hacerlo? Pero puede que no sea una codiciosa. Solo alguien que necesita ese dinero.

—Todos necesitamos, al final de cuentas.

—Exacto, por eso mismo, no juzgues sin conocer su realidad. Entiendo que no quieras tener una cercanía mayor, pero nadie te está pidiendo que te hagas el mejor amigo de ella. Pero conocerla es lo mínimo, tendrás que convivir mínimamente con ella, así que hazlo de la forma más amigable posible.

Suspiré, como un niño recibiendo un sermón. No importaba que fuera un hombre adulto, que nuestra diferencia de edad fuera de solo dos años y que yo fuera unos veinte centímetros más alto que ella. Elisa siempre tendría conmigo la postura de una hermana mayor.

—Está bien, no hablemos más de eso. ¿A qué hora regresa Caio?

Abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera decir una palabra, escuchamos el sonido de la puerta abriéndose y, momentos después, el ruido de una carrera hasta el comedor. Un niño de ocho años apareció corriendo e hizo lo que esperaba desde que llegué allí: saltó sobre mí, abrazándome.

—¡Tío Marcos! —exclamó emocionado.

—¿Qué tal, campeón? —Lo apreté con fuerza y, cuando se separó, se detuvo frente a mí. Sentado en la silla, mis ojos quedaban más cerca de los suyos—. Pensé que no te vería hoy.

—Estuve en casa de Clarita. Estamos juntos en el trabajo de Ciencias.

—Ya veo. ¿Me vas a convencer de que estuvieron todo este tiempo haciendo el trabajo?

—Jugamos un poco. Porque nadie es de hierro, ¿no, tío?

Me reí, divirtiéndome con la forma en que hablaba. Elisa aprovechó para hacer un comentario:

—Dice que va a hacer el trabajo, pero estoy segura de que los dos estuvieron conversando sobre correr, o incluso entrenando en la sala. ¡Pobrecita la mamá de Clarita!

—Solo entrenamos un poquito, mamá —replicó él, haciendo un puchero.

—¿Están este año nuevamente en el equipo de atletismo? —pregunté.

Desde los cinco años, él y su amiguita y vecina Ana Clara formaban parte del equipo de atletismo de la escuela.

Siempre al final del año hacían una especie de olimpiadas. Dividían a los alumnos de todas las unidades del colegio en cuatro o cinco equipos, y competían en las pruebas.

Siempre pensé que ese interés de Caio por las carreras era algo pasajero, pero estaba demostrando ser una verdadera vocación.

Caio asintió y agregó:

—Clarita y yo somos del Equipo Águila. Lara también. ¡Vamos a ganar este año!

—Espera, ¿quién es Lara? —indagué, curioso.

—Es otra amiguita de ellos —explicó Elisa.

—Espera, que no puedo seguir el ritmo de tus amistades, Caio. Pensé que tu grupo eran tú, Ana Clara y otros dos chicos.

Resopló y puso los ojos en blanco, soplando el cabello lacio que caía sobre su frente. ¿Qué me estaba perdiendo de la vida social de ese niño?

—Júnior y Pedro ya no son mis amigos, tío. ¡Son unos idiotas!

—¡Cuidado con el vocabulario! —lo reprendió Elisa. Se levantó, comenzando a recoger los platos de la mesa—. ¡La verdad es que no puedo creer esto, Marcos! Fue amigo de

esos chicos desde la guardería, y ahora se pelearon y ya no se hablan.

—¡Porque son unos idiotas... digo, unos tontos! —se corrigió a tiempo—. Tío, ellos se burlan de Lara y eso no está bien.

—Está bien, campeón, vamos despacio para poder seguirte. ¿Quién es Lara?

—Es nuestra amiga. La mía y la de Clarita.

Elisa explicó:

—Parece que la niña es alumna becada. Y tiene una discapacidad. Ya sabes, ¿verdad? Los niños pueden ser crueles. Pero ya le dije a Caio que no es razón para pelear con sus amigos. Debería hablar con ellos, hacerlos entender. —Se fue a la cocina, llevando los platos, dejándome solo con Caio.

Él esperó a que su madre saliera para explicarme, con voz baja para que no lo escuchara.

—Intenté hablar, tío, cuando empezaron con las burlas hacia ella. Pero fueron muy crueles, se rieron de ella, dijeron cosas horribles. Entonces, Clarita y yo nos peleamos con ellos.

—¿Sabes qué, campeón? Tienes toda la razón. Si intentaste hablar con ellos y aún así siguieron siendo crueles, hiciste muy bien en defender a tu amiga y en alejarte de esos chicos.

Se infló de orgullo.

—Lara es muy genial, tío. Ellos se ríen, la llaman pobre, porque tiene beca. Y muchas otras palabras feas, porque no tiene una pierna. Usa una pr... prót...

—¿Prótesis? —completé.

Movió la cabeza afirmativamente.

—Sí. Ni se nota, porque siempre usa pantalón largo, incluso cuando hace calor. Ella dice que su mamá le pide que use los pantalones cortos de la escuela, pero tiene vergüenza y miedo de que se burlen más de ella. Pero no importa si nadie lo ve, porque camina cojeando un poco. ¡Y esos idiotas se siguen riendo de ella! —Bajó aún más el tono de voz. —No le cuentes a mamá que dije "idiotas". ¡Pero es lo que son!

Comencé a hablar en el mismo tono que él.

—Tranquilo, no se lo contaré. Pero tienes toda la razón, son unos tontos. Y no tienes que ser amigo de gente así. ¿Sabías que tu tío Marcos también fue un estudiante becado?

—¿Tú, tío? Pero yo pensaba que la beca era para quienes no podían pagar la escuela, y tú eres rico.

Me reí, divertido por su conclusión.

—Hoy tengo una buena situación, Caio. Pero cuando era joven, no la tenía. Tus abuelos vivían una vida difícil.

—Mamá dice que estudió en una escuela pública.

—Sí, yo también. Así que, en la secundaria, hice un examen y lo pasé, con eso conseguí una beca en un colegio caro.

—¿Los demás niños también se burlaban de ti?

—Mucho. Todo el tiempo. Pero también tuve buenos amigos que me defendían. Como tú y Ana Clara hacen con esa niña. Ustedes saben que lo que esos chicos hacen está mal. Y estoy muy orgulloso de ti. Porque hay que ser muy valiente para pelear por lo que sabes que es lo correcto.

Él sonrió ampliamente, luciendo orgulloso de sí mismo y, por supuesto, sonreí también. Caio siempre sacaba lo mejor de mí. Elisa tenía razón cuando decía que me había convertido en otra persona desde la partida de Isadora. Ahora era más cerrado y mucho menos sociable. Pero mi familia era mi refugio.

Y, muy pronto, también tendría un hijo para traer más luz a mi vida.

No necesitaba nada más que eso.

*****

Capítulo siete



LUCIANA

Cuarenta días después...

No me encontraba nada bien en las últimas semanas, ni física ni psicológicamente. Las inyecciones hormonales hacían que mi cuerpo se hinchara, estuviera dolorido, afectaran mi apetito y mi estado de ánimo, y además, se sumaban las infinitas dudas que me generaba sobre si estaba haciendo lo correcto.

Sin embargo, nada de eso tenía la menor importancia y todo el sufrimiento se veía recompensado cuando veía esa sonrisa en el rostro de mi hija.

La chica que la atendía en la clínica donde íbamos a hacer las prótesis tomaba sus medidas y le explicaba todo a Lara con mucha paciencia y buen humor. Esta vez íbamos

a hacer el pedido de la nueva prótesis para el día a día, pero ya le había prometido que en poco tiempo regresaríamos para hacer la de correr, y era sobre esta última que mi hija escuchaba, encantada, las explicaciones al respecto.

—¿Voy a poder correr con ella igual que las otras niñas? —preguntó Lara, emocionada.

—¡Claro que sí! —respondió la chica, sonriente—. Pero para eso, tienes que dedicarte mucho a la fisioterapia. ¿Me prometes que lo harás?

—¡Lo prometo! ¡Daré lo mejor de mí!

—¡Así me gusta, niña! —Extendió la mano para que Lara chocara la suya.

Ver esa felicidad en Lara era lo que más me importaba en la vida.

Estaba tan absorta observando esa escena que me sobresalté cuando alguien tocó mi hombro. Miré hacia un lado, encontrándome con Carol, que había venido a buscarme a la clínica.

—¿Llegué a tiempo? —preguntó, respirando agitadamente.

Me sentía pésima por estar dándole todo ese trabajo a mi amiga. Eran las diez cincuenta y cinco de la mañana, y a las once el conductor de Marcos Herrmann, mi contratante, llegaría a la clínica para recogerme. Tenía

consulta a las once y media. Carolina había tenido una reunión con un cliente por la mañana para mostrarle una casa, y luego corrió para encontrarme allí. Ella se quedaría con Lara hasta que terminaran las mediciones para la prótesis, luego la llevaría a casa y la prepararía para mandarla a la escuela cuando el transporte escolar pasara a recogerla.

—Gracias por venir, Carol —agradecí, sujetando la mano que ella aún tenía en mi hombro.

Sentada en el sofá, frente a la chica que le mostraba la prótesis de correr, Lara miró a Carolina y se emocionó al contarle:

—¡Madrina, mira esto! ¡Mi mamá va a comprar una de estas para mí, y voy a poder volver al equipo de carreras de la escuela!

—¡Que se preparen las otras niñas, va a ser muy difícil vencerte! —respondió Carol, haciendo reír a Lara.

Cuando mi hija volvió a prestar atención a las explicaciones sobre la prótesis, Carolina me tomó de la mano y nos alejó unos pasos de donde estaba Lara. Luego me preguntó en voz baja:

—¿Hoy es el día en que confirmarán si la inseminación fue exitosa?

Ya había hecho algunas pruebas de farmacia. Muchas, para ser sincera, prácticamente desde la primera semana después del procedimiento de inseminación. Las primeras

habían dado negativas, luego empezaron a dar positivas, pero sabía que aún era muy pronto para tener precisión, especialmente porque todavía había estado sometida a tratamientos hormonales para aumentar la fertilidad, lo que podría contribuir a un resultado fallido. El médico había agendado la consulta del descubrimiento para la cuarta semana, cuando la efectividad sería mayor.

—Sí. Estoy nerviosa, no pude dormir en toda la noche.

—Tranquila, Lu. El doctor que está a cargo de todo no te dijo que puede ser que el primer intento no funcione? Podrás intentarlo nuevamente.

—Siempre que mi jefe quiera que intente de nuevo. Él puede simplemente preferir intentar con otra persona. Todo está en el contrato redactado por su abogado.

Obviamente, ella notó mi indiferencia en la última palabra, tanto que intentó argumentar:

—No es un mal tipo, Lu. De verdad. Tal vez tenga una actitud más fría en el trabajo, es normal. Pero es una persona muy buena, te lo aseguro.

—Espero que tengas razón, Carol.

Y realmente esperaba que tuviera razón. Por ella. Odiaría ver a mi amiga involucrada con un tipo detestable.

Escuché el sonido de una bocina proveniente de la calle y me giré hacia la puerta de vidrio, viendo el gran

coche que me esperaba allí. Me despedí de Carol y le di un beso a Lara, pidiéndole que se comportara y diciéndole que nos veríamos por la noche, luego salí. Entré al coche que me esperaba y seguimos rumbo al hospital.

Fue en ese trayecto que el nerviosismo se apoderó de mí con toda su fuerza. Mis manos estaban frías y todo mi cuerpo temblaba, con miedo de que todo saliera mal.

Pero cerré los ojos y empecé a repetirme un mantra de que todo saldría bien. Llevé la mano a mi panza, deseando con todo mi corazón que estuviera embarazada.

*****

Al llegar, fui dirigida a una interminable batería de exámenes. No tenía nada que quejarme del trato que estaba recibiendo allí, me trataron tan bien que en algunos momentos me preguntaba si realmente estaba en un hospital o en una especie de hotel de lujo.

Al terminar todo, me llevaron a una sala privada, pequeña pero cómoda, donde me sirvieron jugo con galletas y me dejaron esperando sentada en un cómodo sofá, con un televisor que pasaba un noticiero.

Pero no podía comer, ni prestar atención a una sola palabra que decían en la televisión. El jugo, sin embargo, fue muy bienvenido para aliviar un poco la garganta seca por los nervios. Ahora, solo debía esperar, el médico

responsable hablaría conmigo tan pronto como tuviera todos los exámenes, tanto los de ese día como los realizados en días anteriores.

Estaba tan nerviosa y tan inmersa en mis propios pensamientos que no sabría calcular cuánto tiempo pasé allí hasta que la puerta se abrió. Volví la mirada hacia allí, imaginando que sería algún enfermero o médico. Fue con sorpresa que encontré el rostro de Marcos Herrmann.

Él, obviamente, sabía que yo estaría allí, pero aún así se detuvo por un instante, con la mano en la manija de la puerta abierta, mirándome como si estuviera sorprendido.

En realidad, era más como... curiosidad.

Moví la cabeza en un saludo silencioso, que él respondió de la misma manera. Luego entró y se sentó a mi lado. El sofá tenía tres asientos y yo estaba en uno de los extremos, él se sentó en el opuesto, dejando un espacio considerable entre nosotros.

Y entonces... se hizo un gran silencio. A excepción del presentador del noticiero que anunciaba alguna noticia en la televisión, nadie dijo una sola palabra.

Eso era tan... incómodo, extraño... inusual. Obvio, no todo el mundo pasa por la situación de ceder un útero para gestar el hijo de un completo desconocido. Ese era el tipo de encuentro que no debería suceder tan frecuentemente.

Seguimos en ese silencio, hasta que la puerta se volvió a abrir. El Doctor Jonas era un médico

experimentado, con su cabello completamente blanco y las arrugas en su rostro que demostraban que estaba caminando hacia los setenta años. Pero él, por lo que me habían informado, era uno de los mayores especialistas del país en inseminación artificial. Él sería el encargado de esa primera etapa del proceso.

Marcos se levantó para saludar al médico y yo hice lo mismo, ya que mis otros exámenes de ese día habían sido realizados por otros profesionales.

—Señor Marcos, señorita Luciana, ¿cómo están?

—Estoy nervioso, doctor —dijo Marcos y, por primera vez, escuché su voz. Era mucho menos dura de lo que pensaba, dado lo poco sociable que se mostraba. Pero era una voz agradable de escuchar. Suave, pero al mismo tiempo, fuerte.

Volví a recordar el hecho de que supuestamente él era famoso... y que hasta ese momento no había tenido la curiosidad de investigar sobre él para saber qué hacía con su vida. Volví a pensar que tal vez era actor. No solo tenía la postura y la belleza, sino también la voz de un galán de telenovelas. Tal vez también podría ser cantante...

—¿Están listos para las noticias? —instigó el médico. ¿De verdad aún iba a crear suspenso con algo tan importante? Después de una pausa, miró a Marcos y declaró—: En fin, parece que su agonía ha llegado a su fin, señor Marcos. La inseminación fue un éxito.

Solté el aire de mis pulmones, sintiendo mi pecho inundado de una mezcla loca de alivio con una nueva ola de ansiedad. Dios mío, estaba embarazada...

Embarazada de un bebé que no sería mío.

Parecía estar atrapada en otra dimensión cuando el doctor Jonas se acercó a mí, tomando mis manos con las suyas en una especie de felicitación de... no sé qué. Iba a generar una vida, al fin y al cabo, y eso era una bendición innegable. Pero las felicitaciones no deberían ser dirigidas a mí. Yo saldría completamente vacía de eso. Vientre vacío, manos vacías...

Tal vez también con un espacio vacío en mi corazón.

—Gracias... —prácticamente susurré en respuesta al doctor.

Volvió a hablar con Marcos, pero no pude prestarle la menor atención a eso y seguí atrapada en la montaña rusa de sentimientos dentro de mí.

Intenté enfocarme en la parte práctica y racional, en lo que me había llevado hasta allí: mi hija volvería a correr. Podría darle una buena calidad de vida durante los próximos años. Y además, ayudaría a un hombre que quería ser padre y cumplir el último deseo de una mujer que había muerto. Era algo bueno. Muy bueno.

—Los dejo a solas, deben tener mucho de qué hablar —dijo el médico, volviendo a llamar mi atención al momento presente—. Luciana, ahora continuarás con otros

profesionales. Fue un placer haberte cuidado en esta primera etapa. Creo que el señor Marcos se encargará de agendar tu próxima consulta, pero ya te aviso que deberá ser en dos semanas, para verificar que todo esté yendo bien, ¿de acuerdo?

Moví la cabeza afirmativamente y él salió de la sala, dejándome sola con Marcos. Finalmente, me giré para verlo, esperando encontrar al mismo hombre frío que conocí hace más de un mes. Pero la imagen frente a mí era completamente diferente a lo que imaginaba.

Él estaba llorando.

Sus ojos verdes brillaban debido a las lágrimas y esa postura que, en un principio juzgué como egoísta, simplemente se desplomó, como un castillo de cartas.

Extendió las manos vacilantes hacia mi vientre, deteniéndose a unos centímetros de distancia.

—¿Puedo? —preguntó. Su voz emocionada fue otro golpe para mí.

Moví la cabeza afirmativamente y, lentamente, tocó mi vientre plano. Entre lágrimas, sonrió.

No sabía si era el llanto, su sonrisa o su leve toque... tal vez todas esas cosas juntas. Pero sentí una ola de calor recorrer mi cuerpo, enfocándose en mi corazón. Cuando me di cuenta, las primeras lágrimas ya se formaban en mis ojos, volviendo mi visión borrosa.

—Es increíble pensar que hay alguien formándose ahí dentro... —dijo, con los ojos fijos en mi panza.

Finalmente, pude decir algo.

—Sí... todo indica que sí.

—Aún es tan pequeño. ¿Cómo será? ¿Del tamaño de un grano de frijol?

—Es una semilla de amapola... —divagué, dándome cuenta de inmediato de que eso lo confundía, ya que levantó la cabeza y me miró al rostro.

—¿Qué?

—El tamaño del bebé. Con cuatro semanas, no es como un frijolito. Es más o menos del tamaño de una semilla de amapola... o de un grano de sésamo. Es muy, muy pequeño.

—Creo que... necesito leer más sobre esto.

—Es normal, no es el tipo de cosa que vemos en la televisión todo el tiempo. Yo busqué información cuando me quedé embarazada de mi hija.

—¿Tienes una hija? —pareció sorprendido.

—Sí. Se lo dije a su abogado.

—Perdón. La información que me pasó es que esta sería tu segunda gestación. Creo que entendí mal.

Y entendí exactamente lo que quería decir. Y eso hizo que mi mala impresión inicial sobre él regresara con fuerza total.

—No, este es mi primer alquiler. La primera inquilina vivió aquí gratis. —Fue un intento de broma, pero ni yo misma pude controlar la acidez en mi voz—. Bueno, ya hice lo que tenía que hacer aquí, ahora necesito regresar a casa.

Me di la vuelta para salir y ya estaba llegando a la puerta cuando me llamó.

—Espera, Luciana. —Me detuve, esperando que dijera algo, pero ni siquiera lo miré—. En dos semanas es la próxima consulta. A partir de ahora, tengo la intención de acompañarte siempre que sea posible.

—Hasta dentro de dos semanas, entonces —anuncié, y finalmente abrí la puerta y salí de la sala.

Mientras caminaba hacia la salida del hospital, repasaba lo que él había sugerido. ¿Qué pensaba él? ¿Que ganaba la vida alquilando mi útero, un embarazo tras otro? Bueno, si ese fuera el caso... sinceramente, ¿quién era él para juzgarme? Eso era ilegal, pero no estaba cometiendo el acto ilícito sola, él me ofreció dinero por eso, estaba tan "equivocado" como yo. Entonces, ¿por eso me había tratado tan mal?

Moví la cabeza, tratando de dejar de pensar en eso. Tenía una hija que criar y, ahora, también tendría un embarazo que administrar. Esos deberían ser mis enfoques.

Poco me importaba lo que Marcos Herrmann pensara sobre mí.

*****

Capítulo ocho



MARCOS

No entendía por qué ella se había ofendido tanto. No habría ninguna sorpresa, ni ningún tipo de ofensa, si ya hubiese prestado ese "servicio" antes. ¿Me molestaba que mi hijo fuera concebido por una persona que estaba completamente centrada en ganar dinero? Pues sí... aunque sabía que no debía sentir eso, pero... era inevitable.

Sin embargo, creo que realmente no tenía razones para sentirse tan ofendida con mi suposición.

De todos modos, dos semanas después, la volví a encontrar. Ya no teníamos contacto fuera de las consultas; eso lo manejaba Thiago, quien tenía su teléfono, su dirección, realizaba los pagos para sus gastos y la informaba sobre la programación de consultas y exámenes.

De hecho, él también había hecho el pago de la primera parte del acuerdo, los primeros cincuenta mil reales, justo después de confirmar el embarazo, tal como se había acordado.

Como la vez anterior, llegué a la clínica después de ella. No era conveniente que nos vieran llegar juntos, ya que nunca se sabía si algún periodista estaría de incógnito.

Otra médica se encargaría del seguimiento a partir de ahí y me habían hablado muy bien de ella, pero a diferencia del doctor Jonas, ella no sabía sobre las verdaderas circunstancias de la gestación. Para todos los involucrados, Luciana era la madre del bebé y nosotros dos éramos una pareja.

Cuando llegué, la encontré ya en la sala de exámenes, acostada en una mesa y lista para comenzar el ultrasonido. Después de saludarla a ella y a la técnica que iba a realizar el procedimiento, me quedé al lado de la mesa, mirando ansioso la pantalla, hasta que comenzaron a aparecer las primeras imágenes.

Eso fue completamente surreal. Aunque las imágenes eran borrosas e, incluso con la información de la técnica, nada de eso hacía sentido en mi cabeza, vi esa mancha gris en la pantalla como la cosa más perfecta que había visto en toda mi vida. Sentí las lágrimas nublando mi vista y me pasé las manos por la cara, porque necesitaba ver lo mejor posible, necesitaba absorber cada detalle de esa imagen, aunque sabía que la imprimirían.

La técnica informó las medidas del bebé y, según la comparación que hizo, él ya tenía el tamaño de un grano

de arveja. Recordé que hace solo dos semanas era una semilla de amapola, lo que significaba que estaba creciendo a una velocidad increíble.

La persona encargada del examen, entonces, preguntó si queríamos escuchar el corazón del pequeño embrión. Luciana permaneció callada y me dejó responder con un casi desesperado sí. El sonido que llegó a mis oídos fue la melodía más perfecta que podría haber imaginado escuchar.

El corazón de mi hijo. Era real.

Al finalizar todo el procedimiento, la técnica salió, informando que pronto nos llamarían para hablar con la médica. Aún permanecí unos instantes estático, mirando maravillado la imagen congelada en la pantalla. Cuando miré a Luciana, me sorprendió verla haciendo lo mismo que yo, con los ojos llenos de lágrimas.

¿Estaba llorando?

—¿Está todo bien? —Cuando me di cuenta, ya había hecho la pregunta.

Ella me miró, pero rápidamente desvió la mirada, pasándose las manos por el rostro húmedo.

—Soy un poco sensible, ya me verás emocionándome en otras ocasiones.

La primera impresión que me dio fue que ella era completamente lo opuesto a "sensible". Aún así, podría

haber supuesto que se había contagiado de mi emoción, o que su llanto era por el hecho de que todo el proceso de inseminación había tenido éxito, o por la felicidad de estar generando una vida. Pero algo me decía que no era nada de eso. Tanto así que tuve que comentar:

—Es que pareces un poco... triste.

Ella respiró profundamente, manteniendo la mirada fija en la pantalla, como si recordara algo doloroso. Noté que pareció dudar antes de revelarme lo que dijo:

—Perdí un bebé hace dos años. Pero tranquilo, no fue un aborto espontáneo. Tuve un accidente de auto.

Por la manera en que lo explicó, pude entender por qué no había mencionado esa segunda gestación a Thiago durante las entrevistas. Debía temer que la rechazaran por esa razón, y no dudo que, siendo tan meticuloso como mi amigo, realmente lo habría hecho.

—Lo siento mucho. Debe ser bastante doloroso para ti pasar por esto.

—Nada que no se pueda enfrentar. Realmente necesito este dinero. No me habría metido en esto si no fuera necesario.

Y fue en ese momento cuando toda mi impresión de que ella sería una cazadora de dinero se desmoronó por completo.

Contrario a lo que decía, esa situación no parecía para nada ser fácil de enfrentar para ella. Pasar por un embarazo, habiendo perdido un hijo, debería ser algo difícil en cualquier circunstancia, pero sería recompensado en un embarazo "normal". Ese bebé no sería suyo, y eso debía hacerlo aún más difícil.

—¿Puedes salir para vestirme? —pidió, cambiando repentinamente de tema.

—Ah... Claro... Claro. Te veré en la sala de la médica.

Ella solo asintió con la cabeza, y yo salí dejándola sola.

*****

Después de la consulta con la médica, nuevamente Luciana y yo salimos por separado.

Mi chofer la llevó a su casa, mientras que yo seguí en mi propio auto para cumplir con un compromiso ineludible. Ese día, me había comprometido con Elisa a recoger a Caio en la escuela, y no podía en ningún caso llegar tarde.

Afortunadamente, el tráfico fue favorable y estacioné cerca de la puerta del colegio a tiempo para escuchar el timbre que indicaba el final de las clases. Salí del vehículo y crucé la calle, entrando al amplio patio donde los niños esperaban a sus responsables.

En la puerta, me encontré con el padre de Ana Clara, que había ido a buscarla, y lo saludé. Como siempre, los dos niños estaban juntos, sentados en un banco, junto a otra niña que no conocía. Cuando nos vieron, Caio y Ana Clara se levantaron y vinieron corriendo a recibirme. La niña saludó a los dos amigos y se fue con su padre, que parecía tener prisa, mientras yo me agachaba para estar a la altura de mi sobrino y le preguntaba:

—¿Y qué tal, campeón? ¿Cómo te fue hoy en la escuela?

—¡Hoy tuvimos Educación Física, tío! ¡Tuvimos entrenamiento de carrera! ¡Llegué primero!

—¡Eres mi campeón! Para celebrarlo, ¿qué tal si vamos a esa heladería que tanto te gusta?

Sonrió y pareció a punto de gritar de emoción. Pero se detuvo, como si estuviera pensando en algo. Giró su rostro hacia un lado y yo seguí su mirada, viendo a la niña rubia que seguía sentada en el banco, con la cabeza agachada, pareciendo triste.

Él volvió a mirarme y habló en voz baja:

—Lara se va con el transporte escolar, pero siempre tarda un poco en salir. Cuando Clarita y yo nos vamos, ella se queda sola, y los otros niños se burlan de ella.

Volví a mirar a la niña.

—Entonces, ¿esa es tu amiga Lara? ¿La que defiendes de los niños molestos?

—Es muy buena, tío. ¿Podemos quedarnos con ella hasta que llegue el transporte escolar? ¿Puedes?

—Bueno... podemos. Pero tienes que ser un niño educado y presentármela, ¿verdad?

Sonrió de oreja a oreja y comenzó a tirarme de la mano, llevándome hasta donde estaba su amiguita.

—Lara, este es mi tío Marcos, del que te hablé.

La niña levantó la cara y me sonrió. Me contagié y sonreí junto con ella, era preciosa, parecía una muñeca con esos grandes y expresivos ojos azules.

—Hola, Lara. Un placer conocerte. —Quizás era una forma un poco formal de hablarle a una niña, pero con el único niño con el que convivía era Caio y ya sabía cómo hablarle.

—¡Hola! —me saludó—. Caio habla mucho de ti.

—Espero que diga cosas buenas.

—Claro, ¿verdad, tío? —replicó mi sobrino, aparentando estar ofendido—. Siempre le digo a Lara que eres mi tío más genial.

—Quizás porque soy tu *único* tío.

—Pero si tuviera mil, aún serías el más genial.

Me parecía muy poco probable que tuviera razón, pero decidí dejarlo de lado y aceptar el elogio.

Me senté en el banco y Caio hizo lo mismo, quedando en el medio.

—¿No se van? —preguntó ella, confundida.

Ah, la sinceridad de los niños. Si hubiera sido un adulto, la pregunta habría sonado como una indirecta. Pero dicha por ella, tenía un tono meramente curioso.

—¡No! —se apresuró Caio a responder—. Vamos a quedarnos contigo hasta que llegue tu transporte, ¿verdad, tío?

Su sonrisa se amplió, llenando su rostro con una felicidad sincera. Comprendí por qué mi sobrino y su otra amiguita se esforzaban tanto por defenderla. Era una niña adorable.

—Bueno, mientras esperamos, ¿qué les parece un helado? ¿Venden en la cantina de esta escuela?

—¡Sí! —exclamó Caio emocionado—. ¡Quiero de chocolate, tío!

—Anotado, señor. ¿Y la señorita, qué sabor va a querer?

Ella encogió los brazos cerca del cuerpo, pareciendo tímida con la oferta. Pero Caio se encargó de convencerla.

—¡Puedes elegir, Lara! ¡Mi tío nos lo comprará!

—¿Puede ser de fresa? —preguntó ella, aún avergonzada.

—Si la señorita quiere de fresa, eso es lo que tendrá. ¡Ya vengo, niños!

Me alejé, yendo hacia la cantina. Pedí los tres helados, después de todo, yo también me lo merecía, como una forma simple de celebrar ese día maravilloso.

Había visto el primer ultrasonido de mi hijo, había escuchado los latidos de su corazón... Solo pensarlo me traía una emoción tan grande al pecho. Mi hijo era real. El mío y el de Isadora. Y en algunos meses estaría en mis brazos. Apenas podía contener mi ansiedad.

Cuando la cajera me entregó los helados, regresé lentamente al banco donde estaban los niños, caminando sin prisa, simplemente admirando la vista. Caio era un niño maravilloso, y pensé en lo increíble que sería como primo. No tenía dudas de que, al igual que hacía con esa niña, también defendería a mi hijo o hija de cualquier cosa.

Mi hijo…

¿Sería niño o niña? ¿Se parecería a Caio, que era muy parecido a mí, o a su madre? No me importaba nada de eso. Él o ella sería el niño más amado del mundo.

Llegué al banco y les entregué los helados a Caio y Lara. Esta vez, me quedé de pie frente a los dos, observando cómo mi sobrino, emocionado, narraba su victoria en el entrenamiento de atletismo de ese día. ¿Quién diría que niños tan pequeños ya tendrían tanta pasión por el deporte? Caio amaba correr desde que tenía unos cuatro o cinco años, y no le costó nada a Elisa darse cuenta de esa vocación y apoyarlo completamente en eso.

—¡Caio corre muy rápido! —me contó Lara, algo que ya sabía muy bien.

—¿Y tú, Lara, también estás en el equipo de carreras?

Solo después de decir esa frase me di cuenta de mi error. Había olvidado por completo lo que Caio me había contado sobre la pierna de la niña. Empecé a pensar en alguna forma de corregir la situación, pero Lara manejó la situación de manera extremadamente natural y solo respondió:

—Lo era, pero ahora ya no lo soy. —Pareciendo recordar algo importante, su voz adquirió un tono emocionado—. ¡Pero voy a volver a serlo! ¡Mi mamá va a pedir una prótesis de carrera para mí!

—¿De verdad?

—¡Sí! Y con ella podré volver a correr, tan rápido como los otros niños, o incluso más, si entreno mucho. Pero con esta que uso no puedo aún correr. La de carrera es diferente.

—¿Tiene como un resorte, no? —preguntó Caio.

—¡No! —Lara puso los ojos en blanco, como si hubiera oído el mayor de los disparates. Me aguanté para no reír por su expresión—. ¡Eso se llama espada!

—¿Espada? ¿Pero es como un cuchillo?

—¡No! Es algo que da impulso.

—Entonces es un resorte.

—¡No lo es! Te lo voy a mostrar cuando esté lista.

—¿Y cuándo va a ser?

—Va a tardar un poco, porque hay varios accesorios que hay que comprar también y son muy caros, pero mi mamá ya tiene casi todo el dinero, falta solo un poquito. Ella dijo que al final del año podré participar en la olimpiada.

Recordé más detalles de lo que Caio me había contado. La niña estudiaba allí con beca y su familia no tenía las mismas condiciones económicas que los otros estudiantes.

No tenía idea de cuánto costaba una prótesis, mucho menos una especial para correr, pero imaginaba que debía ser algo bastante caro e incluso inaccesible para la mayoría de la población. Me alegraba saber que los padres de Lara podían costear eso. Claro, siempre y cuando lo que ella

decía fuera cierto. Tal vez la familia no pudiera contarle que eso no sería posible y la estuviera ilusionando con mentiras. Esperaba que no fuera ese el caso.

Una cosa que tenía en mente para cuando fuera padre era que tendría una relación verdadera con mi hijo o hija. Odiaba las mentiras, incluso aquellas que se decían para suavizar los sufrimientos. En cuanto mi hijo tuviera edad suficiente para comprender, le contaría, aunque de forma lúdica, que su madre había muerto sin conocerlo. Tal vez las circunstancias exactas de su gestación en el vientre de una mujer que para él sería desconocida tardarían un poco más en ser reveladas.

Pero en el momento adecuado, se lo diría todo, sin mentiras.

Escuchamos una bocina proveniente de la entrada de la escuela. Una camioneta se había detenido allí, y una empleada del colegio llamaba a algunos niños por sus nombres. Lara fue uno de ellos.

Se levantó, sujetando la correa de su mochila con ruedas junto al banco.

—Hasta mañana, Caio. —Me miró—. Adiós... eh... tío de Caio.

—¡Tío Marcos! —corrigió mi sobrino.

—Adiós, tío Marcos! —volvió a sonreírme.

Dios mío, estaba encantado con esa niña.

Aunque obviamente sabía que amaría a mi hijo o hija, sin importar su género, confieso que siempre tuve una ligera preferencia por un niño. Especialmente por el tiempo que pasaba con Caio, pensaba que tendría más facilidad por criar un niño que una niña. Pero esos breves minutos de convivencia con Lara me hicieron darme cuenta de que sería un padre completamente baboso si tuviera una niña. Si fuera como ella, sería el padre más feliz y orgulloso del mundo.

Lara nos despidió con un gesto, se dio vuelta y caminó hacia la entrada. Solo entonces pude darme cuenta de la discapacidad que mi sobrino me había mencionado. Tenía algo de dificultad para caminar. Comprendí perfectamente la indignación de Caio hacia los chicos que se burlaban de eso. Eran, como él decía, unos tontos, probablemente criados por padres que reproducían comentarios prejuiciosos en su presencia.

—¿Viste qué buena es Lara, tío? —me dijo Caio, orgulloso de su amiga.

Y yo sentía un enorme orgullo por él.

*****

Capítulo Nueve



LUCIANA

Poco más de un mes después...

—¿Marcos Herrmann? —El grito de Carolina dentro del auto fue tan alto que reaccioné automáticamente cerrando los ojos.

—¡No hace falta gritar, Carol! —respondí, llevándome otro trozo de paçoca[1] a la boca—. Sí, Marcos Herrmann.

—¿Estás segura de que es ese mismo apellido?

—Claro que sí. No confundiría un nombre tan raro como ese. —Tomé otra paçoca de la caja que estaba sobre

el panel del auto. Estaba medio obsesionada con ellas. No sabía si era uno de esos famosos antojos de embarazada o si era solo nerviosismo.

—Pero... ¿Me estás diciendo que el padre del bebé en tu vientre es... Marcos Herrmann?

Qué cosa, ¿hasta cuándo iba a repetir ese nombre?

Ya estaba entrando en la undécima semana de embarazo, pero hasta entonces, cada vez que hablaba con mi amiga sobre mi "contratante", siempre lo llamaba solo por su primer nombre. Solo en ese momento recordé comentar que pensaba que él era algún artista famoso, y fue entonces cuando ella me preguntó su apellido.

Por su reacción, pude deducir que realmente era muy famoso.

—¿Es actor? ¿Cantante? —pregunté, terminando de devorar otra paçoca.

—Lu, ¿en qué mundo vives? Él es empresario. Dueño de MH Tecnología. Creador de Connection.

Dejé de comer por un momento, mirándola mientras mencionaba esas marcas. Ninguna de ellas me decía nada.

—Connection es una red social, Lu. Bastante conocida, de hecho.

—Amiga, ni siquiera reviso mi Facebook. Mi conocimiento sobre redes sociales terminó ahí.

—Pero cuando una red social es creada por un hombre guapo, es difícil ser indiferente, amiga....¿Y no te vas a marear de tanto comer paçoca?

—No. Aparentemente, al bebé le gusta mucho. —Tomé más. Cuando Carol compró esa caja para mí, probablemente no tenía idea de que me comería todo de una vez. Ya había comido casi la mitad—. Sobre Marcos, para mí era algún artista, no sé. Sabes que no tengo tiempo para eso de las celebridades... O de... lo que sea empresarial. —Miré mi celular, revisando la hora. —Ya casi es la hora.

—¿Qué examen te hacen hoy?

—Ecografía de translucencia nucal.

—¿Podrías traducir eso? Quien no ha sido madre no entiende ese dialecto de pre-natal.

—Es básicamente un examen para ver si el bebé tiene algún síndrome, malformación, algún problema cardíaco... esas cosas.

—Entiendo. Es un examen importante. Por eso estás tan nerviosa.

—¿Cómo que nerviosa? ¿Quién está nerviosa? Yo no estoy para nada nerviosa. —Tomé más paçoca, rasgué el envoltorio y me la metí toda en la boca.

Tal vez solo estaba *un poquito* nerviosa.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe?

En realidad, quería. Quería mucho. Pero no sería posible, por lo que ya había explicado:

—Mi contratante... que ahora sé que es un CEO de tecnología...

—Un CEO nerd... —me interrumpió ella, divagando—. Como tú cuando te conocí. Recuerdo el día que te mudaste, estabas usando una camiseta de superhéroes de Marvel.

—En realidad, eran de DC.

—Sabes que no tengo idea de la diferencia, ¿verdad?

—DC es mejor, es lo único que necesitas saber. Como te decía... Mi contratante prefiere que vaya sola. Creo que por eso manda a su chofer a buscarme. De hecho, gracias por haber aceptado traerme hoy. James es un pesado que siempre trata de hablarme con preguntas irrelevantes.

Ella se rió.

—Perdón, todavía me da gracia que el tipo tenga un chofer llamado James. No dudo que tenga un mayordomo llamado Alfred. Como el de Batman....¿Ves? ¡Entiendo algo de superhéroes!

Reí, casi ahogándome con la paçoca que comía.

—Gracias, Carol. De verdad, no sé cómo estaría enfrentando todo esto sin tu apoyo.

—Siempre estaré aquí para eso, Lu. Ya te lo dije, aunque tomes decisiones con las que no esté de acuerdo sabiendo que te van a hacer sufrir.

—No voy a sufrir, Carol. Mi hija está feliz, y eso también me hace feliz a mí. Bueno, me tengo que ir. Me voy a encontrar con el CEO nerd de tecnología.

—¿Pensabas que el tipo era actor? No puedo creerlo, Luciana.

—Podría ser, claro.

—Claro. Tiene toda la pinta de galán de telenovelas. O mejor dicho: un superhéroe de las películas y series que te gustaban.

—O supervillano, quién sabe. —Le di un beso en la mejilla. Antes de salir del auto, sin embargo, metí la mano en la caja de paçocas, tomando algunas más. Carolina se rió, pero volvió a advertirme que me iba a sentir mal por tanta paçoca. Estaba comiendo por dos, y esa sería mi excusa hasta el final de ese embarazo.

Cruzando la calle, me dirigí al edificio del hospital. Tomé el ascensor hasta el tercer piso, donde sabía que se realizaría el examen. Sin embargo, al llegar allí, me informaron que primero debía pasar por algunos procedimientos simples como pesaje y medición de presión,

que se realizaban en el segundo piso. Sin paciencia para esperar el ascensor, opté por subir por las escaleras.

Probablemente a causa del nerviosismo, cuando ya estaba en los últimos escalones, sentí un mareo y terminé pisando mal. Sentí mi cuerpo caer y comenzar a desplomarse, pero algo me detuvo antes de que me golpeara contra el suelo.

Con los ojos cerrados debido al susto, lo único que pude sentir fue un par de manos sujetándome con firmeza. Una ola de calor pareció comenzar con ese toque, creciendo hasta convertirse en un tsunami que recorrió todo mi cuerpo. Abrí los ojos de manera vacilante, encontrándome directamente con un par de ojos verdes que me miraban con una profunda preocupación.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Claro... tal vez él también podría ser un superhéroe, no solo un villano.

—Ah... estoy... estoy bien... —respondí, intentando recomponerme.

Pero no me soltó, probablemente porque sentía que no podía mantenerme de pie. Mi cuerpo entero temblaba aún por el nerviosismo. Casi me caigo... estando embarazada.

Eran situaciones muy distintas, pero las escenas del momento en que perdí a mi bebé vinieron con fuerza a mi mente, y fue casi como si reviviera aquello. Una nueva ola

de mareo me envolvió y cerré los ojos nuevamente, mientras instintivamente llevaba las manos a mi vientre. No sentía nada allí, pero los recuerdos de ese dolor desgarrador me causaron una angustia extrema.

Sentí que mi cuerpo se desplomaba por completo, al mismo tiempo que caía en un estado de inconsciencia. Lo último que recuerdo haber sentido fueron los brazos protectores sosteniéndome con más fuerza.

Desperté algún tiempo después, ya acostada en una camilla. Al abrir los ojos, de nuevo encontré esos ojos verdes.

—¿Qué... qué pasó? —susurré, confundida. Miré a mi alrededor, viendo que estaba en una habitación de hospital.

—Te desmayaste —me dijo.

Lo miré de nuevo y, preocupada, volví a llevarme las manos al vientre. Él pareció leer mi mente en ese momento.

—El bebé está bien, solo te bajó la presión. ¿Cómo te sientes?

¿Cómo me sentía? ¿Estaba preocupado... por mí?

Bueno, obvio, ¿no? El bienestar del bebé también dependía de mi bienestar.

—Solo estoy un poco mareada.

—Descansa un poco. Una enfermera vendrá a buscarte para el examen dentro de poco.

Acepté, entendiendo que lo mejor sería esperar un poco más. Pensé que, a partir de ese momento, el silencio dominaría el ambiente, pero me di cuenta de que estaba equivocada cuando él preguntó:

—¿Es la primera vez que tienes este desmayo, o ha ocurrido otras veces?

—Es la primera. No me pasó ni en mis otros embarazos.

Hizo una pausa y comprendí que lo había hecho pensar en el hecho de que tenía una hija y que había perdido un bebé. Pensé que guardaría silencio o cambiaría de tema, así que me sorprendió cuando preguntó:

—¿Cómo fue el embarazo de tu hija?

—Fue tranquilo. Un poco de náuseas en los primeros meses, los pies hinchados en las últimas semanas... nada fuera de lo común. Fue un parto natural y también muy tranquilo.

—Ella debe ser todavía muy pequeña, ¿no? ¿Cómo está lidiando con tu... situación actual?

—Todavía no se lo he contado.

Frunció el ceño, pareciendo sorprendido.

—¿Cuántos años tiene?

—Ocho.

—La misma edad que mi sobrino. Es muy pequeña, pero... no tanto como para pasar nueve meses sin darse cuenta de que su madre está embarazada.

—Sí, lo sé. Simplemente no sé cómo iniciar la conversación. ¿Cómo le explico que estar embarazada no significa que tendrá un hermano?

—Es realmente complicado. Pero necesita saberlo. Pronto tu panza va a crecer, no habrá forma de esconderlo.

No habría. Lara era muy lista y siempre me preguntaba por qué iba tanto al médico. Le dije que estaba recibiendo un tratamiento médico, y tuve que responder varias veces a su duda sobre si estaba enferma. Le aseguré que no lo estaba y ella me creyó.

Siempre creía en mí. Y eso era reconfortante y aterrador al mismo tiempo. Porque tenía un miedo profundo de no ser siempre capaz de cumplir mis promesas. La que hice cuando nació, de protegerla siempre de todo, se había roto contra mi voluntad.

—Entonces... ¿tienes un sobrino? —pregunté, para cambiar de tema.

Una ligera y casi imperceptible sonrisa apareció en su rostro.

—Sí, tengo. Es un chico increíble.

—¿Y ya le has contado que va a tener un primo?

—Me pillaste. No, todavía no se lo he contado. Mi hermana estuvo de acuerdo conmigo en que es mejor esperar a que nazca el bebé.

—Es más sencillo en tu caso. Él no verá tu panza creciendo sin explicación. —Al darme cuenta de que estábamos volviendo al punto que quería evitar pensar por ahora, dije algo completamente diferente de lo que habíamos estado hablando hasta entonces—. Hoy descubrí hoy que creas aplicaciones.

Su frente se frunció, como si le costara creer lo que acababa de oír. ¿Había dicho algo mal?

—¿Qué quieres decir? ¿No sabías quién soy?

—No. Una amiga mía... la que está saliendo con tu abogado y me habló sobre la vacante de gestación subrogada... Hoy mencioné tu apellido, pero tranquila, ella es mi mejor amiga, prácticamente una hermana, y este secreto está muy seguro con ella. En fin, ella me contó quién eres. Hiciste una app famosa de... edición de videos, ¿no?

Noté un ligero temblor en la comisura de su boca, como si estuviera a punto de reír. ¿Qué tenía de gracioso en eso?

—Creé un editor de video. Fue uno de mis primeros proyectos, pero no tuvo relevancia. Probablemente te mencionó el Connection. Es el más famoso de mi empresa. Es una red social, en realidad.

—Perdona, realmente no lo conozco. Antes estaba mucho más conectada con la tecnología, pero ahora el uso de la computadora para mí se limita al trabajo.

—¿En serio? ¿Qué haces?

—Soy diseñadora. De hecho, actualmente mi trabajo consiste en hacer diseños para tazas, mouse pads, llaveros, camisetas, almohadas... tengo una pequeña tienda en línea.

—Interesante.

—¿De verdad? Tú creas aplicaciones. ¿Qué gracia puedes encontrarle a alguien que trabaja con camisetas temáticas?

—Bueno, me encantaban cuando era adolescente. Especialmente las de superhéroes.

—¿DC o Marvel?

—Marvel, por supuesto. ¿Quién, en su sano juicio, preferiría a DC?

Levanté las cejas y, cuando me di cuenta, una leve sonrisa apareció en mis labios. Para mi sorpresa, lo mismo

ocurrió con él cuando entendió mi reacción.

—¿Prefieres DC? ¿En serio?

—Puedo enumerar varias razones para ello.

—Ninguna de ellas sería coherente. No hay comparación con Marvel.

—Mira, tal vez estés basando tu opinión en las películas y series, si analizas los cómics, tú...

—Espera —me interrumpió, pareciendo incrédulo—. ¿Lees cómics?

—Actualmente, apenas tengo tiempo para leer mi lista de mercado. Pero lo hacía cuando era adolescente... y... todavía leía algo incluso después de que nació mi hija. La vida adulta te aleja de ciertos pasatiempos. Pero no me digas que un famoso CEO tiene tiempo para leer cómics.

—Lamentablemente no. Eso también quedó en el pasado. Pero yo era el chico nerd de mi clase.

—Y yo era la chica rara de la mía.

—Difícil de creer. Apostaría a que tú eras la chica popular que hacía bullying a los raros.

De nuevo, una risa leve escapó de mis labios. Esta vez, aunque contenida, fue un poco más perceptible que la anterior. El tono de su voz no dejaba espacio para que eso

fuera cualquier tipo de coqueteo barato. Parecía un comentario sincero, así que le respondí:

—Yo diría lo mismo de ti. Lamentablemente, todos caemos en los estereotipos.

Asintió y permaneció en silencio unos instantes, parecía estar pensando en algo. Después de unos segundos, finalmente me sorprendió con una pregunta que no esperaba en medio de nuestra primera y breve conversación relajada:

—Tengo que preguntarte algo, Luciana. ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Por qué aceptaste esta propuesta?

Sentí que la expresión tranquila en mi rostro desaparecía. Volver a ese punto me hizo recordar nuestra situación allí, todas las dificultades que me llevaron a tomar esa decisión tan extrema y la suposición que él había hecho sobre mí, de ser una persona que se gana la vida sirviendo de vientre de alquiler. Por eso, en mi respuesta, fui seca, dura y, de alguna forma, sincera:

—Por dinero. ¿Qué más podría ser?

Noté que parecía dispuesto a insistir en la pregunta, pero en ese momento, la puerta de la habitación se abrió y una enfermera llegó para llevarme al examen.

Agradecí mentalmente por eso.

*****

Capítulo diez



LUCIANA

Como siempre, el chofer de Marcos ya estaba en la salida del hospital, esperándome para llevarme a casa. Sin embargo, le pedí que me dejara en otro destino.

Lara necesitaba ropa nueva, era increíble lo rápido que crecía. Siempre usaba pantalones largos, aunque intentaba convencerla, en los meses más cálidos, de que aceptara usar bermudas, shorts, faldas, vestidos... o cualquier otra prenda más fresca. Los pantalones del uniforme escolar eran muy calurosos, por lo que había conseguido de la dirección una autorización para que mi hija pudiera usar otros de telas más livianas, con la condición de que fueran de colores neutros para que no hubiera conflicto con el resto del uniforme.

Y también quería aprovechar para comprar algunos pantalones más cómodos para mí. Aunque aún no se notaba mucho bajo las camisetas holgadas que usaba, mi

panza ya empezaba a crecer y pronto los jeans no me quedarían tan bien. Por lo tanto, le pedí a James –sí, ese era su nombre– que me dejara en el centro comercial y le informé que de allí seguiría sola a casa. Era una distancia corta, de poco más de diez minutos, y podía pedir un Uber.

Así fue. Terminé pasando más tiempo en el centro comercial del que había planeado, no porque me distrajera mirando escaparates o algo similar, sino porque estaba tan absorta en mis pensamientos y sentimientos que naturalmente me volví un poco más lenta, tanto en los movimientos como en las decisiones.

Cuando finalmente llegué a casa ya pasaban de las cinco de la tarde. Carol estaba allí, tirada en el sofá de la sala y concentrada escribiendo algo en su celular. Apuesto a que estaba conversando con el tal Thiago, con quien aún no simpatizaba nada. Pero paró de hacer lo que hacía en cuanto me vio llegar.

—¿Y qué tal, Lu? ¿Cómo te fue? —Hizo una pausa al mirarme mejor y pude notar que había notado el desánimo en mi rostro—. ¿Cómo estás?

—Todo perfecto con la salud del feto —respondí de manera sencilla, tratando de ser lo más práctica y fría posible, mientras me sentaba en el sofá junto a mi amiga.

—¿Y con la de la gestante?

—También. Me hice el último hemograma el mes pasado, ¿recuerdas? Todo perfecto. Incluso la glucosa está en una tasa óptima, no tienes que preocuparte por mi vicio

en paçocas. Por cierto, ¿dónde está lo que quedó de esa caja?

—No es de esa salud de la que estoy hablando, Lu. Sino de esta —Me señaló la cabeza con el dedo índice.

¿En serio quería retomar el tema de la salud mental? Ya casi lo veía como un lujo para mí.

Decidí contar algo bueno.

—¿Sabes lo que descubrí hoy? Que mi contratante no parece ser tan malo como pensé al principio. Bueno, prefiere Marvel, pero... aún así es un buen tipo. Puede parecer una tontería, pero... saber que el bebé tendrá un buen padre me hace sentir mejor con todo esto.

—¿Hablaron?

—Un poco.

—¿Sobre... cómics?

—Entre otras cosas.

—¿Y fue alguna de esas otras cosas lo que te dejó así?

—¿Así, Carol? Yo estoy bien.

—Claro que no lo estás.

—Dios mío... ¿De qué sirve insistir en que estoy bien?

—No sirve. Sabes que no. Te conozco mejor que nadie. ¿Quieres hablar de lo que te está haciendo mal?

Antes de que pudiera responder, me interrumpió el sonido del portón abriéndose, seguido por la voz de Lara:

—¡Ya llegué, mamá!

Mientras escuchábamos sus pasos lentos entrando en la galería, dije:

—No. Hoy no, Carol. Hoy solo quiero cuidar de Larita... Y luego tomar un buen baño y dormir abrazada con ella.

—Está bien. Cuando quieras hablar, estoy literalmente aquí al lado.

—Lo sé.

Se levantó y fue a la puerta, dándole la bienvenida a Lara con un abrazo. Al soltarla, me dijo mientras mi hija se acercaba a mí:

—Ah... y guardé lo que sobró de tu paçoca dentro del armario de la cocina.

—¡Te amo!

—Pero no exageres o te vas a sentir mal, ¡es en serio! Y yo también te amo. ¡Te amo, Larita! —Le tiró un beso y se dio la vuelta, saliendo por la puerta.

—¡Yo también te amo, madrina! —gritó Lara. Y luego, me abrazó.

Esos bracitos aún tan pequeños, aunque sentía que estaba creciendo demasiado rápido, eran toda la medicina que necesitaba para sentirme mejor. Sin embargo, toda la conversación con Marcos volvió a mi mente, especialmente la parte en que debía contarle a mi hija lo que estaba sucediendo. Pronto, mi panza empezaría a crecer y ella haría preguntas. Necesitaba decirle la verdad.

—¿Estás bien, mamá? —me preguntó en cuanto se apartó, mirándome con preocupación.

Creo que tengo un rostro muy transparente cuando se trata de mis emociones, nada se escapa de la mirada de Carolina o de Lara.

—Solo estoy cansada, mi amor. ¿Qué te parece si hoy, en lugar de preparar la cena, pido una pizza para nosotras?

—¿Podemos? —Abrió una sonrisa enorme. Como toda niña, le encantaba comer cosas no tan saludables.

Y, como toda madre responsable, me esforzaba para no hacer de eso una comida habitual. Pero, ese día, creo que merecíamos hacer una excepción. Nosotras dos.

—Sí, podemos. Vamos a tomar un baño, y luego pediré la pizza para comer mientras vemos dibujos en mi cuarto. ¿Qué te parece?

—¿Y voy a poder dormir contigo?

—Sí.

—¿Y la tarea? Tengo mucha.

—Mañana es sábado, podemos dejar todo para mañana. O incluso un poco para el domingo.

Inclinó la cabeza y llevó su mano a mi frente, como si jugara.

—¿Estás bien, mamá? —se rió.

Mi vida siempre cobraba un poco más de color con su sonrisa.

—Estoy perfecta. Solo estoy siendo buena. ¿Quieres decir que normalmente soy una madre pesada?

—Solo a veces...

—Ah, sí... ¿Soy pesada a veces?

—¡Solo un poquititooo!

—Si es así, cancela la pizza, ¡voy a hacer coliflor para la cena!

Me levanté y fingí que iba a la cocina. Lara prácticamente se lanzó frente a mí para detenerme. Fingí intentar soltarme, y en esa pelea falsa, entre risas, la tomé entre mis brazos y me tiré al sofá, llevándola conmigo. Jugamos a hacernos cosquillas hasta que declaré mi derrota, confirmando que pediría la pizza.

Todavía riendo, la ayudé a bañarse y luego me bañé yo, mientras ella ya estaba sentada en mi cama, con el control remoto en las manos, eligiendo las películas que íbamos a ver.

Después de mi baño, pedí nuestra pizza, que no tardó en llegar. Comimos en la cama, haciendo una maratón de dibujos animados.

Ya se acercaba la hora de dormir cuando una de las películas terminó y decidí que era el momento de tener esa conversación.

—Larita, necesitamos tener una conversación muy importante.

Me miró preocupada.

—¿Hice algo mal, mamá? Te juro que no volví a correr en la escuela, aún estoy esperando que mi prótesis especial esté lista.

Negué con la cabeza, apartando delicadamente con mis dedos un mechón de su cabello rubio que caía sobre sus ojos.

No veía la hora de poder comprar esa prótesis. Pero el costo total de ella, junto con los accesorios, estaba un poco por encima de la primera parte de mi "pago". Estaba en la undécima semana de embarazo, así que faltaban más de dos meses para que recibiera los otros 50 mil reales, que se pagarían en el quinto mes.

—No has hecho nada malo, mi amor. Yo soy la que necesita contarte algo.

Parece que entendió que el tema era importante, porque se sentó, mirándome preocupada. Respiré hondo, diciendo todo de una vez:

—Hay un bebé creciendo en la panza de mamá.

Sus ojos azules se agrandaron y miró directamente a mi panza cubierta por la tela de la camiseta negra que llevaba puesta. Llevó sus manitos hacia ella, tratando de sentir algo. Aún estaba en el tercer mes, pero ya se podía notar una ligera elevación.

—¿Un nuevo hermanito? —finalmente preguntó, sin dejar de mirar mi panza.

Eso rompió mi corazón. Fue imposible no recordar el día, hace poco más de dos años, cuando le di la noticia a Lara de que había ascendido a hermana mayor. Pero ese

bebé no llegó a nacer. Fue una de las tantas pérdidas en nuestras vidas.

—No, mi amor. No es tu hermanito.

Me miró con una expresión confundida.

—¿Cómo que no, mamá?

—Va a sonar raro, pero... ¿Recuerdas cuando fui al hospital por primera vez, hace unos meses? El médico puso al bebé, aún muy pequeño, en mi vientre. Pero él tiene otra mamá, que lamentablemente murió.

—Pero necesita una mamá para tener un bebé, ¿no? Los papás no llevan a los bebés en la panza, solo las mamás.

—Sí. Por eso el papá de él me pidió ayuda. El bebé aún es muy pequeño y necesita estar en una panza mientras crece, hasta que sea lo suficientemente grande para nacer.

Volvió a mirar mi vientre.

—¿Qué tan grande está ahora?

—Ya tiene casi el tamaño de un limón.

Usó sus dedos índice y pulgar para medir el tamaño aproximado.

—¡Es muy pequeño aún, mamá!

—Lo sé, pero crece muy rápido. Parece que fue ayer cuando confirmé que realmente estaba aquí y aún tenía el tamaño de una semillita.

—Entonces, está en tu panza, pero tiene otra mamá?

—Así es.

—Pero si su mamá murió... ¿quién se va a quedar con él después que nazca?

—Su papá.

—¿Solo ellos dos?

—Sí. Así como solo somos nosotras dos.

—Pero yo tuve un papá y una mamá cuando era bebé. Y él no va a tener. ¿Eso no es triste, mamá? Todo bebé debería tener un papá y una mamá. Todos, aunque sean niños, aunque sean grandes.

Respiré hondo para evitar que las lágrimas salieran. Maldición, solo tenía ocho años. ¿Cómo podía, sin darse cuenta, saber tanto sobre la vida, aunque de una manera tan ingenua?

—Yo también lo creo, mi amor. Pero no siempre es así. Yo ya no tengo a mi mamá. Tú ya no tienes a tu papá.

Pero nos tenemos la una a la otra. Y el bebé tendrá a su papá. Y todo va a estar bien.

Asintió. Luego, apoyó su cabeza sobre mi vientre y se recostó, con la oreja pegada a ella, como si pudiera oír algo adentro. Lo último que quería era que Lara se encariñara con ese bebé, tal como tenía firmemente en mi mente que yo tampoco debía apegarme. Pero antes de que pudiera decir algo al respecto, me sorprendió al declarar:

—No será mi hermano, pero mientras esté aquí con nosotros, te ayudaré a cuidarlo, mamá.

Y ahí ya no pude más. Mientras pasaba las manos por el cabello rubio de mi hija, dejé que las lágrimas salieran.

*****

Capítulo once



MARCOS

Ya hacía tantos años que yo frecuentaba el apartamento de Thiago –prácticamente desde que él empezó a vivir allí– que ya ni siquiera los porteros me anunciaban, generalmente me dejaban entrar directo.

Subí directamente hasta su piso y toqué el timbre de su apartamento, siendo recibido en pocos segundos.

—¿Qué tal, amigo, cómo estás? —Me recibió con un abrazo. Aunque no le había avisado que iba a ir, probablemente ya me estaba esperando. El día anterior había sido el último examen de Luciana y yo siempre iba hasta su casa para contarle las novedades.

—Espero no haberte despertado —bromeé, aunque tenía algo de sentido. Eran las once de la mañana y, un sábado, era común que mi amigo durmiera gran parte del

día, especialmente porque los viernes solía salir directo de su oficina con alguna mujer para disfrutar de la noche.

Sin más, entré a la amplia sala de estar y me senté en uno de los cómodos sofás. Thiago no era un millonario, pero tenía una buena situación económica, heredada de sus padres, que también eran abogados, quienes le montaron su propio –y lujoso– despacho de abogados.

—Si hubieras llegado hace unos cuarenta minutos, hasta podría haber sido —bromeó, sentándose en otro de los sofás—. Y entonces, ¿cómo fue todo ayer?

En lugar de usar palabras, le entregué la ecografía. Thiago la ojeó y leyó toda la información escrita allí, lentamente, deteniéndose un buen rato en la primera página de las fotografías. Una sonrisa emocionada apareció en sus labios. Mi amigo sabía muy bien lo importante que eso era para mí y para Isadora, por lo que su felicidad y empeño en colaborar para que todo saliera bien eran evidentes.

—No entiendo mucho de términos médicos, pero parece que todo está bien, ¿no? —preguntó al final.

—Sí. Todo muy bien. El bebé está desarrollándose bien y está completamente saludable.

—Confieso que estaba preocupado por eso. La semana pasada fui a llevar el dinero de los gastos mensuales a Luciana. Sabes, prefiero siempre entregar el dinero en efectivo, para evitar movimientos bancarios que

puedan generar sospechas en el futuro. La vi muy delgada. Está de tres meses, ¿no se debería notar ya su pancita?

Cada vez que había estado con Luciana, ella se encontraba vestida con el mismo estilo: pantalón de jean y camiseta. No era el tipo de ropa que dejaba tan evidentes sus curvas, entre ellas la pancita que empezaba a sobresalir.

—La doctora explicó que no ha engordado nada más que el peso del bebé, y el bebé está dentro de un peso esperado para su tiempo, así que todo está bien. Pero, la vi mientras le hacían la ecografía, y... sí, ya se nota un poco la panza. Todavía es pequeña, pero ya empezó a crecer.

Traté de disimular lo mucho que me encantaba esa pancita, ya que podría causar alguna interpretación equivocada a mi amigo. Era por mi hijo, solo por eso.

—Me parece tan injusto que Isadora no haya vivido esto, que sea otra mujer quien esté gestando el hijo que ella tanto soñó tener. —Después de decir esto, casi de forma distraída, Thiago pareció darse cuenta de mi presencia allí e intentó disimular—. Bueno, la próxima semana agendaré los próximos exámenes y le avisaré a Luciana. ¿Querrás ir también?

—Ya te dije que hago todo lo posible por ir a todos los exámenes, Thiago. Es mi hijo y quiero estar al tanto de todo.

—Está bien. Pero no estás obligado a nada. Cuando no quieras ir, solo dímelo y yo voy en tu lugar. Sé que no

debe ser agradable estar en el mismo ambiente que esa mujer sin carisma. Cuando te sugerí escoger a la más bonita, sinceramente debí haberte orientado a elegir a la más simpática.

En un principio, pensé en preguntarle de dónde había sacado que Luciana no tenía carisma, pero me detuve al recordar que esa también había sido mi primera impresión sobre ella. Bueno, ya no era más.

—Ella no es nada desagradable. Ayer hablamos un poco más que otras veces.

—No tienes que preocuparte por hablar con ella, Marcos. Si tiene alguna solicitud, dile que se comunique directamente conmigo. Yo voy cada mes a su casa a llevarle el dinero de los gastos, y además la llamo cada quince días para saber si necesita algo. No tiene razones para molestarte.

—No me molestó, Thiago. Ni me pidió nada. Realmente solo hablamos amigablemente de trivialidades.

Él parpadeó, pareciendo confundido.

—¿Por qué eso? ¿El examen se retrasó?

—El inicio se atrasó media hora porque ella sufrió un desmayo y...

—Espera... ¿un desmayo? —me interrumpió Thiago, visiblemente preocupado.

—Solo le bajó la presión, nada grave. La sostuve a tiempo, no llegó a caer ni a lastimarse.

—¿Cómo que "nada grave", Marcos? ¿Y si no hubieras estado cerca para apoyarla? Podría haber perdido al bebé por una caída.

—Tranquilo, Thiago, no exageres. El bebé está bien.

Él respiró hondo, tratando de calmarse mientras pasaba una de sus manos por su cabello negro.

—No me gusta nada esto. ¿Está realmente alimentándose bien? Voy a pedirle a un médico general que la vea y le haga más exámenes. Algo así no puede volver a pasar. Pero, dime... ¿qué es eso de trivialidades? ¿Qué podrían tener en común para hablar?

—Realmente, solo cosas sin importancia. Ella comentó que le gustaban los cómics cuando era adolescente, yo también, y eso generó una conversación. —Casi me reí al recordar de qué estábamos hablando. Marvel contra DC, hacía al menos una década que no entraba en una discusión sobre eso. Fue agradable, al final de cuentas. Casi como recuperar un poco del joven Marcos que había desaparecido dentro de mí.

—Ya... ¿Se contaron sus vidas el uno al otro, es eso?

—No. Solo hablamos de algo en común que teníamos cuando teníamos catorce o quince años.

—Demasiada cercanía, Marcos. Eso no es bueno. Tienes que mantener una distancia emocional segura de esa mujer. Recuerda que después del parto, ella debe desaparecer de tu vida. Nada de crear lazos con ella.

—Estás exagerando, Thiago. Ella está gestando a mi hijo. Necesito saber un poco más sobre ella.

—Sabes lo suficiente, que es lo que te he contado.

—Hay muchas cosas que no me has contado. Por ejemplo: que ella tiene una hija. El no haber dicho eso, la forma en que dijiste que esta era su segunda gestación, cuando en realidad es la tercera, me hizo pensar que ya había alquilado su útero antes.

—Te pasé exactamente lo que les pregunté. No me interesé en saber si realmente tenían hijos o no. Como te dije, algunas de las candidatas llegaron a través de anuncios que ellas mismas pusieron, así que era de esperar que algunas ya hubieran hecho esto antes.

—¿Vas a su casa a llevarle dinero y nunca has visto a la niña allí?

—Ni siquiera salgo del coche, Marcos. Toco la bocina, ella abre el portón, toma el sobre y entra. Y, sinceramente, si la hubiera visto, no tendría por qué comentarlo contigo. ¿Recuerdas? Sin proximidades. —Hizo una pausa, como si recordara algo importante —. Por cierto... ¿qué es eso de la tercera gestación? Ella solo mencionó una, esta debería ser la segunda.

Fue entonces cuando me di cuenta de que había dicho algo que él aún no sabía. Ya no importaba en ese momento, así que solo lo expliqué:

—Ella perdió un hijo.

Vi la ira en los ojos de Thiago, probablemente por la mentira.

—Una de las preguntas que le hice a cada una de ellas fue si ya habían tenido algún aborto. Y esa... esa mujer me dijo descaradamente que no.

—Probablemente tuvo miedo de que la descartaran si decía eso.

—Y claro que la habrían descartado. Si tuvo problemas para mantener un embarazo...

—No tuvo ningún problema, Thiago. Ella sufrió un accidente.

—¿Un desmayo repentino, tal vez? ¿Sabes qué, Marcos? Esa mujer fue una pésima elección.

Levanté las manos frente a él, casi como en una solicitud de paz.

—Estás muy nervioso, amigo. Cálmate. No hay nada de malo con Luciana.

—Ahora ya es tarde para lamentarse. Pero necesitaremos estar mucho más atentos para que no arruine todo.

—No lo perderá. No hay razones para que te pongas así. A veces parece que el bebé fuera tuyo.

El comentario no tenía la intención de ofenderlo, pero parece que tuvo ese efecto.

—¿Es en serio, Marcos? ¿Crees que no tengo motivos para preocuparme? Tú eres mi amigo. Isadora era mi mejor amiga, crecimos juntos. Que este bebé esté bien es de hecho una de mis prioridades ahora mismo.

—Lo sé, amigo. Perdón. Entiendo tus razones, pero también necesitas confiar un poco en mí. Es mi hijo. Es lo que más me importa en la vida.

—Lo sé, amigo. Perdón. Tal vez me excedí un poco. Pero realmente temo por la cercanía que tienes con esa mujer. Pero entiendo que es importante saber más de ella.

Ya que había mencionado eso, expresé una duda:

—¿Sigues saliendo con la amiga de ella?

—Sí. No es nada serio. Pero ella, aunque hable hasta por los codos, es muy discreta cuando se trata de su amiga, y yo tampoco hago preguntas, por los motivos que ya te expliqué: evitar proximidad. Pero ha mencionado algunas veces a una ahijada, lo más probable es que sea la hija de Luciana.

Aunque tenía curiosidad, no quería invadir la privacidad de Luciana, por lo que no quería que Thiago hiciera preguntas a esa amiga sobre ella o su hija. Si la mujer que estaba gestando mi hijo quería que supiera más detalles sobre ella, me lo diría ella misma.

Aunque pensaba así, debo admitir que realmente quería saber más sobre ella. Desentrañar las capas de esa mujer se había convertido en un deseo mío. Uno que tendría que controlar, por las razones que mi amigo había expuesto. Cuando mi hijo naciera, esa mujer desaparecería de nuestras vidas. Así tenía que ser.

Thiago se levantó para ir por una bebida y brindar por la salud de mi hijo. Luego pasamos un tiempo conversando sobre otros temas, que inevitablemente siempre terminaban volviendo al bebé. En algún momento, se mencionó el tema de montar la habitación del niño, entonces pensé que, aunque planeaba comprar todo más adelante, cuando supiera si sería niño o niña, ya podría adelantar algunas compras. Elisa se había ofrecido a encargarse de todo el ajuar, pero ¡maldita sea!, yo era el padre. Y quería ser parte de eso también.

Mientras me iba, decidí que pasaría por el departamento de mi hermana para proponerle que, en los próximos días, adelantáramos las compras de algunas cosas. Estaba seguro de que se iba a sorprender con la idea.

*****

Capítulo doce



LUCIANA

—¡No puedo creer que no vi esto! —murmuré, mientras miraba una de las pantalones nuevos que había comprado para Lara.

Tenía un desgarro en el costado, que no había notado cuando hice la compra.

—¿No se puede pegar, mamá? Tengo pegamento en mi mochila —propuso Lara. Estaba sentada en la cama, ya bañada y con la prótesis puesta, usando la parte de arriba del uniforme, la ropa interior y las medias, solo le faltaba el pantalón y los zapatos para poder salir.

—No, mi amor. No se puede pegar. —Reí, deseando que las soluciones para todo fueran tan simples como ella pensaba—. Qué bueno que no saqué la etiqueta y guardé el recibo. Iré hoy al centro comercial a cambiarlo. Ah, y de paso aprovecho para comprar el regalo de tu profesora.

Ella asintió y me dirigí al armario para tomar otro de los pantalones que había comprado. Para mi alivio, este parecía estar en perfecto estado.

Recién el día anterior, el domingo, Lara se acordó de contarme que el fin de semana habría una fiesta de despedida para una de sus profesoras, que estaba embarazada y tomaría licencia de maternidad. Ella era maravillosa con mi hija y yo quería enviarle un regalo para su bebé.

Claro que el motivo por el que Lara recordó esa información era nuestra conversación de la noche del viernes. Desde entonces, de vez en cuando soltaba alguna pregunta sobre el "bebé en mi panza". Tuve que insistir bastante para que entendiera que eso debía ser un secreto y que no debía contarle a nadie, ni a sus compañeros de escuela, ni a ningún profesor.

—¡Recuerda que será una niña, mamá! —me dijo, mientras me agachaba frente a ella para ayudarla a ponerse el pantalón.

—Ya lo has dicho unas quince veces, Larita. No lo voy a olvidar. No voy a olvidar que el bebé de tu profesora es una niña.

—¿Cómo será que ella lo sabe, mamá? Si ni siquiera se ve, está dentro de su panza todavía.

—Hay exámenes que lo muestran, mi amor.

—¿Y tus exámenes ya mostraron si el bebé de tu pancita es niño o niña, mamá?

Cerré los ojos y suspiré. Ya debería haber esperado una pregunta así.

—No, mi amor. Lo que está en mi vientre todavía es muy pequeño. Pero ya te lo dije, Larita: no se quedará con nosotros. Solo lo estoy "cuidando" porque su mamá murió, pero tiene un papá, que es quien lo va a cuidar.

—¿No vamos a poder ni visitarlo?

—No, mi amor. No vamos a poder. Ahora, levántate para terminar de ponerte ese pantalón, que en un rato pasa el transporte escolar para recogerte.

Ella obedeció, aunque su rostro me dejaba claro que no estaba conforme con mis respuestas. Pero tendría que cortar esa conversación lo máximo posible. Cuanto menos habláramos de ese bebé, menos expectativas crearía Lara sobre él. Y probablemente yo también.

No es que fuera a crear ninguna expectativa. Era una mujer adulta, por favor. Me metí en esto sabiendo cómo iba a terminar.

Terminé de vestir a Lara, le puse sus zapatos y, en seguida, pasó la camioneta del colegio a buscarla. Aproveché las pocas horas que tendría hasta que regresara para resolver el problema del pantalón defectuoso.

Me di un baño y, al elegir la ropa que usaría, tuve por primera vez en esta gestación la dificultad de encontrar algo que me quedara de manera cómoda. Por suerte, había comprado algunos pantalones nuevos hacía apenas unos días, y tomé uno de ellos, y pasé un rato buscando la parte de arriba.

Me gustaban las camisetas que quedaban ligeramente holgadas en mi cuerpo, pero casi todas las que tenía, aunque todavía me servían, ya estaban bastante ajustadas, dejando mi pequeño vientre ligeramente visible. Pretendía evitar al máximo que mi embarazo fuera evidente, ya que odiaría encontrarme con algún conocido en la calle y tener que responder alguna pregunta indiscreta sobre estar embarazada, aunque mi panza por ahora estaba tan discreta que podría parecer solo que había ganado algo de peso. Pero no quería arriesgarme. Así que terminé revolviendo el fondo del armario y encontré una camiseta bastante grande que había usado mucho durante los primeros meses del embarazo de Lara. Cuando miré el escudo del Capitán América estampado en ella, no pude evitar sonreír ligeramente.

—Está bien... Hoy haremos una excepción con Marvel —dije para mí misma, sin poder evitar recordar la breve y relajada conversación que tuve días antes con Marcos.

Tan pronto como terminé de arreglarme, salí de casa rumbo al centro comercial.

Al llegar, antes de hacer el cambio, decidí pasar primero por una tienda de artículos para bebés. Era un lugar un poco caro para mis estándares, pero era la única tienda del centro comercial y no tendría tiempo de ir a otro

lugar a buscar algo más. Necesitaba regresar rápido a casa porque tenía pedidos de la tienda que debía confeccionar y enviar al correo al día siguiente. Necesitaba comprar algo allí mismo. Pero repito: la profesora de Lara era maravillosa y merecía los mejores regalos.

Cuando salí de casa con la intención de pasar por esa tienda, en mi mente parecía una idea sencilla. Sin embargo, entrar en ese lugar completamente enfocado en muebles, juguetes y ropa para bebés fue algo que me inundó de una mezcla extraña de alegría y angustia.

Debería haber entrado, escoger un regalo, pagar y salir, pero incluso después de elegir un pequeño mameluco verde agua, me vi atrapada en ese lugar, mis ojos se detenían en todo a mi alrededor. Me quedé por un momento frente a una cuna azul claro, recorriendo con la mirada los detalles mientras prácticamente abrazaba el pequeño mameluco en mis manos.

Allí, la ficha volvió a caer. Una vez más. Por más que la mayor parte del tiempo lograba mantenerme lo más racional y distante posible de esa situación, los momentos en que mi lado emocional tomaba el control eran cada vez más intensos.

Estaba embarazada. Había un bebé creciendo dentro de mí. No importaba que no tuviera mi sangre, que no llevara mi ADN... Estaba en mi vientre, formándose. ¿Cómo podría llegar al final de todo esto y simplemente borrar esos nueve meses? ¿Cómo seguiría mi vida como si no acabara de dar a luz a una vida?

¿Y dónde estaba con la cabeza cuando pensé que podría llevar esto bien?

Ah, claro... la respuesta era obvia. Nunca llegué a creer realmente que sería fácil. Siempre supe que sería difícil... tal vez incluso insoportable. Pero soportaría cualquier cosa por el bienestar de Lara.

—¿Luciana? —Una voz familiar invadió mis oídos, despertándome de ese trance en el que me encontraba atrapada.

Volví mi rostro hacia esa dirección, pensando que podría haberme equivocado. Pero no. Esa voz que había considerado hermosa desde la primera vez que la escuché no podría pertenecer a nadie más que a él.

Justamente él. ¿Qué hacía allí?

Y estaba acompañado de una mujer. Una mujer preciosa, por cierto. Tenía el cabello castaño, largo y rizado, y unos ojos de un verde tan parecido a los de Marcos.

Parecidos no. Eran idénticos. Recordé que él había mencionado tener una hermana. No quedaban dudas de que se trataba de ella.

Marcos desvió la mirada hacia la prenda que tenía en las manos. Inmediatamente me sentí angustiada, temerosa de lo que podría pensar al respecto.

—Ah... es un regalo. Para una conocida embarazada. Solo vine a comprar un regalo... —Expliqué de más, lo

sabía, pero no podía dejar que pensara que estaba comprando algo para su hijo, como si fuera una loca que intentaba escapar llevándose su bebé.

Para aumentar mi angustia, él no decía nada. Solo me miraba con los ojos ligeramente abiertos, de una manera que no podía entender lo que pasaba por su cabeza. Dios mío, ¿sería que pensaba que estaba loca?

Para mi alivio, la mujer a su lado dijo algo, sonriendo dulcemente.

—Yo también vine a comprar un regalo, aprovechando que mi hermano me pidió que lo acompañara y eligiera algunas cosas para el bebé... Ah, qué maleducada soy. Un placer, me llamo Elisa. Entonces, ¿tú eres Luciana?

—Sí... soy... —tartamudeé, apretando la mano que me extendió. Debería haberme callado ahí, pero no pude—. Vine a comprar un regalo para una niña. Una niña que aún no ha nacido, pero su madre ya sabe que es una niña. Elegí un color neutro, pero no es que estuviera comprando para un bebé cuyo género aún no se sabe, sino...

¡Qué mierda, mil veces mierda! ¿Por qué no podía callarme?

—...Es que estuve pensando que las madres de niñas siempre reciben muchas cosas rosas, ¿no? Cuando nació mi hija fue así, llegaba a cansar ver tantas cosas rosas por todos lados, pensé que sería bueno variar un poco. En este caso, para la mamá del bebé, ¿no? Que no soy yo, obviamente...

¡Cállate! ¡Cállate ahora, Luciana!

Pero parecía que había activado un botón en mí que no podía apagar, y simplemente... seguí hablando:

—Bueno, yo particularmente uso mucha ropa blanca y negra, pero creo que a los niños les gustan las cosas coloridas, ¿no? Si fuera a hacer un ajuar ahora, creo que optaría por variar mucho los colores, sin importar si es niño o niña, pero... claro que no es el caso porque no voy a tener un hijo nuevo tan pronto... digo... Al menos no un hijo mío de verdad, y... ¿Ustedes creen que el verde es un buen color?

¿Qué demonios acabo de decir? Cuando dejé de hablar, tenía el mameluco extendido frente a ellos. Si antes temía que Marcos pensara que estaba loca, ahora estaba segura de que tenía toda la razón al pensarlo.

Él solo parpadeó, tratando de encontrar sentido a todo ese lío que acababa de decir. Nuevamente, como para salvarme, Elisa volvió a hablar.

—Me encanta el verde. Y creo que tienes toda la razón. Cuando tuve a mi hijo, decidí hacer todo el ajuar en amarillo y gris, pero en cuanto nació, me regalaron toneladas de ropitas y juguetes azules. Tienes razón, si hubiera optado por una decoración de cuarto más colorida, el contraste habría sido más armónico. ¿Qué opinas, Marcos? ¿Para tu bebé? ¿Una decoración colorida en tonos pastel...?

—Tal vez... —dijo él finalmente.

Elisa comentó algo sobre ver los vestiditos y se alejó, siendo atendida por una vendedora. Quedamos solo Marcos y yo allí, atrapados en un intercambio de miradas envuelto en un incómodo silencio, en el que solo podía imaginar lo que él pensaba de mí.

Cuando finalmente dijo algo, fue... bueno, un poco más incómodo para mí.

—Creo que tu explicación sobre el regalo usó más palabras de las que he escuchado de ti desde que nos conocimos.

Su tono fue ligero, pero eso no me hizo sentir mejor.

Decidí, entonces, ser honesta.

—Realmente vine a comprar un regalo, pero... cuando me viste, tuve miedo de que pensaras cualquier otra cosa.

—No pensé nada, puedes estar tranquila. Solo me sorprendió encontrarte en un lugar tan... aleatorio. A Elisa le encanta esta tienda, pero este centro comercial está un poco lejos para nosotros, no suelo venir aquí.

—Y está más cerca de mi casa, así que... es donde siempre vengo cuando necesito comprar algo.

—Entiendo... —desvió los ojos hacia mi camiseta—. Entonces... ¿Capitán América?

—Ah... sí... Mi panza está creciendo y no tenía muchas opciones de blusas que me quedaran bien.

—¿Entonces decidiste hacer una excepción para Marvel?

Antes de que pudiera responder, Elisa pasó junto a nosotros, guiada por la vendedora, y dio su opinión sobre el tema:

—Por el amor de Dios, Marcos, es Chris Evans. Cualquiera haría todas las excepciones del mundo por él.

No pude evitar reír. Marcos hizo lo mismo, siguiendo con la mirada a su hermana que se alejaba de nosotros.

—Mi hermana no entiende nada de cómics, pero es fan de las películas de Marvel, por razones que ella misma acaba de exponer.

—Son razones bastante válidas, debo decir. Pero yo sigo prefiriendo a DC. Mi marido nunca entendió la diferencia, así que me compró esta camiseta pensando que "todo era lo mismo".

Me di cuenta de que se mostró sorprendido. Claro, no había mencionado un marido hasta ese momento. Pensé que intentaría disimularlo y cambiar de tema, pero aparentemente decidió ser directo:

—No sabía que estabas casada.

—En realidad, soy viuda.

—Ah... lo siento. Yo... lo siento mucho.

Abrí la boca para decir algo, pero antes de que pudiera salir una palabra, la voz de Elisa la interrumpió:

—¡Marcos, ven a ver esta cuna, qué cosa más linda!

—Ah... yo... ya voy... —Él volvió a mirarme, y esta vez fui yo quien lo interrumpió antes de que dijera algo.

—Está bien. Voy a pagar el regalo, todavía tengo algunas cosas que resolver en el centro comercial.

—Claro. Fue bueno verte. Nos vemos entonces...

—Sí... nos vemos.

Él volvió a sonreír y se dio la vuelta, dirigiéndose hacia donde estaba su hermana. Yo me quedé unos segundos parada allí, observándolo alejarse, sintiéndome extrañamente feliz por haberlo encontrado. Fue otra conversación tan rápida, tan tonta y banal, pero... me gustaba hablar con él. Escuchar su voz. Y cuando sonreía, de esa manera tan contenida, me sentía... no sé. Era como recibir un regalo. Porque en nuestro primer encuentro, nada amigable, había notado que no se permitía sonreírle a cualquiera.

Bueno, la mujer que estaba gestando su hijo no podría considerarse "cualquiera". Pero sería muy ingenua si

pensara que podía ser de alguna manera, especial.

En fin, decidí darme la vuelta y dirigirme a la caja. Compré el regalo y salí de la tienda, sin mirar atrás, para resolver el problema de la prenda de Lara.

Por ese día, imaginé que no lo volvería a encontrar.

Pero pronto me daría cuenta de que estaba equivocada.

*****

Capítulo trece



MARCOS

Era gracioso.

Tanto que, sin darme cuenta, terminé riendo, inclinado sobre el mostrador de la tienda mientras pasaban las compras. No sé qué podría haber pensado Luciana que deduciría del hecho de encontrarla en una tienda de bebés, pero la forma en que se esforzó por explicar las cosas fue, como mínimo, divertida.

Y, fuera de los momentos con Caio, hacía años que no solía encontrar diversión en nada. Pero Luciana lo estaba logrando, incluso en pocos minutos de conversación.

—¿De qué te ríes, Marcos? —preguntó Elisa, sacándome de mi ensueño—. ¿Estás pensando en algo gracioso?

Fue entonces cuando me di cuenta de que las compras ya habían pasado por la caja, y me apresuré a

tomar las bolsas. Creo que nos habíamos excedido un poco en la cantidad de ropa para el bebé, pero eso se debía mucho más al entusiasmo de Elisa que al mío. Ella parecía más ansiosa que yo para montar la habitación.

—Estaba pensando que mi hijo tendrá que cambiarse quince veces al día para poder usar todas estas prendas sin que falte ninguna.

—No seas exagerado. Y tampoco mentiroso. Creo que pensabas en otra cosa.

Terminando de tomar las bolsas, salimos caminando uno al lado del otro hacia la salida de la tienda.

—¿Ah, sí? ¿Ahora lees mis pensamientos? Entonces, ¿en qué pensaba yo?

—No leo tus pensamientos, por eso no sé exactamente en qué. Pero supongo que tiene algo que ver con esa mujer tan hermosa que encontramos aquí. Dios mío, Marcos, dijiste que era solo "bonita", eso es un insulto, no está ni cerca de lo que vi.

No solo con las compras de ropa para bebés mi hermana era exagerada.

Cierto, no había exagerado nada con respecto a la belleza de Luciana. Pero sí con su entusiasmo por la situación.

—Sí, Elisa, ella es realmente muy bonita. Pero quita de tu cabeza cualquier pensamiento que puedas estar

teniendo. Ella está esperando a mi hijo, y después de que nazca, cualquier contacto entre nosotros se cortará. Sabes que así es como funciona.

—Yo creo que todo esto es una gran exageración. Si la inseminación hubiera dado resultado conmigo, ¿no estaría yo siempre cerca de mi sobrino, plenamente consciente de ser su tía y no su madre?

—Porque tú eres su tía, Elisa. Eres mi hermana. No funciona igual cuando es una persona desconocida.

—Ella poco a poco dejará de ser una desconocida. Y realmente no veo nada de malo en que también se convierta en una tía para el bebé después de que nazca.

—Muy probablemente, ni ella misma quiera eso. Incluso en los países donde esto está permitido, Elisa, ningún especialista recomienda contacto de la niña con la mujer que la gestó. Es psicológicamente desgastante tanto para la mujer como para el niño y su familia.

—Lo sé. Imagino que otro argumento que sigue rondando tu cabeza es el de que Isadora no querría que fuera así, ¿verdad?

Cierto, había tocado un punto crucial. Era obvio e innegable que yo pensaba en eso. No es que estuviera de acuerdo, pero Isadora tenía un comportamiento controlador. Recordaba cuando me contó, ya enferma, sobre su decisión de congelar los óvulos y lo mucho que lloró al considerar la posibilidad de que su hijo viniera del vientre de otra mujer. Pero ella quería ese hijo, más que

nada en el mundo, y eso la llevó a tomar la decisión que yo esperaba que nunca se concretara. Hasta el final, esperé que un milagro la salvara. Pero eso no pasó.

—Sé que tenías diferencias con Isadora, Elisa. Pero ella es la mujer que amé, es la madre de este niño, y todo se hará como ella quería.

—Está bien, ya no hablemos más de eso. —Íbamos hacia el estacionamiento cuando decidió cambiar de tema —. Tengo que pasar por la oficina antes de ir a recoger a Caio al colegio. ¿Tú también vas a ir allá?

—Hoy no. Voy a casa a organizar todas las cosas que compramos.

—Ya veo... ¿vas a quedarte mirando las cositas del bebé, verdad? Bueno, si es así, nos separamos aquí.

Paramos frente a mi coche y abrí el maletero, donde colocamos las bolsas de compras. Luego, Elisa me dio un beso en la mejilla y se alejó, dirigiéndose a su propio coche, que estaba en otro espacio del estacionamiento.

Entré en mi vehículo y, como Elisa saldría por una salida diferente a la mía, para tomar la calle correcta en dirección a la empresa, me quedé parado unos minutos más, observando cómo su coche se alejaba hasta salir del estacionamiento y desaparecer entre el tráfico. Era algo sobreprotector con Elisa y Caio, y no era para menos, ya que ellos eran la única familia que tenía.

Finalmente, encendí el coche y tomé la otra salida. Mientras entregaba el ticket pagado del estacionamiento y esperaba que la barrera se abriera, me di cuenta de que la vida, el destino, el azar o como quiera llamarse, nuevamente movía los hilos, haciéndome encontrar de nuevo con Luciana. Ella estaba en la vereda, esperando en una parada de autobús.

Cuando salí del estacionamiento, me detuve frente a ella y toqué la bocina, lo que hizo que me mirara. Bajé la ventana y le hice una señal hacia la puerta del copiloto.

—Súbete, te llevo a casa.

—Ah... No... no es necesario. Vivo muy cerca de aquí, no te preocupes.

—Especialmente porque es cerca, no será ningún inconveniente. Vamos, súbete.

Ella pareció pensarlo unos instantes, antes de aceptar mi invitación y subir al coche. Mientras se ponía el cinturón de seguridad, volví a la carretera. Me dio algunas instrucciones rápidas sobre la dirección, que estaba en un barrio que conocía bien.

—Viví allí un tiempo cuando era niño —conté, con nostalgia.

—¿En serio? —pareció sorprendida.

—¿Por qué esa sorpresa?

—Es que... es un barrio de clase media baja. No te imagino viviendo allí.

—Yo tampoco te imaginaba leyendo cómics y siendo la rara de la escuela. Algunas cosas sorprenden. Pero, creo que esa es tu duda: no fui un niño rico. Muy al contrario.

—Entonces, ¿realmente creaste la MH desde cero?

—¿Cómo "realmente"? ¿Estuviste investigando sobre mí?

La miré de reojo y noté que su rostro se puso ligeramente rojo.

—Tal vez leí un artículo sobre ti en Internet. Me parece interesante todo esto de la tecnología, la creación de aplicaciones... Hoy en día ya no me interesa tanto, pero... cuando era más joven, era un área que me interesaba.

—Veo algo curioso en lo que dices, Luciana. Usas mucho el pasado. Siempre hablas de cosas que te gustaban o que hacías.

—La vida va cambiando nuestros enfoques de interés.

—¿Y hoy? ¿Qué te gusta?

—Pagar las cuentas a tiempo, dormir temprano, las ofertas en el supermercado y no quedarme sin gas mientras cocino.

Me reí, y ella también. Otro momento relajado entre nosotros. Estaban siendo cada vez más comunes.

—¿Algo que no sea tan cotidiano?

—¿Encontrar billetes perdidos en los bolsillos de la ropa cuenta?

—Creo que sí. Es definitivamente algo bueno. Pero hablo de cosas como... películas, música, libros, series, no sé... tal vez telenovelas.

—No me queda mucho tiempo para el entretenimiento. De hecho, perdí casi todo mi entusiasmo por esas cosas. Por eso, la mayoría de mis gustos están relacionados con el pasado.

Lo entendía. Y era aterrador darme cuenta de que lo entendía perfectamente.

Después de que Isadora murió, caí en una depresión que me robó el encanto por las cosas que antes disfrutaba. Me convertí en una persona que simplemente dormía, despertaba, trabajaba, comía... y repetía todo eso. Mis viajes y cenas fuera solo eran por negocios, y los pocos lazos de amistad que mantenía eran con Thiago y Elisa, nadie más. No tenía interés en abrir un espacio en mi vida para que alguien nuevo entrara.

Hasta que conocí a Luciana. Porque era tan parecida a mí, que quería deshacerme de esa capa superficial para descubrir más sobre ella. Descubrir quién era realmente

bajo la armadura emocional que había levantado a su alrededor.

Como su casa no quedaba muy lejos, decidí desacelerar un poco. Quería aprovechar al máximo el momento con ella para saber un poco más sobre su vida.

Y había una duda que me carcomía desde que, más temprano, mencionó que era viuda. Tal vez no debería tocar un tema tan delicado, pero cuando me di cuenta, ya estaba comenzando a hablar:

—Tú... ¿te importa si pregunto sobre tu...?

Ella pareció entender a quién me refería y, para mi alivio, lo manejó bien.

—¿Mi esposo? Murió hace dos años en un accidente de coche.

—¿El mismo en el que tú estabas cuando...?

—¿Perdí a mi hijo? Sí. Ese maldito accidente me quitó muchas cosas. Y en realidad no me importa hablar de ello, pero... si no te molesta, no mientras esté en un coche. Me tomó mucho tiempo poder volver a entrar en uno, y aunque logro estar bien, recordar todo esto estando en un vehículo en movimiento me pone un poco... nerviosa.

—Sí... claro... disculpa por eso. Entiendo que sea difícil.

—¿Y sobre tu esposa? ¿Aún es difícil hablar de eso?

—Ha pasado un poco más de tiempo, ya han pasado tres años desde su muerte. Fue una enfermedad. No tuvimos hijos, ese siempre fue su mayor sueño, desde la adolescencia. Pero yo estaba tan enfocado en mi trabajo con MH que... siempre posponía eso, para el semestre siguiente o para el siguiente año. Hasta que su tiempo se agotó.

—No deberías culparte por eso. Tener un hijo es una decisión importante. Pensabas que aún no era el momento.

—Sí, pero estaba equivocado. El mejor momento fue mientras ella todavía estaba aquí. Bueno, pero pensar en eso no tiene sentido ahora. ¿Por qué no me cuentas un poco sobre tu hija?

Ella sonrió y me di cuenta de que le había agradado el cambio de tema.

—Es una niña increíble. No es por ser mi hija, pero... es muy dulce, muy comprensiva, incluso demasiado para una niña de ocho años. Por cierto, seguí tu consejo y le conté que estoy embarazada.

—¿Y cómo reaccionó?

—Como te dije, de forma comprensiva. Demasiado para una niña. Aunque no tenga mucho sentido para ella entender que su madre está esperando un bebé que no será su hermano.

—A pesar de haberte aconsejado que lo contaras, creo que no sabría la mejor manera de explicarle eso a una niña.

—Ella lo entendió de alguna manera. Desde entonces, me hace muchas preguntas, pero eso es normal.

—Dijiste que tiene ocho años, ¿verdad? La misma edad de mi sobrino. Y en esa edad, realmente son muy curiosos.

—Sigo esperando que pase esa etapa, porque creo que desde que aprendió a hablar, mi hija no ha parado de hacerme preguntas.

—Lo mismo con mi sobrino.

Nuevamente, nos reímos juntos, y me preparaba para preguntarle sobre el nombre de su hija, pero no tuve oportunidad, ya que ella señaló una casa adelante, en la calle donde me había pedido que entrara, diciendo que ahí era donde vivía.

Era una casa simple, bastante parecida a la que viví durante parte de mi infancia.

—Viví a tres calles de aquí —comenté cuando detuve el coche del lado opuesto a la calle, frente a su portón—. Tal vez nos hayamos cruzado por ahí cuando éramos niños.

—Lo dudo mucho. Me mudé aquí solo después de casarme. Viví hasta entonces en otra ciudad.

Quería preguntarle cuál era esa ciudad, cómo había sido su infancia, cómo era su familia... Pero no podía. Primero, porque ella saldría pronto del coche y la conversación llegaría a su fin. Y segundo, porque ya había ido demasiado lejos con todo eso. Sin mayores cercanías, ese era el lema. O, al menos, debería serlo.

—Gracias por el aventón —dijo mientras se quitaba el cinturón para salir del coche—. Thiago ya me llamó para informarme sobre la nueva fecha de la consulta.

—Nos vemos allá entonces.

Ella asintió y noté un momento de incomodidad mutua, en el que no sabíamos exactamente cómo despedirnos. Un apretón de manos parecía demasiado formal. Un beso en la mejilla, demasiado íntimo. Finalmente, ella optó por susurrar un "adiós" y salió del coche.

Justo cuando cerró la puerta, noté que su celular había caído de su bolsa y había quedado en el suelo del vehículo. Lo recogí y abrí la puerta para devolvérselo, también quitándome el cinturón de seguridad. Podría haber abierto solo la ventana, habría sido mucho más práctico. Pero, aunque no entendiera bien el motivo que me llevó a hacerlo, pronto comprendí que era lo que debía hacer. Luciana estaba justo en medio de la calle y se había agachado, aparentemente para recoger algo del suelo. No vio el coche que venía a alta velocidad en su dirección.

Ni siquiera pensé antes de actuar, grité su nombre mientras corría hacia ella. Por el sonido, supe que el coche intentó frenar, pero no lograría a tiempo. Al escuchar mi

grito, ella se levantó, pero no tuvo tiempo de reaccionar. Y prácticamente me lancé contra ella, enrollando mi brazo alrededor de su cintura y llevándola conmigo a salvo hasta la vereda.

*****

Capítulo catorce



LUCIANA

Tuve miedo de abrir los ojos.

La última vez que ese ruido de bocina y frenada brusca invadió mis oídos con tanta fuerza, también había cerrado los ojos y, cuando los volví a abrir, estaba en un hospital. Mi esposo había muerto, mi hija estaba en estado grave y yo había sufrido un aborto.

Si abría los ojos en ese momento, ¿habría perdido algo más?

Estuve por un rato atrapada en ese trance, un tiempo que no sabría precisar si fueron minutos u horas, pero pronto me di cuenta de que no habían pasado más que unos segundos cuando volví a escuchar el sonido de una bocina, seguido de un grito de insultos que probablemente iba dirigido a mí. Abrí los ojos, viendo el coche que casi me

atropella alejarse, mientras el conductor me llamaba loca y cosas por el estilo.

Casi me atropellan.

Casi…

Alguien me había salvado…

Y esa persona todavía estaba allí conmigo, en la vereda frente a mi portón, sujetando fuertemente mis brazos. Su olor penetró en mis fosas nasales y el toque de sus manos en mi cintura, incluso a través del tejido de la camiseta, parecía disparar una descarga eléctrica por todo mi cuerpo. Eso confundió mis sentidos, y esa confusión aumentó cuando el sonido de su voz llegó a mis oídos:

—¿Estás bien?

¿Estaba bien?

Físicamente, estaba viva, sin ningún rasguño. Emocionalmente, estaba... más confundida de lo que debería.

Luché para traer mi mente de vuelta a la realidad y solo moví la cabeza en afirmación. Me aparté un paso, cortando ese contacto físico entre nosotros. Pero la sensación de sus manos siguió sobre mi piel.

—¿Qué pasó? —preguntó él—. Estabas agachada en el suelo y no viste el coche. ¿Por qué lo hiciste? ¿Fuiste a

recoger algo que se cayó?

¿Recoger algo?

¡Ah, claro!

Aparté los brazos de mi pecho, mostrando la pequeña bola de pelo que tenía en mis manos. Un cachorrito. Tenía el pelaje blanco y negro y una herida visible en una de sus orejas.

—¿Es tuyo? —preguntó él, confundido.

—No. —Probablemente, desde ese momento pasaría a serlo, al menos temporalmente, hasta que encontrara a alguien dispuesto a quedárselo. No podía dejar a un animal tan pequeño e indefenso abandonado de esa manera—. Lo vi en la calle en cuanto salí de tu coche. Si lo dejaba allí, lo habrían atropellado.

—Y entonces, al final, casi fuiste tú la atropellada, ¿verdad?

—Me distraje mientras lo recogía.

Él pasó una de sus manos por el cabello, pareciendo nervioso. Lo que se confirmó con el tono de su voz:

—No puedes detenerte a rescatar un animal callejero en medio de la calle, distraída de esa manera. Fue completamente irresponsable de tu parte.

¿Perdón? ¿Quién se creía para hablarme así?

—¿Tienes idea de lo que es estar herida, asustada y sola? —Me di cuenta de que mi pregunta lo dejó sin palabras. Obviamente, no tendría respuesta para algo así—. Pues yo sé lo que se siente eso, y no puedo simplemente ignorar cuando veo a otro ser en esas condiciones.

—Lo siento, Luciana. No cometiste un error al recoger al animal, solo no deberías haberlo hecho de esa manera, distraída como estabas. Podrías haberte lastimado.

—Sí, pero no me lastimé.

—¿Estás segura? ¿Estás bien? Puedo llevarte al hospital y...

—No es necesario, estoy perfecta. Gracias de nuevo por el aventón.

Y antes de que pudiera decir algo más, simplemente me di la vuelta y entré en casa. Tan pronto como cerré el portón, apoyé mi espalda en el muro y respiré profundamente, intentando regularizar los latidos acelerados de mi corazón. Podría justificar lo que sentía por el susto de casi ser atropellada, o por la rabia que sentí por la forma en que ese hombre me habló. Por más que se preocupaba por que estuviera embarazada de su hijo, era inadmisible que hablara conmigo como si fuera una niña regañada por sus padres.

Sin embargo, sabía muy bien que la mayor parte de la culpa de esa taquicardia era por la forma en que todavía

podía sentir un leve escalofrío en mi cintura, en el lugar donde me sostuvo para apartarme del coche. Ya lo había sentido la primera vez, cuando me sostuvo para que no cayera de la escalera en la clínica. Ahora, de nuevo, solo un toque suyo y mi cuerpo reaccionaba de esa manera.

¿Qué me estaba pasando, al final?

Un pequeño gemido de cachorro llegó a mis oídos, trayéndome de vuelta a la realidad. Miré al perrito en mis manos y suspiré.

—¿Qué voy a hacer contigo? —El cachorrito volvió a llorar y sonreí—. Bueno... comida, agua y limpiar esa herida son un buen comienzo, ¿verdad? —Lo acerqué a mi cara, oliéndolo—. Ok, un baño tampoco le vendría mal....Lara se va a volver loca cuando llegue a casa y te encuentre.

¿Cómo le explicaría que el perro sería temporal, hasta que encontrara a alguien dispuesto a adoptarlo? Apenas había logrado que entendiera que el bebé en mi vientre también se quedaría con nosotros solo hasta que naciera, y luego sería entregado a su padre.

—Creo que vas a tener que quedarte... —declaré.

Pero al final, terminé sonriendo. Creo que, en el fondo, quería que se quedara. Antes, esto hubiera sido completamente impensable, especialmente por los gastos. Pero todos los costos de las prótesis de Lara estaban cubiertos, y aún sobraba para el cambio del próximo año. Los gastos de la casa los estaba cubriendo Marcos, así que ahora tenía la posibilidad de guardar todo el dinero que

entraba de las ventas de la tienda, lo que nos garantizaría cierta estabilidad por un tiempo. Creo que podríamos darnos el lujo de tener una mascota.

Lara quería tanto un animalito, y estaba segura de que ella se pondría muy feliz.

Y si eso la hacía feliz, también me traería felicidad a mí.

*****



MARCOS

Tal vez había pasado un poco de los límites con el tono que utilicé con ella.

Pero, qué demonios, estaba nervioso. Muy nervioso, para ser sincero, pensando en lo que podría haber pasado. ¿Dónde se ha visto, agacharse en el suelo, en medio de una calle, para recoger un perro y distraerse completamente hasta no escuchar el sonido de un coche

acercándose? Ella podría haberse lastimado... Podría haber perdido a mi hijo.

Qué demonios, podría incluso haberse muerto. ¿Es que no pensó en eso?

Porque yo no podía dejar de pensar en eso.

Fui a casa y llevé todas las compras del bebé a la habitación que sería suya. El cuarto aún estaba completamente vacío, con las paredes limpias, pintadas de blanco, sin muebles. Ahora, solo tendría esas innumerables bolsas de compras con ropa, juguetes y algunos objetos decorativos. No podía esperar a que todo eso comenzara a tomar forma y estuviera listo para recibir a mi hijo.

Pensar y planear todo eso logró distraer mi mente por unas horas, aunque al final, terminé enfocándome nuevamente en lo ocurrido más temprano.

Y cuando hablaba de lo ocurrido, no me refería solo al accidente, sino a todo el tiempo pasado con Luciana. En nuestro encuentro en el centro comercial, en cómo ella se enredó tratando de justificar su presencia en una tienda de artículos para bebés, en cómo la encontré horas después afuera y le ofrecí un aventón.

Esos breves minutos de conversación en el coche, y cómo ese tiempo, aunque parecía haber sido demasiado corto e insuficiente, también me dio la sensación de haber durado horas, de lo mucho que sentía que la conocía más con cada instante de conversación.

Pero nada significó tanto para mí como lo que dijo después de ese casi accidente.

¿Tienes idea de lo que es estar herido, asustado y solo?

¿Será que se refería a cómo se sintió después del accidente de coche que sufrió? Había perdido a su esposo y al bebé que esperaba, y realmente no podía imaginar el dolor que sentía. Sin embargo, aunque mi pérdida fue de una persona y no de dos, aún podía hacerme una idea de lo que era esa sensación.

Y cuando me dijo eso, sentí un deseo casi incontrolable de abrazarla.

Ya era de noche y seguía sin poder dejar de pensar en ella. Decidí salir un poco. Necesitaba hablar con alguien sobre eso. No podía ser con mi hermana por razones obvias: ella era una romántica empedernida y estaba seguro de que comenzaría a fantasear con la idea de que podría haber alguna oportunidad de involucrarme amorosamente con Luciana. No había tal oportunidad. Ni con ella, ni con nadie más. Mi corazón estaba completamente cerrado desde que Isadora se fue.

Entonces, solo quedaba una opción: Thiago. Era mi mejor amigo y lo suficientemente racional como para darme consejos prácticos y realistas. Así que decidí que iría a su apartamento.

Bajé a la cochera de mi edificio y, al entrar en mi coche, me sorprendió ver un objeto caído en el suelo. Lo

tomé, sin poder creer lo que era. El celular de Luciana seguía allí. ¿Cómo era posible?

Intenté recapitular lo ocurrido. No lo recordaba bien, pero probablemente, cuando vi que Luciana estaba a punto de ser atropellada, sin darme cuenta había soltado su celular, que volvió a caer en el suelo del coche. Eso era todo lo que necesitaba; tendría que devolvérselo.

Mi lado racional me advirtió que podría simplemente pedirle a James que hiciera el favor por mí. Pero rápidamente callé esa voz y me convencí de que ir a devolver el celular yo mismo era, sin duda, lo mejor. Esta conclusión se basó en…

Absolutamente nada. No había coherencia.

Bueno, pero eso podía esperar un poco. Primero iría a la casa de mi amigo.

*****

Como ya era habitual, el portero me permitió entrar directamente al edificio, sin ningún anuncio. Frecuentaba ese lugar tanto que ya se había vuelto el procedimiento estándar. Entré al ascensor y subí al piso de Thiago. Toqué su timbre y él tardó unos segundos en abrir la puerta, mirándome con una expresión como si estuviera viendo un fantasma.

—¿Llegué en un mal momento? —bromeé—. ¿Estás acompañado, verdad? Perdón, vuelvo en otro momento.

Me preparé para darme la vuelta, pero él me detuvo.

—¡No, espera! No estoy acompañado. Es solo que... Sueles llamar antes de venir. No es común que llegues así de repente.

—Quería hablar contigo. Pero si es un mal momento...

—¡No! —Abrió la puerta un poco más, dejándome espacio para entrar—. Solo me sorprendió... y me preocupó. ¿Pasó algo?

Aunque todavía me parecía algo extraño el comportamiento de Thiago, no pregunté al respecto y simplemente entré.

Él realmente no parecía estar teniendo un buen día. Sobre la mesa de centro, frente a uno de los sofás, había una botella de bebida y un vaso medio lleno. También había un cuaderno con una pluma encima, además de una caja de madera que no recordaba haber visto allí antes, pero tampoco pregunté sobre ella.

—¿Qué pasa, Marcos? ¿Pasó algo? —insistió él, mirándome preocupado. Tomó el cuaderno de la mesa y lo guardó dentro de la caja, volviendo a cerrarla.

Negué con la cabeza y me senté en uno de los sofás. Él hizo lo mismo en el otro.

—Yo soy el que debería preguntar. ¿Estás bien? Tienes un aspecto horrible.

—Problemas de trabajo. Un cliente molesto. Nada que valga la pena contar. Pero ¿y tú? ¿Qué pasó?

—Me encontré con Luciana esta tarde, en el centro comercial.

Él entrecerró los ojos, pareciendo confundido.

—¿Qué? ¿En un centro comercial?

—Elisa necesitaba comprar un regalo para la profesora de Caio que va a tomar licencia de maternidad, y aproveché para ir con ella y comprar los primeros artículos para mi hijo. Luciana estaba en la tienda.

—¿En una tienda de bebés? ¿Ella estaba allí?

—Sí. Dijo que también fue a comprar un regalo. Pero eso no es lo importante.

—Claro que sí es importante, Marcos. ¿De verdad creíste lo del regalo?

—¿Por qué no iba a creerlo?

—Está bien... sigue... —Estiró el brazo, tomó su vaso medio lleno y bebió el resto de un solo trago.

—Cuando iba a irme, la vi en una parada de autobús y le ofrecí un aventón.

—Claro, Marcos... Eres muy ingenuo. Esa mujer estaba en el mismo centro comercial, a la misma hora y en la misma tienda que tú... y después, mágicamente, estaba en una parada de autobús de tu ruta justo en el momento en que ibas a irte.

—Por favor, Thiago... ¿Qué estás pensando? ¿Que ella lo organizó todo? ¿Que me está siguiendo o algo así?

—¿Y tú crees que fue casualidad? Espera, déjame adivinar: la llevaste a su casa y tuvieron una conversación amistosa, mientras ella coqueteaba contigo inocentemente ¿Estoy en lo cierto?

—Claro que no, Thiago. Sí, hablamos un poco, pero... no hubo nada de "coqueteo".

Esperaba poder hablar con mi amigo sobre los extraños sentimientos que comenzaba a sentir hacia Luciana, pero ahora veía que no había espacio para abordar ese tema. Él no confiaba en ella y aparentemente todo lo que dijera solo aumentaría esa desconfianza.

Así que me enfoqué en otro aspecto de los acontecimientos:

—Cuando llegamos a su casa, se distrajo al cruzar la calle y... bueno, casi la atropellan.

—¿Qué? —su tono de voz cambió—. ¿Atropellada? ¿Qué le pasa a esa mujer?

—Tranquilo, Thiago... —intenté hablar, pero él me interrumpió.

—Primero, ella está recibiendo un buen pago para estar más recluida en casa, y en lugar de eso, está saliendo a dar paseos misteriosos al centro comercial. Y luego se distrajo y puso en riesgo la vida del bebé?

—Solo fue un susto. Logré sacarla de la calle a tiempo, ni se lastimó.

—A mí me importa poco si se lastima o no, pero no puede poner al bebé en riesgo de esa forma.

—Amigo... en serio, no estás bien. ¿Por qué estás tan nervioso?

Él parpadeó, como si de repente se diera cuenta de su propia actitud. Respiró hondo, calmándose un poco.

—Perdón, Marcos, realmente tuve un mal día en la oficina hoy. Pero... en serio, esa mujer necesita poner las cosas en orden. Está haciendo todo lo que no debe. Incluso intentar seducirte.

—¿Qué? ¿De qué diablos estás hablando?

—¿No te das cuenta de que es el golpe perfecto? Ella te seduce, da a luz a tu hijo y se queda con el padre

millonario. O, peor aún, "accidentalmente" pierde al bebé, te conmueve, hace que te involucras con ella y se queda embarazada de nuevo, esta vez de tu propio hijo.

Creo que mi amigo había bebido demasiado. Su comportamiento rayaba en la paranoia, era completamente surrealista. ¿Podía escuchar lo que estaba diciendo?

—Thiago, nada de lo que dices tiene sentido. Solo respira y cálmate.

Él volvió a respirar profundamente y se pasó las manos por la cara.

—Tienes razón. ¿Sabes qué? Estoy cansado de beber en casa. ¿Vamos a salir?

—¿Para seguir bebiendo afuera? No creo que sea una buena idea.

—Entonces comamos algo, ¿está bien así? Luego me cuentas bien toda esta historia.

—Está bien. Y tú me cuentas sobre ese estrés en la oficina.

Él se levantó, dejando el vaso de vuelta sobre la mesa.

—Solo voy a tomar un baño, llegué de la oficina hace aproximadamente una hora. ¿Te importa esperar?

—Claro que no. Ve tranquilo.

Al pasar junto a mí, me dio un leve golpecito en el hombro y siguió por el pasillo.

Me quedé allí solo, todavía reflexionando sobre su reacción a toda esa historia. En realidad, todo lo relacionado con Luciana y el bebé parecía alterarlo. Al principio, era de manera leve, pero poco a poco su tensión con el tema parecía aumentar. Trataba de justificarme a mí mismo enfocándome en el hecho de que él era muy amigo de Isadora, y que veía eso de traer al hijo de ella al mundo como una misión también suya. Pero debía admitir que estaba pasando un poco los límites.

Me levanté, fui hacia la enorme ventana de vidrio que daba a la ciudad, y me perdí allí por unos minutos, vagando en recuerdos de esa tarde. Las palabras de Luciana seguían retumbando en mi mente. Su imagen en sí misma parecía clara ante mí. ¿Qué diablos? ¿Por qué no podía dejar de pensar en ella?

Sacudí la cabeza y decidí volver a sentarme. Ya estaba llegando al sofá cuando mi pierna golpeó la caja que estaba al borde de la mesa, haciéndola caer al suelo.

—¡Mierda! —exclamé, comenzando a sentirme contaminado por la falta de paciencia de mi amigo.

Me agaché para recoger la caja, que al caer se abrió, esparciendo su contenido por la alfombra. Entonces vi que se trataba de fotos, algunas hojas de papel dobladas y el cuaderno que antes estaba sobre la mesa.

Mis ojos cayeron directamente sobre dos de las fotos que cayeron boca arriba. Eran de Isadora. En una, era solo una adolescente, posando con el uniforme escolar. La otra, más reciente, parecía haberse tomado pocos meses antes de que se enfermara. Estaba hermosa, sonriendo.

Cuando fui a recoger las fotos que estaban boca abajo, sin embargo, sentí como si me hubiera electrocutado al ver una de ellas.

También parecía ser de meses antes de que se descubriera la enfermedad y había sido tomada allí, en ese mismo apartamento. Reconocí el sofá por el estampado y la textura de la pared detrás. Mi sorpresa fue porque ella no estaba sola en la foto. Era una selfie y estaba junto a Thiago, quien... le estaba besando el cuello.

¿Qué diablos era eso?

Esa fotografía estaba en un montón junto a otras de la misma secuencia. Pasándolas una a una, encontré a los dos en actitudes cada vez más íntimas, hasta que me paralicé por completo con la última, que mostraba un beso. En ella también se notaba que Isadora tenía los senos descubiertos.

¿Mi esposa y mi mejor amigo...? ¿Tenían un romance?

Eso fue como una puñalada directa en mi pecho. Podría esperar una traición de cualquier persona en el mundo. Pero nunca, jamás, de ellos dos.

No tuve tiempo de pensar mucho al respecto, cuando sentí algo duro golpeando mi cabeza. El dolor agudo y el fuerte olor a alcohol fueron lo último que sentí antes de ser absorbido por la oscuridad.

*****

Capítulo quince



MARCOS

Desperté un rato más tarde, aún sintiendo un dolor insoportable.

No sabría decir cuál era el más fuerte, si el de la cabeza, en el lugar del golpe, o el de mi corazón.

La conciencia volvía poco a poco, junto con los recuerdos de los últimos descubrimientos antes del desmayo.

Mi esposa... la mujer que más amé en el mundo... y mi mejor amigo.

Las imágenes de esas fotos eran surreales, parecían una mala broma. Pero no podía seguir engañándome. La devoción que Thiago tenía por Isadora iba mucho más allá de lo que él alegaba como un sentimiento fraternal. ¡Hijo

de puta! ¿Cómo pudo mentirme de esa manera durante tantos años?

Y me sentía un completo estúpido por haber creído en ellos. Me habían traicionado de la forma más cobarde posible.

Con algo de esfuerzo, logré abrir los ojos, encontrándome tirado sobre la alfombra del salón de Thiago. Pasé la mano por mi cabeza y sentí el líquido caliente y pegajoso que empapaba mi cabello. Sangre. Miré hacia adelante, viendo los pedazos de vidrio de la botella de bebida y, de ese modo, comprendí lo que me había golpeado.

Logré levantarme, mirando a mi alrededor, encontrando la casa en total silencio. ¿Estaría solo allí? ¿Ese cobarde simplemente me había atacado y... se había ido? De todas las reacciones cobardes que podría esperar, ninguna era más repugnante que esa.

¿Qué más podría esperar?

Caminé hasta la puerta e intenté abrirla. Estaba cerrada con llave. ¡Qué mierda! ¿Me había dejado encerrado y herido en su propio apartamento? ¿Qué tenía en mente?

Extrañado de que hubiera hecho algo así, recorrí toda la residencia buscándolo. Aún imaginaba que podría estar en alguna de las habitaciones, esperando que despertara para hablar. No estaba dispuesto a tener ninguna

conversación con ese hijo de puta, pero imaginé que eso sería lo mínimo que podría hacer en medio de todo esto.

Pero me equivoqué. El desgraciado realmente se había ido.

—En algún momento vas a tener que regresar a casa, maldito... —murmuré.

Y solté un gemido de dolor, volviendo a llevar la mano a mi cabeza. Qué mierda, probablemente necesitaría puntos allí. Eso era lo que me faltaba para terminar el día.

Volví al salón. La maldita caja seguía ahí, caída en el suelo.

Era una actitud masoquista, pero no podía evitarlo y volví hacia allí. Una rápida mirada a las fotos me hizo sentir completamente asqueado. Había decenas de fotos de los dos. Algunas, de hecho, bastante íntimas, que no dejaban espacio para malentendidos. No sabía cuándo había comenzado todo eso, pero, a juzgar por cómo se veían en las fotos, parecía haber sido incluso antes de nuestro matrimonio.

¿Por qué esa hija de puta se casó conmigo teniendo un romance con otro hombre?

Podría pensar que fue por el dinero, pero eso no tendría ningún sentido. Yo apenas había terminado la universidad y estaba iniciando mi empresa cuando me casé, y, a diferencia de mí, Thiago venía de lo que llaman una "buena familia". Su familia tenía mucho dinero, tanto

que él terminó la carrera de derecho y ya tenía su propio -y lujoso- despacho montado por su padre, esperando por él.

Dejando esas fotos, que parecían quemar en mis manos, vi un cuaderno de tapa dura. Cuando lo tomé, vi que parecía un diario... o algo similar. Era más como... no sé cómo llamarlo... pero en él, Thiago escribía lo que parecían ser cartas dirigidas a Isadora. Por las fechas al principio de cada página, parecía ser un ritual que él comenzó después de su muerte.

Simplemente enfermizo.

Debería haber dejado todo eso, pero no podía. Necesitaba la verdad. Necesitaba saber desde cuándo los dos me venían traicionando y, sobre todo, por qué lo habían hecho. Podrían haberse quedado juntos, ¿por qué no lo hicieron?

Las narraciones de Thiago eran confusas, lo que me dio la sensación de que escribía todo eso durante sus borracheras. Las primeras páginas estaban llenas, esencialmente, de juramentos de amor y lamentos por su muerte prematura, por los sueños que tenían juntos y que no fueron concretados.

¿Sueños? ¿Hacían planes para el futuro? Ella nunca dio señales de querer divorciarse. ¿Hasta cuándo pensaba seguir engañándome y llevando una doble vida?

Nunca imaginé que Isadora pudiera algún día despertar un sentimiento tan malo en mí, pero sentía por

ella un odio como nunca había tenido por nadie más en mi vida.

Pasé varias páginas del cuaderno, recorriendo los ojos por encima de las palabras escritas, sin realmente prestar atención a ninguna de ellas. El odio solo crecía dentro de mí. Hasta que, en una página en particular, una frase llamó mi atención:

No pude darte un hijo y por eso lo elegiste.

Espera... ¿Thiago era estéril? Nunca me había dicho nada al respecto. De hecho, todo lo que él decía sobre el tema de los hijos era que no tenía intención de tener ninguno.

Bueno, pero ¿qué sorpresa había en que me mintiera sobre otra cosa más?

Volví a pasar los ojos por las páginas del cuaderno, hasta que otro fragmento me llamó la atención. Hablaba sobre... ¿Luciana?

Ella no es digna de generar tu bebé. Pero sé que jamás encontraré a alguien a su altura. Lamento no ser la mejor opción, pero ella servirá al propósito, es joven y saludable. Pronto tu hijo nacerá, mi amor. Es una pena que tenga que llevar también la sangre de Marcos. Siento mucho no poder ser el padre.

Eso me provocó un nudo en el estómago. Era por eso que estaba tan dedicado a ayudarme con todo el proceso de inseminación, por eso nunca permitió que desistiera. Yo,

tonto, durante todo ese tiempo imaginaba que lo hacía por amistad. Pero era por una obsesión.

Pero aún no tenía idea de hasta qué nivel había llegado todo eso, hasta leer los últimos registros hechos por él.

El acuerdo era que tendrías tu hijo con Marcos y, después de que naciera y se divorciaran, yo te ayudaría a criarlo. Siempre te prometí que amaría al niño como si fuera mío. Si es así, si esa era tu voluntad en vida, no veo por qué no hacer lo mismo ahora. Solo me queda descubrir cómo.

Dejé de leer, atónito.

¿Qué era eso?

¿Qué pretendía hacer?

¿Matarme para quedarse con mi hijo?

Sabía que eso no sería suficiente. Tenía a mi hermana, y el niño también tendría parientes maternos, los padres de Isadora estaban vivos, además de algunos tíos... existía una línea considerable de familiares de sangre que él tendría que matar, sin levantar sospechas, para tener alguna posibilidad de pedir la custodia del bebé. Por más que estuviera visiblemente perturbado mentalmente, creo que habría considerado todo eso.

Realmente no quería seguir leyendo toda esa locura, pero ahora sabía que tenía que continuar, para saber qué

tenía en mente ese loco. En algunas cartas más recientes, habló sobre una casa... aparentemente un lugar donde él e Isadora solían encontrarse, hasta que llegó a un punto en que se hizo evidente que pretendía... llevarse al niño allí.

¿A MI hijo? ¿Ese loco planeaba robarme a mi hijo?

Un alerta sonó en mí. Thiago estaba mentalmente perturbado, eso era evidente en esas anotaciones, y en sus recientes actitudes, aunque yo había ignorado todas las señales. Tenía planes de robarme a mi hijo después de que naciera. Ahora, sabiendo que descubrí su relación con Isadora, y aún estando borracho y alterado como estaba, no podía tener buenas intenciones al agredirme y dejarme encerrado en su casa.

Un pánico se apoderó de mí al pensar en lo que podía estar planeando hacer.

—Luciana... —susurré.

Me levanté y metí la mano en el bolsillo de mi pantalón, con la intención de sacar mi celular. Iba a llamar a James y pedirle que fuera a buscar a Luciana y la llevara a mi apartamento. Sin embargo, me di cuenta de que no tenía mi teléfono, ni las llaves de mi coche ni mi billetera.

El maldito había tomado mis cosas para ganar tiempo. Pero si pensaba que eso me detendría, estaba muy equivocado. No iba a quedarme de brazos cruzados esperando que hiciera alguna locura.

Y las peores locuras pasaron por mi cabeza. Todas involucrando a Luciana y a mi bebé.

Con el cuaderno en mano, me dirigí hacia la puerta, intentando abrirla por el método convencional. Confirmando que estaba cerrada con llave, no lo dudé ni un segundo antes de darle una patada. Una, dos... las veces que fueron necesarias hasta romper la cerradura.

Un grupo de personas ya se había aglomerado en el pasillo, probablemente asustados por el ruido, pero no me importó y solo los empujé, entrando al ascensor -que por suerte estaba detenido en ese piso- y bajando hasta la planta baja. En la calle, hice señas a un taxi, que se detuvo. Le di la dirección de Luciana, prácticamente exigiendo que fuéramos allí lo más rápido posible.

En el camino, pedí al conductor su teléfono y llamé al único número que sabía de memoria, el de mi hermana. Le pedí que contactara con un equipo de seguridad que ya habíamos usado antes y le di instrucciones sobre qué debía solicitar.

*****



LUCIANA

—¡Se durmió! —exclamé, mientras regresaba a la sala, llevando conmigo el pequeño cachorrito aún sin nombre. Ahora limpio y alimentado, casi parecía un perro nuevo.

Sentada en mi sofá, Carolina se rió.

—Trajiste un perro a casa, Lu. ¿De verdad pensaste que Lara no se emocionaría enormemente con eso?

—¿Dónde me metí...? —Me tiré prácticamente en el sofá, al lado de mi amiga. Animada, ella tomó al perrito de mis manos.

—¡Pero es tan bonito! Qué bueno que ya tiene dientes, así será menos trabajo con la alimentación. Y no te preocupes por cualquier duda. Yo entiendo mucho más de gatos, pero también he tenido perros y puedo ayudarte con lo que necesites.

Eso era sin duda genial, ya que no entendía nada de perros, y en realidad, tampoco de otros animales, aunque me gustaran mucho. Mi papá nunca me dejó tener una mascota. Era un pesado, esa era la verdad.

Era y seguía siendo,dondequiera que estuviera. Él asumió mi crianza después de que mi madre murió prácticamente porque no tenía otra opción. No es que quisiera, ya que, para ser sincera, nunca quiso hacerse responsable de mí ni siquiera cuando nací. Cuando cumplí dieciocho años, me fui de casa y, bueno... casi no tuvimos contacto desde entonces. Lo llamé cuando nació Lara, y él no hizo el menor esfuerzo por conocerla. El hospital lo

llamó cuando tuvimos el accidente y ni siquiera fue a visitarnos.

Pero en ese momento, mi padre realmente no era un problema. Lo era, en cambio, cómo iba a cuidar de ese perrito.

—¿Crees que debo llevarlo al veterinario por esta oreja, Carol?

—No hace falta, ya la limpiamos bien, se va a mejorar. Pero sí debes llevarlo para que le pongan las vacunas, desparasitarlo y todo eso. Y tienen que elegirle un nombre.

—Lara quiere ocuparse de eso. Está dudando entre unas veinte opciones, así que creo que probablemente tardará un poco.

Ella se rió y dio un largo sorbo al té que ella misma había preparado mientras yo acomodaba a Lara para dormir. No me gustaban los tés, pero siempre tenía una caja de manzanilla en casa porque sabía que era el favorito de mi amiga. La conocía muy bien. Tanto que ya entendía su lenguaje corporal lo suficiente para saber que, cuando bebía algo de forma tan lenta como lo hacía en ese momento, era porque estaba pensando en la mejor forma de decir algo.

Y dicho y hecho.

—Sabes, Lu... Fue muy bonito que hayas salvado a este cachorrito y lo hayas adoptado, pero... La forma en

que te distrajiste haciéndolo fue realmente demasiado peligrosa.

—Carol, ya me advirtió mi "contratante" sobre eso, no necesito escuchar un regaño de mi mejor amiga también.

—No te estoy regañando, amiga. Estás muy distraída. Compraste un pantalón rasgado sin darte cuenta, casi te caes de la escalera en la clínica el otro día, y ahora casi te atropellan...

—Lo de la escalera no fue distracción, fue un malestar por baja presión. Lo de la ropa rasgada fue un incidente que le puede pasar a cualquiera. El casi accidente, confieso, sí fue una distracción grave de mi parte. No volverá a pasar.

—Espero que no. Tienes que estar más atenta, amiga.

—Pero vamos a ser honestas, no es solo culpa mía. Estoy embarazada, un mar de hormonas en ebullición. Esto realmente causa algo de somnolencia y la distracción es consecuencia de eso.

—Ya sé. No vamos a incluir el factor salud mental en esta ecuación, ¿verdad?

—¿De nuevo con eso de la salud mental, Carol? Te he dicho que la mía está excelente. Además... —Fui interrumpida por el sonido del timbre. Fruncí el ceño, extrañada. Ya eran casi las diez de la noche y no esperaba ninguna visita.

Quienquiera que fuese, realmente estaba muy ansioso por esa visita, ya que pronto volvió a sonar el timbre, tres veces más, de manera insistente.

Carolina se levantó, tan intrigada como yo.

—Quédate aquí, Lu. Déjame ver quién es.

—No abras el portón antes de preguntar quién es, Carol... —pedí, preocupada.

Mientras ella salía, me quedé en el sofá, acariciando al cachorrito que ya dormía profundamente en mi regazo, ajeno a cualquier preocupación.

Algunos segundos después, alguien entró por la puerta de la sala, seguido por Carol. Thiago estaba ligeramente agitado y parecía preocupado. Se detuvo en medio de la habitación, frente a mí. Intenté preguntar algo, pero mi voz no salió. La urgencia en su rostro me llenó de preocupación.

Carol, entonces, preguntó por mí:

—¿Pasó algo, Thiago? ¿Por qué estás aquí a esta hora?

Él respiró profundamente y, sin apartar la mirada de mis ojos, declaró:

—Necesito que vengas conmigo. Marcos quiere que te lleve con él, inmediatamente.

*****

Capítulo dieciséis



LUCIANA

—¿Thiago, qué pasó? —insistió Carolina.

Él movió la cabeza, como si no fuera nada grave.

—No pasó nada, Carolina. Marcos solo quiere hablar algo importante con Luciana y me pidió que la llevara con él.

Confieso que mi preocupación fue automáticamente reemplazada por ira.

—¿Lo que sea que tenga que decir, no podría esperar hasta mañana? ¡Son casi las diez de la noche!

—No quiere esperar. Y creo que, por lo que estás recibiendo, no estás en condiciones de exigir horarios comerciales para hablar con tu contratante.

No me gustaba ese tipo. Definitivamente. Creo que hasta buena parte de mi enfado con Marcos venía de la rabia que me causaba ese amigo suyo. No importaba cuánto me pagaran, ¿quién se creía él para entrar así en mi casa y hablarme de esa manera?

De nuevo, para mi agradecimiento, Carolina asumió la palabra por mí.

—Thiago, ¿por qué le hablas así? Además, ¿por qué estás tan nervioso? Nunca te había visto así.

Ella de verdad conocía un lado de él muy diferente al que yo había tenido el desagrado de conocer. Aunque algo me decía que eso no era una señal de que él mostraba su mejor parte para ella, ni nada parecido. Solo mostraba que era un falso cuando tenía que serlo.

—No voy a salir de mi casa a esta hora solo porque tu jefe me quiere hablar. Podría simplemente llamarme. De hecho, dame su número, que lo voy a llamar ahora.

Mi bolso estaba en la mesa al lado del sofá y lo tomé, abriéndolo y buscando mi celular. No lo encontré allí dentro. ¿Qué había pasado?

—¿Qué pasó, Lu? —preguntó Carol, notando que algo estaba raro.

—Mi celular. No está en el bolso. ¿Será que lo perdí en la calle? —¡Eso era lo único que me faltaba, tener que lidiar con un teléfono perdido!

—Tranquila, amiga. ¿Recuerdas cuándo fue la última vez que lo usaste?

Pensé un poco al respecto y no tardé mucho en recordar.

—Lo tenía en la mano cuando Marcos me ofreció el aventón. Entré al coche con él, estoy segura de eso.

—Puede que haya caído en su coche entonces.

—Eso lo puedes saber en unos minutos —dijo Thiago, aún impaciente—. Vamos a encontrarnos con él y le preguntas por tu celul... —Se calló de repente, como si finalmente se hubiera dado cuenta del pequeño animal en mi regazo. —¿Qué es esto?

—¿Un perro? —respondí con tono sarcástico. Mi paciencia ya estaba por los suelos.

Pareció no gustarle la respuesta.

—Dijiste en la entrevista que no tenías animales en casa.

—Y no los tenía. Pero ahora tengo. Acabo de adoptar uno.

—¿No lo recogiste de la calle, verdad? ¡Estás embarazada! ¿Te das cuenta de cuántas enfermedades te puede transmitir esa cosa?

Ok, acababa de adoptar al perro, ni siquiera tenía un nombre, pero no iba a permitir que un idiota cualquiera lo llamara "cosa".

Lo puse delicadamente en el sofá y me levanté, quedando cara a cara con Thiago.

—Son casi las diez de la noche, entras casi a la fuerza en mi casa, me hablas de manera completamente grosera y además ofendes a mi perro. Sí, tengo un acuerdo con tu cliente y lo estoy siguiendo al pie de la letra, pero eso no incluye que me trates de esta forma.

Él respiró profundamente, como si intentara calmarse.

—Perdón. Tienes razón. Realmente estoy un poco nervioso, pero es por problemas personales, no tiene nada que ver con la situación. Mira, Marcos realmente necesita hablar contigo y es importante, si no, no me habría mandado venir hasta aquí a esta hora. Dijiste que no puede encontrar tu celular, ¿verdad? Entonces, probablemente intentó llamarte y no pudo.

La última parte tenía sentido. De hecho, lo poco que conocía de Marcos era suficiente para saber que no me habría mandado llamar a esa hora de la noche si no fuera por algún asunto importante. Tenía miedo de lo que podría ser, pero Thiago no parecía dispuesto a adelantarme nada, o tal vez ni siquiera sabía de qué se trataba. Así que suspiré. Era muy tarde y odiaba tener que pedirle eso a mi amiga, pero no vi otro camino.

—Carol, ¿podrías cuidar a Lara por mí? Prometo que seré rápida.

—Claro, amiga. Ni siquiera hacía falta que lo pidieras, ¿verdad? Ve tranquila y deja que me encargo de todo por aquí.

Asentí. Sin embargo, antes de irme, le hice una solicitud a Thiago.

—¿Puedes esperar que al menos me cambie de ropa?

—No hace falta —respondió él.

Extendí los brazos para enfatizar que estaba usando un short de pijama.

—¿De verdad no te das cuenta de que estoy usando pijama? No puedo salir así.

—Está bien. Solo sé rápida, por favor.

Realmente estaba muy impaciente. Lo confirmé cuando vi que sacó un celular de su bolsillo y revisó la hora. Bueno, yo tampoco tenía interés en retrasarlo. Cuanto antes resolviera eso, más rápido estaría de vuelta.

Fui a mi habitación. Nuevamente, Lara me había pedido dormir conmigo, por eso ella estaba en mi cama. Me encantaría simplemente acostarme a su lado y quedarme dormida. Después de un día como ese, era lo que más deseaba.

Derrotada, abrí el armario y tomé un pantalón de tela liviana y una camiseta. Nuevamente busqué una más antigua, que fuera más holgada y se adaptaran mejor a mi cuerpo en proceso de cambio. Esta vez, la estampa nerd correspondía al escudo de Gryffindor, mi casa preferida de Hogwarts. ¿Marcos haría algún comentario sobre esa referencia también?

—Tiene pinta de ser de Ravenclaw... —susurré. Cuando me di cuenta, moví la cabeza, tratando de deshacerme de esos pensamientos tan tontos—. Vuelve a la realidad, Luciana. La vida real no tiene nada de mágica.

Terminé de vestirme, me arreglé el cabello, amarrándolo en una práctica coleta. Finalmente, me puse mis All Star negros y extremadamente desgastados, y estaba lista para discutir lo que sea que Marcos tuviera para tratar conmigo a esa hora de la noche.

Me detuve unos momentos frente al espejo, pensando si debería ponerme un poco de lápiz labial o ponerme unos pendientes. Pero pronto descarté la idea, mientras pensaba que no había ninguna necesidad de verme más bonita para Marcos Herrmann. Era hasta ridículo que siquiera pensara en eso.

Me preparaba para salir de la habitación cuando, a través del reflejo en el espejo, vi que, en la cama detrás de mí, Lara se movía de una forma que indicaba que estaba incómoda con algo. Ella gimió, lo que despertó por completo mi instinto maternal, y me hizo acercarme a la cama para ver qué estaba pasando. Aparentemente, había tenido una pesadilla.

—¡Mamá! —llamó, gritando, aún con los ojos cerrados.

—Shhh... estoy aquí, mi amor. ¡Estoy aquí!

Soltó otro grito antes de abrir los ojos, asustada y llorando.

—¡Mamá! ¡Ibas a alejarte de mí!

La abracé y la acerqué a mí.

—Tranquila, mi amor. Fue solo una pesadilla. Mamá está aquí.

—No te vayas, mamá. ¡Por favor! —pidió, mientras lloraba.

La petición pareció romperme el corazón, aunque sabía que solo había sido un mal sueño. Pensaba que esa misma tarde casi me atropellan. Si algo me hubiera pasado, ¿cómo habría quedado mi hija? No podía abandonarla. Ella era toda la razón por la que seguía allí.

—No me voy a ningún lado, mi amor... —aseguré.

La puerta de la habitación se abrió y Carolina entró, asustada.

—¿Qué pasó, Lu? Oí los gritos de Larita.

—Solo fue una pesadilla —le respondí.

Aunque aún lloraba, Lara estaba somnolienta, por lo que intenté acomodarla en la cama para que volviera a dormir. Sin embargo, se negaba a soltarme y, por eso, me acosté con ella, cubriéndola con una sábana hasta los hombros.

—Avísale a Thiago que necesito esperar a que se quede dormida nuevamente —pedí.

Pero no fue necesario que Carolina pasara el mensaje, porque ese hombre prácticamente invadió mi habitación, como si hubiera escuchado lo que había dicho.

—No tenemos tiempo para esperar, Luciana. Tenemos que ir ahora.

Pensé en mil frases mal educadas que podría usar en respuesta, pero me detuve con miedo de asustar aún más a mi hija. Para mi suerte, Carol respondió por mí, mostrándose enérgica con su novio por primera vez.

—¡Thiago, por el amor de Dios! ¡Casi no te reconozco!

—Porque ni siquiera me conoces —respondió él, y eso me hizo bufar de rabia. ¿Quién se creía ese estúpido para hablarme así a mi amiga?

Me preparé para responderle, pero me detuve cuando algo completamente surreal ocurrió.

Él levantó la camisa y llevó la mano al cinturón de los pantalones. En un primer momento, pensé que iba a sacar un celular. Nada me había preparado para lo que vi.

Simplemente sacó un revólver y lo apuntó directamente a Carolina, que gritó y retrocedió un paso, asustada. El grito asustó a Lara, que levantó la mirada, mirando confundida y asustada todo lo que estaba sucediendo.

—Tú te quedas con la niña —le ordenó. Luego apuntó el arma hacia mí y me miró directamente a los ojos de forma amenazante—. Y tú vienes conmigo. Ahora.

No sabía lo que ese hombre quería, pero dudaba mucho que todo eso fuera solo para que yo vaya con él a encontrarme con Marcos para "hablar".

Carol se acercó a mí, sentándose del otro lado de la cama y atrajo a Lara hacia ella. Mi hija me abrazó con fuerza, resistiéndose a soltarme, pero no gritó ni hizo movimientos bruscos. Parecía entender el nivel de amenaza al que estábamos expuestas. Le susurré que todo estaría bien y finalmente se aferró a la cintura de la madrina, sin dejar de mirarme a los ojos.

En ese movimiento, la sábana se deslizó fuera de su cuerpo. Ella llevaba una bata y, con eso, su amputación quedó evidente. Noté que Thiago miró eso con asco.

—¿Tienes una hija defectuosa? ¡Canalla! ¡Deberías haberme contado esto! ¡Si mi hijo nace con algún defecto, verás lo que haré contigo!

Todavía no me había recuperado del shock por la arma, cuando vino el nuevo impacto de la forma en que se refería a mi hija. Si no fuera por la amenaza de que ese

maldito podría disparar, lo habría atacado y le habría perforado los ojos con las uñas, de la rabia que crecía dentro de mí. Podía insultarme como quisiera, pero no podía hablar así de Lara. Sin embargo, esa rabia fue rápidamente aplastada por el terror que recorrió mi espina dorsal con esa última frase.

"¿Mi hijo?"

El hijo era de Marcos. El material genético utilizado en la inseminación era de él y de su difunta esposa. ¿Ese hombre estaba drogado? ¿Paranoico? ¿Loco?

Era claro que él estaba completamente fuera de sí. Y las personas así son capaces de cualquier cosa.

—¡Vamos, levántate de ahí! —volvió a ordenar, apuntando el revólver directamente a la cabeza de mi hija.

Sin salida, obedecí. Mientras salía del cuarto, intercambié una última mirada con mi amiga, que abrazaba a mi hija con fuerza. Sabía que Carol cuidaría de ella, y traté de consolarme con esa certeza mientras dejaba mi casa bajo la mira de un revólver.

Porque no tenía ninguna certeza de que podría regresar viva.

Cuando llegamos a la calle, él apretó mi brazo con fuerza y bajó el revólver que tenía en la otra mano, de forma que no fuera fácilmente visto por las pocas personas que pasaban por allí. Luego me guió hasta un coche que reconocí como el de Marcos.

Ya estábamos cerca de la puerta cuando un coche entró a la calle a alta velocidad y con las luces tan altas que casi me cegaron. Cerré los ojos y, cuando los volví a abrir, vi que se trataba de un taxi. La puerta del pasajero se abrió y una enorme ola de alivio me invadió cuando reconocí el rostro de quien llegaba en ese momento.

Era Marcos.

*****

Capítulo diecisiete



MARCOS

Sin mi billetera, no solo estaba sin ningún documento ni tarjeta, sino también sin un solo centavo en el bolsillo para pagar el taxi.

Por suerte, el conductor me reconoció. Le dije, sin entrar en detalles, que estaba en una emergencia, en una situación de vida o muerte, y con eso aceptó pasar por mi empresa durante la semana para recibir no solo el pago por el viaje, sino también una gratificación por la ayuda. Después de todo, hasta me prestó su celular para que llamara a Elisa, además de haber ensuciado todo el respaldo de su asiento con la sangre que seguía saliendo de mi herida en la cabeza.

Ah, y también me dijo que su hermana era mi fan y me preguntó si podía llevarla cuando fuera a recibir el pago, para que ella se tomara una foto conmigo. Acepté, claro. Diría que sí a cualquier cosa en esa situación. No es

que tomarse fotos con fans fuera algo que realmente odiara hacer, simplemente... no le veía mucho sentido. Especialmente porque nunca tuve la intención de ser una celebridad.

Tan pronto llegamos a la calle de Luciana, me bajé del vehículo, dirigiéndome rápidamente hacia el coche estacionado frente a su portón. Ese idiota había tomado mi coche. Para un abogado tan respetado, esa era una actitud bastante estúpida de su parte.

No me sorprendió ver que intentaba llevarse a Luciana con él. Dentro de toda la locura que relataba en ese maldito cuaderno, era algo previsible que tomara una medida drástica como esa después de que descubrí su relación con Isadora. Mantener a una mujer embarazada cautiva hasta que diera a luz para luego quedarse con el bebé para él era una maniobra digna de la novela más absurda y extrema, pero parecía totalmente plausible para una mente perturbada.

Lo que sí me sorprendió, sin embargo, fue ver que estaba armado.

—¡Quédate ahí donde estás! —gritó, apuntándome con un revólver.

No sabía que Thiago tenía un arma. Sin embargo, eso no debía sorprenderme en lo más mínimo. Mi enfoque en ese momento debía ser evitar que se llevara a Luciana.

Me detuve a unos metros de distancia y levanté las manos, como para mostrarle que no pensaba hacer ningún

movimiento brusco.

Luego, comencé a hablar:

—No tienes forma de escapar, Thiago. Llamé a la policía e incluso les di la placa de mi coche, que sabía que usarías.

—Es mentira —replicó—. No involucrarías a la policía en esto. ¿Cómo explicarías la situación de esta perra embarazada?

El insulto a Luciana hizo que mi sangre hirviera, pero me esforcé al máximo por mantener la calma.

—"Policía" es solo una expresión, Thiago. Tengo una empresa de seguridad de total confianza, lo sabes. Y también sabes que cuentan con un servicio de investigación rápido y eficaz. En cualquier momento estarán aquí. Aunque logres escapar, seguirán tu rastro y te encontrarán. No lograrás escapar en paz con Luciana, te interceptarán en cualquier momento, podrían haber intercambios de disparos... ¿Vas a arriesgarte a que alguna bala la alcance y pierda al bebé?

Solo mencionar eso me hizo revolver el estómago, y ni siquiera sabía de dónde sacaba fuerzas para mantenerme tan frío. Pero las pocas páginas que había leído de ese maldito cuaderno me habían enseñado algo sobre ese Thiago que no conocía, aunque pensaba que era mi mejor amigo. Entendí que ese bebé era una obsesión para él. Y si era así, no haría nada que pudiera poner en riesgo ese embarazo.

Estoy seguro de que pensó en todo eso, porque soltó el brazo de Luciana, después de hacer una amenaza:

—Si pierdes a mi bebé o si nace con algún problema debido a un error tuyo, iré tras de ti hasta el infierno y te mataré, ¿entendiste, perra?

Tan pronto como se sintió libre, Luciana corrió hacia mí. Ni siquiera pensé en mis acciones y simplemente la abracé cuando llegó a mí. Su piel estaba fría y temblaba. Sosteniéndola con firmeza, seguí mirando a Thiago mientras se subía al coche y se alejaba a toda velocidad.

Iba a decirle que todo estaba bien ahora, pero no tuve tiempo, porque pronto sentí su cuerpo desplomarse en mis brazos.

*****



LUCIANA

Una vez más en la vida, eso se repetía.

Cerraba los ojos en una situación de completa desesperación y, cuando volvía a abrirlos, encontraba el techo frío de un hospital. Mi corazón se aceleró automáticamente al recordar lo que había pasado antes de terminar allí. Me preparé para levantarme, pero un par de manos sujetaron mis hombros, deteniéndome. Asustada por los últimos acontecimientos, miré al rostro de la persona que me sujetaba y una ola de alivio me invadió cuando me di cuenta de que era Marcos.

Sí, ahora lo recordaba: él había llegado para salvarme de ese psicópata.

Pero... ¿qué diablos había pasado? ¿El psicópata no era su mejor amigo, para empezar?

Toda la confusión sobre los últimos sucesos fue reemplazada por una aflicción que rápidamente expresé:

—¿Dónde está mi hija?

—Ella está bien —dijo él, con voz tranquila—. Tu amiga... Carolina, ¿verdad? Se quedó en tu casa cuidando de ella. Llamé a un equipo de seguridad, que llegó poco después de que Thiago se fuera. Dejaron tres hombres ahí. Están en este momento frente a tu casa, vigilando todo. Las dos están seguras.

Moví la cabeza en señal de acuerdo, aunque eso de ninguna manera me tranquilizó más. Solo redujo un poco la alerta que pulsaba dentro de mí.

Miré mi brazo, dándome cuenta de que había una vía intravenosa conectada a un soporte de suero al lado de la cama. La habitación era grande y muy bonita, probablemente de algún hospital privado al que nunca podría haber pagado por atención.

—¿Estás bien? —preguntó él, y solo pude pensar que esa pregunta era una mera formalidad innecesaria para la situación.

—¿De verdad me estás preguntando si estoy bien? —inquirí, indignada—. Ese amigo tuyo prácticamente invadió mi casa y me apuntó con un arma frente a mi hija.

—Lo siento mucho por eso. De verdad.

—Ah, ¿lo sientes? Por segunda vez vi la vida de mi hija en peligro. Casi la pierdo otra vez y ni siquiera sé por qué. Creo que lo mínimo que merezco es que me digas qué está pasando, en lugar de preguntarme cómo estoy. Y hazlo mientras me llevas de vuelta a casa. ¿Puedes llamar a un enfermero para que me saque esta aguja de mi brazo?

—No puedo llevarte a casa ahora, Luciana. Aunque solo fue un desmayo causado por tu estado emocional, los médicos creyeron conveniente hacerte algunos exámenes para saber si todo está bien con el bebé. También recogieron algo de tu sangre para conocer tu estado general de salud. Tenemos que esperar los resultados. Solo intenta mantener la calma.

Suspiré, extremadamente cansada. Eso era lo último que me faltaba: tener que esperar los resultados de

exámenes cuando todo lo que quería era volver a casa y abrazar a mi hija.

—Es muy difícil calmarme cuando ni siquiera sé qué pasó. Tu amigo llegó a mi casa, me apuntó con un arma a mí y a mi hija, y me obligó a subir a un coche. Todo lo que me dijo antes de perder la cabeza fue que querías hablar conmigo.

Finalmente me soltó y confieso que mi cuerpo protestó silenciosamente ante eso. El toque de sus manos sujetando mis hombros, por más que fuera un contacto completamente inocente, me daba una extraña sensación de seguridad.

Sentándose en la silla junto a la cama, comenzó a hablar:

—En resumen, hoy fui a su apartamento para hablar. Acordamos salir, me pidió que esperara mientras él se bañaba. Tropecé con una caja que estaba sobre la mesa de su sala, y cuando fui a recogerla, descubrí que era como un baúl de recuerdos, lleno de fotos de él con mi difunta esposa.

—Él mencionó una vez que era muy amigo de ella. Dijo que eran como hermanos.

—¿Tienes hermanos?

—No.

—Bueno, yo sí. Y te aseguro que es absolutamente repugnante pensar en hermanos haciendo lo que ellos hacían en algunas de las fotos.

Sentí mis labios abrirse, sorprendida. No podía estar diciendo lo que pensaba que entendí.

—¿Estás diciendo que él y tu esposa tenían un romance?

Soltó un suspiro pesado, y casi me arrepentí de haber preguntado. Si había descubierto todo eso ese mismo día, era obvio que hablar de ello debía ser doloroso. Pero no podía darle tiempo para recuperarse, ni un poco. Necesitaba entender qué estaba pasando y cómo todo eso me involucraba.

Después de una pausa, continuó:

—También había un cuaderno dentro de la caja. —Señaló hacia un mueble en una esquina de la habitación, y seguí su mirada, encontrando sobre él un cuaderno de tapa dura—. Obviamente, no tuve tiempo de leer todo, pero pasé los ojos por algunas páginas y entonces entendí por qué mi esposa tenía un romance con un tipo que conocía desde la infancia, aparentemente antes de casarnos.

—¿Ella se casó contigo mientras ya estaba involucrada con otro? ¿Por qué lo hizo? —La respuesta "por dinero" me pareció bastante clara en mi mente, pero la descarté rápidamente. Según lo que había leído sobre el CEO de MH, la aplicación que trajo fortuna a la empresa tenía poco más de cinco años de existencia. Por el tiempo

en que su esposa había fallecido y el período en que luchó contra la enfermedad que la mató, probablemente se casaron cuando él aún no era tan rico.

Sin embargo, él rápidamente se encargó de explicarlo:

—Porque ella siempre estuvo loca por tener un hijo. Y aparentemente Thiago no podía darle eso. Por lo que entendí, ella planeaba divorciarse tan pronto como consiguiera lo que quería.

Dios mío... eso era... demasiado horrible. Marcos amaba profundamente a esa mujer. Incluso podía sentir, en la forma en que hablaba de ella, cuán lleno de amor y devoción estaban sus palabras. Y si eso no fuera suficiente, confiaba ciegamente en Thiago. No lograba dimensionar el tamaño de esa decepción.

Tuve ganas de tomar su mano junto a la mía, como una forma de darle algo de fuerza en ese momento, ante descubrimientos tan terribles. Pero no tenía la suficiente confianza para hacerlo.

Él continuó hablando:

—Así que eso fue todo... básicamente encontré las fotos y el cuaderno, y descubrí que fui engañado por las personas en las que más confiaba.

—¿Y todo eso mientras él se bañaba?

—No. Estaba viendo las fotos cuando él llegó por detrás, sin que lo viera, y me golpeó en la cabeza con una botella. —Se giró y fue entonces cuando vi que tenía un vendaje allí, probablemente también hecho en el hospital. Llevaba un traje negro, por lo que no había notado las manchas de sangre en su ropa—. Me desmayé... creo que por algunos minutos. Desperté encerrado en su apartamento, sin las llaves de mi coche, mi celular ni mi billetera. Pensé que regresaría en cualquier momento, porque, hasta ese entonces, pensaba que solo era un hijo de puta traidor estándar. Fue entonces cuando leí un poco del cuaderno y descubrí que en realidad rozaba la psicopatía. Tuve que romper la puerta para salir, y solo pensé en ir a tu casa. Algo dentro de mí me alertaba de que él podría haber ido detrás de ti.

Ese era precisamente el punto que más necesitaba entender.

—¿Por qué fue detrás de mí?

—Thiago siempre me motivó a realizar el sueño de Isadora y hacer la inseminación. Aparentemente, al principio lo hacía por su memoria. Pero poco a poco, la obsesión fue evolucionando. Y él planeaba robar al bebé y huir con él a... no sé dónde. Necesito terminar de leer este maldito cuaderno para ver si descubro algo más al respecto.

Moví la cabeza en señal de afirmación, mientras todo esa locura se acomodaba en mi cabeza. Concluí:

—Entonces, cuando descubriste la verdad, él pensó que era válido secuestrarme. Pero, ¿qué pretendía ese

loco? ¿Mantenerme prisionera en algún lugar hasta que naciera el bebé?

—Es lo único en lo que puedo pensar.

—Eso es completamente enfermizo.

—Sí, lo sé. Pero eso ya no va a suceder. Voy a poner una guardia de seguridad 24 horas frente a la casa de tu amiga para protegerla. En cuanto a ti y a tu hija, quiero que vengan a vivir conmigo.

Mis ojos se abrieron de par en par mientras intentaba juntar las palabras que había dicho. Porque, en un primer momento, no podía creer que realmente me estuviera proponiendo eso.

*****

Capítulo dieciocho



MARCOS

—¡Absolutamente no! —fue su respuesta automática, pareciendo en shock por la propuesta.

Realmente no imaginé que esa idea fuera bien recibida por ella. Pero tuve que pensar rápido, y esa fue la única solución que se me ocurrió. Porque, por más increíble que pudiera parecer, no solo estábamos lidiando con el problema con Thiago.

Tan pronto como llegamos al hospital con Luciana inconsciente, llevados por uno de los autos del equipo de seguridad que llegó unos minutos después de que Thiago se fuera, aproveché mientras ella recibía los primeros auxilios para hacer algunas llamadas.

Había anotado el número de Carolina, amiga y vecina de Luciana, y la llamé para informarle el número del

hospital y la habitación, para que pudiera hablar con su amiga cuando despertara. Luego, llamé a mi hermana para ponerla al tanto de la situación, y con eso, me llegaron nuevas sorpresas.

—Hoy más temprano, cuando te fui a llevar después del shopping, alguien nos fotografió juntos frente a tu casa. La noticia ya está en todos los portales de chismes en internet.

Ella resopló, incrédula.

—¿Entonces ahora soy tu nueva "rubia misteriosa"?

—Lo eres. En general no me importa, pero ahora los buitres de la prensa saben dónde vives, seguramente siempre habrá alguno al acecho, vigilándote y tratando de capturar algo comprometedor. En algún momento te seguirán hasta el hospital, y pronto sabrán que estás embarazada.

—Espera... ¿Acaso pretendes dejar que ellos sepan que estoy embarazada y permitir que concluyan que estamos juntos, es eso?

—No puedo pensar en ninguna otra solución para lidiar con los medios en este momento. A efectos prácticos, tú y yo estamos juntos y vamos a tener un bebé.

—Eso no formaba parte de nuestro contrato.

—Planeo pagarte más por eso.

—No me interesa recibir más dinero. Solo un mínimo posible de normalidad en mi vida.

—Realmente siento mucho haberte puesto en esta situación, Luciana. Pero creo que, en este punto, la normalidad ya no es algo posible. Si no fingimos que estamos juntos y que vamos a tener un bebé por métodos "naturales", ellos van a escarbar en esta historia hasta descubrir lo de la inseminación. Será un escándalo, y ambos seremos perjudicados por ello. Recuerda que es una práctica ilegal. Tienes una hija, no querrás que ella vea a su madre involucrada en algo así.

—¿Y cuando todo esto termine? ¿Cuando nazca el bebé? ¿Seré la madre que abandona a un hijo con el padre y desaparece del mundo? Mi cara aparecerá en todos los medios, ¿cómo crees que podré tener una vida normal después de eso?

—Te doy mi palabra de que pensaremos juntos en una solución para eso. Nos quedan casi seis meses hasta que nazca el bebé, eso nos dará tiempo para decidir algo con calma. Por ahora, tenemos que resolver la cuestión más urgente.

Ella mordió su labio inferior y movió la cabeza. No parecía nada dispuesta a aceptar eso. Realmente sentía mucho haberla puesto en esa situación. Pero ahora, esa era la única solución posible.

Cuando volvió a mirarme, planteó otra cuestión:

—Pretendes denunciarlo a la policía, ¿verdad? No vas a dejar a ese loco suelto por ahí.

—No puedo hacer eso. ¿Olvidaste que los dos estamos cometiendo un crimen?

—¿Puedes dar una excusa para mi embarazo ante los medios, pero no ante la policía?

—Los medios se conforman con poco. La policía querrá investigar el caso. No podemos correr ese riesgo. No tienes que temer a Thiago, ya te dije que tú y tu hija estarán seguras en mi casa.

—¿Y cuando todo esto termine? Independientemente de lo que decidas hacer con respecto a los medios, ese hombre puede venir otra vez atrás de mí.

—No querrá nada contigo, su enfoque está en el bebé. Pero aún así me aseguraré de que tú y tu hija estén seguras. Te doy mi palabra.

Ella iba a decir algo, pero en ese momento, el teléfono junto a la cama sonó. Probablemente era la amiga de Luciana. Cuando la llamé y le pasé el número del hospital y de la habitación, me informó que llamaría en aproximadamente una hora para saber si su amiga ya estaría despierta. De hecho, lo estaba.

Luciana atendió y el volumen del teléfono era tan alto que, junto al silencio de la habitación, podía escuchar un poco de la voz nerviosa del otro lado de la línea. Aunque no

lograba entender exactamente lo que decía, me di cuenta de que estaba muy angustiada.

—Estoy bien, Carol. ¿Y mi hija?... Gracias a Dios que ella ya está dormida. —Luciana hizo una larga pausa, y pude imaginar lo que su amiga le estaría contando.

Después de pocos minutos solo escuchando, le pidió a Carolina que esperara y apartó el teléfono de su oído, volviendo a mirarme.

—Carol me dijo que tu chofer está en mi casa. Dijo que quiere llevar a Lara. ¿Qué es esto, Marcos? ¿A dónde quiere llevar mi hija tu secuaz?

No me gustaba la forma en que hablaba, como si fuera un criminal. Pero ¿cómo podría juzgarla? Tenía todos los motivos para estar completamente desbordada.

—Mi ama de llaves, esposa de James, está en casa y es una señora de extrema confianza. Ya está preparando una habitación para ti y tu hija, y se encargará de ella hasta que lleguemos. Mañana iremos a tu casa a recoger sus cosas.

Ella pareció pensarlo por un instante. Aunque estaba furiosa, era claro que la seguridad de su hija era lo más importante para ella.

—James parece ser una persona muy amable, pero yo apenas lo conozco. No voy a dejar a mi hija dormida sola con él. Solo irá si Carol va con ella.

—De acuerdo. Avísale a Carolina que ella pasará la noche en mi casa también.

—Y ahora tenemos un perro. Y Carol tiene un gato al que ama como a un hijo y no va a querer dejarlo pasar la noche solo en casa.

Agradecía tener un apartamento lo suficientemente grande para que entrasen tantos huéspedes.

—Lleven todos los animales que quieran.

Ella me analizó por un instante, hasta que, finalmente, volvió a hablar por teléfono y pidió a su amiga que acompañara a su hija y llevara también a los animales. Siguieron conversando mientras Luciana le pasaba una larga lista de recomendaciones sobre lo que no debía olvidar llevar. Realmente parecía ser una madre muy dedicada.

Por primera vez, me pregunté si Isadora, que tanto deseaba tener un hijo, tendría toda esa dedicación y disposición. No es que dudara que llegara a sentir un amor inmenso por su hijo, ni siquiera el odio que sentía por ella en ese momento me haría pensar eso. Pero ella siempre fue una chica consentida, acostumbrada a que todos sus deseos fueran satisfechos al instante. Estaba claro que nuestro hijo sería criado por niñeras. No me imaginaba a Isadora ni siquiera cambiando un pañal.

Cuando nos casamos, quise esperar un poco para tener un hijo, porque siempre quise ser un padre presente y el inicio de la empresa absorbía todo mi tiempo, además

de que el retorno financiero en ese momento no era de los más prometedores. Y ella tenía una crisis de llanto cada vez que alguna de sus amigas tenía un hijo, diciendo que quería tener el suyo también, como una niña haciendo berrinche por tener el mismo juguete que los demás.

Es curioso que solo ahora pudiera hacer esa comparación. En ese momento, completamente embriagado por la pasión que sentía por ella, me disculpaba por no estar en el momento adecuado para ser padres y me sentía una basura por no dejar todo de lado para cumplir el sueño de mi esposa.

Tratando de darle un poco más de privacidad a Luciana en su conversación con su amiga, me levanté y salí de la habitación. En cuanto llegué al pasillo del hospital, me encontré con Elisa, que venía corriendo hacia mí. Cuando se acercó, me abrazó con fuerza y yo correspondí, sintiéndome agradecido por su presencia allí.

—Dejé a Caio en tu apartamento, con Madalena —se adelantó a explicarme lo que seguramente sabía que le iba a preguntar. Madalena era mi ama de llaves. Ya pasaba de la medianoche y realmente odiaba que ella estuviera trabajando a esa hora, pero era una situación extrema—. ¿Cómo está Luciana? ¿Y el bebé?

—Están bien. Ella no tanto, emocionalmente, después de todo lo que pasó. Pero me aseguraré de que todo esté bien a partir de ahora.

—¿Y tú?

—Estoy bien. Tengo que estar bien.

—Ni siquiera yo estoy bien, Marcos. Y mira que sabes bien que Isadora nunca fue mi persona favorita en este mundo. Aun así, jamás imaginé que ella pudiera... En fin, mucho menos que Thiago fuera un loco. Siempre me pareció tan calmado. En fin, hablaremos de eso en otro momento. Vine aquí para ayudarte. ¿Ya decidiste qué vas a hacer? ¿Vas a involucrar a la policía en esto?

—No. He contratado una empresa de seguridad para que se encargue de todo. Tienen excelentes investigadores, van a intentar encontrar a Thiago.

—¿Y cuando lo encuentren, qué vas a hacer?

Sinceramente, incluso tenía miedo de pensar en la respuesta de lo que realmente quería hacer cuando encontrara a ese miserable.

—Cuando lo encuentre, decidiré qué hacer.

—¿Estás seguro de que no es mejor avisar a la policía? Se fugó con tu coche, llevándose tu billetera con documentos…

—Estoy seguro de que encontrarán todo. No se va a ir muy lejos.

—Ok, sin policía. ¿Y qué pasa con Luciana? No sabemos cuándo encontrarán a Thiago, ni si lo harán. Podría intentar hacerle algo otra vez.

—Ella vendrá mi casa. Ya le avisé a Madalena para que organice todo para recibirla a ella y a su hija.

—Me imaginaba que ibas a optar por eso. Especialmente después de que las fotos con ella se filtraron. ¿Vas a decir que el hijo es de ella, entonces?

—¿Qué otra solución tengo?

—¿Y después de que nazca? ¿Ya has pensado en eso o también lo dejarás para decidir después?

—Después. Todo después. —Hice una pausa, pensativo—. Ella es una buena mujer, Elisa. No merecía estar pasando por algo así.

—Lo sé. Pero todo va a estar bien. Dime, ¿ella está muy furiosa contigo?

—Thiago le apuntó con un arma a su hija. ¿Qué piensas tú?

—Yo, en su lugar, querría darte algunos golpes.

—Ella lo hace muy bien con las palabras. Duelen más que si fuera físicamente—. Recordé cómo me cuestionó sobre si había enviado a mi "secuestrador" a buscar a su hija, como si fuera un criminal.

—Muy pronto entenderás que, cuando tocan a nuestro hijo, nos convertimos en animales.

—Realmente espero aprender eso. Que a partir de ahora este embarazo siga en paz y seguridad.

—Así será, hermano. Sin duda, así será.

Quería creer eso con todo mi corazón. Lo único que más deseaba en ese momento era proteger a mi hijo y a Luciana.

Lo único que no sabía era si mi instinto de protección hacia ella seguiría siendo solo por el bebé.

*****

Capítulo diecinueve



LUCIANA

Ya pasaban de las dos de la mañana cuando finalmente llegué al apartamento de Marcos, acompañada por él y por su hermana. Elisa nos había llevado en su coche y subió hasta el ático donde vivía su hermano para recoger a su hijo, que dormía allí.

La residencia era simplemente surrealista. La puerta se abrió a una sala que era mucho más grande que toda mi casa. Una lujosa escalera conducía al segundo piso, y Elisa enseguida subió, ya sabiendo que su hijo dormía en la habitación del tío.

Una señora de unos cincuenta y tantos años vino a recibirnos y, de manera acogedora, me contó que mi hija y mi amiga estaban en una habitación en el piso inferior y me indicó dónde estaba. No esperé a que Marcos me invitara a entrar en el apartamento, y seguí hacia donde la empleada me había guiado.

Abrí la puerta del cuarto. Había una cama doble donde Lara dormía junto a Mingau y al perrito que había rescatado horas antes, aunque parecía que todo eso había sucedido hace un año o más. Junto a una de las paredes, había un sofá cama aparentemente cómodo, donde estaba Carolina. Se sentó en cuanto entré, mostrando que estaba despierta.

Primero me acerqué a mi hija, pasando suavemente la mano por su cabello mientras ella dormía profundamente. Sentí las lágrimas nublar mi visión al pensar en los riesgos que había corrido bajo la mira de ese psicópata.

Después de confirmar que estaba bien, me acerqué a mi amiga y me senté a su lado en el sofá, abrazándola con fuerza.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

Después de unos segundos más de abrazo, ella se apartó y se pasó la mano por la cara

—Yo debería estar preguntándote eso, Lu.

—Físicamente, estoy bien. El desmayo fue por la tensión emocional. Claro que no estoy realmente bien, Carol, y sé que tú tampoco lo estás.

Ella asintió con la cabeza, ya que probablemente sabía que no valdría la pena tratar de mentirme.

—Yo realmente pensaba que él era un buen tipo, Lu. Cuando pienso que le entregué mi cuerpo y mi corazón a

un monstruo como él, me siento tan…

—Oye, oye... No tenías forma de saberlo, Carol. Marcos también fue engañado por él, aunque lo conocía desde hace años.

—Pero tú no te equivocaste. Nunca le tuviste confianza, y siempre trataste de advertirme sobre él.

—Porque él nunca intentó engañarme. Nunca le preocupó lo que pensara de él. Tienes razón, es un monstruo. Y tú fuiste solo una víctima más de él.

Carol asintió y volvió a pasar la mano por su rostro, secando una lágrima que escapó de sus ojos. Pero pronto cambió de tema:

—Sé que está mal acostumbrar al perrito a quedarse en la cama, pero... cuando llegamos aquí, Lara despertó y empezó a llorar, preguntando por ti. Y el perrito no dejaba de llorar, así que... se consolaron mutuamente y solo así pudieron volver a dormir. Me dio pena quitarlo de su lado. Ah, y Mingau también está metido con ellos.

—Hiciste bien. Eres la mejor madrina que podría haber elegido para Lara.

—¿Vas a quedarte a vivir aquí con él, Lu? —La pregunta me sorprendió. Pero no pensé demasiado antes de responder:

—Sí. Tomaron fotos mías con Marcos ayer, cuando me llevó del shopping a casa. Si los medios escarban mucho en

esto, pueden acabar descubriendo lo de la inseminación y no quiero un problema con la justicia a estas alturas.

—Si fingen ser una pareja a punto de tener un hijo, probablemente se calmarán.

Asentí.

—Espero que sí. Aparte de eso, ese loco puede intentar secuestrarme nuevamente. Y no voy a arriesgarme a que mi hija pase por lo que pasó esta noche.

—Haces bien, Lu. Tenía miedo de que te costara aceptar la propuesta.

—No estoy nada feliz con esto, Carol. Pero no hay otra solución. Y Marcos me aseguró que pondrá un equipo de seguridad frente a tu casa.

—No necesitas nada de eso. No estoy en riesgo.

—Insisto, Carol. Solo me sentiré en paz si sé que tú también estarás segura.

—Te voy a extrañar. No voy a poder pasar todos los días por tu casa, por la mañana y por la noche. Para ti será genial librarte de mí, pero... ¿cómo voy a estar sin ustedes dos?

Sonreí, volviendo a abrazar a mi amiga.

—Será solo por un tiempo, Carol. Y nada de "será genial", estar lejos de ti será sin duda la peor parte de todo esto.

—¿Marcos te entregó tu celular? Necesito poder hablar contigo por mensajes.

Mi celular…

En medio de todo ese caos, ni siquiera lo había recordado. Pero si lo dejé caer en el coche de Marcos, había una gran posibilidad de que Thiago lo hubiera llevado consigo. Era lo último que me faltaba…

Pero no quería pensar en eso. Estaba muerta de sueño y cansancio, y realmente necesitaba descansar un poco, y sé que mi amiga también. Así que le di un beso de buenas noches en la mejilla y me fui a la cama, durmiendo junto a Lara, el perro y el gato que también estaban allí.

*****



MARCOS

No había pegado ojo en toda la noche. Sentado en uno de los sofás de la sala y con un vaso de coñac en las manos, seguía hojeando ese maldito cuaderno.

Aunque leer eso era una tortura para mí, era necesario. Primero, para enterrar de una vez cualquier vestigio de buen sentimiento que aún pudiera haber guardado por Isadora. Ella me había traicionado de la forma más cobarde posible, aparentemente sin mostrar ni un solo remordimiento por ello. Por lo que pude entender de los relatos de Thiago en esas "cartas no entregadas", ella prefirió casarse conmigo en lugar de seguir con él solo por la esperanza de ser madre. Yo era como una maldita máquina reproductora fácilmente descartable.

Sin embargo, por más que Thiago estuviera obsesionado con ella, algo en esas narrativas me daba la impresión de que, al final, él no era más que un juguete para ella. Una distracción sexual, tal vez. Nada más que eso. Ella no lo amaba.

Creo que, en realidad, ella no amaba a nadie.

Era increíble cómo ahora podía recapitular los detalles de los años que viví a su lado y percibir en las sutilezas de su comportamiento cosas que antes no había podido ver.

Ella era una mujer fría. Una niña consentida, acostumbrada a tener todo lo que quería en sus manos y que poco le importaba los sentimientos de los demás. Su decisión de enfrentarse a su familia para estar conmigo no se debía a ningún sentimiento hacia mí, sino a una forma de imponer su voluntad. La forma en que, aún en la adolescencia, se acercó a mí en la escuela y hasta me defendió de algunos ataques de bullying de compañeros, probablemente fue porque se sintió atraída físicamente por mí y quería llamar la atención.

Tal vez el hecho de que yo siempre hacía sus trabajos escolares también haya influido en eso.

Era un completo idiota. Y cuanto más cavaba en esa historia, más seguro estaba de ello.

Los primeros rayos de sol comenzaban a entrar por las amplias ventanas de la sala cuando finalmente decidí tomar un descanso, aunque ya casi estaba llegando al final. Lo que más quería descubrir aparentemente no estaba allí: la ubicación del tal lugar donde Thiago e Isadora solían encontrarse, que era hacia donde él relataba que iría a escapar llevando a mi hijo. Probablemente era allí donde él había huido.

Pensando en eso, la pregunta que me hizo mi hermana volvía a torturar mi mente: ¿qué haría cuando lo encontrara? Las peores ideas pasaban por mi cabeza, y luchaba por alejarlas. No era un monstruo como él.

Fui sacado de esos pensamientos al escuchar pasos lentos viniendo de la puerta que separaba la sala del pasillo que conducía a los otros cuartos de ese piso. Había seis habitaciones en la casa, y de esas solo dos estaban en el primer piso. Aunque eran bastante amplias, eran las más pequeñas, así que no entendía por qué Madalena había acomodado a Luciana, su hija y su amiga en una de ellas, y no en el piso superior. Pero, con todo lo sucedido el día anterior, ni siquiera tuve la cabeza para hacer esa pregunta.

Me quedé mirando la puerta, esperando que Luciana apareciera en cualquier momento. Sin embargo, quien apareció allí fue otra persona. Muy parecida con ella, es cierto, aunque considerablemente más pequeña.

La carita infantil me miró confundida y pasaron unos pocos segundos antes de que procesara dónde la había visto antes.

—¿Tío Marcos? —preguntó, con esa vocecita tierna que me había conquistado la primera vez que la vi.

Ella dio un paso más, de manera que la luz que venía de las ventanas y que antes iluminaba solo su rostro me dio una visión completa de ella. Entonces pude ver, ya que llevaba camisón, la prótesis visible en lugar de su pierna izquierda.
¿Cómo era posible que la hija de Luciana fuera…

—¿Lara? —pregunté, aún incrédulo.

Ella volvió a caminar, acercándose a mí. Esta vez, sus pasos eran un poco más vacilantes que la última vez que la vi, e imaginé que el sueño debía estar alterando un poco su equilibrio. Después de todo, no debían ser ni las siete de la mañana. Entre los brazos cruzados frente al pecho, traía un perrito, que reconocí como el mismo que Luciana había rescatado el día anterior.

—¿Qué haces aquí? —Paró algunos pasos frente a mí y bostezó. Parecía realmente con sueño.

—Bueno, en realidad, esta es mi casa.

—¿En serio? Mi madrina me dijo ayer que veníamos a la casa de un amigo de mamá. ¿Eres el amigo de mi mamá?

Creo que mi relación con su madre era algo demasiado complicada para ser resumida en un título, pero acepté el de "amigo" para facilitar las cosas.

—Sí, lo soy. Lo que me sorprende es que tú seas la hija de Luciana.
—Claro, lo soy. Desde que nací.

Reí, logrando por fin vivir un breve momento de relajación después de todo el caos de las últimas horas. Confieso que aún estaba sorprendido con ese descubrimiento, pero también estaba cautivado por esa niña. Sin embargo, mi sonrisa se desvaneció a medida que las piezas empezaban a encajar. Recordé la breve conversación que tuve con Lara el día que la conocí, sobre cómo su madre "casi había conseguido" el dinero necesario para pagar la prótesis de carrera. Entonces, ¿fue por eso que Luciana aceptó gestar mi hijo? ¿Era por eso que el dinero parecía ser tan importante para ella?

Ella había perdido un bebé, y quedar embarazada nuevamente pocos años después sabiendo que el bebé no sería suyo debía afectar terriblemente su estado mental. Pero ella aceptó eso... por su hija.

Y cuando la conocí, la había clasificado como una mujer ambiciosa.

Con esto, reafirmé mentalmente que yo era un idiota.

—¿Está todo bien, tío Marcos? —Lara preguntó, notando que mi expresión había cambiado.

—Sí, Lara. ¿Y tú? ¿Por qué te despertaste tan temprano?

—Tuve una pesadilla. Soñé que un hombre malo llegaba a mi casa con un revólver y me decía un montón de cosas feas.

No era un sueño, lo sabía. Era un recuerdo del momento en que Thiago las amenazó. Me pregunté qué tipo de atrocidades ese maldito podría haberle dicho a una niña, pero preferí no enfocarme en eso.

—Bueno, ya que te despertaste, ¿qué te parece si me acompañas a desayunar?

Ella tomó aire para responder, pero fue interrumpida por la voz de Luciana que venía por el pasillo, buscando a su hija.

—Lara, ¿dónde estás? —Luciana se detuvo frente a la puerta al vernos y soltó un suspiro de alivio—. ¡Qué susto me diste, hija! ¿Qué haces aquí a esta hora?

Ella se giró hacia su madre y dijo emocionada:

—¡Mamá, ¿por qué no me dijiste que el tío Marcos es tu amigo?!

Luciana comenzó a caminar hacia nosotros, luciendo confundida.

—¿Cómo es eso, Lara? ¿Conocías a Marcos?

—Es el tío de mi amigo Caio.

Ella parpadeó, sorprendida. Yo también encontraba todo eso como una increíble coincidencia.

—Entonces, ¿tu sobrino... el hijo de Elisa... es Caio? ¿El mismo Caio que es amigo de mi hija?

—Todo indica que sí —respondí, sonriendo—. Conocí a Lara el otro día cuando fui a buscar a Caio a la escuela. No tenía idea de que ella era tu hija.

—Ellos dos se quedaron conmigo hasta que llegó la camioneta, mamá. Me hicieron compañía para que los otros niños no se metieran conmigo.

Como si fuera posible, la expresión en el rostro de Luciana se volvió aún más sorprendida. ¿De verdad le parecía tan difícil de creer que yo fuera amable con una niña?

—¿Es cierto que vamos a vivir aquí por un tiempo, mamá? —preguntó Lara. Y me alegré al notar la emoción en su voz. Parecía feliz con la idea.

Y bueno... a mí también me estaba empezando a gustar todo.

—Sí, mi amor —respondió Luciana—. Pero será solo por unos meses.

Ella se emocionó, parecía realmente feliz con la noticia. No pude evitar notar el brillo en los ojos de Luciana mientras veía la alegría de su hija. Creo que eso aliviaba un poco la tensión por los últimos acontecimientos.

Volví a invitarlas al desayuno y ellas me acompañaron hasta la cocina. Allí, tuvimos unos minutos más de

conversación, o prácticamente de respuestas a las preguntas que Lara hacía.

No podía negar que hacía mucho tiempo no tenía una mañana tan agradable como esa.

*****

Capítulo veinte



LUCIANA

— ¡Esto es genial! —exclamó el niño, de pie en medio de la sala del apartamento de Marcos, frente a mi hija, que parecía igualmente emocionada.

Caio era un niño realmente adorable, y me alegraba de que fuera amigo de mi hija.

— ¡Ana Clara se va a volver loca cuando te vea! —continuó.

La boca de Lara se abrió en una expresión de sorpresa.

— ¿¿Clarita también vive aquí??

— ¡Vive! … Bueno, no exactamente aquí. Ella vive en el sexto piso. ¡Mamá! —llamó a Elisa, que bajaba las escaleras en ese momento, acompañada por Carol. Mi amiga tenía una cita con un cliente para mostrarle una propiedad, y no tendría tiempo de ir a su casa a cambiarse, por lo que Elisa se ofreció a prestarle algunas de

sus prendas. Aparentemente, aunque vivía en el mismo edificio, tenía una habitación en la casa de su hermano, y allí había algunas de sus ropas—. ¿Podemos ir a la casa de Ana Clara?

—¡Claro que no! —replicó ella—. Tú y Larita tienen pase libre para faltar a la escuela hoy, pero Clarita no. Ya debe estar vistiéndose para ir.

Necesitaba ir a mi casa a recoger algunas de mis cosas y las de Lara, y como Carol necesitaba trabajar, Lara se quedaría con Madalena, la ama de llaves del lugar. Elisa fue muy comprensiva sugiriendo que Caio también faltara a la escuela ese día para quedarse con ella.

—Gracias de nuevo, Elisa. —Carol agradeció, mientras manipulaba su celular—. No tendría tiempo de ir a casa a cambiarme antes de encontrarme con el cliente. Solo voy a pedir un Uber y me voy volando para allá.

—No hay problema. Ah, ¿pero a dónde vas?

—Al Centro.

—Bueno, yo voy a la empresa y queda en el Centro, te puedo dar un aventón.

—¿Quieres ser mi amiga?

Viéndolas, me reí al ver cómo se llevaban tan bien. Debo confesar que ya me caía bien la hermana de Marcos, parecía ser una buena persona, y mi instinto respecto a eso generalmente no fallaba. Después de todo, desde el principio supe que Thiago era un idiota.

Mientras Elisa le daba instrucciones a Caio sobre cómo comportarse mientras ella estaba fuera, desvié mis ojos hacia la escalera en el momento en que Marcos comenzó a bajarla. Siempre lo veía en su modo CEO, usando trajes o ropa formal. Incluso el día anterior, cuando lo encontré en el centro comercial, iba vestido de esa forma. Esta vez, sin embargo, me tocó ver otra versión de él. Una con jeans, zapatillas y una camiseta negra y simple, lo que le daba un aire mucho más juvenil. Menos elegante, pero igual de guapo. No podía decidir cuál de los dos Marcos me gustaba más.

Madalena también llegó en ese momento, encontrándose con él en el último escalón de la escalera, y parecía darle algunas instrucciones, ya que se quedaría sola con dos niños. Me costaba desviar la vista de él, pero me esforcé por hacerlo para no parecer una entrometida tratando de escuchar la conversación. En ese momento, Carol se sentó a mi lado y puso la mano sobre mi rostro.

—¿Vas a estar bien, amiga? Puedo cancelar la cita con el cliente para acompañarte, si quieres.

—Claro que sí, Carol. No te preocupes. Ve y vende esa casa. Solo espero que tu cliente no sea alérgico a los gatos. —Señalé hacia la caja de transporte sobre el otro sofá, donde Mingau la esperaba para irse.

—También espero eso. Y que Mingau se comporte y no se ponga a maullar para arruinar mi venta.

Me sentía fatal por causar toda esa situación a mi amiga. Pero decidí no pedir disculpas, porque... ya lo sabía: ella diría que no era necesario y que no pasaba nada, todo ese discurso que ya conocía tan bien. Así que opté por abrazarla en lugar de hablar.

Ella y Elisa salieron juntas, llevándose la caja de transporte de Mingau. A esas alturas, Lara y Caio ya estaban sentados en el sofá,

con él mostrándole algún juego en su tablet. Sonreí, sintiéndome profundamente agradecida por la presencia de ese niño allí para alegrar a mi hija después de una noche tan caótica como la que habíamos tenido. Estaba distraída pensando en eso y ni siquiera vi cuándo Marcos se acercó y se detuvo frente a mí.

— Entonces, ¿vamos?

Asentí, aunque me parecía innecesario que él fuera conmigo.

— Aún puedes cambiar de opinión. Puedo ir sola con James.

— Ah, no... James no va. Vamos en el coche que él usualmente conduce, pero quien tomará el volante soy yo. Le di el día libre. Pensé que se lo merecía después de todo lo que pasó ayer.

Estuve de acuerdo, considerando que eso era justo. Pero volví a insistir:

— Entonces, puedo tomar un Uber.

— Vas a volver con maletas pesadas.

— No tanto. No tenemos tantas cosas que traer.

En cuanto dije eso, me di cuenta de que sí, tenía cosas pesadas que llevar. Mi material de trabajo y mis máquinas de serigrafía. La habitación en la que me estaba hospedando con Lara era grande, todo cabría sin problema. Y obviamente, no iba a dejar de trabajar.

— ¡Mamá, no olvides mis pantalones! —me recordó Lara, aún atenta al juego que Caio le mostraba.

Sabía que, por más que ella intentara disimularlo, se sentía avergonzada de mostrar su prótesis a otras personas. No quería que fuera así, trataba al máximo de fomentar la autoestima de mi niña, pero la psicóloga siempre me decía que esa fase de rechazo podía ser normal. El accidente había sucedido poco más de dos años atrás, pero Lara pasó algunos meses en el hospital y, cuando salió, pasó más tiempo en fisioterapia antes de comenzar a usar una prótesis. Todavía todo era muy reciente para ella.

—No lo voy a olvidar, mi amor. Compórtate y obedece a Madalena, ¿está bien?

Ella asintió y dejó el juego para venir a abrazarme, luego corrió de vuelta hacia su amigo. Entonces, Marcos y yo salimos, entrando al ascensor. En cuanto la puerta se cerró, comentó:

—¿Pantalones? Pensé que te iba a recordar algún juguete.

—Todavía tiene algo de vergüenza de mostrar la prótesis.

—No tiene por qué.

—Lo sé, tú lo sabes... pero nosotros somos adultos. Ella solo tiene ocho años.

—Tienes razón.

Mientras el ascensor descendía, imaginé que me preguntaría sobre Lara. Esa molesta pregunta que las personas sin tacto suelen hacer, algo como "¿Ella nació así, o fue un accidente?". Para mi alivio, no dijo nada. Tal vez había intuido que eso había ocurrido en el mismo accidente que me quitó a mi marido y me hizo perder un bebé. O quizás simplemente tuvo la sensibilidad suficiente como para entender que esa no sería una pregunta adecuada.

Tenía una fuerte corazonada de que era un poco de ambas cosas.

Cuando salimos del estacionamiento con el coche, vi en la vereda frente a nosotros a dos hombres con cámaras fotográficas profesionales, disparando fotos sin cesar tan pronto como nos vieron. Confieso que eso me asustó.

—¿Esos hombres están tomando fotos de nosotros? —le pregunté a Marcos.

Él los miró rápidamente, luego volvió a enfocarse en el frente.

—¿Estás lista para salir en los principales portales de chismes de internet?

Bueno... sabía que Marcos era famoso y que los periodistas podían ser extremadamente molestos, pero... jamás imaginé que habría algunos apostados frente al edificio de Marcos al día siguiente por la mañana.

—¿No te molesta eso? —pregunté. Miré por el retrovisor. El coche ya se había alejado mucho, apenas podía ver a esos dos, pero seguían tomando fotos del vehículo.

—Nos acostumbramos. Prepárate porque, si esto te pareció invasivo, se pondrá aún peor. Durante la madrugada escribí y envié un comunicado a los medios, lo envié esta mañana a la asesora de prensa de la empresa, ella lo liberará para los periodistas por la tarde.

—¿Y puedo saber qué dice el comunicado?

—Que estoy en una nueva relación con una joven llamada Luciana y que estamos esperando un hijo.

Esperando un hijo...

La simple mención de ese término tan común me causó un leve malestar. No quería escuchar eso, porque ni siquiera podía soñar por un segundo que eso fuera verdad. Yo esperaba un bebé, que no era mío. No sería mío.

Volvimos a quedarnos en silencio, mientras intentaba ordenar toda esa nueva realidad en mi mente. Hasta que Marcos volvió a hablar:

—Perdón nuevamente por esto. Nunca quise ponerte en esta situación.

—Me imagino que para ti no debe ser nada fácil. Descubrir todo eso, de la forma en que lo descubriste.

Suspiró, aún con los ojos fijos en el tráfico. Cuando volvió a decir algo, pensé que sería dentro del mismo tema, y no algo completamente aleatorio como fue.

—Gryffindor, ¿eh?

Me tomó algunos segundos entender a qué se refería.

¡Claro! ¡Mi camiseta! Me la había puesto la noche anterior, cuando Thiago llegó a mi casa. Parecía que habían pasado meses.

—La mejor casa, claro... —respondí en un tono ligero.

Él rió. Aunque de manera discreta, me gustaba el sonido de su risa.

—En realidad, yo discrepo.

—¿Y cómo no sería la mejor? ¡Es la principal! ¿Me vas a decir que encuentras más interesante la aburrida Ravenclaw? —¿Qué éramos? ¿Dos adolescentes conversando?

—¿Cómo sabes cuál es mi casa?

Claro... ¿cómo lo sabía?

¿Qué sería menos incómodo de mencionar? ¿Que yo, una mujer de veintinueve años, todavía recordaba todo lo que prácticamente había memorizado sobre el universo de Harry Potter durante mi adolescencia, o que lo había observado lo suficiente como para cruzar sus características con las de los alumnos de determinada casa de Hogwarts?

—Fue solo una suposición. Era bastante fan. Siempre dije que quería transmitir esa pasión a mi hija, pero hasta hoy Lara solo ha visto las dos primeras películas.

—¿Por qué no vio las otras?

—Me encantaría poder sentarme con ella para ver todo de una vez, pero el tiempo siempre es muy apretado. —Desvié la mirada hacia la ventana en cuanto pasamos frente a la clínica que hacía las prótesis de Lara. Cuando volví a mirar al frente, vi que Marcos me había mirado, notando mi distracción, así que decidí explicarlo—. Fue allí donde le hicieron la última prótesis a mi hija. Aproveché para tomar las medidas para hacer otra. Estaba pensando

que el mes que viene tengo que regresar para pagar la seña y hacer el pedido final.

Él asintió con la cabeza, como si entendiera. Pensé que solo era un gesto educado, pero luego me di cuenta de que realmente había comprendido cuando dijo:

—¿Es la prótesis especial para correr?

—¿Cómo sabes eso?

—Ella me lo contó el día que la conocí en la escuela, cuando fui a recoger a mi sobrino. Debo decir que me quedé absolutamente encantado con tu hija.

Sonreí, orgullosa.

—Ella es realmente encantadora. Modestia aparte. Pero tu sobrino también es un niño adorable.

—Estoy de acuerdo, pero eso no es mérito mío. Elisa lo cría muy bien. —Hizo una pausa, como si estuviera pensando qué decir a continuación—. Creo que te debo una disculpa, Luciana.

Lo miré, sorprendida.

—¿Por preferir Marvel?

Él volvió a reír, y otra vez encontré ese sonido encantador. No era del tipo que repartía sonrisas fácilmente, pude confirmarlo cuando investigué su nombre en internet y vi numerosas fotos en las que siempre aparecía serio. Por eso, cada vez que reía en mi presencia, sentía que era un momento... no sé... especial.

—No, por eso no me disculpo. Pero necesito que me perdones por haberme equivocado contigo al principio.

—Déjame adivinar... ¿Por pensar que me ganaba la vida siendo madre de alquiler continuamente y por ser una avara sin escrúpulos?

—La forma en que preguntaste sobre el dinero el día que nos conocimos me dio esa falsa impresión.

—¿Y por qué crees que alguien aceptaría hacer un "trabajo" como ese? ¿No era obvio que era por el pago?

—Sí, lo entiendo. Pero me sorprendió porque... estábamos hablando de tu cuerpo. Me molestó la forma en que Thiago te trató, como si fueras un simple objeto, y yo pensaba que tú dirías algo al respecto, que harías alguna objeción, alguna pregunta adicional... Pero solo hablaste sobre el dinero. Eso me dejó una pésima impresión.

—No deberías. Incluso un CEO nerd de tecnología debería entender que las personas comunes no reciben propuestas de doscientos mil reales todos los días mientras caminan por la calle. Y cuando las reciben, no son para cosas simples o que no impliquen riesgos. Yo no habría aceptado si no estuviera necesitada. Quiero decir... en circunstancias normales, sería capaz de ceder mi útero sin cobrar ni un centavo, por ejemplo, a Carolina, si lo necesitara, porque es mi mejor amiga, es como una hermana para mí. Pero yo ni siquiera te conocía.

—"En circunstancias normales" quieres decir...

—Si no hubiera perdido a un bebé hace solo dos años. Y si todas esas sensaciones de explosiones hormonales, náuseas, la panza creciendo... saber que hay un pequeño ser formándose dentro

de mí... si todo eso aún no estuviera tan vivo, tan presente en mis recuerdos.

—Lo siento mucho por eso. Por todo eso. Por haberte juzgado mal, cuando todo lo que querías era darle una mejor calidad de vida a tu hija. Y por haberte puesto en esta situación. Hacerte revivir tantas cosas malas.

No era malo, para ser honesta. Recordar a mi bebé, a mi Lucas que ni siquiera llegó a nacer, pero que fue tan deseado por mí, no podía ser de ninguna manera algo malo. Lo malo era cuando la realidad me golpeaba y entendía que ese bebé iba a ser arrebatado de mí tan pronto como naciera. Era como caminar sobre una cuerda floja, entre un sueño y una pesadilla, intentando mantenerme recta para no caer en ninguno de los dos lados. Pero sabía que, al final de todo esto, sería en los brazos de la pesadilla donde caería.

—Está bien —mentí. A él y a mí misma—. Era el mayor sueño de una mujer que murió. Aunque haya hecho cosas malas, creo que no le negarías eso.

—En realidad... ahora entiendo que era solo un capricho de una niña acostumbrada a tenerlo todo. De ninguna manera me arrepiento de mi hijo. Pero soy yo el que está pasando por esto ahora. Será mi hijo. Solo mío.

Era triste verlo hablar de esa manera. Antes había tanta devoción en su voz cuando hablaba de su esposa. Ahora, solo había rencor. No podía imaginar el nivel de dolor que estaba sintiendo, pero sinceramente esperaba que pronto fuera arrancado de su corazón.

Hicimos el resto del trayecto en silencio, hasta finalmente llegar a mi casa. O mi antigua casa, ya que no volvería allí por un tiempo. Aún me estaba quitando el cinturón de seguridad cuando

Marcos salió del coche y, cuando me di cuenta, abrió la puerta de mi lado, extendiéndome la mano para ayudarme a salir.

—Vamos a intentar empezar de nuevo de la manera correcta esta vez —dijo, mostrándose sincero.

Quería que supiera que, a pesar de una ligera antipatia inicial, nunca realmente pensé, ni por un segundo, que fuera una mala persona. Solo llegué a la conclusión de que era un hombre triste, y en realidad sigo pensando eso. Se parecía a mí, de alguna manera, y eso fue mucho más fuerte que el rencor inicial que tuve hacia él.

Acepté su ayuda y salí del coche. Me ofreció su brazo y me reí, enroscando el mío al de él. Mientras cruzábamos la calle, comenté, sarcástica:

—¿Todo esto para salir bien en la foto si hay algún paparazzi acechando?

—También. Pero en realidad, es que no confío mucho en ti para cruzar la calle sola. —Hizo una breve pausa, retomando la conversación cuando llegamos a la vereda de mi casa—. ...Estaba pensando... ¿qué te parece si este fin de semana hacemos una maratón de Harry Potter en casa? No he visto las últimas películas, así que aprovecho para verlas mientras le mostramos la magia de Hogwarts a Lara. ¿Qué opinas?

—Me parece una buena idea.

En realidad, la idea era simplemente encantadora, por más simple que pudiera parecer.

*****

Capítulo veintiuno



LUCIANA

Cuando él habló sobre una maratón de cine, juro que jamás imaginé que se refería a un cine de verdad. Mucho menos que tuviera uno dentro de su propia casa.

Pero tenía una sala de cine, compuesta por ocho butacas absurdamente cómodas, lo que me parecía un poco exagerado para un hombre que aparentemente no tenía una vida social tan animada. No es que lo hubiera estado observando durante la última semana que pasé allí, pero, aparte de su hermana y su sobrino, parecía ser un hombre solitario. Al igual que yo, en realidad, que solo tenía a Lara y Carol en mi vida. Él no volvió a mencionar a Thiago ni a su difunta esposa, y yo entendía lo mucho que esa traición aún debía doler.

Obviamente, la maratón no sería tan literal. Nos tomaríamos varios días para ver todas las películas, pero en esa primera, Lara ya se mostraba muy emocionada. Caio

también nos acompañaba, y habían invitado a la amiguita Ana Clara, que también era un dulce de niña, para que la vieran juntos. Ver la emoción de esos tres al ser introducidos al universo que tanto aprendí a amar cuando era una niña me hacía extremadamente feliz. Y tenía la corazonada de que Marcos pensaba lo mismo, porque siempre que los escuchaba comentar algo no podía evitar sonreír.

Ya era de noche cuando Elisa llegó para llevarse a Caio y Ana Clara. Madalena nos trajo una merienda a los tres, que seguíamos allí en la sala de cine. Lara eligió una película para ver, y en ese momento Marcos y yo nos quedamos en silencio. Durante las horas que pasamos viendo las tres primeras películas de la saga de Harry Potter, hablamos básicamente todo el tiempo. Sobre cuestiones de la película, la producción, la trama, los actores, las diferencias con los libros, que ambos habíamos leído. Nos reímos de los comentarios de los niños y explicamos las cosas que no habían entendido... En fin, fueron horas de una relajación ingenua y pura, sin preocupaciones. Hacía mucho tiempo que no me permitía vivir algo así.

Pero después de que dos de los niños se fueron y la historia en la pantalla se convirtió en una película animada, el silencio se apoderó de la sala. Sentada en la butaca a mi lado, Lara a veces se reía de alguna escena graciosa o hacía algún comentario conmigo. Cuando me di cuenta de que llevaba un rato en silencio, la miré y vi que se había quedado dormida.

—¿Se quedó dormida? —escuché la voz de Marcos y lo miré, solo entonces dándome cuenta de que él también observaba a mi hija.

—Sí. Creo que fue un día agotador para ella.

Él asintió y volvimos a mirar hacia la pantalla, aunque sabía que él, al igual que yo, no estaba muy interesado en la película. El olor masculino de él llegaba a mis narinas, provocándome sensaciones que definitivamente no debía sentir.

Me preparaba para decir que iba a llevar a Lara al cuarto, cuando él se adelantó, aparentemente tocando un tema que había estado evitando durante los últimos días:

—Encontraron mi coche.

—¿Qué? ... ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Y Thiago?

—Hace dos días. El coche estaba a quinientos kilómetros de aquí, al borde de un acantilado. Pero Thiago no estaba dentro.

Sentí miedo de la idea que se pasó por mi mente. Cómo preguntaría eso, cómo reaccionaría Marcos a eso, incluso después de todo lo que había descubierto sobre aquel a quien consideraba su amigo. Aún así, decidí que no podía fingir que eso no era una posibilidad:

—¿Crees que él... que él se lanzó?

—La forma en que fue a tu casa mostraba que estaba completamente fuera de control emocional. El suicidio no sería una hipótesis descartable.

—¿Y cómo te sientes con respecto a esa posibilidad?

—No voy a mentir. Parte de mí quiere que muera, y hasta siento alivio y espero que esa hipótesis sea cierta. ... ¿Eso me convierte en un monstruo?

—No. Eso te convierte en un ser humano. ¿Y la otra parte?

—La otra lamenta profundamente que todo haya terminado así. Porque de todas formas, esté él vivo o no, fue como si esa simple hipótesis me hiciera darme cuenta de que el amigo que pasé años creyendo tener, en realidad, está muerto. Junto con la esposa que yo pensaba que me amaba.

Sacudí la cabeza como si estuviera de acuerdo con todo eso, aunque era sumamente confuso. El duelo es un sentimiento confuso. A veces nos da la impresión de que las personas que se han ido eran mejores de lo que realmente fueron en vida.

Y de eso entendía bien. Siempre decía que mi marido había sido un excelente padre... pero a veces aún me preguntaba si realmente era así, o si simplemente había hecho lo mínimo que se espera de alguien. Como esposo, lo amé mucho, y nos llevábamos bien en la cama, pero... incluso eso se fue enfriando poco a poco con la forma brusca en que me trataba cuando se ponía nervioso o cuando tenía sus ataques de celos.

Y en los últimos años, sus crisis de nerviosismo se habían vuelto cada vez más comunes.

Marcos volvió a hablar:

—En el coche estaban mi cartera y mi celular. Pero el tuyo no fue encontrado. Si él realmente saltó, pudo haberlo llevado consigo. O haberlo dejado caer en algún punto del camino.

—No importa. El nuevo teléfono que me diste vale unas diez veces más —bromeé, como si realmente me importara en lo más mínimo. Cualquier teléfono que me permitiera hacer y recibir llamadas y tuviera una cámara decente para fotografiar mis productos y publicarlos en el Instagram de mi tienda ya me venía muy bien.

Y él rió. Es irónico que le haya causado gracia ese tipo de bromas, cuando hasta poco tiempo atrás realmente pensaba que yo era una persona codiciosa.

Volvimos a quedarnos en silencio, con la sala llena solo por las voces de la película que se proyectaba en la pantalla. Me di cuenta de que estaba renuente a salir de allí. Aunque no dijéramos una palabra, y la película estuviera tan aburrida que hasta Lara se hubiera quedado dormida, había algo bueno en estar en su compañía. Era extraño, pero era como si algo dentro de mí se reconociera en él.

Obviamente, éramos muy diferentes en muchas cosas. A pesar de nuestro historial nerd juvenil y de que ambos veníamos de orígenes parecidos, él era un millonario. Yo llevaba casi una semana viviendo en ese apartamento y creo que ni siquiera lo había conocido a fondo. Él era el tipo tecnológico, mientras que yo solo usaba redes sociales para anunciar mi trabajo. Pero había algo en nuestras pérdidas, en nuestros dolores, que nos hacía almas igualmente rotas.

Sin embargo, sabía que no podía dejar que esa cercanía fuera más allá. Por lo tanto, decidí que ya era hora de retirarme.

De la sala de cine, por el momento. Muy pronto, de su vida y la de su hijo.

—Mejor llevo a Lara al cuarto. No es bueno dormir con la prótesis, tengo que quitársela y acomodarla en la cama.

—Deja eso en mis manos —anunció, levantándose.

Antes de que pudiera decir algo, fue hacia la butaca donde Lara estaba y la levantó en brazos, como si fuera extremadamente ligera.

Bueno, claro, solo era una niña, pero ya tenía ocho años y comenzaba a pesar demasiado para mí, especialmente estando embarazada. Para él, parecía tan ligera como una pluma.

Cuando la acomodó en sus brazos con tanto cuidado, sentí como si mi corazón se hubiera detenido por un instante. Ver a ese hombre enorme tan amable y paternal con mi hija fue una escena que removió mis sentimientos de una forma que no debía.

Decidiendo que eran solo los hormonas del embarazo que me hacían más sensible, me esforcé por no enfocarme en eso y simplemente lo seguí. Salimos de la sala de cine y nos dirigimos al cuarto en el primer piso que Lara y yo habíamos estado compartiendo desde que llegamos allí. Nuestro perrito vino a recibirnos con saltos y sus lindos

ladridos de cachorro. Inspirada por las películas que habíamos prometido ver, Lara eligió llamarlo Harry.

Me dirigí a la cama y levanté las cobijas, haciendo espacio para que Marcos, con la misma delicadeza con la que la cargaba, la pusiera. Tomé a Harry para que también pudiera subir, y él enseguida se acurrucó junto a su pequeña dueña.

—¿Necesitas ayuda con la prótesis? —preguntó.

—Ah... No... es bastante fácil de quitar. Gracias por traerla.

Él negó con la cabeza, como diciendo que no era nada, y luego recorrió con la mirada la habitación. Mis máquinas para estampar camisetas, tazas y botones estaban todas allí, junto con mi computadora e impresora, cerca de cajas con materiales para estampar y otras con productos listos para ser enviados por correo la próxima semana. El lugar estaba bastante desordenado y eso me hizo sentir un poco avergonzada.

—Las habitaciones de arriba son más grandes, creo que estarían más cómodas allá.

—No te preocupes por eso. Lara no tiene problemas con las escaleras, pero como acaba de cambiarse la prótesis, todavía me preocupa que pueda perder el equilibrio y hacerse daño.

—Entiendo. Bueno, pero la habitación de al lado está libre. ¿Por qué no pones el material de trabajo allí? Así podrán estar más cómodas aquí.

—Bueno... si no es un inconveniente... Acepto la oferta.

Él asintió. Pensé que el tema se cerraría ahí, pero permaneció de pie en el mismo lugar, ambos a los lados de la cama, uno frente al otro.

—Otra cosa en la que estuve pensando es que durante la semana ustedes dos casi no han parado en casa. Eso debe ser muy cansador.

Tenía razón. Exceptuando el primer día, que lo pasamos organizando las cosas de la mudanza, en los demás días de la semana casi no nos vimos, aunque estábamos viviendo bajo el mismo techo. Él generalmente se iba por la tarde a la empresa y regresaba por la noche. Yo, por otro lado, me levantaba temprano porque cada mañana Lara tenía algún compromiso. Esa semana fueron las sesiones de fisioterapia y terapia. Luego la llevaba al colegio y pasaba la tarde trabajando en mi cuarto, con mis pedidos, y eventualmente tenía que salir al correo, porque ya no tenía a mi mejor amiga como vecina para ayudarme con eso.

—No pasa nada —respondí, al final—. Pusiste a James a nuestra disposición, todo es mucho más sencillo ahora con un chofer particular.

—He estado pensando algunas ideas que podrían hacer las cosas más fáciles.

—¿Como qué?

—Bueno... tengo un gimnasio en el piso de arriba. Puedo contratar a un profesional que haga fisioterapia y

venga a casa, Lara tendría un espacio propio para eso. Lo mismo con la psicóloga. Sin el tiempo que ustedes dos pierden desplazándose a esos lugares casi todos los días, podrás concentrarte más en tu trabajo, descansar un poco más... y Lara tendría más tiempo para sus tareas o incluso para jugar.

Cuando terminó de hablar, se quedó mirándome, probablemente esperando que respondiera algo. Pero seguía procesando todo eso en mi cabeza, sin saber qué respuesta debía dar.

—¿Tú... tú pensaste en todo eso? —pregunté, incrédula.

Él parecía un poco tímido por eso.

—Sí, lo pensé.

No sabía qué decir. Realmente no sabía. Ver toda esa preocupación por mi hija y por mí era algo que iba mucho más allá de la atención que él debería centrar únicamente en el bienestar de su bebé. A pesar de que realmente vivía en un ajetreo diario con Lara, me esforzaba por organizarme para comer bien y dormir al menos ocho horas por día, aunque eso estuviera afectando mi rendimiento en el trabajo, pero era necesario. Él no debería tener motivos para esa clase de preocupación.

—Yo... yo... —balbuceé, viendo que él aún esperaba una respuesta—. No creo que sea justo que tú asumas más gastos. Nuestro contrato hablaba de doscientos mil, más la ayuda mensual con los gastos.

—Pero el contrato no decía que tú y tu hija debían salir de su casa. Por favor, Luciana, insisto... déjame ayudarte a hacer las cosas más fáciles para ustedes. Además de ser lo mínimo que podría hacer dentro de todo el caos que traje a sus vidas, aún sería un gasto adicional que, sinceramente, no me va a hacer ninguna diferencia.

Sabía que no iba a aceptarlo, pero aún así no lo encontraba justo. Mi papá solía decir que era "un montón de orgullo", y debo admitir que, en eso, tenía algo de razón.

Sin embargo, nuevamente, me encontraba en una situación en la que debía poner el bienestar de mi hija por encima de todo. A pesar de que teníamos la comodidad de un chofer particular, todo el desplazamiento era cansador, sin contar que con frecuencia teníamos que cambiar los días de fisioterapia por alguna consulta médica o examen mío. Lara llevaba una vida demasiado agotadora para una niña de su edad, y en lo que yo pudiera facilitarle eso, lo haría. Por eso, acabé aceptando la oferta. O parte de ella.

—Lara ya está acostumbrada con su psicóloga y le gusta mucho, no creo que sea prudente cambiarla. Pero, sobre la fisioterapia... Acepto la oferta de hacerlo en tu casa y te agradezco mucho. Pero aún no creo que sea justo que tú lo pagues. Ya estás ofreciendo el espacio y cubriendo todos nuestros gastos. Con todo el ahorro que tengo, puedo hacerme cargo de algo así.

—Está bien. Elige a los profesionales y luego hablamos de nuevo sobre el tema del dinero, ¿te parece?

Moví la cabeza en señal de acuerdo y sonreí, realmente agradecida por todo eso.

—Gracias por todo, Marcos.

—Yo soy el que tiene mucho que agradecerte, Luciana. Bueno... me retiraré para que puedas descansar. Buenas noches.

Por un segundo, ambos permanecimos parados y creo que él, al igual que yo, sentía que debía haber algo que marcara esa despedida, aunque fuera un simple "buenas noches". No me sentía cómoda extendiéndole la mano como si eso hubiera sido una reunión de negocios, aunque, pensándolo fríamente, eso podría haber parecido. Sentí que nos debíamos algo más y luché por apartar de mi mente la idea de que quería abrazarlo.

Quería abrazarlo... ¡Qué diablos! ¿Qué tan estúpida era? ¡Muchísimo! ¡Infinitamente! Y aún más cuando permitía que mi mente fuera más allá y me daba cuenta de que no solo eso era lo que quería.

¡Concéntrate, Luciana! ¡Concéntrate!

—Buenas noches —respondí, al final, sabiendo que solo sería eso, al fin y al cabo. Solo palabras, intercambiadas a una distancia relativamente segura.

Él se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta. Yo seguí parada un segundo, hasta que decidí seguirlo, aunque no entendía qué propósito tenía llevarlo hasta la puerta de su propio cuarto.

De repente, sin embargo, se detuvo, como si recordara algo y se giró rápidamente. El movimiento fue tan brusco y yo ya estaba tan cerca que no pude detenerme y terminé chocando contra él. Levanté la cabeza

lentamente, avergonzada, encontrándome directamente con ese par de ojos verdes mirándome fijamente.

Mi corazón se aceleró y pude notar que el suyo también lo hacía, ya que estábamos tan cerca que incluso podía sentir su respiración. Un instante de silencio, un cruce de miradas y sensaciones encontradas recorriendo mi cuerpo, hasta que él, lentamente, comenzó a acercar su rostro al mío.

Cuando sus labios estaban a pocos centímetros de los míos, cerré los ojos, completamente entregada, esperando el beso... que no llegó.

Entonces, volví a abrir los ojos, viéndolo girarse de espaldas a mí y simplemente salir del cuarto.

Fue como si se hubiera llevado mi corazón con él.

*****

Capítulo veintidós



MARCOS

¿En qué momento permití que las cosas cambiaran de esa manera?

Se suponía que solo iba a ser un contrato. Luciana debía gestar a mi hijo y, en el momento en que él viniera al mundo, debía retirarse de nuestras vidas. Después de todo lo que ocurrió con Thiago, su vida quedó en riesgo, y también la prensa descubrió que teníamos algún tipo de relación, obligándonos a mentir diciendo que estábamos juntos, lo que me llevó a acogerla en mi casa. Pero, aún así, eso estaba planeado para durar solo hasta que naciera mi hijo.

Pero, para que eso funcionara, no podía permitirme acercarme tanto a ella. Y sentía que ya lo había hecho mucho más de lo que sería sensato.

Bueno... tal vez aún haya tiempo para dar marcha atrás.

Al día siguiente de nuestro casi beso, mentí diciendo que necesitaba leer algunos contratos importantes de la empresa y me refugié todo el día en mi oficina, sin acompañar el segundo día de nuestra maratón de películas acordada. Caio y Ana Clara fueron, como el día anterior, pero si no hubiera sido porque mi sobrino fue hasta mi oficina cuando llegó y antes de irse, para darme un beso, ni siquiera lo habría visto.

Y así pasaron los días. Yo permanecía en la empresa hasta muy tarde, por lo que casi no veía a mis invitadas. Era mejor así. Cuanto menos proximidad tuviera con ellas, más sencillo sería para todos. Cuando me di cuenta, ya habían pasado semanas. Y recién lo noté en una mañana de viernes, cuando estaba aún en la oficina de mi apartamento –preparándome para ir a la empresa– y el teléfono sonó.

Era una llamada que llevaba semanas esperando. Y me alegré mucho de recibirla. Sin embargo, en cuanto colgué el teléfono, me di cuenta de que mi huida tendría que dar una tregua. Tenía algo importante que contarle a Luciana y a su hija.

Salí de la oficina y bajé las escaleras hacia el primer piso, dirigiéndome a la habitación que ellas compartían. Escuché risas del otro lado de la puerta y eso me hizo detenerme por un instante, dándome el lujo de apreciar un poco ese sonido. Pensé en lo increíble que era Luciana como madre y lo afortunada que Lara era por tenerla.

Cualquier niño tendría suerte de tenerla como madre.

Sacudí la cabeza, deshaciéndome de esos pensamientos, ya que imaginaba exactamente a dónde

podrían llevarme. Entonces, toqué la puerta. Después de que la voz de Luciana me dijera que podía entrar, lo hice.

Sin embargo, cuando me vio, dejó de reírse, demostrando que probablemente pensaba que era Madalena quien tocaba la puerta y no yo. Estaba sentada en el sofá cama con Harry, el perrito que había adoptado, en su regazo. Frente a ella, Lara jugaba con la mascota, había crecido más del doble de tamaño desde la última vez que lo vi.

Si me había sentido levemente paralizado solo al mirar el rostro de Luciana, no sabría cómo clasificar lo que sentí cuando el perro saltó al suelo y Lara se giró hacia mí, apartándose de su madre, permitiendo que pudiera verla por completo.

Madre mía... nada en este maldito mundo podría haberme preparado para eso.

¿Qué tanto tiempo había pasado? ¿Solo unas semanas? ¿Cómo podía su panza haber crecido tanto en tan poco tiempo?

Según mis cálculos, ella estaba de dieciséis semanas.

Dieciséis... En cuanto confirmamos el embarazo y ella comentó que el bebé en ese momento tenía el tamaño de una semilla de amapola, busqué en internet la famosa tabla del "tamaño del bebé". Si no me fallaba la memoria, a las dieciséis semanas, mi hijo ya debería tener el tamaño de una pera. Estaba realmente creciendo rápido. Qué tonto fui al no entender de inmediato que el vientre de Luciana también había crecido considerablemente.

Pero verla así... embarazada, esperando a mi hijo... me tocaba de una manera que no podría describir.

—¿Tío Marcos? —La dulce voz de Lara llegó a mis oídos, sacándome de esos pensamientos. Y casi agradecí por eso.

—Hola, Lara. —Sonreí—. Perdón por interrumpir, pero necesitaba venir hasta aquí para contarles algo.

Pensé en cómo diría eso. No quería que Luciana pensara mal de lo que había hecho. Y como las cosas no estaban tan bien entre nosotros, ese temor aumentaba.

Temía que había pasado demasiado tiempo pensando en eso, porque Lara vino caminando hacia mí y se detuvo frente a mí.

—Tío... ¿Hice algo mal?

Me sorprendió completamente esa pregunta.

—No... Claro que no, Lara. ¿Por qué me preguntas eso?

Ella mordió su labio y me di cuenta de que tenía la misma costumbre que su madre cuando estaba tensa con algo.

No quería saber tanto sobre Luciana... O, al menos, no debería.

—Es que... nunca más me hablaste, desde el día de las películas. Ni volviste a ver las otras con nosotros en los

días siguientes. ¿Te enojaste por algo que hice?

Eso fue como una puñalada en mi pecho. ¿Cómo pude dejar que Lara pensara que me había enojado con ella? Miré a Luciana por un momento y me di cuenta de que estaba tan sorprendida como yo. Volví a mirar a la niña y me agaché, quedando a su altura.

—Nunca me enojaría contigo, Lara. Solo... he estado ocupado.

—Hija... —la llamó Luciana. Lara giró el rostro para mirarla—. El... 'tío' Marcos es un hombre muy ocupado. Tiene su vida y sus cosas. Nosotras somos solo dos invitadas aquí, hasta que nazca su bebé, y luego nos iremos. Ya hablamos de esto, mi amor.

La niña asintió y me quedé pensando en lo doloroso y difícil que debía ser para Luciana tener esa conversación con su hija tan pequeña. Y sabía que sus palabras eran ciertas, sabía que debía ser así. Pero, cuando me di cuenta, ya estaba diciendo algo totalmente opuesto a eso.

—Ustedes no son solo dos invitadas para mí. —Lara volvió a mirarme, y sus ojos azules, curiosos y esperanzados, me dejaron completamente incapaz de retroceder en eso—. Perdón por haber estado ausente, Lara. Este fin de semana prometo ver alguna película contigo.

Ella sonrió y eso destruyó todas mis defensas. Debería mantenerme distante, no podía dejar que esa niña se encariñara conmigo, o acabaría sufriendo cuando se fuera. Pero simplemente no podía apartarla de mí.

Pero no fue por eso que fui hasta allí. Había algo que debía comunicar, así que lo hice:

—Me llamaron de la clínica que hace tus prótesis. Quieren que Lara vaya el lunes para la prueba final de la prótesis de carrera.

La boca de Lara se abrió en una expresión de sorpresa. Probablemente sabía lo que significaba la prueba final. Pero antes de que pudiera decir algo, Luciana preguntó, aún sentada en el sofá:

—Pero yo nunca les di tu número. ¿Y qué significa "prueba final"? Aún no he hecho el pedido de la prótesis. Tengo pensado ir la próxima semana para pagar el anticipo, y...

—Fui yo quien hizo el pedido, Luciana —informé. La expresión en su rostro fue muy parecida a la de su hija—. Como ya habían medido a Lara para la prótesis diaria y ellos tenían todo anotado, solo necesité hacer el pedido. Pero ya han pasado varios meses desde las mediciones, por lo que necesitan que ella vaya para hacer los últimos ajustes.

—¿Qué significa eso, tío Marcos? —preguntó Lara, pareciendo confundida—. Solo esta semana mi mamá pudo juntar el dinero para el anticipo, y dijo que este mes conseguirá lo que falta para pagar el resto.

Claro, los próximos cincuenta mil acordados para el quinto mes. Ya habíamos llegado hasta ese punto. Al mismo tiempo que había pasado tan rápido, tantas cosas habían ocurrido... Tanto había cambiado en mi vida.

—Tu mamá no tendrá que pagar nada, Lara. Es un regalo de mi parte para ti.

Sus ojos rápidamente se llenaron de lágrimas y eso me dejó atónito. Pero no tanto como cuando se lanzó hacia mí, dándome un abrazo. Si aún había alguna defensa en mí, fue completamente derribada por ese gesto.

—¡Gracias, tío Marcos! —me agradeció, aún abrazándome, con la voz entrecortada por el llanto.

La aparté un poco, pasando las manos por su rostro.

—Oye, no tienes que llorar por esto. Es algo bueno, ¿no?

—Es lo mejor de mi vida. ¡Voy a poder volver a correr!

Ahora era yo quien quería llorar. Desde la muerte de Isadora, las únicas cosas que me habían provocado una emoción que me llevaba a las lágrimas fueron relacionadas con mi hijo: cuando supe que la inseminación fue un éxito, y cuando vi su primer ultrasonido y escuché su corazón por primera vez. Incluso descubrir la traición de Isadora y Thiago, algo que me afectó profundamente, no fue suficiente para hacerme llorar. Después del sufrimiento causado por la muerte de mi esposa, había construido una barrera alrededor de mis sentimientos, que sabía que solo mi tan esperado hijo podría destruir.

Pero esa niña... La conocía desde hacía tan poco tiempo. ¿Cómo era posible que ya fuera capaz de emocionarme de esa manera?

Pero respiré hondo, no permitiéndome llorar. Después de todo, lo que quería era que Lara sonriera.

—Entonces no llores más, Lara. Volverás a correr. Y estaré allí el día de las olimpiadas de la escuela, para animarte.

Tal vez no era el tipo de promesa que debería haber hecho. Pero, de todas maneras, el nacimiento de mi hijo estaba previsto para enero y las olimpiadas de la escuela terminaban el calendario escolar en diciembre. Lara estudiaba en el mismo colegio que mi sobrino, quien también participaría en las pruebas de atletismo, así que era lógico que yo estuviera allí de todos modos.

Lara sonrió, haciendo que cualquier arrepentimiento por mi promesa se disolviera por completo.

Miró a su madre y pidió:

—Mamá, ¿puedo ir a contarle la noticia a Caio?

También miré a Luciana y me di cuenta de que estaba llorando, incapaz de responder. Entonces, ella solo asintió con la cabeza y decidí dar las indicaciones por ella:

—Pídele a Madalena que te lleve hasta allá. Aunque esté en el mismo edificio y sea muy seguro, no es bueno que andes sola por ahí, ¿de acuerdo? Ah, y no te demores, porque todavía necesitas almorzar para ir a la escuela.

Ella asintió y, antes de salir corriendo, seguida por su perro, me sorprendió nuevamente dándome un beso en la mejilla.

Qué demonios... ya me gustaba esa niña mucho más de lo que debía.

Cuando ella se fue, volví a mirar a Luciana. Seguía sentada, ahora con los ojos perdidos en la nada, parecía inmersa en sus pensamientos, el rostro levemente ruborizado y mojado por las lágrimas. Me acerqué y me senté a su lado.

—Perdón por no haberte contado antes —dije—. Pasé todo el día en la clínica para resolver todo, pero realmente he estado tan ocupado que no pude detenerme a hablar contigo sobre eso. No quise hablar antes de cerrar todo, porque pensé que dirías que no necesitaba hacerlo.

—Sí, lo diría —confirmó ella, aún sin mirarme. Pero no parecía molesta ni nada por el estilo—. Fue para poder pagar esta prótesis que acepté todo esto.

—Lo sé. Pero ya me di cuenta de que los cuidados con Lara son costosos. Pon ese dinero en una cuenta de ahorros, ya con un enfoque en su futuro. No quiero que gastes nada mientras ustedes dos estén en mi casa.

—Yo... realmente no sé qué decir.

—Entonces no digas nada. No espero agradecimientos ni nada por el estilo, Luciana. Realmente es un regalo de mi parte para Lara.

Ella permaneció callada unos instantes, hasta que, actuando puramente por emoción, lanzó sus brazos alrededor de mi cuerpo, sorprendíéndome con un abrazo.

De nuevo, fui invadido por un torbellino de sentimientos que no podría describir. No solo me gustaba Lara más de lo que debía. Estaba sintiendo algo por Luciana que también se estaba volviendo completamente incontrolable. Y no podía permitir que eso fuera más allá.

Además de mi corazón acelerado, pronto sentí que el suyo seguía el mismo ritmo, probablemente cuando se dio cuenta de lo que había hecho.

—Perdón... —dijo ella, mientras se apartaba—. No debí haber hecho eso, yo... —Se calló, llevando de repente su mano a su abdomen. Eso me asustó.

—¿Luciana? ¿Estás bien? ¿Sientes algo?

Con los ojos vidriosos, fijos en algún punto, movió la cabeza en señal de afirmación.

—¿Qué sientes? Voy a tomar las llaves del coche y te llevo a un hospital, y... —Amenacé con levantarme, pero ella me detuvo con el simple toque de su mano sobre la mía. Entonces, sus ojos volvieron a centrarse en los míos y, entre lágrimas, sonrió.

Y apostaría a que esa fue la sonrisa más hermosa que jamás había visto en su rostro.

—Se movió... —susurró. Luego, respiró profundamente y rápidamente—. De nuevo...

—¿Qué? —pregunté, confundido. Miré su abdomen, visible bajo la tela de la camiseta que llevaba puesta—. ¿Se movió... mi hijo?

—Sí. Fue la primera vez y fue muy fuerte.

Era la primera vez que mi hijo se movía, y yo estaba allí, presente en ese momento. Entonces, las lágrimas que había logrado contener con el abrazo de Lara ahora parecían incontrolables.

—¿Puedo? —prácticamente supliqué, deseando poder sentir también eso.

Ella simplemente tomó mi mano y la llevó a su abdomen, justo en el lugar donde había sentido el último movimiento. Nos quedamos así en silencio unos segundos, ambos concentrados para que el bebé se moviera otra vez. Y, como si atendiera mi súplica, lo hizo. Fue leve, pero lo sentí.

Sentí a mi hijo.

—Dios mío... —susurré, con el rostro mojado por las lágrimas—. Esto es tan... increíble...

—¿Verdad? Es simplemente mágico.

Sí... mágico. Tal vez esa fuera la palabra.

Él se movió de nuevo, y ambos reímos, emocionados, compartiendo ese momento tan especial.

Y yo sería eternamente agradecido por tener a Luciana allí, gestando a mi hijo, compartiendo conmigo esas alegrías.

*****

Capítulo veintitrés



LUCIANA

Diecisiete semanas.

Había llegado al quinto mes de embarazo y confieso que ese tiempo pasó mucho más rápido de lo que había previsto al principio.

Hasta entonces, todo esto ocurría más en el plano de la idea. Sabía que había un bebé creciendo dentro de mí. Sentí todas las náuseas, pasé por todos los procedimientos médicos y todo lo demás. La forma en que lo sentía físicamente aún era muy sutil. Pero ahora eso comenzaba a cambiar.

Mi panza ya estaba bastante visible, lo que haría más complicado si quería ocultar el embarazo. Elisa me había acompañado a comprar ropa nueva, porque definitivamente la mía ya no me quedaba.

Y ya sabía que estaba en el momento en que él o ella comenzaría a moverse. Pero aún así, nada me preparó para el momento en que eso sucedió por primera vez. Y la forma en que Marcos y yo compartimos ese momento parecía tan... natural.

Estaba agradecida de que él estuviera a mi lado cuando el bebé se movió por primera vez. Primero, claro, porque era su hijo y sabía lo importante que sería para él estar presente en ese momento. Y, segundo, porque me ayudó a darle un nuevo significado a eso y revivirlo de una manera buena.

Estaba exactamente de dieciséis semanas cuando sufrí el accidente que mató a mi bebé. Y fue precisamente en ese día cuando lo sentí moverse por primera vez.

Una semana después, Marcos y yo vivíamos otro momento que, en circunstancias normales, debería haber sido especial solo para uno de nosotros, pero aparentemente se convirtió en algo importante para los dos. Lara estaba estrenando su prótesis de carrera. Habíamos regresado de la clínica con ella y Elisa nos esperaba en la plaza del condominio, con Caio y Ana Clara.

Nunca había visto a mi hija tan feliz. Ella, que siempre había tenido vergüenza de su pierna amputada, ahora mostraba orgullosa su nueva prótesis a los amiguitos. Ella misma insistió en ponerse pantalones cortos ese día, y era la primera vez que eso ocurría desde el accidente. Los tres niños pasaron horas allí jugando, haciendo carreras y deteniéndose algunas veces para observar curiosos cómo funcionaba la prótesis. Ver eso llenó mi corazón de felicidad.

Marcos pasó parte de ese tiempo con nosotros, pero pronto tuvo que irse, ya que tenía un evento importante al que asistir. Me pregunté si, como su "novia falsa", no sería bueno que lo acompañara a ese tipo de compromisos, pero él nunca me lo había pedido.

Después del abrazo que, de manera imprudente, le di el día que el bebé se movió por primera vez, y de su mano tocando mi abdomen durante los minutos siguientes, no volvimos a tocarnos de ninguna forma. Sin embargo, ese momento de complicidad había servido para romper gran parte de la incomodidad que sentíamos por la presencia del otro desde nuestro casi beso. Habíamos comenzado a hablar más, y pude notar su mirada sobre mí en varias ocasiones a lo largo de la semana. No podía negar que me sentía físicamente atraída por él, y tenía la clara sensación de que él sentía lo mismo.

Sin embargo, claro, para él solo era eso: atracción. Y él era lo suficientemente inteligente como para controlarlo, sabiendo que nuestra relación "estrictamente profesional" tenía un tiempo limitado.

Mi miedo era darme cuenta de que tal vez sentía algo más por él.

—¿Luciana? —El tono de la voz de Elisa me dio una pista de que no debía ser la primera vez que me llamaba.

Estábamos sentadas lado a lado en un banco en la plaza del condominio, mientras los niños jugaban. La miré, algo avergonzada por mi distracción.

—Perdón, Elisa... El embarazo me deja un poco dispersa a veces. ¿Qué decías?

—No te preocupes, no tienes que disculparte, lo entiendo perfectamente. Te estaba preguntando desde hace cuánto tiempo Lara estudia en la misma escuela que Caio. Lo pregunto porque no recuerdo haberte visto en reuniones, fiestas o algo por el estilo.

—Ella empezó este año. Estudiaba en otro campus. Mi marido era profesor allí, así que era práctico, aunque estaba mucho más lejos de casa. Después del accidente estuvo meses internada... Fue casi un año entero alejada de los estudios, en realidad. Cuando regresó, faltaban pocos meses para que terminara el ciclo escolar, así que continuó en el mismo campus. Pero este año pedí el traslado porque nos quedaba mucho más cerca.

—Qué bien que entró en la misma clase que Caio y Ana Clara. Les cae muy bien y ella también parece quererlos.

—Ella los adora. Desde la primera semana de clases siempre me habla de ellos. Dice que son sus mejores amigos. Antes del accidente, tal vez por ser muy pequeña, no tenía esa conexión tan cercana con ningún compañero.

—Caio ya tuvo otros amigos. Pero siempre noté que la relación con Ana Clara era especial. Pensé que nunca lo iba a ver con otro niño, pero entonces llegó Lara, y... era como si los tres estuvieran destinados a encontrarse. ¿Crees que estoy diciendo cosas de loca? —rió. Pero yo me mantuve seria.

—No. Realmente creo que algunas almas se atraen.

Tal vez lo que yo decía sonaba un tanto insano, pero era lo que creía. Así como cuando conocí a Carolina y, tan

rápido, nos convertimos en las mejores amigas, realmente creía que esos tres pequeños eran tres almas que necesitaban encontrarse.

Y, de una forma que ni siquiera me atrevía a admitir, también era cómo me sentía respecto a Marcos. Tal vez el hecho de que Thiago hablara sobre el interés en encontrar una mujer dispuesta a ser madre de alquiler precisamente con mi mejor amiga, en ese momento de mi vida, fuera solo una gran coincidencia. Que se hacía aún más grande por el hecho de que, entre tantas mujeres, yo fuera la elegida. Y, además, justamente yo, madre de la amiga de su sobrino. Tal vez fuera realmente una gran lotería, con números aleatorios cayendo en una secuencia específica, una oportunidad en un millón.

Y no dejaba de creer en las coincidencias. Simplemente no pensaba que actuaran por sí solas.

Y tal vez... solo tal vez... mi alma ya estuviera conectada con ese pequeño ser que crecía dentro de mí.

Pronto el sol comenzó a ponerse y decidimos que era hora de entrar. Fue difícil convencer a los niños de que el juego del día había llegado a su fin, especialmente porque Lara estaba muy emocionada por poder correr libremente. Ver esa enorme sonrisa en su rostro me hacía estar aún más segura de que estaba haciendo lo correcto.

Le cambié las prótesis, quitándole la de correr y poniéndole la de todos los días, y hasta dejó que Caio y Ana Clara acompañaran el proceso, sin ningún tipo de vergüenza. Al contrario, se emocionó explicándoles a los dos cómo encajaban las prótesis y cuáles eran las diferencias entre ambas. Luego, nos dirigimos al edificio y

subimos en el ascensor. Elisa y Caio bajaron rápidamente para acompañar a Ana Clara hasta su apartamento, y Lara y yo seguimos hasta el ático.

Cuando llegamos, ayudé a Lara a bañarse, cenamos, y ella pasó un buen rato contando a Madalena sobre lo *increíble que era su nueva prótesis*, según propias palabras. Luego fuimos al cuarto, la ayudé con los deberes, jugamos un poco con Harry y, finalmente, la acosté en la cama. Le conté una historia hasta que se quedó dormida. Arreglé las cobijas, le di un beso en la frente, acaricié la cabeza de Harry –que también se había quedado dormido– y salí, yendo a la habitación contigua, donde ahora estaban mis materiales de trabajo.

El cuarto tenía el mismo tamaño que el de donde dormíamos, y también la misma disposición de los muebles, pero ahora además albergaba las máquinas de estampado y mi computadora, que fue a donde me dirigí para revisar los últimos pedidos y adelantar algunos diseños para imprimir al día siguiente.

Pasé un buen rato en esa tarea, hasta que el cansancio me venció y decidí que era hora de dormir. Apagué la computadora y me dirigí a la puerta. En cuanto giré la perilla y comencé a abrirla, me detuve al sentir una patada fuerte en mi abdomen.

—¿No crees que ya es hora de dormir? —pregunté en voz baja, llevando las manos a mi vientre.

Como si me respondiera negativamente, el bebé volvió a patear, esta vez con aún más fuerza. Sonreí y retrocedí unos pasos. Decidí aprovechar el momento a solas para hablar un poco con él.

—Ya puedes escucharme, ¿verdad? Mi voz es la que más vas a oír hasta que llegues al mundo, así que creo que deberíamos presentarnos, ¿no? De hecho, debería presentarme yo, porque ya te conozco un poco. No sé qué carita tienes, si eres un niño o una niña, ni si te gustará más DC o Marvel, o en qué casa de Hogwarts vas a estar —me reí—. Pero, aun así, soy la persona que mejor te conoce.

Caminé hasta la cama, donde me senté, de espaldas a la puerta. Pasé un rato acariciando mi abdomen, pensativa, antes de seguir hablando.

—Mi nombre es Luciana. Y creo que es importante empezar diciendo que no soy tu mamá. Ella ya no está aquí, y cometió algunos errores, pero... era una persona muy importante para tu papá, y por eso él quiso tanto cumplir su sueño de tener un hijo. Fuiste muy deseado, ¿sabías? Tu papá no dejó de buscar hasta que encontró la manera de que pudieras llegar al mundo. Y fue así como él me conoció. Y también, como yo te conocí a ti.

Sentí una fuerte emoción invadiéndome. Era la primera vez que ponía en palabras cosas que había estado sintiendo durante tanto tiempo. Así que decidí continuar hasta el final:

—Otra voz que escuchas mucho es la de Lara. Es una niña increíble y... sé que sería la mejor hermana mayor de todo el mundo.

Cerré los ojos, sintiéndome mal por haber expresado todo eso. A veces era mejor simplemente fingir que no me sentía así. Que en el fondo, a veces no me engañaba

pensando que este bebé sería el hermano de mi hija. Y sería mío...

—Pero ella no es tu hermana... —me corregí—. Así como yo no soy tu mamá. Puede parecer muy loco, porque estás creciendo dentro de mí, pero tú y yo no compartimos la misma sangre. Pero... aún así... aún así, te amo tanto…

El llanto salió a la superficie, impidiéndome continuar. Volví a sentir un movimiento en mi abdomen, pero esta vez fue muy suave, como si él o ella hubiera comprendido lo que decía.

Cuando logré retomar algo de control sobre mi voz en medio del llanto, continué:

—No debería, porque, como dije, no soy tu mamá. Y no vamos a convivir por mucho tiempo después de que salgas de mi vientre. Según lo que dice el contrato que firmé, ni siquiera podré amamantarte, para "evitar vínculos". Quien hizo este contrato, además de ser un idiota, era, claro, una persona sin útero. Si eres un niño, perdóname, pero... algunas cosas son difíciles de entender para ustedes. Estás creciendo dentro de mí. Es el aire que respiro el que nos mantiene vivos. Eres una parte de mí. Creo que eso ya es un vínculo bastante fuerte, ¿no?

Hice una pausa. De nuevo, la emoción cortó momentáneamente mi voz y necesité algunos segundos respirando profundamente antes de poder hablar de nuevo, mientras acariciaba mi vientre.

—Pero... todavía estás, literalmente, al inicio de la vida. Vas a crecer y no vas a recordarme. Pero, donde sea

que esté, siempre pensaré en ti. Siempre desearé lo mejor para ti. Y siempre, siempre y siempre te amaré.

Entonces, me quedé completamente en silencio. El llanto que salió a la superficie fue tan intenso que apenas podía respirar. Todo lo que quería era ir a mi cuarto... bueno, al cuarto donde estaba hospedada, ya que ese lugar no era mi hogar. Quería acostarme en la cama, abrazar a Lara y tratar de dormir para que el día pasara, y fuera uno menos en la cuenta para que mi vida volviera a la normalidad.

Si es que volvía. Sentía que nunca volvería a ser la misma después de todo lo que había pasado.

Me levanté y me giré con la intención de salir, pero me detuve, completamente en shock al ver a Marcos parado frente a la puerta entreabierta.

Dios mío... ¿qué habría oído él? ¿Cuánto tiempo habría estado allí?

Sin decir una palabra, él abrió completamente la puerta y entró al cuarto, dando pasos lentos hacia mí, sin desviar ni un segundo la mirada de la mía. Estaba serio. Los dientes apretados, los ojos ligeramente húmedos. Todo eso para mí fue una señal clara de que había escuchado demasiado. Mucho más de lo que debía.

Cuando se detuvo frente a mí, a solo unos pasos de distancia, me adelanté en intentar anticipar lo que estaría pasando por su cabeza.

—Perdón... yo... juro que no seré un problema cuando el bebé nazca. Me iré como se acordó. Solo... solo

me emocioné y terminé hablando de más. —Él continuó callado, y yo, como me pasaba siempre cuando me ponía nerviosa, no pude dejar de hablar—. Sé que cometí un error al apegarme a este bebé... lo sé. Pero cumpliré mi palabra. No interferiré en nada, solo me apartaré. Aunque me duela, saldré de tu vida y de la suya, y jamás los buscaré, te lo prometo. Será difícil al principio, pero estaré bien. Por favor, créeme. ...¡Ahora, por favor, di algo!

Finalmente logré quedarme callada. Aunque mis manos temblaban y ese silencio me torturaba más que cualquier cosa, necesitaba que él dijera algo.

Cuando lo hizo, casi confirmó lo que ya imaginaba que diría.

—No te creo.

Eso fue como un disparo directo al pecho. Quise salir corriendo de allí, huir a cualquier lugar, aunque ni siquiera sabía cuál. Pero me quedé allí. Estática, completamente paralizada.

Y esa parálisis aumentó cuando, de un impulso, hizo lo que jamás habría imaginado que haría: vino hacia mí, sostuvo mi rostro entre sus manos y poseyó mis labios con los suyos.

Me besó. Marcos Herrmann, el CEO de tecnología, el hombre frío que había enterrado por completo sus sentimientos después de la muerte de su esposa... me estaba besando.

Al principio fue solo un toque de labios, pero pronto me vi embriagada por su olor, por la piel de sus manos

contra mi rostro, por la cercanía de nuestros cuerpos... y quise probarlo. Quise sentir su sabor. Quise sentirlo por completo. Entonces, entreabrí los labios, dejando el camino libre para que su lengua invadiera mi boca, tomándola para él, entrelazándose con la mía en movimientos lentos y sensuales.

Sus manos bajaron por mi cintura, hasta mis caderas, y mi cuerpo entero respondió a eso. Al igual que mi corazón. Allí, tuve la certeza absoluta de que estaba enamorada de ese hombre.

Cuando nos quedamos sin aire, apartamos nuestras bocas, pero él permaneció cerca de mí, tomando mi rostro con sus manos. Respirando profundamente para recuperar el aliento, abrí los ojos y encontré sus ojos verdes mirándome fijamente, como si pudiera ver mi alma.

Y tal vez realmente pudiera.

—No te creo —repitió, con la voz baja, casi susurrada —. No cometiste un error al apegarte a este bebé. Y no estarás bien si te apartas de él. Pero no tendrás que hacerlo. No te vas a ir a ningún lado.

—¿Qué? —fue lo único que logré preguntar. Confusa, incrédula.

—Creo que nunca, en toda mi vida, he visto algo tan hermoso como tú declarándote por este niño que ni siquiera tiene tu sangre. Cuando tenga la edad suficiente para comprender esto, mi hijo sabrá que no eres su madre biológica, pero sabrá que fuiste tú quien lo gestó. Y que lo amaste incondicionalmente, como una madre ama a un hijo.

Un sollozo escapó de mi garganta mientras más lágrimas caían de mis ojos. Apenas podía creer lo que estaba escuchando.

—Sabes que esto no es lo recomendado para este tipo de situaciones... —comencé a decir, pero fui interrumpida por él.

—Al diablo con las recomendaciones. Yo decido cómo criar a mi hijo. Y he decidido que quiero que tú y Lara sean parte de su vida.

—Eso es... eso está mal... no podemos...

—¿Por qué no podemos? ¿Porque un idiota sin útero escribió eso en un pedazo de papel que tú firmaste? Nada de eso importa. Yo quiero que estés presente en la vida de mi hijo. Y eso es lo único que importa.

—Pero yo... yo no soy su madre.

—¿Eso hace alguna diferencia para ti?

Moví la cabeza en señal de negación. Como yo misma había dicho cuando creía estar a solas con el bebé en mi vientre, nuestro vínculo ya era mucho más fuerte que cualquier otra cosa. Yo lo sentía como mi hijo.

—Entonces, no hará diferencia para él tampoco. Mucho menos para mí.

Quise responder... pero ni siquiera sabía qué palabras usar. Entonces, por segunda vez con él, actué puramente por instinto y me lancé hacia él, rodeando su cuerpo con

mis brazos. Apoyé mi cabeza en su pecho y solo lloré, tratando de expulsar de mi pecho todo ese torbellino de emociones que lo ahogaban en ese momento.

Él correspondió al abrazo, haciéndome sentir más protegida que en cualquier otro momento de mi vida.

*****

Capítulo veinticuatro



MARCOS

No sabría decir qué estaba sucediendo entre nosotros. Desde ese día, no volvimos a besarnos, pero todo estaba diferente. La atmósfera entre los dos era tan acogedora que me sentía completamente a gusto en su presencia.

Volví a tocar su vientre varias veces. En algunas ocasiones, pasé mucho tiempo incluso conversando con él, sí, con su vientre. O con el bebé que estaba allí dentro. Al principio, me parecía algo extraño, pero Luciana me explicó que, con esa edad gestacional, la audición del bebé ya estaba desarrollada y podía escuchar los sonidos del mundo exterior, incluso comenzaría a distinguir las voces que escuchaba con más frecuencia.

Y yo quería que escuchara mucho la mía, para que de alguna manera me reconociera cuando llegara al mundo y sintiera que ya era muy amado desde el primer momento.

También hablaba mucho con Luciana. Sobre trivialidades, sobre los gustos nerd que ambos aún compartíamos, sobre su trabajo, sobre el mío, sobre Lara, sobre Caio, sobre nuestros pasados... pero nunca sobre el futuro. Ni una sola palabra acerca de él. Parecía una posición cómoda para los dos.

Y además de ella, estaba Lara. ¡Dios mío, qué niña tan maravillosa era! Era tan dulce que era imposible no encariñarse con ella. Tuvimos días increíbles juntos. Fui varias veces a recogerla a la escuela junto con Caio, vimos muchas películas juntos y yo estaba empeñado en enseñarle a nadar en la piscina de mi ático. Sus prótesis no podían mojarse, pero investigué y descubrí que existen prótesis especiales para nadar y hacer inmersiones. Sería mi próximo regalo para ella.

Porque estaba más que dispuesto a hacer todo lo posible para que esa pequeña nunca más pasara por ninguna privación. La vida ya le había quitado demasiado.

A ese ritmo, pasaron algunas semanas más y llegó el esperado momento de la ecografía morfológica, donde, además de verificar que el desarrollo del bebé fuera el adecuado, también descubriríamos si sería un niño o una niña. La ansiedad en mi pecho estaba al máximo.

Por primera vez desde el inicio del embarazo, llegamos juntos al hospital. Al entrar, un grupo de periodistas nos esperaba y me preguntaba cómo esos buitres habían descubierto que tendríamos una cita en ese hospital, ese día y a esa hora. Pero no me importó y hasta les hice un gesto a los fotógrafos mientras pasaba el brazo por sobre los hombros de Luciana y entrábamos juntos.

—¿Nunca se cansan de esto? —preguntó ella mientras cruzábamos el vestíbulo del hospital.

—Nunca. El interés que tienen por mi vida amorosa es unas diez veces mayor que por los lanzamientos de aplicaciones de mi empresa.

—Cuando empezaste con tu empresa, ¿tenías idea de que esto te convertiría en una celebridad?

Me reí. Pensar en mí de esa forma todavía me resultaba gracioso.

—Ni en mis sueños más locos. Solo quería crear mis aplicaciones. Jamás imaginé que esto me haría una figura famosa e influyente.

—Bueno... ¿Sabes lo que dicen, no? Con grandes poderes vienen grandes responsabilidades.

La miré y contuve una sonrisa burlona, pero no se me escapó su mirada atenta.

—¿Qué? Sí, cité la clásica frase del tío de Spider-Man. Eso no cambia mi convicción de que DC es mejor que Marvel.

—Aún no te he oído citar frases de Superman.

—Tal vez en algún momento propicio lo haga.

Esta vez no pude evitar reír.

Nos atendieron y Luciana pasó por todos los procedimientos previos al examen, como pesaje, medición de su vientre y revisión de la presión. Hablamos con la doctora y, minutos después, ya estábamos en la sala de examen.

Si en el primer ultrasonido todo lo que apareció en la pantalla era solo una mancha gris, ahora se podía ver perfectamente al bebé. La técnica encargada del examen señalaba la pantalla mientras nos explicaba todo. Miré a Luciana y vi que, una vez más, ella lloraba emocionada. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurrió con el primer ultrasonido, esta vez no había tristeza en su mirada. Parecía ser una emoción completamente positiva.

Apreté su mano, agradecido de que ella estuviera allí conmigo. Agradecido de que fuera ella quien diera a luz a mi hijo.

—El bebé tiene las piernitas abiertas. Podemos ver el sexo, si lo desean —anunció la técnica.

—Sí, lo queremos —respondí, apresurado.

—¿Algún presentimiento? —preguntó la joven mientras movía suavemente el dispositivo del ultrasonido sobre el abdomen de Luciana—. ¿Tienen alguna preferencia?

Luciana me miró, como si me estuviera pasando la responsabilidad de responder. Fui sincero:

—Siempre quise mucho tener un niño. Siempre fue mi sueño y siempre pensé que me llevaría mejor con un niño. Pero recientemente conocí a una niña tan adorable y dulce

que... creo que también sería muy feliz siendo el padre de una niña.

Miré a Luciana y ella, aún más emocionada, sonrió. Obviamente ella ya sabía muy bien de quién estaba hablando y ya había notado que estaba completamente cautivado por su hija.

—Entonces, creo que ahora puedo decir con sinceridad que me da igual —concluí, sonriendo.

—¿Y la mamá, tiene alguna preferencia? —preguntó la técnica.

Luciana se sonrojó levemente ante la pregunta. Apreté su mano con un poco más de fuerza, como si estuviera mostrando que ella tenía todo el derecho de opinar.

—Bueno... ya soy madre de una niña, y... también de un niño... —la tristeza volvió a atravesar sus ojos al recordar al hijo perdido—. Así que tampoco tengo preferencia.

La técnica asintió y retomó la palabra.

—Entonces, me complace anunciar que el viejo sueño del papá se ha cumplido. Felicitaciones, tendrán un niño.

Una ola tan grande de felicidad me invadió que sentí que podría salir saltando por toda esa sala.

¡Un niño... voy a ser padre de un niño!

¡*Tendremos* un niño!

Siempre imaginé que, frente a esa revelación, mis pensamientos se volcarían hacia Isadora, pero no fue lo que ocurrió. Allí, mi atención estaba completamente centrada en Luciana y en nuestro bebé.

La técnica salió, anunciando que nos dejaría un rato a solas. Sin pensar mucho en mis actos, me incliné sobre la cama y le di un leve beso en los labios a esa mujer maravillosa que compartía ese momento conmigo. Fue tan natural que no causó ningún tipo de incomodidad en ninguno de los dos.

—¡Felicidades! —dijo ella, con una hermosa sonrisa en los labios.

—Para ti también. Te lo dije, formarás parte de su vida.

Me di cuenta de que siempre había un leve toque de tristeza en su rostro cuando decía eso, como si tuviera miedo de creer esas palabras. ¿Acaso aún temía que la alejara del bebé una vez que naciera?

Visiblemente intentando disimular eso, se incorporó, sentándose en la mesa de examen y teniendo el cuidado de cerrar su bata para cubrir su cuerpo.

¿Sería considerado un completo pervertido si dijera que deseé que no lo hubiera hecho? Seguí con la vista el cierre de la bata, casi deseando poder desnudarla con solo mirarla.

¿Pero qué me estaba pasando?

—Entonces, serás papá de un niño —dijo ella—. ¿Ya tienes un nombre en mente?

—La verdad... no tengo.

Frunció el ceño, pareciendo incrédula.

—¿No tienes una lista de opciones?

—No tengo nada, ni idea. ...¿Por qué me miras así? ¿Sabías qué nombre le pondrías a Lara cuando nació?

—Desde que tenía quince años.

—¿Cómo?

—Exactamente. Siempre soñé con tener dos hijos. Y tenía nombres para todas las combinaciones. Si eran dos niñas, serían Lara y Larissa. Si eran dos niños, serían Lucas y Leonardo.

Ella ya me había mencionado que Lucas sería el nombre de su niño que no nació, pero decidí no hacer hincapié en eso, para no traerle malos recuerdos. Así que solo bromeé:

—¿Algún gusto especial por la letra L?

Se rió.

—No. Simplemente, cuando era adolescente, me gustaba eso de que los nombres combinen. Tal vez porque

mi madre se llamaba Laura, y decidió repetir la primera letra de su nombre en el mío. Creo que quise seguir esa tradición como una forma de homenaje a ella.

—Bueno... a mí me gusta Leonardo.

—Marcos, no tienes que hacerlo...

—¿Hacer qué? Hablo en serio. Escucha esto: Leonardo Herrmann. Suena bien, ¿no?

—Pero eso sería como si me dejaras elegir el nombre de tu hijo, y eso no sería justo.

—En realidad, creo que es como si eligiéramos el nombre juntos. Y creo que eso no solo sería justo, sino también muy bueno.

—Bueno... aún tienes cuatro meses para pensarlo.

—Creo que no tendré mucho que pensar. Realmente me gusta Leonardo. Ahora, vamos, levántate de ahí, que necesitamos pasar de nuevo por la doctora antes de irnos. Tenemos que recoger a los niños de la escuela hoy.

Me aparté para salir de la sala, con la intención de dejarla tranquila para que se cambiara, pero me detuvo al sujetar mi mano con la suya. Me volví hacia ella.

—Gracias, Marcos.

—¿Por qué?

—Por permitirme ser parte de esto.

—Eres parte de esto, Luciana.

—Sabes a qué me refiero.

—Creo que no entiendes que yo soy el que tiene mucho que agradecerte.

No lo dije en ese momento, pero no solo era por mi hijo... por Leonardo... que debería agradecerte. Era también por ser parte de mi vida. Aunque no hubiera ocurrido nada más entre nosotros, aparte de un beso.

La deseaba. Quería que fuéramos mucho más allá de eso. Quería su cuerpo, eso era innegable, pero no era todo. Había una conexión entre nosotros que no podía describir. Como en ese momento, en la simple forma en que sostenía mi mano o me miraba a los ojos. Era como si no existiera nada más aparte de esa sala de ultrasonido, nada más que ese pequeño universo creado por el toque de su mano en la mía.

La quería a mi lado. Toda ella. Su cuerpo y su corazón.

Ese no era el momento ni el lugar para declaraciones como esa, pero me preparé para decírselo todo, cuando fui interrumpido por el sonido de mi celular. Tomé el teléfono, ya preparado para ignorar la llamada, pero vi que era mi hermana. No me llamaría en ese momento si no tuviera algo importante que decirme.

—Necesito contestar, es Elisa —informé—. Lo haré en el pasillo para que puedas vestirte. Te espero afuera.

Luciana asintió. Le di un beso en la frente antes de salir de la sala, contestando el celular.

—Marcos, ¿ya terminó el examen? —preguntó ella sin siquiera saludarme. En ese momento supe con más certeza que algo había pasado.

—Justo acaba de terminar. Solo necesitamos pasar por la doctora. ¿Qué pasó? ¿No deberías estar en una reunión ahora?

Elisa era ejecutiva en MH Tecnología y ese día tenía una agenda llena de compromisos.

—Voy a entrar ahora, por eso necesito que resuelvas esto por mí. Me acaban de llamar de la escuela.

—¿Qué? ¿Le pasó algo a Caio? ¿O a Lara?

—Sí, algo pasó. Al parecer, tu sobrino se metió en una pelea y la directora quiere hablar con un responsable.

—¿Qué? ¿Caio? —No podía creerlo. Mi sobrino nunca fue un niño agresivo, nada cerca de eso. Siempre tuvo un comportamiento ejemplar en la escuela.

—Golpeó a otro niño, Marcos... —Elisa suspiró, aparentemente nerviosa por lo sucedido—. Y parece que realmente lo lastimó, y el padre del otro niño también fue llamado. Sé que esto va a arruinar tu día, hermano, pero sabes lo importantes que son las reuniones de hoy.

—Claro. Puedes contar conmigo. Bueno, será un entrenamiento para mí. Quién sabe qué tipo de cosas hará

mi hijo en la escuela en unos años.

Ella hizo una breve pausa, como si estuviera procesando esas palabras.

—¿Es un niño? ¿Voy a ser tía de un niño?

—Sí, Elisa. Serás tía de un niño. De Leonardo.

—Dios mío, ¿ya elegiste el nombre y no me contaste nada?

—No podía contártelo, porque acabo de decidirlo.

—¿Así, de repente? ¿Fue sugerencia de Luciana?

Parece que sabía que alguien había mencionado su nombre, ya que Luciana salió de la sala de examen en ese momento. Estaba maravillosa, con un vestido suelto que destacaba su panza. Dios mío, me estaba volviendo loco por esa mujer.

—Hablamos por la noche, Elisa. Luciana y yo vamos a hablar con la doctora y luego nos dirigimos a la escuela.

—Gracias, hermano. Y, por favor, no le des una palmadita en la cabeza a ese niño. No importa la razón, golpear a alguien está mal. Regáñalo y sé firme.

—Puedes contar conmigo.

Colgué la llamada y miré a Luciana, quien me miraba confundida.

—¿Pasó algo?

—Mi sobrino decidió pelear en la escuela y la directora quiere hablar con un responsable.

—¿Caio? ¿Peleando con alguien?

—Golpeó a un compañero. Además de la directora, tendré que enfrentar la furia del padre del niño. Bueno, será un entrenamiento, para ir entendiendo que esto de la paternidad no es nada fácil.

—No lo es. Pero también descubrirás que, aún así, vale la pena.

Sonreí, sabiendo que no tenía ninguna duda al respecto.

Ya valía mucho la pena.

*****

Capítulo veinticinco



MARCOS

Pasamos más tiempo del que habíamos planeado en la conversación con la médica, y por eso llegamos al colegio justo cuando sonó la campana que marcaba el final de las clases.

En cuanto entramos al patio, vimos a Lara sentada en el mismo banco donde estaba el día que la conocí, al lado de Ana Clara. En cuanto nos vieron, las dos niñas vinieron corriendo hacia nosotros, ambas visiblemente nerviosas. Lara tenía los ojos rojos, mostrando que había estado llorando.

Cuando nos alcanzaron, comenzaron a hablar al mismo tiempo, de tal forma que no entendíamos nada.

— ¡Cálmense, niñas! —pidió Luciana, logrando que se callaran—. Una a la vez, ¿qué pasó?

— ¡Llevaron a Caio a la sala de la directora! —gritó Lara, como si estuviera contando que lo habían llevado a

una sala de torturas medievales.

—¡Y la culpa fue toda de Pedro! —Ana Clara tomó la palabra, igual de nerviosa—. Él empezó, Caio no tuvo culpa de nada, ¡pero se pelearon con él!

—Yo me encargaré de eso, niñas, estén tranquilas —anuncié. Pero, como mi hermana me lo había pedido, no iba a darles a los niños el visto bueno sin más—. Pero no importa lo que haya pasado, él no puede golpear a un compañero. Lo que hizo estuvo mal, y voy a tener una conversación muy seria con él. —Miré a Luciana—. ¿Me esperas aquí?

Ella asintió y pasó su mano levemente por mi brazo, como si me diera fuerzas para lo que tendría que hacer. Sonreí como una manera de decirle que estaba bien y seguí hacia el edificio de la escuela. Pero fui interrumpido por Lara, que vino corriendo detrás de mí y prácticamente se tiró frente a mis pies.

—Por favor, tío Marcos, no pelees con Caio. No fue su culpa, fue mía.

Parpadeé varias veces, intrigado. Ya me parecía extraño que mi sobrino, siendo tan tranquilo, se hubiera metido en una pelea. Pero todo tenía aún menos sentido si Lara estaba diciendo la verdad y ella tenía algo que ver con esa situación.

—Tranquila, Lara. Yo me encargaré de esto, ¿de acuerdo?

—¡Promete que no le vas a gritar, tío Marcos, por favor!

—No voy a gritar. Solo voy a hablar con él y tratar de entender lo que pasó.

Le puse la mano en la cabeza, arreglándole un poco el cabello rubio que ya estaba completamente desordenado, y volví a caminar.

Entré al edificio y me dirigí a la dirección. Detrás de la gran mesa de madera, estaba sentada la directora Joana, una mujer de poco más de cincuenta años que había ocupado ese cargo durante más de dos décadas. Al otro lado de la mesa había cuatro sillas.

En una de ellas estaba el niño agredido, el tal Pedro, a quien reconocí porque había asistido a algunas fiestas de cumpleaños de mi sobrino. Estudiaban juntos desde la guardería.

A su lado estaba un hombre bien vestido, evidentemente furioso, muy probablemente era el padre del niño. Aunque no recordaba su nombre, conocía a ese hombre. Era uno de los dueños de una empresa de software que era socia de MH en varias acciones, mucho más rentables para ellos que para nosotros, por cierto.

A su lado, estaba Caio, con la cabeza agachada, de manera que no podía ver su rostro. Finalmente, había una silla vacía, que seguramente estaba destinada a mí. Fui hacia ella y me senté, saludando a la directora con un apretón de manos y al padre del otro niño con un gesto de la cabeza, al cual él respondió sin mucha simpatía.

—Disculpen la demora —pedí—. Mi hermana, la madre de Caio, no pudo venir y me mandó en su lugar. ¿Qué pasó?

La directora respiró hondo para hablar, pero fue interrumpida por el hombre furioso a dos sillas de distancia de mí.

—¡Esto es lo que pasó! —Señaló el rostro de su hijo. El niño tenía un hematoma bastante feo debajo del ojo. Luego señaló su pierna, donde también había una mancha morada. Aún se veían las marcas de las suelas de un zapato escolar—. Nunca imaginé que un niño como Caio Herrmann pudiera tener un comportamiento tan salvaje.

No me gustó nada la forma en que se refirió a mi sobrino, pero traté de pasar por alto su tono debido a la rabia que sentía en ese momento. Tal vez, si Caio fuera el agredido, yo también estaría tan molesto.

Miré a mi sobrino.

—¿Es cierto, Caio? ¿Golpeaste a tu compañero?

Caio permaneció con la cabeza agachada y su voz fue tan baja que apenas se podía escuchar, aunque estaba llena de ira.

—Sí. Le di un buen golpe en la cara. Y también una patada en la pierna.

La directora abrió los ojos de par en par, el padre del otro niño protestó y el agredido comenzó a quejarse en respuesta. Yo seguía parado, mirando a mi sobrino, procesando la situación.

La directora tomó la palabra:

—Como si la agresión no fuera suficiente, señor Herrmann, Caio se negó a pedir disculpas al compañero. Fue una infracción grave y él recibirá una sanción. Como es la primera vez que hace algo así, esta vez será solo una advertencia en su boletín. Sabe que con tres de estas, no será expulsado, pero no podrá participar de las olimpiadas de fin de año y su lugar no se mantendrá el próximo año, ¿cierto?

Sí, sabía muy bien cómo funcionaban las reglas de esa estúpida escuela. Yo había estudiado en una muy parecida, con una situación incluso peor. Como becado, una sola advertencia ya me habría quitado el lugar.

—¿Solo eso? —reclamó el otro padre.

¿Acaso sugería la horca? No estábamos en la Edad Media, estábamos hablando de niños.

—No será solo eso —respondió la directora—. Caio también será excluido de los próximos tres entrenamientos de atletismo.

Me di cuenta de que la respiración de Caio cambió y supe que esa sanción lo lastimaba más que cualquier otra cosa.

—Si eso es todo lo que tienen, que le sirva para aprender —gruñó el hombre de traje.

Seguí mirando a mi sobrino y, finalmente, pregunté:

—¿No quieres contarme qué te motivó a actuar así, Caio?

La directora pareció incómoda con mi pregunta.

—Señor Herrmann, creo que todos aquí estamos de acuerdo en que la motivación no exime el error.

—Y no pretendo eximirlo, señora. Caio cometió un error y pagará por él. Pero quiero que él cuente la motivación, porque tal vez, basándonos en ella, veamos que no solo él debe ser castigado aquí.

—¿Qué quiere decir con eso...? —El padre de Pedro comenzó a hablar, pero Caio lo interrumpió, levantando finalmente la cabeza y mirándome.

—¡Él siempre provoca a Lara, siempre! ¡Pero hoy la empujó! ¡Y la llamó cerdita lisiada!

Vi el sufrimiento en los ojos de Caio al relatar eso, y lo entendí perfectamente. Una oleada de odio recorrió mi cuerpo, y eso solo aumentó cuando el padre del niño presentó la peor defensa posible.

—¿Lara no es esa niña discapacitada? Por el amor de Dios, el mundo se está volviendo muy molesto. Fue solo una provocación natural entre niños. Si ella es tan sensible que no puede aguantar ese tipo de bromas, sus padres deberían ponerla en una escuela para personas como ella, no en una escuela de niños normales.

Apreté con fuerza los brazos de la silla, hasta que mis dedos me dolieron. Tuve que controlarme para no hacer lo mismo que mi sobrino había hecho, pero en la cara de ese despreciable ser humano. Necesité todo el autocontrol que ni yo sabía que tenía para no reaccionar, y solo miré a la

directora, que también parecía horrorizada por esas palabras.

—No sabía de este hecho que acabas de relatar, Caio. Si Pedro hizo eso, también recibirá una advertencia y una sanción.

La expresión burlona en el rostro del hombre de traje volvió a dar paso a la furia.

—Usted debe estar bromeando. Mi hijo fue agredido. Él es la víctima, no merece ninguna sanción. ¡Esto es un absurdo!

Volví a hablar, mientras me levantaba.

—No solo hubo una agresión y una ofensa por parte de ese niño hacia Lara, sino que además su padre acaba de referirse a ella con términos vergonzosamente discriminatorios. Creo que eso merece más que una simple advertencia, ¿no?

—Tiene razón —aceptó la directora, lo que solo aumentó la ira del hombre.

Siguió protestando, pero la directora se mantuvo firme en su decisión, lo que desató una discusión entre ambos que, sinceramente, no tenía intención de escuchar. Tomé la mano de Caio y me disponía a salir de la sala cuando el hijo de puta tuvo la audacia de intentar persuadirme.

—Marcos Herrmann, estás perjudicando a mi hijo para defender a una niña que no es tuya. No deberías

hacer esto con alguien que es tu socio en varios negocios.

—Éramos socios. MH ya no tiene ningún interés en hacer negocios con tu empresa. Que tengas una buena tarde.

Dicho esto, salí de la sala, acompañado por mi sobrino. Cuando llegamos al pasillo, me agaché frente a él y le dije:

—Sabes que no debes pegarle a nadie, ¿verdad? En situaciones como esta, debes buscar otros medios. Si solo le hubieras contado a la directora lo que ocurrió, solo ese imbécil habría sido castigado, y no tú.

Asintió.

—Lo sé, tío. Pero me enojé mucho con lo que dijo de Lara.

—¿Y hay algo más que no me hayas contado? —Cuando hice la pregunta, mi intención era saber si ese niño había dicho o hecho algo más contra Lara. No esperaba lo que mi sobrino me iba a contar.

—Solo di el golpe. Quien lo pateó fue Ana Clara. Pero yo dije que fui yo, porque el padre de ella es muy bravo y habría peleado mucho con ella.

Bueno, cada vez me era más difícil mantenerme firme respecto a Caio, cuando todo lo que quería era felicitarlo por proteger a sus dos amigas.

—¿Y Pedro estuvo de acuerdo en contar que solo fuiste tú?

—Se puso nervioso... —Vi cómo los labios de Caio temblaban, claramente conteniéndose para no reír—. Porque lo golpeó una niña.

También tuve que hacer un esfuerzo para no reír. Realmente, dada la situación, Pedro debió haber encontrado un poco menos vergonzoso ser golpeado por otro niño y no por un niño y una niña.

—Entiendo que querías defender a tu amiga. La forma en que lo hiciste estuvo mal, pero sé que fue en el calor del momento. Y, ¿sabes qué? Estoy muy orgulloso de ti.

—¿Eso significa que no vas a pelear conmigo? ¿Ni castigarme?

—Claro que no. De hecho... ¿Recuerdas esa heladería que te gusta? Podríamos llevar a Lara y a su madre para que la conozcan, ¿qué te parece?

Sonrió ampliamente. Y no me sentí ni un poco culpable por eso. Después de todo, él había recibido la sanción de la escuela por su error, y yo no intenté impedirlo, solo me aseguré de que el pequeño prejuicioso también pagara por sus errores. Pero, a pesar de que la forma fue equivocada, estaba orgulloso de que mi sobrino no solo hubiera defendido a Lara, sino que también asumiera toda la culpa para proteger a Ana Clara, y se merecía que le demostrara mi orgullo con ese premio.

Regresamos al patio de la escuela. Ana Clara ya se había ido, su padre la había recogido, así que nos unimos a Luciana y Lara y nos dirigimos al auto. En el camino, Caio nos contó lo que había sucedido en la dirección y Lara se mostró triste porque él había sido castigado, pero feliz porque el otro niño también había pagado por lo que hizo. Luciana y yo solo los escuchábamos, y ella parecía preocupada al enterarse de lo que Pedro y, especialmente, su padre, habían dicho acerca de su hija.

Mientras conducía, tomé su mano, entrelazando la mía con la suya, como una forma silenciosa de mostrarle que yo estaba allí. Y que ya no estaría sola.

Yo estaría allí para defender y proteger a Lara de quien fuera.

*****

Capítulo veintiséis



MARCOS

Llevamos a los niños a la heladería, y en poco tiempo parecieron olvidar por completo la mala situación que habían vivido. Pronto comenzaron a hablar de otras cosas, a reírse y a hacer bromas entre ellos. Luciana sonrió algunas veces, pero se mantuvo callada la mayor parte del tiempo.

Pasamos poco más de una hora en la heladería y luego nos fuimos. Luciana subió directamente con Lara a mi apartamento, mientras yo pasaba antes por el de Elisa para dejar a Caio y hablar con ella sobre todo lo ocurrido. Finalmente, ella apoyó mi actitud.

La conversación pronto se centró en el examen realizado más temprano, y le conté todo, orgulloso y sintiéndome el hombre más feliz del mundo.

Cerca de dos horas después llegué finalmente a mi apartamento. El lugar estaba en silencio, excepto por la pequeña bola de pelos que vino a recibirme. Al principio, Harry pasaba la

mayor parte del tiempo encerrado en la habitación de Luciana y Lara, pero le había pedido que lo dejara libre por el apartamento, especialmente porque no dejaba de crecer –probablemente se convertiría en un perro de tamaño mediano o grande– y necesitaba más espacio.

Me agaché para recibirlo, acariciando su pelaje moteado.

—¿Qué tal, campeón? ¿Me extrañaste, eh?

Todavía mostrando su entusiasmo, se tiró al suelo, con la pancita hacia arriba, pidiendo más caricias. Actuaba conmigo de la misma forma que con Lara y Luciana, como si los tres fuéramos su familia.

Solo pensar en esa idea me dio una sensación de paz.

Pero... ¿no era exactamente lo que éramos?

¿Qué éramos Luciana y yo, en realidad?

De hecho, ¿qué sentía por ella?

Ella me atraía, eso era un hecho. Pero iba más allá de lo físico. Me gustaba estar con ella, conversar con ella. Fue su tristeza, la misma que la mía, lo que inicialmente me atrajo, pero pronto fui descubriendo las capas bajo eso, y eran innumerables. Ella era divertida, inteligente, una madre maravillosa, una leona dispuesta a proteger a su hija de todo; era valiente... porque esa era la palabra que la definía al aceptar esa propuesta de ser madre sustituta para un completo desconocido. Ella era... increíble.

Tal vez lo que sentía por ella era mucho más que solo gustarme. La quería a mi lado, en mi vida y en mi cama. Quería que

fuera la madre de mi hijo. Quería ser el padre de su hija.

Estaba completamente enamorado.

¿Cuánto tiempo hacía que no me sentía de esta forma? Desde Isadora, que...

No. No era lo mismo con Isadora.

Ella era una mujer bonita que me atraía, y realmente la amaba –o amaba a la mujer que creía que era– pero... lo que sentía en la presencia de Luciana era único. Era completamente nuevo en mi vida.

Me levanté y fui seguido por el perro hasta la puerta entreabierta de la habitación. Mi intención era dejarlo entrar y seguir a la cocina a beber un vaso de agua, pero me detuve al darme cuenta de que Lara estaba sola allí, sentada en la cama frente a la televisión encendida y completamente dormida. Miré hacia el interior de la habitación y confirmé que no había nadie más allí. Bajo la puerta de la habitación contigua, noté que la luz estaba encendida, lo que me indicó que Luciana probablemente estaba allí trabajando.

Entré y apagué la televisión. Harry se quedó sobre dos patas frente a la cama, mostrando que quería subir, y lo ayudé, dejándolo acomodarse junto a Lara.

Miré a la niña. Recordé que Luciana mencionó una vez que no era bueno que durmiera con la prótesis, así que eché un vistazo y confirmé que ya se la había quitado. La acomodé en una posición cómoda y la cubrí.

Me detuve un momento, mirando aquel rostro dormido, y confirmé lo que había pensado unos minutos antes: quería ser padre

de esa niña. Quería cuidarla y protegerla de cualquier idiota que se atreviera a decir lo que ese estúpido hombre dijo más temprano. Aún me arrepentía de no haber usado mis puños para hacer justicia, pero sabía que romper el contrato con su empresa probablemente le dolió mucho más que cualquier golpe.

Salí y me paré frente a la puerta de la habitación contigua, todavía pensando si debía o no hablar con Luciana. Había sido un día lleno de emociones, y tal vez ella quería estar sola. Pero algo dentro de mí me decía que debía hablar con ella, así que toqué tres veces la puerta. Inmediatamente escuché su suave voz desde adentro pidiendo que entrara, y así lo hice.

Mi cuerpo entero reaccionó de inmediato con la visión que tuve. Ella estaba sentada sobre la cama, metiendo cosas en una caja de cartón, pero fue la forma en que estaba vestida lo que se reflejó directamente en mi erección. Usaba un camisón de encaje, bien suelto, cayendo sobre su vientre de cinco meses. Por la forma en que estaba sentada, el tejido subía levemente, dejando sus maravillosos muslos a la vista. El cabello suelto caía sobre su piel, dándole un toque más a esa imagen perfecta.

Mi deseo era tirar todas esas cosas al suelo y hacerle el amor sobre esa cama. Pensé en cómo sería escucharla gemir mi nombre y eso me volvió aún más loco de deseo.

Cálmate, Marcos... repetí mentalmente.

Cerré la puerta detrás de mí y fui hasta ella. Me senté en el borde de la cama, del lado opuesto al que ella estaba, a una distancia relativamente segura y cuidando de mantener una pierna ligeramente más elevada, para que, desde donde estaba, no pudiera ver mi erección.

—Lara aparentemente se quedó dormida mientras veía la TV —le conté—. La acomodé en la cama.

—Gracias. La dejé viendo TV sola para poder terminar los pedidos de hoy, no pensaba tardar.

—Pantera Negra, ¿no? —comenté, señalando las tazas, la almohada y el cuaderno con el logo del superhéroe de Marvel.

—Últimamente han llegado muchos pedidos de héroes de Marvel. Tengo la impresión de que eres tú el que me hace todas esas compras con nombres falsos, tratando de convencerme de que Marvel es mejor que DC.

—¡Qué diablos, me descubriste! —bromeé.

Y ella rió. Una risa muy agradable de escuchar, aunque pude notar que no estaba bien. No tenía idea de cómo lograba percatarme de esas cosas en ella, pero era como si fuera completamente transparente para mí.

—¿Cómo estás? —pregunté.

Ella tomó una de las tazas y comenzó a envolverla lentamente en un generoso trozo de plástico de burbujas.

—No es que nunca haya escuchado comentarios crueles sobre la discapacidad de mi hija. Pero... ¿sabes algo? Eso nunca deja de doler.

—Me imagino que no. Cuando ese hombre dijo eso, quise golpearlo hasta desfigurarle la cara. Si no hubieran estado las dos niñas presentes en la sala, seguramente no me habría controlado.

—¿De verdad vas a romper un contrato con la empresa de él? —En el auto camino a la heladería, Caio me contó todo lo que había sucedido en la sala de la dirección con lujo de detalles, aunque fuera con su vocabulario infantil.

Confirmé:

—No quiero ningún vínculo con una empresa cuyo dueño tenga abiertamente ese tipo de opiniones.

—Pero no quiero que tu empresa se vea perjudicada por esto, Marcos.

—No lo haré. No será difícil conseguir asociaciones mucho mejores.

—Me pareció muy bien cómo manejaste lo de Caio por lo que hizo.

—En realidad, confieso que mi verdadera intención era darle un regalo y armar un lío con la directora para evitar que le diera esa sanción ridícula. Pero tuve que pensar que no puedo permitir que él crea que estoy fomentando un comportamiento violento. Aunque... sabemos que ese chico lo merecía. Después de enterarme del motivo, hasta tuve ganas de reírme de su ojo morado e hinchado.

Ella se tapó la boca, tratando de contener la risa.

—Es solo un niño, Marcos. Y solo repite lo que escucha de su padre en casa.

—Exactamente por eso, alguien tenía que mostrarle que eso estaba mal. Caio lo hizo de la forma menos educada posible, pero

entiendo que es difícil controlar la rabia cuando agreden a alguien a quien queremos.

— Me alegra mucho que Lara tenga a Caio y Ana Clara, que la quieren y la cuidan. Esa niñita también es preciosa. Deberías haber visto, después de hablar con el director, lo molesta que estaba con la situación. Y tú también... O sea, a ti también te gusta, y eso me alegra mucho.

— No es sólo ella quien me gusta.

Ella ni siquiera respiró antes de responder:

— Sí, me he dado cuenta de que también te ha cautivado Harry.

Me reí de nuevo. De eso hablaba: me encantaban sus ingeniosas respuestas. Incluso cuando claramente pretendían desviar el tema.

Pero no iba a dejar que se alejara de mí.

— Luciana, ¿hasta cuándo vamos a seguir fingiendo que no pasa nada entre nosotros?

Terminando de empacar la taza, la colocó lentamente dentro de la caja, y sólo después de hacerlo me miró a los ojos, deteniéndose todavía para declarar, con tanta sinceridad como pudo:

— Tengo miedo.

— ¿Miedo de qué?

—Que crees que me debes algo porque estoy embarazada de tu hijo. Que te duele tanto tu difunta esposa que proyectas en mí algo que no soy.

—¿Cómo qué?

—Hay algo en las madres que pasan por dificultades extremas con sus hijos que las convierte en algo admirable para la sociedad. Como si fuéramos superhéroes. Pero, en realidad, solo somos madres. Superamos las dificultades a medida que surgen y necesitamos adaptarnos, porque tenemos hijos que dependen de nosotras. Creo que lo que me hizo, en los últimos años, perder parte de mi fascinación por los superhéroes fue comprender finalmente que no existen. Somos solo humanos. Y yo solo soy una mujer.

—Tienes razón. Eres solo una mujer. Un ser humano con defectos. ...Y preferir DC es sin duda el mayor. —Se rió y eso me alegró. Incluso en una conversación seria, conseguíamos mantener un aire de buen humor. Otra cosa que nunca tuve con Isadora. Era absurdamente controladora y nuestras discusiones siempre eran acaloradas—. No espero la perfección de ti, Luciana. Tampoco veo nada diferente de la realidad en ti. Puedes estar segura de que estoy enamorado de la persona que eres.

Se quedó sin palabras por un momento, y podría haber jurado que estaba pensando en una respuesta ingeniosa y desenfadada, pero estaba demasiado sorprendida para hacerlo. Después de Isadora, nunca imaginé que podría decirle a una mujer, con tanta sinceridad, que estaba enamorado. Nunca imaginé que volvería a sentirme así. Pero así fue.

Y no me arrepentí ni una pizca de haberlo dicho, incluso a riesgo de que ella dijera que no sentía lo mismo. Era un riesgo que estaba dispuesto a correr.

Sin embargo, sabía que si lo negaba, estaría mintiendo. Los ojos de Luciana eran como ventanas a su alma y no me costaba verlo. Había una clara tensión sexual entre nosotros, controlada precisamente por los sentimientos que sabíamos que estaban involucrados. No quería tener una aventura con ella. No soportaba poseer su cuerpo una noche y no poder tenerlo en la siguiente.

Sus labios se separaron y pensé que por fin iba a decir algo, pero me sorprendió al actuar. Un solo movimiento repentino y avanzó hacia mí, tomando mi boca con la suya, con una audacia que no esperaba de ella, pero que fue muy bienvenida.

Fue un beso que empezó suave, pero pronto se volvió voraz. La atraje hacia mí sin detener el beso, deslizando mis manos por su cuerpo cubierto por la fina tela de su camisón. Mi pene se endurecía cada vez más, hasta el punto de doler, y sentía que si continuaba así, no podría parar.

Pero detenerse tampoco parecía ser una opción para ella. Arrodillándose frente a mí, soltó mis labios, separándose lo suficiente para mirarme a los ojos. Había pura lujuria allí. En silencio, simplemente levantó los brazos, una clara señal de lo que quería que hiciera.

Y lo hice. Agarré suavemente el dobladillo de su camisón con ambas manos y lo subí. Tuve que contener la respiración al encontrarla casi completamente desnuda, solo con sus bragas. Sin embargo, ver su panza me hizo dudar. Nunca antes había tenido sexo con una mujer embarazada.

—Tengo miedo de hacerle daño —confesé, sintiéndome un poco estúpido por ello.

Ella sonrió. Esa sonrisa ligera, sincera y encantadora.

—No lo harás.

Llevé mis manos a su vientre, acariciándolo con la mayor intimidad que jamás había tenido, permitiéndome ese instante de reconocer a la mujer que llevaba a mi hijo. Subí lentamente, buscando sus pechos.

Apenas rocé sus pezones cuando cerró los ojos y echó la cabeza ligeramente hacia atrás. Parecía extremadamente sensible en esa zona. Deslicé mis pulgares sobre ellos, provocándole un gemido que me hizo no resistir más y tomar uno de sus pezones con la boca. Sus manos femeninas se enredaron en mi cabello mientras acariciaba un seno con los dedos y el otro con la lengua. Quería darle más. Quería poseerla por completo. Quería saborearla entera.

La acerqué al borde de la cama, donde se sentó. Bajé lentamente las manos hasta sus bragas. Sobre la tela de algodón, comencé a deslizar mi dedo hacia adelante y hacia atrás. Sus muslos me apretaban la mano. Estaba tan excitada que incluso a través de la tela podía sentir su humedad.

Y cada vez me ponía más duro. Más desesperado por penetrarla.

—Por favor... más... —suplicó. Sus manos descansaban sobre la cama, su cuerpo ligeramente inclinado hacia atrás, sus ojos cerrados, con la expresión de alguien que suplica más placer.

Y se lo di.

Le bajé las bragas, arrancando lo último que cubría su cuerpo. Volví a mover el dedo, esta vez directamente sobre su clítoris, masajeándolo, deslizándolo hasta su entrada caliente y húmeda, y volviendo a ese punto tan sensible.

Dejé de besarle los pechos porque necesitaba concentrarme en su rostro mientras la penetraba con la mano. Cerró los ojos y su respiración se aceleró cada vez más.

—Ahí, Marcos... ahí mismo... Así...

Mierda.

Por más que lo había imaginado, nada se acercaba a lo que realmente era el sonido de su voz gimiendo mi nombre.

—¿Te gusta así? —pregunté, moviendo mi dedo exactamente en el lugar y dirección que parecía darle más placer.

No pudo responder, pues su respiración se aceleraba a cada instante. Hasta que explotó de placer en un gemido contenido.

Pero no quería que se contuviera.

Y eso no me bastaba, necesitaba demostrarlo.

Me tiré al suelo, separando aún más sus piernas y acurrucándome entre ellas. Por fin, la saboreé, y fue tan dulce y embriagador como lo había imaginado. Completamente hambriento, pasé mi lengua por su clítoris, succionando y succionando, haciéndole arquear las caderas de placer. Estaba cada vez más mojada, y así era como deseaba que estuviera cuando me hundiera completamente en ella.

Deslicé un dedo dentro de ella, luego otro, y otro. Puso una de sus manos sobre mi cabeza y los músculos de sus muslos temblaron en oleadas que precedieron a otro orgasmo. Aumenté el ritmo de las embestidas y lamidas, hasta que sus piernas se

apretaron a mi alrededor y gimió mi nombre de nuevo, esta vez más fuerte.

Me levanté y me senté en la cama junto a ella. Todavía jadeaba mientras le tomaba la cara entre las manos y la miraba a los ojos.

—Te deseo —declaré.

Ella asintió. Parecía incapaz de hablar debido a su respiración profunda. Mi pene ya me dolía insoportablemente, pero antes de consumar ese momento, había palabras que necesitaba decir.

—Hablaba muy en serio cuando dije que quiero que seas la madre de mi hijo. Y todavía estoy esperando tu respuesta.

Ella respiró profundamente y sus ojos brillaron de emoción.

—No tengo nada que decir, porque ya siento que Leo es mío.

Leo...

El apodo del nombre elegido ese día para nuestro hijo, dicho con su voz, me pareció el sonido más dulce que jamás pude oír.

—Entonces déjame cuidar de ti, Lara y Leo.

Me rodeó los hombros con sus brazos y me besó profundamente. Y esa fue la única respuesta que necesitaba.

Sus manos se deslizaron lentamente por mi cuerpo, empezando a desabrocharme la camisa, recorriendo mi pecho y abdomen, como si reclamara lo que era suyo. Me aparté y me puse

de pie, quitándome el resto de la ropa. Sus ojos recorrieron mi cuerpo con lujuria explícita.

De vuelta en la cama, volví a besar a Luciana, inclinándome sobre ella hasta que se tumbó en el colchón. En el proceso, chocó con la caja con los productos que estaba organizando, y todo se cayó al suelo. ¡Mierda, si se rompía todo, la ayudaría a volver a colocarlo todo al día siguiente! Lo único que importaba en ese momento era que nos convirtiéramos en uno.

Me coloqué sobre ella, procurando mantener el torso elevado, con las manos apoyadas a los lados de su cuerpo para no presionar su vientre. Luego, seguí besándola, dejando un rastro de besos por su cuello, pechos y vientre. Le abrí las piernas y me coloqué entre ellas, arrodillándome en la cama. Sostuve ese trasero firme y delicioso, elevando sus caderas. Para no lastimarla, agarré una almohada y la coloqué bajo su columna vertebral para que estuviera más cómoda.

Y entonces la penetré. La empujé hasta el fondo. Ella gritó y tuve que controlar mi instinto de penetrarla con fuerza.

Dios mío, no solo la deseaba. Estaba completamente loco por esa mujer.

Entonces comencé a mover mis caderas lentamente, disfrutando cada gemido.

—Marcos... Marcos... Así... —¿Tenía idea de lo mucho que me conmovió cuando gimió mi nombre así?

No pude mantener el ritmo lento mucho tiempo y pronto aceleré, embistiendo con fuerza. Sus ojos volvieron a cerrarse y me perdí en el placer de su rostro. Embestí con más fuerza, más rápido. Sus caderas también se movían al mismo ritmo. Cerré los ojos un

momento, completamente entregado a esa sensación. Ella era mía ahora, y yo también sería suyo.

Una oleada de placer me recorrió los muslos y abrí los ojos, encontrándome directamente con sus ojos azules. Casi estaba allí, y yo también. Arqueó el cuerpo y soltó un grito, al mismo tiempo que volvía a cerrar los ojos, completamente entregada al orgasmo. Y la seguí, acabando, sintiendo mi polla palpitar mientras derramaba su líquido caliente dentro de ella.

Allí finalmente supe lo que realmente sentía.

Me encantaba esa mujer.

*****

Capítulo veintisiete



LUCIANA

Cuando desperté por la mañana, temí que todo haya sido solo un sueño.

Sin embargo, acostada de lado en la cama del cuarto que había estado sirviendo como mi oficina de trabajo, sentí el calor del cuerpo de Marcos en mi espalda y sus brazos envolviéndome, con una de sus manos sobre mi vientre.

No quería moverme. No quería levantarme. Definitivamente, habría sido capaz de pasar todo el día allí. Pero no podía.

Me giré despacio, creyendo que podría salir de allí sin despertarlo, pero pronto me di cuenta de que eso no sería posible, ya que él ya estaba despierto. La luz de la mañana que se filtraba por las rendijas de la cortina iluminaba ese rostro hermoso y somnoliento, que sonrió para mí tan pronto como lo miré.

—Buenos días, linda.

Era una tontería, lo sabía. Pero que él me llamara de esa manera removió todas las entrañas de mi cuerpo. ¿Cómo podía ese hombre afectarme tanto?

—Buenos días. Necesito volver al otro cuarto. No quiero que Lara se despierte sola.

Él no parecía dispuesto a dejarme ir tan fácilmente, pero el argumento parecía haberlo convencido.

Creo que una de las cosas que más amaba de él era la forma en que se preocupaba por mi hija.

Amar...

Sí... era exactamente así como me sentía.

—Está bien —aceptó—. Pero por la noche, después de que ella se duerma, ¿podemos vernos aquí de nuevo?

Me sentía como una adolescente. Sin embargo, en lugar de buscar la manera de encontrarme con un novio sin que mi papá me viera, ahora hacía eso con mi hija.

—Trato hecho.

Antes de levantarme, sin embargo, me permití pasar algunos minutos más así, acostada de lado, frente a él. Los cuerpos aún desnudos, los ojos conectados.

Nos quedamos en silencio un rato, hasta que él hizo una pregunta:

—¿Cuándo piensas contarle a Lara... sobre nosotros?

Todavía no me había planteado esa pregunta. Sentí un ligero miedo de pensar en ello.

—No lo sé. Digo... le contaré pronto, claro, pero... todavía no sé cómo. Apenas han pasado dos años desde que perdió a su padre. Me da miedo que piense que lo estoy reemplazando, ¿entiendes?

Él movió la cabeza, aunque no sabía si realmente podría comprenderlo. Noté una leve incomodidad en él cuando mencioné a mi difunto esposo, y me pregunté si yo también me veía así cuando él hablaba de Isadora.

A pesar de eso, insistió en el tema.

—Él debió haber sido un buen padre para ella, ¿verdad? Y un buen esposo.

—Un buen padre, sí. Un buen esposo... no tanto. Era un poco... impaciente... Y también muy celoso.

La expresión de Marcos cambió, adoptando un tono de ira, y comprendí el motivo, tanto que traté de explicarlo:

—No, él no me agredía físicamente ni nada por el estilo. Nunca me puso un dedo encima. Pero perdía la paciencia fácilmente, y entonces se ponía nervioso... gritaba, decía cosas malas. No estábamos pasando por una buena fase en el matrimonio cuando todo eso pasó. De hecho, casi nos divorciamos, pero luego decidimos intentar un poco más y terminé quedándome embarazada del segundo hijo.

—Lo siento mucho. Definitivamente, ese tipo no te merecía.

—Creo que podría decir lo mismo sobre Isadora y tú. Por cierto... ¿has tenido noticias de Thiago? —No era el tema más agradable del mundo para tratar en un momento tan sereno como ese, pero era algo de lo que teníamos que hablar.

—No, nada. Los investigadores siguen buscando, pero no hay ni rastro de él. La hipótesis más probable es que realmente se haya tirado... Pero, estábamos hablando de Lara, ¿verdad? No sé por qué el tema cambió a otras personas.

—Le contaré todo a ella. Tal vez hoy mismo.

—Dile que no pretendo de ninguna manera ocupar el lugar de su padre. Pero estoy dispuesto a asumir ese papel en su vida.

Escucharlo decir eso hizo que mi corazón se sintiera cálido.

Me besó, y por un momento casi me dejé llevar, permitiéndome quedarme un poco más allí con él.

Casi...

Necesité mucho autocontrol para interrumpir ese beso y levantarme. Tomé mi ropa interior y mi camisón del suelo y comencé a vestirme, mientras Marcos apoyaba el codo sobre la cama, descansando la cara sobre el puño y mirándome, de lado, quedando así frente a mí. Su

miembro, enorme y erecto, me daba una señal clara de que estaba listo para otra ronda.

—¿De verdad me vas a dejar así? —me provocó, señalando su erección.

Era tentador. ¡Demasiado! Pero no podía, por la razón que le expuse:

—Cuando tenemos hijos, a veces nuestras ganas tienen que ser pospuestas.

—Entonces confiesa que tienes ganas.

—Si lo que hicimos tuvo para ti al menos una quinta parte del placer que tuvo para mí, ya sabes la respuesta.

—Creo que el placer que tuve es bastante obvio por la animación de mi amiguito en repetir la dosis. —De nuevo, señaló su miembro, que parecía haber crecido aún más con esa conversación.

Realmente era muy tentador. Pero tuve que ser firme.

—Nos vemos por la noche.

Le soplé un beso y, antes de que viniera con otra provocación, salí y me dirigí al otro cuarto. Lara seguía durmiendo, pero Harry saltó de la cama cuando me vio, viniendo a recibirme con su colita moviéndose como loco. Pasé un buen rato acariciándolo hasta que decidí tomar un baño.

Pasé la mitad del tiempo bajo la ducha recordando la noche de amor que había tenido con Marcos. En la otra mitad, traté de pensar en cómo le contaría a Lara que estábamos saliendo.

Saliendo...

Solo pensar en esa palabra me hacía sonreír.

*****

Varias horas pasaron y, como ocurría todos los días, nuestras rutinas tomaron caminos diferentes. Acompañé a Lara a la sesión de fisioterapia (que ahora se hacía en el gimnasio del apartamento) y luego la arreglé para que fuera al colegio. Marcos fue temprano a la empresa, por lo que no almorzó con nosotros. Ese día, Madalena tenía el día libre, y Marcos dejó instrucciones para que pidiera algo para el almuerzo, pero decidí hacer algo rápido para mí y para mi hija, ya que solo estaríamos nosotras dos.

Ahora, Elisa llevaba a Lara al colegio junto con Caio, y poco después del almuerzo ella pasó a recogerla. Me despedí de mi hija y fui al cuarto a trabajar un poco.

Y, para que conste: no había hablado con ella. Todo había sido tan apresurado, que no tuve oportunidad para hacerlo.

Eran las tres de la tarde cuando decidí hacer una pausa en el trabajo y beber un poco de agua. Estaba ocupada respondiendo comentarios en el último post de Instagram de la tienda, así que llevé el celular conmigo a la cocina. Había una enorme mesa en el centro de la habitación, y me incliné sobre ella mientras bebía el vaso

de agua que había sacado de la nevera y terminaba de responder los comentarios. En cuanto terminé, me dio curiosidad abrir la sección de noticias.

Como había hecho, meses atrás, búsquedas en Google sobre Marcos Herrmann, los algoritmos de internet decidieron que ese era un tema que me interesaba y, por lo tanto, siempre me enviaban las últimas noticias al respecto. Y la que apareció en mi pantalla llamó mi atención.

Estaba terminando de leerla cuando escuché pasos entrando en la cocina y me sobresalté un poco. Al mirar hacia adelante, sin embargo, vi que era Marcos y suspiré aliviada.

—¿Te asusté? —preguntó, preocupado, acercándose a mí y dándome un besito.

Después de todo lo que había pasado hace unos meses con Thiago, obviamente había pensado lo peor cuando noté que alguien llegaba.

—No, está bien. Fue una tontería —respondí rápidamente, sin querer hablar sobre los pensamientos que me habían cruzado.

—¿Y bien, hablaste con Lara?

—No tuve tiempo hoy. Pero, sin lugar a dudas, hablaré con ella cuando regrese del colegio. En el preciso momento en que llegue a casa, de hecho.

—Vaya, ¿por qué tanta precisión?

Señalé la pantalla del celular sobre la mesa y leí en voz alta el título del artículo:

—"El CEO de Tecnología Marcos Herrmann se mete en líos en la escuela para defender a su hijastra". Tendré suerte si ninguno de sus compañeros ha escuchado algo sobre esto y se lo ha contado.

Marcos resopló, molesto.

—Manga de buitres. Bueno, podemos contárselo juntos, si prefieres.

—No. Eso es algo que necesito hacer yo sola. —Apagué la pantalla del celular y lo miré, curiosa por la hora —. Aún no son ni las cuatro de la tarde. ¿Ya en casa tan temprano?

—Recordé que hoy es el día libre de Madalena y que estarías sola en casa. Y pensé que podríamos... aprovechar un poco.

—¿Te refieres... a ver algunas películas o a tomar un baño en la piscina? —lo provoqué. Sabía exactamente a qué se refería, pero quería escucharlo de su voz.

Se acercó algunos pasos, deteniéndose justo frente a mí, y me devolvió la provocación:

—Bueno... realmente tengo la intención de usar la sala de cine y la piscina contigo. ...Y cada rincón de este apartamento. Lo único que no sé es si tendremos tiempo para todo eso antes de que Lara regrese del colegio.

—Depende... ¿por dónde planeas empezar?

Él miró a su alrededor y me reí.

—¿Por la cocina? ¿En serio?

—¿Por qué te sorprendes tanto? ¿Nunca has hecho el amor en una cocina?

—En ninguna de este tamaño. —Y de ningún tamaño, a decir verdad. Nunca me han gustado los lugares inusuales.

Bueno... en realidad, nunca hasta ese momento. Porque la idea era más que tentadora. Quizás debería pensármelo.

Cuando sus labios tomaron los míos, encendiendo llamas por todo mi cuerpo, supe que no había nada en qué pensar. Lo quería ahí mismo.

Sin romper el beso, sus manos bajaron por mi espalda hasta mi trasero, donde me agarraron con fuerza y me levantaron, sentándome en la mesada. Llevaba un vestido, lo que facilitó mucho la situación.

Me quitó las bragas, me separó las piernas y puso una mano allí, mientras que con la otra trazaba un círculo sobre uno de mis pezones bajo la tela de mi vestido y sostén. El embarazo había aumentado muchísimo mi libido y mi sensibilidad, lo que hacía que cada roce suyo fuera aún más exasperante, incluso sobre mi ropa.

Sus labios se movieron hacia mi cuello y, después de concentrarse allí por unos momentos, se movieron hacia abajo, yendo al lugar donde sus dedos ya me estaban volviendo completamente loca.

—Ayer sé que te controlaste porque Lara estaba en la habitación de al lado —dijo, sin dejar de estimularme con los dedos, pero con sus labios tan cerca de mi intimidad que podía sentir el calor de su aliento mientras hablaba—. Hoy estamos solos. Quiero que te sientas completamente libre para demostrarme cuánto te gusta esto.

Entonces me pasó la lengua por el clítoris y dejé escapar el primero de mis gemidos. Y se sucedieron otros más, mientras lamía y chupaba cada centímetro de mi intimidad. Sus dedos continuaron su trabajo, entrando y saliendo de mí con movimientos rítmicos. Antes de que me diera cuenta, ya estaba frotándome contra la mesa, marcando el ritmo, prácticamente rogándole que fuera más rápido y más profundo. Y él me obedeció. Parecía saber exactamente los puntos y la intensidad adecuados. Era como si pudiera leerme la mente.

Nunca había sido así con Vinicius. El sexo con él era bueno, pero con Marcos era... Dios mío, completamente surrealista.

Y sí, gemí sin control. Pedí más, grité su nombre y grité al llegar al orgasmo.

Se puso de pie y supe lo que pretendía hacer. Lo deseaba dentro de mí, más que a nada. Pero no ahora. Ya había probado demasiado de mí. Yo también quería un poco de él.

Con suavidad, lo aparté de mí. Me miró confuso y me apoyé en sus hombros para bajar de la mesada, sin dejar de empujarlo hasta una silla, donde lo hice sentar. Sin más ceremonias, me arrodillé en el suelo y empecé a desabrocharle el cinturón y la cremallera del pantalón.

—No estoy seguro de que sea buena idea, preciosa... —me informó. Y pronto entendí por qué cuando le bajé la ropa interior y apareció su miembro. Estaba a punto de explotar.

—Sé un buen chico y guarda lo que tienes ahí para cuando estés dentro de mí —ordené, antes de simplemente tragármelo con deseo.

Los gemidos masculinos que soltaba mientras lo chupaba me excitaban aún más. Sus manos me agarraban el pelo, marcando el ritmo, cada vez más rápido.

—Ya no aguanto más, hermosa... voy a acabar así.

Sabía que decía la verdad, y como ya no podía más, me saqué su miembro de la boca y me puse de pie. Quería sentarme encima de él, mirándolo de frente, pero me di cuenta de que sería difícil por mi panza.

Así que me di la vuelta, coloqué su miembro en mi entrada y me incorporé lentamente, sintiendo su erección llenándome por completo. Empezamos a movernos, mientras él me abrazaba, acariciando mi vientre. Había tanta emoción en ese cariño en medio del sexo, que me hizo recordar lo especial que era con Marcos. Lo único, lo diferente a todo lo que había experimentado.

Llegamos al clímax juntos, completamente rendidos.

Aún con él dentro de mí, relajé mi cuerpo, acurrucada a su lado en esa silla, sintiendo sus manos aún acariciando mi vientre y los cálidos besos en mis hombros.

Me sentía la mujer más realizada del mundo.

*****

Capítulo veintiocho



LUCIANA

Horas después, Lara ya había regresado de la escuela y estábamos los tres juntos alrededor de la enorme mesa del comedor.

Pedimos comida china, y me divertí observando mientras Marcos intentaba enseñarle a Lara a usar los palillos. Ella aprendió rápido, pero necesitaría un poco de práctica para lograr comer con ellos. Aun así, insistía en que terminaría su plato de yakisoba con los palillos en lugar del tenedor. Marcos trataba de ayudarla y los dos reían juntos. Esa escena me llenó el pecho de calor. Vinicius había sido un buen padre, pero no lo imaginaba dejando de

comer para enseñarle algo a su hija durante la cena. Seguro, en esa situación, estaría quejándose y diciendo que la comida se enfriaría.

A los pies de la mesa, Harry jugaba solo con una pelotita, y cada vez que esta chocaba contra nuestros pies, la pateábamos para que él corriera detrás. Estaba creciendo rápido, pero seguía siendo un perrito adorable.

Cuando finalmente terminamos de comer, decidí que ese era el momento de hablar con Lara. Miré a Marcos, quien comprendió el mensaje y se levantó, diciendo que tenía que ir a la oficina del segundo piso para resolver algunos asuntos de la empresa. Sabía que no iba a resolver nada, y seguramente se quedaría sentado esperando que yo le contara cómo había ido la conversación. Yo estaba muy nerviosa, pero creo que él lo estaba tanto como yo.

Tan pronto como él se retiró, miré a Lara, que estaba distraída con los palillos, y tomé aire para empezar a hablar del tema.

—Hija, ¿podemos hablar un momento?

—Claro, mamá. —Sin embargo, ella estaba tan concentrada en aprender a usar esos malditos palitos que ni siquiera me miró.

Bueno, tal vez de esa forma fuera más fácil hablar.

O no. Porque, en realidad, no tenía idea de por dónde debería empezar.

Quizás comenzar desde el principio sería la mejor estrategia.

—Entonces, ¿sabes cómo conocí al tío Marcos?

Ella respondió sin apartar la vista de los palillos.

—Sí, mamá. Él te pidió que llevaras a su bebé en la panza, ¿no? Porque la mamá del bebé murió.

—Eso. Así fue. No nos conocíamos hasta entonces.

—Ya sé. Y ni sabían que yo estudiaba en la misma escuela que Caio, que es su sobrino, ¿verdad?

—No, no teníamos idea. Entonces... nos conocimos así. Luego, después de un tiempo, él pidió que viniéramos a vivir aquí para poder estar más cerca del bebé.

—Ya sé eso, mamá. Me gusta aquí, pero sé que cuando nazca el bebé vamos a volver a nuestra casa. Está bien... ya extraño a mi madrina y a Mingau.

Durante todo el tiempo que estuvimos allí, siempre enfatizaba con Lara que eso sería temporal. Ella era solo una niña, y claro que le encantaría vivir en un departamento de ese tamaño, con piscina, sala de cine y fisioterapeutas a domicilio, sin contar con el hecho de estar cerca de sus amigos. Temía que sufriera cuando volviéramos a nuestra realidad.

Pero no era sobre eso de lo que quería hablar en ese momento. Y ella me sorprendió nuevamente al mostrarme

que no era exactamente de todas esas ventajas materiales de las que más iba a extrañar.

—Pero yo también voy a extrañar mucho al tío Marcos cuando nos vayamos, mamá. Y al bebé también.

—¿De verdad?

—Sí. No voy a extrañar tanto a Caio ni a Ana Clara porque los vamos a ver todos los días en la escuela. Pero al tío Marcos y al bebé, sí. Y mucho.

Respiré profundamente, pensando que eso sí, sin duda, sería un facilitador en todo lo que quería contarle. Y continué:

—Bueno, entonces... sobre el tío Marcos y yo... Nos fuimos conociendo mejor, y... terminé comenzando a gustar de él. Y él de mí.

—Yo también lo quiero, mamá.

Sonreí. Eso era algo muy bueno de escuchar. No es que no lo hubiera notado ya.

—Lo sé. Y él a ti. —Ella seguía jugando con los palillos y yo hice una pausa, pensando en cómo llegar al punto que quería tratar—. Entonces, hija... este gusto entre él y yo empezó más o menos como el de amigos, ¿sabes?

—¿Dices que me gusta Caio y Ana Clara? —Me miró por un momento, luego volvió a enfocarse en los palillos.

—Es... parecido, creo. Pero, sabes... a veces, cuando dos personas adultas se gustan... y ese gusto crece y cambia... a veces termina convirtiéndose en algo más. Como...

—¿Como la Princesa Leia y Han Solo?

Recientemente habíamos hecho una maratón de Star Wars con los niños, y los tres estaban muy emocionados. Usar una referencia tan nerd en la conversación tenía que haber venido de mi hija. Y fue bastante acertada.

—Sí. Así. Como la Princesa Leia y Han Solo.

—Pero ellos están enamorados. —Ese era el punto. Y no iba a dejarlo escapar.

—Sí. Y así es como estamos tu tío Marcos y yo. Enamorados.

Me miró en silencio por unos instantes, con una expresión neutra en su carita, de manera que no podía imaginar lo que estaría pensando. Mil pensamientos cruzaron por mi cabeza. ¿Estaría confundida? ¿Molesta? ¿Enojada conmigo por pensar que estaba reemplazando a su padre? Quería que dijera algo, cualquier cosa, mientras al mismo tiempo sentía miedo de lo que pudiera decir.

Sí, estaba aterrada, con miedo de mi propia hija, de solo ocho años.

Cuando finalmente reaccionó, no fue nada de lo que imaginaba. Simplemente se levantó de la silla y salió corriendo.

—¿Lara? ¿Adónde vas? —También me levanté, corriendo detrás de ella—. ¡Lara, espera!

La seguí y casi la alcancé cuando comenzó a subir las escaleras, pero tuve que parar cuando Harry se enredó en mis piernas. Recuperando el equilibrio, tomé al perro en mis brazos para que no me derrapara de nuevo o incluso le hiciera lo mismo a Lara, y, llevándolo conmigo, volví a seguirla. Al llegar al pasillo del segundo piso, la vi abrir la puerta de la oficina de Marcos y entrar.

—¡Lara, espera! —grité, acelerando el paso.

Cuando llegué a la puerta del cuarto, me quedé paralizada con la escena que vi. Marcos estaba sentado en un sofá en un rincón del amplio cuarto y Lara estaba de pie frente a él, abrazándolo.

Él me miró, visiblemente confundido, y yo compartía el mismo sentimiento.

Soltándolo, Lara comenzó a hablar:

—Tío Marcos, si tú y mamá están enamorados, ¿ahora eres su novio?

Él me miró un momento rápidamente, luego volvió a mirar a Lara.

—Sí... lo soy. ¿A ti... te gusta la idea?

—Y si se casan, ¿serás mi nuevo papá?

Bueno... ninguno de nosotros había mencionado siquiera la palabra "matrimonio", pero mi hija ya parecía querer adelantar las cosas. Confieso que me dio algo de miedo que esa pregunta desconcertara un poco a Marcos, pero él respondió con mucha naturalidad:

—Me encantaría, Lara. Pero eso solo será si tú estás de acuerdo. No quiero quitarle el lugar a tu papá. Pero realmente quiero tener un lugar en tu vida si es que tú lo permites.

Ella bajó la cabeza, pareciendo triste.

—Extraño mucho a mi papá.

—Sé que lo extrañas, querida. —Él pasó la mano por su cabello.

—Yo lo amaba mucho y siempre será mi primer papá. Mi mamá dice que siempre me cuidará, desde el cielo. —Levantó el rostro y volvió a mirar a Marcos—. Pero también te amo a ti, tío Marcos. Y estaré muy feliz si eres mi segundo papá.

Me di cuenta de que él se quedó sin palabras, tragó saliva, claramente emocionado por la declaración. Yo abracé a Harry más cerca de mi cuerpo, completamente encantada con la escena. Ni siquiera yo le había dicho a Marcos que lo amaba, aunque ya no tenía la menor duda de eso. Pero Lara era tan sincera que no guardaba un sentimiento tan hermoso solo para sí misma.

Finalmente, Marcos logró decir algo:

—No necesito casarme con tu mamá para ser tu segundo papá, puedo serlo desde ahora, si tú quieres. Pero la idea de casarnos no me parece mala. Y yo también te amo a ti y amo a tu mamá.

Volvió a mirarme y, aunque fue solo por unos segundos, hubo mucho sentimiento en ese intercambio de miradas. En silencio, esperaba que él entendiera que yo sentía lo mismo, porque mi garganta dolía tanto que, seguramente, si intentaba decir algo en ese momento, terminaría quebrándome en llanto.

Mi hija volvió a hablar:

—Entonces, ¿tendré que llamarte papá ahora?

—No tienes que hacerlo. Pero puedes. Si quieres.

—Quiero. Quiero mucho... papá.

Lara lo abrazó nuevamente y entonces vi cómo se formaban lágrimas en los ojos de Marcos, y eso me derretía por completo. Ese hombre enorme, el poderoso CEO de tecnología, estaba emocionado porque mi niña lo llamaba "papá".

Porque *nuestra* niña lo llamaba "papá".

Después de algunos segundos, ella lo soltó, pareciendo recordar algo.

—¡Eh, espera! Si vas a ser mi segundo papá... ¿mi mamá también puede ser la nueva mamá del bebé? Entonces, ¿él será mi hermanito?

—Sí, Lara. Leo será tu hermanito. ¿Qué te parece eso?

Ella giró el rostro hacia atrás, mirándome y sonriendo.

—¿Oíste eso, mamá? ¡El bebé va a estar cerca de nosotros para siempre! ¡Y yo seré su hermana! —Volvió a mirar a Marcos—. ¿Voy a poder enseñarle a correr? Cuando esté un poco grande, claro.

—Sí. Podrás enseñarle muchas cosas. Porque serás su hermana mayor, y la más genial del mundo.

Harry comenzó a moverse en mi regazo, mostrando que quería bajarse, así que lo solté. Corrió hasta Marcos y Lara, ladrando y saltando, moviendo la cola como si entendiera todo lo que estaba pasando y estuviera celebrando.

Yo también me acerqué y Lara vino a abrazarme.

—Estoy muy feliz, mamá.

—Yo también, querida. Yo también lo estoy. —Harry comenzó a saltar sobre mis piernas, lo que hizo que los tres nos riéramos por su emoción—. Y creo que Harry también lo está.

Lara entonces colocó ambas manos ahuecadas sobre mi vientre y habló en voz baja, como si estuviera contando un secreto:

—¿Oíste eso, Leo? Vamos a ser hermanos. Y te voy a enseñar un montón de cosas geniales. Cuando salgas de

ahí dentro, me vas a conocer, y conocerás a Harry, nuestro perrito. Y a nuestra mamá y a nuestro papá. Ellos son lindos y los mejores del mundo.

Sonreí, mientras sentía las primeras lágrimas caer por mi rostro. Marcos se levantó y vino hacia mí, rodeando mis hombros con uno de sus brazos y depositando un beso en mi frente. Me acurruqué allí, sintiéndome completamente protegida.

—Te amo —dijo, ahora directamente a mí, de manera oficial.

—Yo también te amo —respondí.

Y nos quedamos allí un buen rato. Yo, Marcos, Lara, Leo y nuestra bolita de pelos, Harry.

Nuestra familia más que perfecta.

*****

Capítulo veintinueve



MARCOS

Las cosas entre nosotros sucedían con velocidad e intensidad, pero, al mismo tiempo, de una manera tan natural que era difícil identificar el momento exacto en que todo había comenzado.

¿Fue cuando dije que quería que ella fuera la madre de mi hijo? ¿En nuestro primer beso? ¿En nuestra primera vez? ¿En la conversación con Lara, cuando ella definió que yo sería su nuevo papá? Ambos sabíamos que ya existía algo entre nosotros incluso antes de todo eso. A veces pensaba que, aunque no me diera cuenta, me había enamorado de ella desde el momento en que la vi en una foto y decidí que ella sería la que tendría a mi hijo.

Que ahora sería *nuestro* hijo.

Nunca hubo una petición formal de noviazgo, aunque usábamos con naturalidad el título de novios que la prensa nos había dado durante meses. Al igual que nunca tuvimos una conversación seria como "¿Qué opinas de dar un paso más?". Cuando Lara preguntó si yo sería su papá cuando Luciana y yo nos casáramos, no hubo ningún ambiente incómodo por tratarse de algo sobre lo que nunca habíamos hablado. Porque parecía obvio que eso iba a suceder. No necesitábamos conversaciones formales ni peticiones serias para decidirlo. Luciana y yo teníamos nuestra propia forma de comunicarnos, solo con la mirada.

Aun así, decidí que quería un mínimo de formalidad en todo esto.

Luciana, al igual que yo, era reservada, de esas personas que no se sentirían cómodas recibiendo una propuesta de matrimonio pública. Y realmente no necesitábamos una audiencia de extraños para oficializar nuestra relación. Así que decidí hacerlo yo un día cualquiera...

En un perfecto día cualquiera. Como siempre cuando estábamos en familia.

Le mandé hacer a Lara una prótesis especial para el agua, con la que podía entrar en la piscina sin ningún problema. Era un sábado y pasamos el día en la terraza, yo empeñado en enseñarle a Lara a nadar, y Luciana junto a nosotros, alentando a su hija y celebrando sus avances. Estaba hermosa, usando un bikini que dejaba al descubierto su pancita. Apenas podía esperar a que llegara la noche, cuando Lara se fuera a dormir, para quitarle esas pequeñas piezas y hacer el amor con ella ahí mismo en la piscina. No sería nuestra primera vez allí, pero siempre era delicioso.

Pero eso esperaría.

Harry nos observaba acostado a cierta distancia de la piscina, ya que no era muy fan de los baños, pero se acercó cuando Madalena trajo un bocadillo para nosotros, ya entrada la tarde. Le agradecí y le dije que podía terminar su turno un poco antes. Como de costumbre, antes de irse, le dio un beso a Lara -que la adoraba- y acarició a Harry, y se fue, dejándonos a solas.

La mesa redonda de madera junto a la piscina tenía un centro de flores, que fue donde escondí la cajita con el anillo, para que estuviera allí esperando el momento

perfecto para la sorpresa. Nos secamos y nos pusimos nuestra ropa encima de los trajes de baño y nos sentamos los tres alrededor de la mesa. Lara y Luciana comenzaron a servirse los panes y dulces, mientras yo pensaba en cómo hacer la propuesta.

Nunca fui un ogro torpe, pero tampoco era el tipo de persona que se le daba bien este tipo de cosas. Le pedí a Isadora que se casara conmigo en un evento formal en la casa de sus padres, y no fue algo que recordara con cariño. Probablemente, los padres de ella me habrían echado a patadas si no hubiera sido una cena especial con amigos importantes de ellos presentes, pero no estuvieron ni un poco felices con mi propuesta. Isadora, por su parte, lo adoró. En ese entonces pensaba que era por mí, pero ahora entendía que en realidad su felicidad se debía a que le encantaba provocar a sus padres.

Con Luciana, quería que fuera algo simple y especial. Al mismo tiempo, en igual medida. Pero no era lo suficientemente creativo para pensar en algo original, así que mi única idea era tomar esa cajita en el momento de nuestro almuerzo en familia, arrodillarme a su lado y decirle cuánto la amaba y que quería que fuera mi esposa.

—¿Qué opinas, papá? —La voz de Lara me devolvió a la realidad.

Cuando la miré, me di cuenta de que esperaba alguna opinión mía sobre algo de lo que no había oído una sola palabra. ¿Cómo pude distraerme así?

—Perdón, querida. Estaba pensando en otras cosas y no presté atención.

Luciana explicó por ella:

—Lara estaba contando sobre los entrenamientos para las olimpiadas. Eran veinte niños y ella llegó en sexto lugar. Le dije que era una posición excelente.

La forma en que Luciana me miró me dejaba claro que debía estar de acuerdo con ella. Casi me río ante eso, porque estaba más que claro que iba a estar de acuerdo.

—Es una excelente posición, hija. ¡Felicidades!

—No es para tanto... —replicó, bajando la cabeza y cruzando los brazos frente a su cuerpo—. Necesito mejorar en el día de las Olimpiadas. Solo los tres primeros suben al podio y ganan medalla.

—Querida, escucha... —Toqué ligeramente su mentón para que levantara el rostro y me mirara—. Tuviste menos tiempo de entrenamiento que los demás. Y aún así, en el entrenamiento, estuviste en una posición excelente, mejor que muchos que están entrenando desde el principio del año.

—Eso fue lo que le dije yo —concordó Luciana.

—Además... —continué—. ¿Quién necesita una medalla? No importa cuál sea el resultado, siempre serás nuestra ganadora. ¿Recuerdas que querías correr, porque es lo que más amas hacer? —Ella asintió con la cabeza—. Entonces, eso es lo único que necesitas hacer: correr y divertirte. No importa en qué lugar llegues.

Sonrió, pareciendo comprender esas palabras.

—Tienes razón, papá. Daré lo mejor de mí, pero lo haré para divertirme, no por una medalla.

—¡Así se habla!

Luciana me sonrió, lo que me dio la sensación de que lo estaba haciendo bien como padre, y sin duda esa era la mejor medalla que podría recibir.

Las dos volvieron a comer y yo volví a concentrarme en lo que debía hacer. El plan era simple: tomar la cajita, arrodillarme, decirle lo que sentía y pedirle matrimonio. Solo eso. No podía ser tan difícil, ¿verdad?

Eso era lo que iba a hacer cuando Lara extendió el brazo para tomar una galleta y, sin querer, empujó el arreglo de flores. Traté de sostenerlo, pero fue en vano: cayó al suelo, llevándose consigo la cajita con el anillo.

—¿Qué es esto? —preguntó Lara, agachándose para tomar la cajita. Luciana abrió los ojos, ya entendiendo lo que eso significaba.

Entonces, di por arruinado mi plan.

Maldita sea... la oportunidad de algo mínimamente romántico se había ido al traste. Pero aún podía salvar la situación. Solo tenía que tomar el anillo, arrodillarme e intentar improvisar una propuesta decente.

Eso habría hecho, si Harry no hubiera tomado la cajita con el anillo de las manos de Lara con su boca y se hubiera echado a correr, claramente pensando que era un juguete.

—¡Harry, no! ¡Vuelve aquí! —Me levanté, persiguiendo al perro.

Fue mi mayor error. Al interpretar eso como un gran juego, salió corriendo, seguido por mí, ambos dando vueltas alrededor de la piscina mientras yo gritaba para que se detuviera. Cada vez que pasábamos cerca de la mesa, escuchaba las risas de Luciana y Lara.

Era una broma para ellas, eso era.

Y así, mis planes de una propuesta de matrimonio simple y especial se derrumbaron por completo.

—¡Lara, deja de reír y ayúdame, esto es importante! —grité, sabiendo que ella tenía mucho más control sobre el perro que yo.

Se levantó de la mesa y se detuvo para intentar atraparlo cuando pasara nuevamente cerca de ella. Sin embargo, el maldito perro fue más astuto y logró esquivarla. Pero, para su desesperación, terminó resbalando en el suelo mojado y cayendo dentro de la piscina. Justo lo que menos deseaba.

—¡Bien hecho! —grité, también lanzándome a la piscina, esta vez con ropa y todo, no solo para recuperar el anillo, sino también para salvar al perro, que estaba desesperado, no por ahogarse, sino por haberse mojado.

No contento con todo eso, Harry se sacudió tan pronto como lo puse a salvo en el borde de la piscina. Como tenía el pelo largo, terminó mojando toda la comida que estaba sobre la mesa.

Cero romanticismo. Cero perfección. Y hasta nuestra merienda de la tarde quedó arruinada.

Lara y Luciana parecían que iban a desmayarse de tanto reír. Y yo me senté al borde de la piscina, empapado y moralmente derrotado por un perro. Por mi propio perro.

Qué bueno que había decidido no hacer la propuesta en público. La vergüenza habría sido mucho mayor.

Luciana se acercó y se sentó a mi lado, entregándome una toalla, la cual acepté mientras refunfuñaba:

—Si consideramos la teoría del multiverso, estoy seguro de que en algún otro mundo, en este mismo momento, te estoy haciendo una propuesta de matrimonio de una forma mucho más romántica.

—Dudo mucho que ese otro "yo" de ese otro mundo se esté divirtiendo tanto con el ahora prometido corriendo detrás de un perro alrededor de una piscina.

—En esa otra tierra, seguro que tenemos un perro mejor educado.

Parece que comprendió la crítica, porque Harry ladró, como si estuviera rebatiento la afirmación. Todos nos reímos.

—Quería que fuera perfecto... —comenté.

Luciana sonrió, de esa manera única que tiene, que parecía capaz de iluminar cualquier oscuridad.

—Bueno... Tal vez todavía haya tiempo para que sea perfecto. Ni siquiera has empezado a hacer la propuesta.

Respiré profundo y me acomodé, arrodillándome, aunque ella estaba sentada en el suelo a mi lado.

Tomando aire, comencé a hablar, dejando que las palabras fluyeran naturalmente.

—Durante mucho tiempo pensé que mi vida había perdido por completo el sentido. Mi obsesión por tener un hijo se convirtió en mi única motivación para vivir. Y hoy entiendo que realmente necesitaba llegar hasta el final con esa misión, porque fue eso lo que me llevó hasta ti. Empezamos de una manera un poco equivocada, pero desde la primera vez que te vi, aún en una foto, supe que tu alma era como la mía. Nunca creí en el destino, pero no encuentro otra explicación para lo que te trajo hasta mí. Bueno, para lo que nos trajo a las dos hasta mí. —Desvié la mirada hacia Lara, que me sonreía. Volví a mirar a Luciana y continué—. Ya te pedí que fueras la madre de mi hijo. Lara ya me eligió como su papá. Te amo y somos indudablemente una familia. Pero quiero mucho poder hacer esto oficial. Por eso, Lu... —Abrí la cajita, mostrándole el anillo—. ¿Te casarías conmigo?

Ella seguía sonriendo, con el rostro empapado de lágrimas.

—Te dije que sería perfecto, ¿no?

—Para ser perfecto, tienes que decir que aceptas.

—Claro que acepto.

Eso era todo lo que necesitaba escuchar. Coloqué el anillo en su dedo y acerqué su rostro al mío, dándole un beso breve pero apasionado. Lara comenzó a saltar y a vibrar a nuestro alrededor, y nosotros la abrazamos.

Incluso Harry pareció entender que algo muy bueno estaba sucediendo y se acercó a nosotros, moviendo la cola y metiéndose entre nosotros en busca de cariño. Hasta me olvidé de la rabia que tenía por haber robado la caja del anillo y haberme hecho correr detrás de él alrededor de la piscina, y lo dejé meterse en nuestro abrazo colectivo familiar.

En ese momento, me sentía el hombre más realizado de todo el mundo.

*****

Capítulo treinta



LUCIANA

Llegaba al octavo mes de embarazo sintiéndome completamente bien.

A pesar de la panza pesada y los pies constantemente hinchados, estaba segura de que nunca había sido más feliz en toda mi vida. Marcos y yo estábamos cada vez más enamorados, y cada día descubríamos más gustos en común, a pesar de que nuestra pequeña discusión sobre Marvel versus DC seguía sin cambios. Y lo peor para mí era que mi propia hija se ponía de su lado en eso.

Me había metido en todo esto por su felicidad, pero terminé obteniendo mucho más de lo que imaginaba. Lara ahora tenía más que la prótesis de carrera con la que tanto soñaba. Tenía una familia.

Obviamente, le había dejado claro a Marcos que no quería los cien mil reales finales acordados por el embarazo. Después de todo, eso dejó de ser un acuerdo de

negocios hacía mucho tiempo. Quise devolver también los cien mil iniciales que me fueron pagados en dos partes, pero él se negó a aceptarlo. Llegamos a un consenso y me convenció de depositar ese dinero en una cuenta de ahorros a nombre de Lara.

De hecho, descubrí que Marcos, al inicio del contrato, había dejado todo el monto total de los doscientos mil con Thiago, quien era el que se encargaba de los pagos. De ese dinero, solo me había pagado cincuenta mil, lo que significaba que, cuando escapó, probablemente se llevó los otros ciento cincuenta mil en efectivo. No se encontró ninguna maleta con dinero en el coche, lo que significaba que él o realmente se mató llevándose el dinero con él, o simplemente logró escapar sin dejar rastro de movimientos bancarios o uso de tarjetas de crédito, teniendo una buena cantidad para sostenerse. Sentía mucho miedo por esa segunda opción, pero esperaba que, si realmente era eso, simplemente siguiera su vida y nos dejara en paz.

Carol finalmente había logrado vender ese maldito apartamento que tanto trabajo le dio. Luego vendió su casa y compró otra en un barrio cercano a donde yo vivía con Marcos. Ahora podíamos vernos más seguido.

Mi tienda había mejorado enormemente. Con toda su experiencia empresarial, Marcos me ayudó en muchas cosas, y ahora incluso tenía un empleado que cada día recogía conmigo los pedidos para llevar al correo, y otra persona que se encargaba de las redes sociales. Pronto, planeaba contratar más gente. Las ventas aumentaban considerablemente y esperaba poder comprar un local físico para abrir una tienda física y abastecer la tienda online.

En resumen, estaba feliz en todos los aspectos de mi vida. Tanto, que ni siquiera los reporteros acechando en todos los lugares a los que íbamos me molestaban ya.

Marcos y yo habíamos fijado la fecha de nuestra boda. Todavía quedaba relativamente lejos, sería en un año y medio. Decidimos hacerlo unos meses después del primer cumpleaños de Leo, para que él estuviera un poco más grande y quizás pudiera entrar en la ceremonia llevando los anillos, aunque con pasos aún inseguros. No teníamos prisa y no queríamos apresurar las cosas. Después de todo, con o sin boda, ya éramos una familia.

Volviendo a los reporteros, la noticia de nuestra boda ya se había filtrado a todos los portales de chismes y todos estaban locos por conseguir una exclusiva con nosotros. Su desesperación era tal que hasta se apostaban en la entrada del colegio de Lara el día de las olimpiadas, que marcaban el cierre del calendario escolar del año.

Logramos escapar de ellos al entrar al colegio, y disfrutamos de un día maravilloso viendo las pruebas infantiles. Caio ganó el primer lugar en la carrera de los niños de su edad, y estaba radiante. En la carrera femenina, Ana Clara terminó en segundo lugar y Lara en cuarto. Sin embargo, aunque no subió al podio, mi niña estaba radiante. Había tenido mucho menos tiempo para entrenar que las demás y llevaba dos años sin competir. Por lo tanto, su cuarto lugar lo celebramos como si hubiera sido una medalla de oro. El próximo año intentaría nuevamente, y estaba muy confiada en dar lo mejor de sí misma.

Cuando salíamos de la escuela, ya al final de la tarde, nuevamente fuimos interceptados por un grupo de reporteros. Aunque yo estaba con ocho meses de embarazo

y con una niña, no escatimaron esfuerzos. Así que, Marcos y yo decidimos darles lo que querían y nos detuvimos para responder algunas preguntas.

—Está circulando la información de que la boda está prevista para dentro de un año y medio. ¿Es cierto? —preguntó uno de los periodistas.

Dejé que Marcos hablara. Él tenía más facilidad con esa gente molesta que yo, que ya estaba haciendo un esfuerzo extremo para sonreír para las fotos.

—Sí, nuestra boda está programada —confirmó Marcos—. Será una ceremonia pequeña, solo para los amigos más cercanos.

Todos se entusiasmaron con la confirmación de los rumores y comenzó un alboroto, que fue silenciado por la pregunta de una joven:

—¿Y el pequeño Leonardo Herrmann, ya tiene una fecha para venir al mundo?

—Entre mediados y finales del próximo mes —respondió él.

Más flashes. ¿Nunca eran suficientes?

—¿Y ya planean tener más hijos, o se quedarán con uno solo?

Lara levantó la mirada, mirándonos confundida, dándose cuenta de que había sido excluida de la pregunta de ese estúpido. Esta vez, pensé en responder, pero Marcos

se adelantó. Menos mal, porque no estaba dispuesta a ser amable.

—Leonardo será nuestro segundo hijo, ya tenemos a Lara. Y él ni siquiera ha nacido, me parece un poco prematuro hablar de más hijos. Seremos padres de dos por un tiempo, tal vez dentro de algunos años pensemos en tener más. Ahora, con su permiso, hemos tenido un día agitado y queremos ir a casa.

Intentamos dar un paso hacia el coche estacionado en el espacio frente a la vereda, pero nuevamente nos bloquearon.

—¿La boda será abierta a la prensa, Marcos?

—Como ya he dicho, será una ceremonia pequeña, solo para los amigos más cercanos. Y eso es todo por hoy, que tengan una buena tarde.

Finalmente logramos avanzar y Marcos abrió la puerta trasera para que Lara entrara al coche, mientras seguíamos siendo bombardeados con preguntas. Sin embargo, una de ellas, entre tantas, llamó mi atención, porque fue hecha por una voz que reconocí.

—¿Solo para amigos? ¿No serán invitados los familiares?

Asustada, giré mi rostro hacia la dirección de donde venía esa voz y vi a un hombre un poco detrás del grupo de reporteros. No llevaba cámara ni celular, simplemente estaba allí, con las manos en los bolsillos del pantalón, mirándome con una sonrisa en el rostro.

Estaba un poco más viejo de lo que lo recordaba, además de ahora estar calvo.

Al notar mi reacción, Marcos se acercó y me preguntó:

—Amor, ¿conoces a ese hombre?

Lo conocía.

Lamentablemente, lo conocía.

—Es mi padre —respondí.

*****

No podía creer que eso estuviera pasando. Después de tanto tiempo, estaría en un restaurante, compartiendo una mesa con ese hombre que, a pesar de tener mi sangre, no significaba nada en mi vida. Su mera existencia solo reforzaba en mi pecho la convicción de que sería capaz de amar a Leo incondicionalmente, aunque no tuviera mi ADN, así como Marcos ya amaba a Lara. Ser padre o madre iba mucho más allá de solo concebir una vida.

A dos mesas de distancia de nosotros, separados para darnos privacidad en esa conversación, estaban Lara y Marcos. Él me miraba todo el tiempo, preocupado, claramente notando que no me sentía bien. Yo apenas le había contado algo sobre mi progenitor, porque no era un tema del que me gustara hablar, pero él sabía que teníamos una relación conflictiva.

—Entonces, ¿mi única hija se va a casar y me entero de esto por los sitios de chismes? —comenzó, vertiendo el contenido de un sobre de azúcar en la taza de café que había pedido.

—¿Qué quieres, Miguel? —pregunté directamente. Y él se hizo el ofendido.

—¿Así me recibes después de tantos años? ¿Qué quiero? Ser informado de que mi hija va a casarse de nuevo sería un buen comienzo.

—A ver si entendí... No fuiste a mi primera boda. Te llamé cuando nació tu nieta y no quisiste conocerla. Te llamaron del hospital cuando sufrimos el accidente... yo perdí un bebé, mi marido murió, mi hija estuvo entre la vida y la muerte y, gracias a Dios, sobrevivió, pero le amputaron una pierna... y ni siquiera me hiciste una miserable visita. Y ahora... después de años sin buscarme para nada... Sale en los periódicos que me voy a casar con un millonario y de repente eres el mejor padre del mundo y quieres estar presente en este momento?

Respiró profundamente, poniendo la taza de vuelta en la mesa después del primer sorbo.

—No es así como lo dices, hija. No fui a tu boda porque no la aprobaba, sabes eso.

—Apenas conociste a Vinicius como para tener algún juicio sobre él. Lo mismo pasa con Marcos, pero este matrimonio lo apruebas, ¿no? Uno era profesor, el otro es millonario. Es comprensible tu parámetro.

—¿Crees que te busqué por interés?

—No lo creo. Estoy segura.

—Mira, Luciana... Me equivoqué. No me gustaba ese novio tuyo con el que decidiste casarte, por eso no fui a la boda y no quise visitarte para conocer a Sara...

—Lara —lo interrumpí—. El nombre de mi hija es Lara. —Eso me hizo encolerizar aún más. Ni siquiera era un nombre difícil de recordar, especialmente porque se parecía al de mi madre, que se llamaba Laura.

No es que a él le hubiera importado mucho.

—Eso. Y después, cuando sufriste el accidente... admito, hija, no fui porque fui un cobarde. Además, soy un cero a la izquierda, un fracasado que no tiene dónde caer muerto... ¿cómo podría haberte ayudado en ese momento?

—Nadie quería que pagaras las cuentas del hospital. Mi marido, el profesor, había dejado algo de dinero guardado y no nos quedamos con ninguna deuda después de que él se fue.

—Me alegra saberlo. Y siento mucho no haber estado ahí. Fui un cobarde.

—Para variar, ¿no?

—¿Por qué tanto rencor? Fui yo quien te crió, Luciana. Cuando tu madre murió, fui yo quien cuidó de ti.

—Muchas gracias por hacer lo mínimo indispensable". Durante mis primeros diez años de vida, nunca pagaste un centavo de pensión alimenticia y casi no te conocía. Un

juez determinó que debías quedarte conmigo cuando mi madre murió, y me dejaste dormir bajo tu techo y comer tu comida. Pero no dejar que una niña muera de hambre nunca te hizo un padre. De hecho, eso ni siquiera llega a ser "lo mínimo indispensable".

—Siento mucho que pienses así de mí, hija. Siempre te amé. Y aún te amo.

Casi me río. Nunca imaginé escuchar a mi padre usando siquiera el verbo "amar" en relación a mí. Ni a nadie, para ser honesta.

—Habla de una vez, Miguel, ¿qué quieres? Si es dinero, ya te adelanto que...

—No quiero tu dinero. Realmente solo quiero una nueva oportunidad. Mira, no me importa no ser invitado a tu boda. Pero me gustaría algún día poder hablar un poco con mi nieta, tener algún contacto con ella. Y también... conocer a mi nieto cuando nazca.

No le creía. Ya esperaba que en cualquier momento apareciera algún chantaje, alguna petición de ayuda financiera o algo por el estilo. Lo miraba a los ojos -azules como los míos. Desafortunadamente, teníamos varias características físicas en común- y trataba de encontrar algún vestigio de sinceridad allí. Solo había una cortina de incertidumbres. Siempre me jactaba de ser buena para leer a las personas, pero algunas eran especialmente difíciles. Mi padre era uno de esos casos.

En realidad, tal vez tenía miedo. Por más malo que hubiera sido, aún quedaba en mi corazón un sentimiento

de hija hacia él. Era mucho más fácil engañarme a mí misma, creyendo que podría haber cambiado.

—¿Por qué debería creer en ti? —solté de golpe.

—Porque me estoy muriendo.

La declaración me golpeó como un impacto de un camión descontrolado.

¿Muriendo? ¿Cómo es eso?

—Te veo muy bien —respondí, intentando sonar fría.

—Tengo cáncer terminal. Ningún tratamiento está funcionando, por eso los médicos decidieron dejarme vivir sin la agresión de quimioterapias o cosas por el estilo. De hecho, me he estado sintiendo bien, los medicamentos alivian mucho mis dolores. Pero la previsión es que no viva más de unos meses.

—¿Cuántos?

—Unos cuatro... tal vez cinco, con suerte. Solo quiero tener la oportunidad de redimirme un poco antes de dejar este mundo.

¿Una nueva oportunidad...?

¿Podría negarle algo así a una persona en esas condiciones? ¿A mi propio padre, por tan malo que hubiera sido conmigo?

Sinceramente, no sabía cómo reaccionar ante todo eso. Él era mi padre, pero al mismo tiempo era casi como un total extraño para mí. Había un conflicto de sentimientos tan grande dentro de mí que no sabía cómo actuar.

Queriendo terminar con ese tema, tomé mi bolso sobre la mesa y comencé a prepararme para levantarme, mientras sugería:

—Tienes mi número de teléfono. Probablemente sabrás por las noticias cuando Leonardo nazca. Llámame y pensaré si te permito o no la visita.

—No tengo tu número, Luciana. Intenté llamarte al número que tenía, y no pude.

Ah, claro... se me olvidó el detalle de que había perdido el celular. No hice ningún esfuerzo por recuperar el número antiguo cuando conseguí un teléfono nuevo, porque tenía miedo de que Thiago me llamara para hacerme amenazas. Aunque era un teléfono que había tenido durante muchos años, no había muchas personas de mi pasado con las que quisiera mantener contacto. Mi padre, sin duda, era una de esas personas descartables.

—Dame tu número, entonces. Después de que nazca mi hijo, si me siento segura para hacerlo, me pondré en contacto.

Él asintió y sacó una pluma del bolsillo de su camisa, anotando el número en una servilleta sobre la mesa.

Lo tomé y me levanté. Marcos ya había pagado la cuenta y solo me esperaba, al lado de Lara. Salimos del

restaurante y nos subimos al coche, viajando en silencio hacia casa.

Esa noche, le conté toda la historia a Marcos y lloré en su hombro, siendo consolada por él.

*****

Capítulo treinta y uno



MARCOS

Hasta ese momento, no tenía ni idea de lo feliz que podía ser. Ni siquiera sabía que podía existir tanta felicidad destinada a un solo ser humano.

Incluso la rutina dentro de todo eso era simplemente maravillosa. La mejor parte era regresar de la empresa por la noche, cenar con mi familia, jugar con Lara, escuchar sus historias sobre su día y hacer el amor con mi esposa.

Mi esposa...

No necesitábamos un certificado de matrimonio para afirmar eso.

Habíamos hecho algunas modificaciones en la casa. Ahora, más confiada con la adaptación de Lara a la prótesis, Luciana había aceptado que las dos se mudaran al piso superior del apartamento. Luciana ahora dormía conmigo, en mi habitación, que ahora era nuestra. La

habitación de al lado era la de Leo, ya decorada y lista para recibirlo. La habitación de enfrente ahora era de Lara.

Y hablando de Lara... tener a esa cosita linda llamándome "papá" era más de lo que jamás podría soñar en la vida. Fue ella quien me enseñó lo que era el amor de un padre, y esperaba ser lo mejor posible para ella y para Leo.

Finalmente, llegó el gran día. Carolina vino a nuestra casa para quedarse con Lara y Caio, ya que Elisa se encargaría de la empresa durante el tiempo que yo dedicaría exclusivamente a mi hijo recién nacido y a mi familia. Ah, y por supuesto, también cuidaría de Harry. Nuestro perro mestizo estaba enorme. Como lo habíamos previsto, se había convertido en un perro de tamaño mediano, ya pesaba más de veinte kilos y tenía el pelo largo. Así que Luciana y yo partimos al hospital, ya que ella comenzaba a sentir las primeras contracciones.

Fueron algunas horas de espera, y yo estuve a su lado todo el tiempo.

Hasta que nuestro Leo llegó al mundo.

Le había comentado a Luciana varias veces que los bebés recién nacidos eran todos iguales y tenían cara de rodilla. Ella lo contradecía, diciendo que Lara era diferente, que era el bebé más lindo que había visto, y yo siempre me reía, diciendo que probablemente era el amor de madre lo que la hacía verlo así. Después de todo, Elisa siempre decía lo mismo sobre Caio, y todos pensaban lo mismo de sus respectivos hijos.

Pero allí, en ese momento... ¡Caramba! Tenía toda la convicción del mundo de que Leo no tenía "cara de rodilla". Era hermoso. Era la criatura más perfecta que había visto y sostenido en la vida.

Cuando lo sostuve por primera vez, algo dentro de mí cambió para siempre. Así como algo ya había cambiado la primera vez que Lara me llamó papá y sentí que realmente sería su padre. En ese momento entendí que, si tuviera diez hijos, cada uno de ellos causaría un cambio en mí. Y cada primer momento sería igualmente especial.

*****



LUCIANA

Todavía pensaba que Lara había sido la bebé más linda que había conocido, pero ahora ella estaba empatada con ese pequeño niño que Marcos me entregaba. Aún era un poco temprano para saberlo, pero ya podía identificar algunas similitudes entre ellos dos. Y sabía que también tendría mucho de Isadora. Su último sueño se había cumplido, por fin, y ahora ella tenía una continuación de sí misma en el mundo. A pesar de todo, realmente me sentía feliz por ella, pero, al mismo tiempo... la felicidad de tener

la oportunidad de ser madre de ese bebé superaba cualquier otra cosa.

Él no tenía mi sangre. No tendría ninguna característica física mía. Pero mi amor por él ignoraba completamente todo eso.

Mi hijo... él era mi hijo.

Cuando lo sostuve por primera vez en mis brazos, simplemente me eché a llorar. Eran tantos sentimientos, tantos recuerdos pasando por mi cabeza...

Los profesionales salieron de la habitación, dejándonos a los tres a solas por un momento. Marcos se acercó y me dio un beso en la frente.

—¿En qué estás pensando? —preguntó. También estaba visiblemente emocionado, con las mejillas enrojecidas por el llanto. Estaba aún más lindo así.

Como siempre, respondí intentando hacer una broma:

—Si él también prefiere Marvel, serán tres contra uno en esa casa.

—No lo sabemos. Tal vez no tenga tan buen gusto y termine siendo fan de DC.

Solté una risa ligera, aunque el llanto aún seguía allí. Siempre fui sincera con Marcos, y no iba a dejar de serlo en ese momento.

—Estaba pensando que hoy se suponía que sería mi último día con este bebé. Y en cómo estaría destrozada si no pudiera ni siquiera sostenerlo en mis brazos como lo estoy haciendo ahora. Y también estaba pensando en cómo pude pensar siquiera que sería capaz de pasar por algo así.

—Lo hiciste por Lara, Lu. Y fue tu valentía la que las trajo a las dos a mi vida. A nuestras vidas, la mía y la de Leo. Si cualquier otra mujer estuviera en tu lugar, aún tendría a mi hijo. Pero él no tendría esta madre increíble. Ni yo tendría también una hija, y la mujer más maravillosa del mundo.

Él tenía razón. Tenía toda la razón.

Y yo estaba enormemente agradecida de que todo fuera ahora de esa manera.

*****



MARCOS

Finalmente, estábamos de vuelta en casa, llevando con nosotros a nuestro pequeño nuevo tesoro. Leo era un niño saludable, de poco más de tres kilos y trescientos gramos. Y, como imaginábamos, encantó a todos los que lo conocieron.

Elisa ya había regresado de la empresa y me estaba esperando en mi departamento, junto con Carolina, Caio y, por supuesto, Lara, que se mostró la más ansiosa por conocer a su nuevo hermano. Incluso Harry se acercó curioso, y con cuidado, le permitimos oler al bebé para conocerlo y entender que ahora era un miembro más de su familia.

Las visitas estuvieron poco tiempo y pronto se fueron, entendiendo que madre e hijo necesitaban descansar. Luciana descansó un poco, aprovechando que Leo también dormía, mientras yo acompañaba a Lara en su cena. Luciana y yo ya habíamos comido algo al salir del hospital.

Le hablé sobre cómo necesitaríamos su ayuda durante los próximos meses, y ella se mostró muy responsable para sus ocho, casi nueve, años. Dijo que cuidaría de Harry y aseguró que no necesitaría más ayuda con sus tareas cuando comenzaran las clases, y que para bañarse ya era "muy grande y sabía cuidarse sola". Discutí sobre las tareas, yo mismo lo ayudaría con eso. Con el baño, fingí estar de acuerdo, pero siempre estaría al otro lado de la puerta, preocupado de que perdiera el equilibrio y se lastimara.

Sabía que era un exceso, pero Luciana ya me había dicho que Lara se equilibraba bien por sí sola, con las barras que había instalado en el baño. Además, ella estaba creciendo y necesitaba confiar en sí misma, ganando poco a poco su autonomía.

Pero yo pensaba que, aunque tuviera treinta años, seguiría estando al otro lado de la puerta del baño, atento a cualquier ruido y en pánico por la idea de que pudiera caerse.

Me había convertido en un padre sobreprotector. Y los reporteros aún tenían la cara dura de preguntarnos si pensábamos tener más hijos. Solo ellos dos ya me harían tener canas muy pronto.

Después de la cena, acosté a Lara y le leí un cuento hasta que se quedó dormida. La cubrí y le di un beso en la frente. Como siempre, Harry se acurrucó a su lado.

Salía de su habitación cuando escuché el llanto de Leo y prácticamente corrí hacia su cuarto. Pero llegué un poco tarde, ya que Lu se había despertado y estaba con él en brazos, yendo hacia la silla de amamantar.

Me acerqué, dándole un beso rápido en sus labios.

—¿Pudiste descansar, amor? —pregunté.

Sus párpados estaban pesados y parecía agotada de tanto cansancio, pero aún así estaba más hermosa que nunca.

—Un poco. Pero no te preocupes, los primeros días son realmente agotadores.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Bueno, lo que él quiere, solo yo puedo dárselo, como puedes ver.

Ella sonrió, fascinada, observándolo mientras lo amamantaba. Y yo también quedé atrapado en esa escena, y creo que podría haber pasado todo el día allí, mirando a mi hijo en los brazos de mi esposa.

Sin embargo, pronto me di cuenta de que, aunque sus ojos estaban fijos en Leonardo, Luciana parecía tener la cabeza lejos.

—¿Todo bien, Lu? —pregunté.

Sin apartar la vista de su hijo, comenzó a hablar:

—Solo estaba pensando que... la vida me ha dado algunas nuevas oportunidades. Tuve la segunda al sobrevivir a ese accidente. Aunque durante mucho tiempo lo haya cuestionado y me haya preguntado por qué yo, hoy entiendo que fue una nueva oportunidad. Después de eso, vino el ataque de Thiago intentando secuestrarme. Podría haberme disparado a mí o a mi hija. Pero una vez más, nos dieron una nueva oportunidad. Tú me diste una nueva oportunidad de amar y de ser madre, cuando pensé que no volvería a serlo. Y le diste a Lara una oportunidad de volver a correr y de seguir su sueño.

—Fuiste tú quien me dio una nueva oportunidad de amar a una mujer, Lu. Y también de ser padre no solo de uno, sino de dos niños increíbles.

—Entonces... si tuvimos esas oportunidades, me pongo a pensar... si tal vez debería darle una oportunidad también a mi padre.

No me gustaba el rumbo que estaba tomando esa conversación. Era muy obvio que el repentino interés de su padre por su vida se debía a mi nombre y a mi dinero. Y aunque Luciana racionalmente lo sabía, ella era una persona tan buena y tan honesta que le costaba creer que alguien pudiera ser tan interesado hasta ese punto.

Ella era así... A pesar de todo lo que Thiago nos había hecho, ella había dicho más de una vez que deseaba que él estuviera vivo y arrepentido para que nunca más viniera a buscarnos. Con todo lo que Isadora me había hecho, siempre decía que le contaría a Leo cosas buenas sobre ella, porque no le parecía justo que él, siendo un hijo tan deseado por ella, nunca llegara a saber nada sobre su madre o solo supiera cosas malas.

Sin contar que ella ya le había dado muchas oportunidades a su padre. Una vida entera de oportunidades. Y él solo pisoteó sus sentimientos, una y otra vez. Pero ella no quería rendirse con él.

Y yo sabía que nuevamente se iba a hacer daño. Pero tampoco podía evitar que lo intentara de nuevo. Al final de cuentas, él era su padre.

—¿Quieres que él conozca a Leo?

—Creo que sí. ¿Te parece una mala idea?

—No es una idea que yo tendría, pero... te apoyo.

—Gracias, amor...

—Pero... No ahora. No en estos primeros días. De hecho, vamos a esperar al menos un mes para eso, ¿de acuerdo? Tú y Leo necesitan tranquilidad en estas primeras semanas. Después lo organizamos. Y... haré todo lo posible para estar allí.

—Está bien.

—Y un día en que Lara esté en la escuela. Ella estuvo muy asustada el día que lo vio. Él tuvo muchas oportunidades de conocerla y no lo hizo porque no quiso.

Mi hijo era solo un bebé y no tendría recuerdos del hombre que conoció y que decía ser su abuelo. Pero Lara sí lo recordaría, y eso podría generar expectativas sobre tener un abuelo, podría incluso encariñarse con él y sufrir cuando él se fuera. Y yo no quería que mi hija tuviera otra pérdida en su vida.

Luciana estuvo de acuerdo con todo y decidí cambiar de tema. Volvimos a hablar sobre Leo, luego le conté sobre las promesas de Lara y comenté incluso algunas travesuras que Harry había hecho durante la cena. Ella se rió varias veces y, aunque estaba visiblemente cansada, sabía que, al igual que yo, nunca se había sentido tan feliz en toda su vida.

*****

Capítulo treinta y dos



LUCIANA

Poco más de un mes después

Realmente no sabía cómo había siquiera considerado la posibilidad de alejarme de ese paquetito que ahora estaba en mis brazos, siendo amamantado en mi pecho y mirándome con sus ojitos verdes y curiosos. El amor que sentía por él era surreal desde que era solo una "semillita de amapola" dentro de mi vientre, y fue creciendo durante toda la gestación, convirtiéndose en algo tan intenso que llegaba a doler en mi pecho.

Al igual que con Lara, sabía que sería capaz de hacer cualquier cosa por él.

Marcos todavía estaba en casa. Había ido a la empresa solo unas pocas veces durante ese primer mes y dejó prácticamente todo el control de la MH en manos de Elisa, quien se había mostrado excelente en ello.

Las clases habían vuelto hacía algunos días, y él ahora también se encargaba de llevar a Caio y Lara al colegio. Había salido para hacer eso en ese momento, pero pronto regresó. Estaba tan distraída en esa conexión visual con mi pequeño que ni siquiera escuché cuando él entró en casa. Lo que me alertó fue Harry, que dormía a mis pies en la alfombra verde agua en el piso de la habitación de Leo. Levantó la cabeza, moviendo levemente las orejas en una clara señal de que había escuchado algo. Luego se levantó y salió corriendo de la habitación. Segundos después, escuché la voz de Marcos siendo "atacado" por nuestro perro en el pasillo.

— ¡Calma, amigo! ¡Estuve fuera menos de una hora, no es posible que me extrañes tanto!

Él vino caminando hasta detenerse en la puerta de la habitación y me miró. Le sonreí.

— No voy a juzgar a Harry. Yo también te extrañé.

Él también sonrió y se acercó, inclinándose sobre el sillón para darme un leve beso en los labios y luego volver a mirar a nuestro hijo. Leo ya había dormido, entonces Marcos lo levantó en brazos y lo llevó hasta la cuna. Me levanté y lo seguí, viéndolo colocar a nuestro bebé delicadamente sobre las sábanas.

— Parece tan frágil mientras duerme, ¿verdad? —comentó, encantado—. No parece que tiene una garganta tan potente, un hambre tan surreal que causa todo ese desastre en los pañales.

Me reí.

— Así es. Espera solo hasta que empiece a caminar, luego a correr, después decida unirse al equipo de atletismo y aparezca constantemente en casa con el mentón raspado como Lara. O peor,

cuando empiecen a solicitar nuestra presencia en la escuela porque se metió en peleas, como Caio hizo contigo aquella vez.

—Si es para defender a su hermana, o cualquier otro compañero que esté siendo víctima de cobardes, lo llevaré a la heladería, como hice con Caio.

—Es justo. Pero espera entonces a que llegue a casa contándote que prefiere DC a Marvel.

—¿Por qué mi hijo haría eso? Tiene solo un mes, pero ya sé que es un chico de muy buen gusto.

—¿Estás diciendo que yo no tengo buen gusto?

—Querida, te gustan los héroes que usan calzoncillos por encima de los pantalones.

Puse los ojos en blanco.

—¿No tienes un argumento menos trillado que ese para defender tu punto de vista?

—Sí, tengo, pero no tendría el mismo efecto. Me gusta ver esa carita tuya durante nuestras peleas tontas de superhéroes.

Punto para él. A mí también me gustaban esas peleas y la relajación que aportaban a cualquier conversación seria que pudiéramos tener.

Se acercó, tomó mi boca con la suya, deslizó su lengua sobre la mía y me dejó completamente sin aire. Sus manos masculinas recorrieron los contornos de mi cuerpo, haciendo que mis entrañas se encendieran.

Lo arrastraría conmigo a nuestra habitación y aprovecharía el momento en que nuestra hija estaba en la escuela y nuestro hijo dormía, pero aún no podía.

¡Maldito puerperio!

Aparté mis labios de los suyos mientras aún lograba contenerme.

—Solo faltan cuatro días —susurré.

Él respiró profundamente, visiblemente molesto.

—Pero ¿quién está contando, verdad? —bromeó, y me dio otro besito, apartándose luego, probablemente para restablecerse del efecto que cualquier contacto nuestro causaba en nuestros cuerpos.

Permanecí allí parada, mirando a Leo que dormía serenamente en su cuna, con mil pensamientos invadiendo mi mente. Traté de sintetizarlos para Marcos:

—Ya ha pasado un mes, Marcos. Mi período de reposo casi llega a su fin. Creo que ya es momento de llamar a mi padre. ¿Qué opinas?

Marcos se giró, mirándome. Creo que esperaba que ese intervalo me hiciera olvidar todo esto, o incluso cambiar de idea. Seguramente, eso era lo que realmente debía haber hecho, lo sabía. Pero era más fuerte que yo. A pesar de tener una fuerte sensación de que me arrepentiría de esto en el futuro.

—Está bien. Estoy aquí, a tu lado.

Sonreí, agradecida por eso.

—Gracias.

—No me agradezcas. No solo es para apoyarte, también me aseguraré de hablar con ese hombre y dejarle muy claras las condiciones para este encuentro.

—He estado pensando en eso y... creo que sería mejor que no sea aquí en casa. No estoy completamente ilusionada, Marcos, sé que hay mucho interés de su parte por esto, aunque acceda con la esperanza de que también haya algo de humanidad en él. Pero no quiero que sepa dónde vivimos y que luego venga a molestarnos en el futuro.

—Qué bueno que pensaste en eso y estoy de acuerdo contigo.

Fui hasta la mesita al lado del sillón, donde estaba mi celular. Ya había guardado su contacto, aunque nunca le había mandado ningún mensaje desde entonces. Encendí la pantalla y deslicé el dedo por los contactos, hasta la letra M, donde estaba su nombre. Puede parecer una tontería enorme, pero me dio tristeza el hecho de que siempre había guardado su número como "Miguel" y nunca como "padre".

Respirando hondo, hice la llamada, llevando el teléfono al oído y esperando que me atendiera. Marcos se apoyó en la pared del otro lado de la habitación, frente a mí, cruzando los brazos, mirándome atentamente. Sabía que estaba preocupado por lo que toda esa situación podría causarme emocionalmente. En realidad, yo también lo estaba.

—¿Hola? —contestó Miguel, con la voz algo sorprendida, probablemente por no saber quién estaba llamando.

—Hola, Miguel. Soy Luciana.

—¡Hola, hija! Vaya... qué buena sorpresa. Pensé que nunca me llamarías.

Tal vez realmente no debería haberlo hecho.

—Decidí esperar al menos que pasara el tiempo del reposo para que pudiéramos organizar algo.

—¿Podré conocer a mi nieto? ... Digo, a mis nietos.

—No. Solo al bebé. Las clases de Lara ya han comenzado y prefiero que lo hagamos durante la semana.

—Está bien. ¿Pueden venir a mi casa?

—Mejor nos encontramos en algún lugar público, creo que es lo mejor.

Hizo una breve pausa.

—Es que... hija, no me he estado sintiendo muy bien. Salir de casa me está costando mucho. La enfermedad avanza rápido, sabes que no me queda mucho tiempo.

Eso me destrozó. Por más que tuviéramos nuestras diferencias, no desearía tal sufrimiento ni siquiera a mi peor enemigo.

—Está bien. Mándame tu dirección actual y fijamos un día para la próxima semana. —Marcos movió la mano, como un recordatorio que entendí de inmediato—. Y mi prometido irá conmigo, espero que no te moleste.

—Claro, hija. De hecho, iba a preguntarte sobre eso. Será un gran placer recibirlo en mi casa. Solo espero que no se fije mucho, el lugar es muy sencillo.

—No te preocupes por eso. —Hice una pausa, preparándome para la siguiente pregunta—. ¿Y cómo estás?

—No muy bien, pero todo dentro de lo esperado. Lo bueno es que aún tengo fuerzas para hacer las cosas en casa y cuidar de mi jardín. He encontrado un rincón muy acogedor para vivir, en medio del campo. La naturaleza ayuda a recargar energías.

Pensé en cómo las dificultades podían cambiar a las personas. Mi padre nunca había mostrado interés por la naturaleza. Imaginé que si había cambiado en ese aspecto, tal vez se estaba arrepintiendo y se había convertido en una persona algo mejor.

Cómo deseaba que eso fuera cierto.

—¿Y tú, hija, cómo estás? ¿Mucho trabajo con el bebé?

—Ni me lo digas. Los niños dan mucho trabajo. —Tal vez lo sabría si realmente hubiera criado alguno.

—Lo imagino. Pero tienes suerte de que solo haya venido uno, dicen que estos métodos artificiales son un buen truco para que vengan gemelos, y... —se calló repentinamente.

Sentí cómo mis ojos se agrandaban y volví a mirar a Marcos, quien notó mi reacción. Recapitule lo que había dicho mi padre para comprobar si había entendido mal. Pero no, había dicho exactamente lo que había entendido.

¿Cómo podría saber que yo había pasado por una inseminación?

Él se quedó en silencio por unos momentos y tuve la sensación de oírlo, a lo lejos, susurrando algo, como si estuviera hablando con alguien sin querer que yo lo escuchara. Había alguien con él...

—¿Qué quieres decir con "método artificial", papá? —pregunté, viendo la reacción preocupada de Marcos, quien se acercó a mí.

—Ah... pensé que era eso, hija. Perdiste un bebé, ¿no? Algunas mujeres tienen dificultades para quedar embarazadas de manera natural después de un aborto. Si no fue tu caso, qué bien. Esos procedimientos son bastante caros, ¿no? Bueno, eso no sería un problema para tu prometido.

La explicación solo hizo que todo se volviera peor, aunque su voz sonaba muy natural. Pero eso no debía asustarme. Toda mi adolescencia había visto a mi padre mentir, ya fuera para escapar de deudas o para seducir a las muchas mujeres que llevaba a la casa donde vivía conmigo. Era un mentiroso por naturaleza.

—¿Entonces fijamos una fecha? —volvió a hablar.

—Sí, claro... —respondí. Marcos hizo un gesto hacia mí, que de alguna manera logré comprender—. Pero mi prometido querrá hablar contigo primero, tiene algunas condiciones para esta visita.

—Claro. Puedes pasarle el teléfono.

—Ya lo haré. No está aquí en este momento, tuvo que salir, fue al apartamento de su hermana que está aquí en el mismo

edificio. Pero llegará en unos minutos y te regreso la llamada.

—Está bien, hija. Te espero. Un beso para ti y para mi... digo, mis nietos. —Nuevamente, se olvidaba de Lara al principio, como si su foco estuviera realmente solo en Leo. Eso aumentaba aún más mi desconfianza.

—Adiós. —Colgué la llamada. Marcos me miraba como quien espera ansioso una explicación—. Habló sobre el método artificial. Intentó disfrazarlo con una excusa barata y sin sentido, pero con mucha naturalidad. Siempre fue un gran mentiroso.

—¿Entonces sabe de la inseminación? ¿Pero cómo? Eso no se filtró a la prensa. La clínica donde lo hicimos es altamente confidencial sobre eso.

—No lo sé. Tuve la impresión de que había alguien con él. Pero dijo que estaba en casa y no mencionó que estuviera viviendo con alguien o recibiendo visitas.

—Eso es raro, Lu. Todo esto es muy raro. —Hizo una pausa, como si estuviera organizando algunas ideas—. Voy a llamarlo.

—¿Qué le vas a decir?

—Solo tendré la conversación que ya planeaba tener, solo que con atención a los detalles y una diferencia... —Extendió la mano, pidiendo mi celular.

Se lo entregué un poco confundida, observando lo que pensaba hacer.

En lugar de hacer una llamada normal, abrió una videollamada.

Pasó casi un minuto hasta que me atendió. La imagen de Miguel apareció en la pantalla del aparato y me aparté, saliendo del foco de la cámara, para que la conversación fuera solo entre ellos. Pero me quedé en la habitación, atenta a todo lo que escuchaba.

—¡Doctor Marcos Herrmann! —saludó mi padre—. Qué bueno finalmente conocerlo.

—No tengo doctorado, señor Miguel. No hay motivo para llamarme doctor. Estoy llamando para discutir los términos de la visita de mi prometida a usted.

—Claro, claro... No imaginé que fuera a hacer una videollamada, si lo hubiera sabido me habría puesto una mejor ropa.

—No me importa su ropa. Solo quise hablar cara a cara.

—Usted es de los míos, entonces. Yo también prefiero hablar de esa forma. Bueno, como le dije a mi hija, mi nueva casa es muy humilde, pero será un placer recibirlos a ustedes dos y a mi nieto.

—Sí, también será un placer visitarlo. Pero quiero dejar algunas cosas claras. Mi esposa está muy afectada por toda su situación. Y acaba de tener un bebé, está emocionalmente vulnerable. Le pido que no toque el tema de la enfermedad y, especialmente, que en ningún caso utilice eso para algún tipo de chantaje emocional.

—Nunca fue mi intención, señor Marcos. Jamás haría eso.

—Perfecto. También le pido que no toque temas difíciles. Será una conversación rápida. Usted conocerá a su nieto y en menos de media hora ya nos iremos. No se preocupe por ofrecer nada de

beber o comer. Le estoy diciendo a mi esposa que no beba ni un vaso de agua en su casa.

—¿Qué insinúa con eso, joven? ¿Cree que voy a envenenar a mi hija o algo así? Ella vivió ocho años conmigo, cuando era solo una niña, y nunca intenté nada contra su vida.

—No insinúo nada, señor. Solo es una precaución. Usted debe estar de acuerdo conmigo en que no es, para nosotros, una persona necesariamente confiable, ¿verdad?

Me di cuenta de que Marcos movía los dedos sobre los botones de los laterales del teléfono. ¿Estaba tomando capturas de pantalla?

Seguí observando la conversación.

—Está bien, tienes razón, no soy alguien de confianza. No les ofreceré nada, pueden quedarse tranquilos.

—Correcto. Entonces, eso es todo. Cualquier otra cosa, la enviamos por mensaje. Está agendado para dentro de una semana, a las cuatro de la tarde, ¿está bien?

—Perfecto. Te enviaré por mensaje mi dirección y las instrucciones para llegar. Estaré esperando ansioso ese día.

—Nosotros también. Hasta entonces.

Sin esperar respuesta, Marcos colgó la llamada. Me acerqué nuevamente, me puse de su lado y miré la pantalla, donde ahora abría la galería de imágenes.

—¿Viste a alguien por allí? —pregunté, preocupada.

—No a alguien en específico. Fue lo suficientemente inteligente como para salir de la habitación, pero también lo bastante tonto como para dejar pistas a la vista. Cuando hablé sobre la comida, Miguel se puso incómodo con la insinuación y empezó a caminar por la sala. —Se detuvo en una imagen en la que mi padre parecía estar en movimiento. No noté nada extraño, hasta que apuntó a un objeto amarillo sobre un sofá, que no era más que una mancha—. Es una maleta. Se ve mejor en otras capturas.

Pasó algunas más hasta llegar a una en la que Miguel parecía haberse detenido y, de esta forma, el objeto se veía más nítido. Realmente, parecía un gran bolso de viaje con un estampado de...

—¿Son plátanos? —pregunté.

—Recuerdo bien el día en que compramos esa maleta. Deben ser unos cuatro años. Estábamos de viaje en Hawái, Isadora, yo y una pareja de amigos. Todos compramos en exceso, por lo que tuvimos que comprar maletas extras en la tienda del hotel para poder llevar todo a casa.

—Espera... ¿estás diciendo que esa maleta es tuya?

—No. La pareja de amigos era una chica que en ese entonces trabajaba como contadora para mi empresa, que apenas comenzaba. En ese momento, ella salía con... Thiago.

Mi sangre se heló. Debí haber entendido algo mal.

—¿Esa maleta la compró Thiago?

—Lo dejó para el último día, y esa era la única que quedaba cuando fue a comprar. Me reí de él durante todo el viaje por esa maleta de plátanos tan poco discreta.

—No puede ser... —susurré, mirando la pantalla. Me negaba a creerlo. Sin embargo, algunas cosas empezaron a encajar en mi cabeza—. Miguel dijo que intentó enviarme mensajes a mi antiguo celular...

—Que desapareció del coche, junto con Thiago. Y no sé cuánto tiempo estuve inconsciente cuando me dio en la cabeza en su departamento. Probablemente, le dio tiempo para tomar la maleta, meter algo de ropa y, probablemente, el dinero que debía pagarte. Miguel debe haber intentado hablar contigo cuando descubrió que se iba a casar conmigo. No dudo que te haya enviado mensajes pidiendo dinero. Thiago lo vio y aprovechó la situación. Es posible que le haya ofrecido una parte a Miguel a cambio de su ayuda.

Moví la cabeza, nerviosa, todavía costándome creer todo eso. No esperaba nada bueno de mi padre, pero jamás imaginé que él haría algo así contra mí por dinero. Ayudar a Thiago a secuestrar a mi hijo era el colmo de la crueldad.

Dándose cuenta de mi nerviosismo, Marcos me abrazó con fuerza.

—Tranquila, Lu. Por suerte descubrimos todo. Estamos un paso adelante. Vamos a lograr atrapar a Thiago.

—¿Cómo? ¿Vas a llamar a la policía?

—No, nada de policía. Si se descubre que nuestro hijo tiene el ADN de mi difunta esposa, eso se va a propagar en los medios como un fósforo en un barril de pólvora. Hace años que no tengo contacto con los padres de Isadora, pero estoy seguro de que eso los haría aparecer, queriendo la custodia del "nieto". No son buenas personas, nunca me han gustado y, sin duda, harían todo lo posible para perjudicarme.

—Sin policía, ¿qué vas a hacer, Marcos? ¿No estás pensando en...?

—No. —Me interrumpió—. No, Lu, no voy a matar a nadie. Mis hijos no tendrán un padre asesino. No sé qué voy a hacer. Lo voy a acorralar, llevaré a alguien para que me ayude a detenerlo. A pesar de la obsesión que tiene por Isadora, Thiago siempre decía que todo el mundo tiene un precio. Probablemente, también tiene uno para convencerse de dejarnos en paz.

—Espero que tengas razón. —Me alejé, mirándolo a los ojos —. Pero entonces, ¿cuál es el plan? ¿Vamos los dos hasta allá y lo acorralamos?

—Tú no vas a ningún lado. Te quedarás en casa con Leo. Yo iré solo.

—Tal vez sea solo un viaje perdido. Si llegas allá solo, y sin llevar al bebé, Miguel solo te dará alguna excusa para no dejarte entrar y seguirá insistiendo para "conocer al nieto". Es a Leo a quien ese maldito quiere.

Giró el rostro hacia un lado por un momento, pensativo. Luego volvió a mirarme y dijo:

—¿Quién dijo que no voy a llevar un bebé?

Tuve miedo de preguntar cuál sería su plan. Pero confiaba plenamente en que no haría nada que pusiera a nuestro hijo en peligro.

*****

Capítulo treinta y tres



LUCIANA

El día acordado, Marcos ya tenía todo listo para poner su plan en marcha.

Enrollada en una manta, una muñeca de Lara interpretaría el papel de un bebé. Marcos llegaría al lugar pactado llevándola, diciendo que yo no me sentía bien y que, por eso, no podría ir. Dos hombres de la empresa de investigaciones y seguridad que trabajaban para él irían hasta allí en otro coche, dejándolo un poco lejos de la propiedad -que según los mapas se encontraba en un lugar bastante apartado- y luego seguirían hasta la casa a pie, quedándose a la espera en los alrededores, aguardando una señal para entrar en acción.

Todo parecía bien organizado, pero aún no era seguro en absoluto. Aunque Marcos no fuera solo y estuviera armado -algo con lo que Miguel y Thiago probablemente no contaban-, aún corría riesgos. Y yo sabía bien que, si llegaba allí sin mí, la desconfianza de los dos solo aumentaría, lo que haría que toda la misión fuera aún más peligrosa.

— Déjame ir contigo —pedí una vez más.

Estábamos los dos en la sala, cerca de la puerta, y él ya estaba listo para salir. El conserje había llamado hacía unos momentos, diciendo que Carolina había llegado, y solo esperábamos a que subiera para que Marcos pudiera irse. No quería dejarme sola, por lo que sugirió que llamara a mi amiga, ya que Elisa estaba en la empresa.

— Tú y Leo se quedarán aquí, seguros y protegidos — declaró—. Ya hablamos sobre esto. No quiero ponerte en riesgo.

— Pero tú te estás poniendo en ese riesgo. ¿Vamos, entonces, a olvidar todo esto? Ninguno de los dos va hasta allí y dejamos el plan.

— Nosotros desistimos, pero ¿crees que Thiago también lo hará? Él va a seguir insistiendo, Lu. No tendremos paz mientras siga libre, planeando formas de quitarnos a nuestro hijo.

En eso tenía razón. Y odiaba admitirlo.

Sonó el timbre y Marcos me dio un beso largo en la frente antes de abrir la puerta. Saludó rápidamente a Carolina y simplemente se fue, sin mirar atrás.

Carol se sorprendió de aquello.

— Vaya, parece que realmente tiene prisa. ¿Está atrasado? Llegué justo a la hora que me pidieron.

Sí, ella aún no sabía lo que estaba pasando. Le prometí a Marcos que no le contaría, pero no estaba dispuesta a seguir mintiéndole a mi mejor amiga.

Así como no permitiría que el hombre que amaba se arriesgara de esa forma, solo.

—Y tú dijiste que me quedaría ayudándote con Leo, Lu. Pero Marcos se lo llevó.

—No era Leo, Carol. Era una muñeca enrollada en una manta.

—¿Cómo?

—Amiga, no tengo tiempo ahora para explicarte. Por favor, Leo está durmiendo y acaba de mamar, le tomará unas horas más para despertar. Y hay un poco de mi leche en un frasco en la nevera, por si me tardo. Ayúdame con las cosas aquí, por favor. Y préstame las llaves de tu coche.

Carolina parpadeó, más confundida que antes.

—¿Qué locura es esta, Lu? ¿Llaves de mi coche? Tú no manejas.

—Tengo licencia de conducir, ¿olvidaste? —¿Tal vez estaba vencida? Muy probablemente sí. Pero eso era solo un detalle. Lo que importaba era que sabía conducir. Y siempre lo hice muy bien.

—Entiendes lo que quiero decir, Lu. Necesitas contarme lo que está pasando.

—Carol, no estaría dispuesta a ponerme al volante de un coche si no fuera una emergencia. Me conoces y sabes perfectamente que no lo haría. Por favor, solo confía en mí y te prometo que te contaré todo cuando regrese.

Había complicidad en la forma en que miré a los ojos castaños de mi amiga, de tal modo que ella pronto entendió que jamás le haría ese pedido si no fuera algo realmente importante. Finalmente, metió la mano en su bolso y sacó las llaves de su coche, entregándomelas. Las tomé y abracé a Carol con fuerza. Luego salí corriendo, subí las escaleras hasta mi cuarto, donde había dejado mi bolso. El celular estaba dentro y lo necesitaría para ver la dirección del lugar y ponerla en el GPS, para poder encontrarlo. Pasé rápidamente por el cuarto de Leo, deteniéndome un instante al lado de su cuna.

—Mamá y papá ya vuelven, mi amor. Es por ti que estamos haciendo esto. Te amamos. Sé un buen niño y no causes problemas a tía Carol, ¿de acuerdo?

Pasé suavemente las manos por su cabello fino y salí, bajando las escaleras como si estuviera huyendo de un fantasma. Al pasar por la sala, le di un beso en la mejilla a mi amiga y me fui.

*****



MARCOS

Casi dos horas después, estaba detenido frente a la casa.

No era una mansión, pero tampoco era el lugar simple que Miguel tanto había enfatizado que sería. Era una casa de madera, muy bonita, rodeada por un hermoso jardín y con los límites del terreno marcados por una simpática cerca. Estaba en un lugar bastante aislado, lejos de donde vivíamos. Se encontraba en un municipio vecino, y además de estar en una ladera de montaña, el camino desde cierto punto hasta allí era por una carretera de tierra en pésimas condiciones, por donde no parecía pasar nadie. Incluso me sorprendí al ver que mi celular aún tenía señal en ese lugar. Claro, ya que Miguel había logrado hablar con nosotros por teléfono.

Si es que realmente estaba allí.

Una voz sonó en mi oído a través del casi imperceptible punto de escucha.

—Señor Marcos, estamos listos. Invadiremos el lugar tan pronto como nos dé la señal.

Discretamente, deslicé la mano hasta el diminuto botón camuflado en mi cinturón, abriendo el audio del micrófono escondido en el cuello de mi camisa.

—Entendido. Manténganse ocultos hasta que reciban mis órdenes.

Desactivé el audio, acomodé al bebé de mentira en mis brazos y me preparé para tocar el timbre que estaba en la cerca de madera, justo al lado del portón. En ese momento, sin embargo, volví a escuchar la voz de uno de los hombres.

—Señor Marcos, hay un coche acercándose, estamos en alerta.

Miré a ambos lados de la carretera de tierra desierta entre la maleza, hasta que vi el vehículo al que se referían. Apenas podía creerlo cuando mis ojos se enfocaron en la rubia que lo conducía.

Solté un suspiro de irritación y cansancio.

—Qué carajo, Luciana... —Activé de nuevo el botón del micrófono, explicando a los hombres que estaban ocultos detrás de los árboles que no era necesario dar alerta—. Es solo la loca de mi prometida.

Me detuve por un momento, esperando hasta que el coche se detuviera frente a mí. Luciana salió y me abrazó, con todo su cuerpo temblando. No sabía si era por la situación que estábamos a punto de enfrentar o por el nerviosismo de haber conducido casi dos horas hasta allí. Probablemente, era un poco de ambas cosas.

Y para no ponerla aún más nerviosa, decidí suavizar mi tono de voz.

—¿Qué haces aquí, Lu? ¿Y de dónde sacaste ese coche?

—Es de Carol. No podía dejarte enfrentar esto solo.

La abracé con más fuerza entre mis brazos.

—¿Tienes idea de que tu presencia aquí solo añade más riesgo a la situación, Lu? Yo puedo manejar esto solo, pero no sé si podré si tú estás en peligro.

—¿Y cómo crees que me siento sabiendo el riesgo que correrás solo? No te voy a dejar hacer esto, Marcos. Y eso es innegociable.

Separé nuestro abrazo, mirándola directamente a los ojos.

—Tú misma me dijiste una vez que cuando tenemos hijos, a veces necesitamos dejar de lado nuestros propios deseos. Sé que quieres estar conmigo. Pero tenemos dos hijos maravillosos. Yo quiero que todo salga bien y que volvamos juntos a casa, pero si algo sale mal, es mejor que regrese uno de nosotros, a que ninguno lo haga.

Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas, y supe que había sido demasiado duro con mis palabras. Pero ese era el juego de sinceridad que habíamos jugado desde el principio. Y cuanto más sincero fuera en ese momento, más posibilidades tendría de que comprendiera la complejidad de la situación.

—No puedo sufrir otra pérdida, Marcos.

—Yo tampoco. Estamos en la misma situación aquí.

—Entonces, ¿por qué eres tú quien se va a arriesgar y no yo?

—Primero, porque nuestro hijo de un mes te necesita mucho más a ti que a mí. Segundo, porque yo estoy armado y, a diferencia de ti, sé disparar. Tercero, tengo todo un equipo de micrófono y escucha para dar la señal en el momento necesario para que los hombres invadan la casa y me ayuden a atrapar a Thiago. Y cuarto... mira cómo estás temblando. ¿De verdad crees que vas a convencer a alguien?

Volvió a abrazarme y me di cuenta de que había comprendido que tenía razón, aunque no mostrara la menor intención de dejarme entrar a esa casa solo.

—Estaré bien, amor. Volveré a ti y juntos regresaremos a nuestros hijos.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Ahora, por favor, vuelve al coche y aléjate con él unos metros. Quédate a una distancia en la que puedas ver cuando yo salga de aquí, pero también lo suficientemente lejos para darte la oportunidad de huir si algo sale mal. Si los hombres necesitan invadir, aléjate aún más. ¿Lo entendiste, Lu?

Sentí que movía la cabeza en señal de confirmación. Luego, se apartó de nuestro abrazo y me besó en los labios, susurrando un "te amo" antes de alejarse y hacer lo que le había pedido.

Yo tenía la intención de cumplir mi promesa. Especialmente porque Lu no merecía sufrir otra pérdida en su vida. Me había jurado a mí mismo que haría feliz a esa mujer y estaba más que dispuesto a cumplirlo.

Después de ver el coche alejarse lo suficiente, finalmente toqué el timbre. En menos de dos segundos, escuché un sonido y me di cuenta de que el portón tenía un candado electrónico, que había sido desactivado remotamente.

Para una casa rústica en medio de la nada, el lugar contaba con una excelente tecnología.

Con el bebé falso en mis brazos, entré. El arma en mi cintura me recordaba que no debía dudar en usarla si era necesario.

Cruzando todo el jardín hasta la puerta principal de la casa, que estaba cerrada y toqué dos veces. Escuché la voz de Miguel que me invitaba a entrar.

—¡Pensé que ya no vendrías! —me recibió en cuanto entré. Estaba parado, apoyado en la pared opuesta de la habitación, justo al lado de una puerta cerrada que probablemente conducía a algún dormitorio—. Oye, ¿dónde está mi hija?

Me pregunté si Thiago estaría dentro de esa habitación. O en el cuarto detrás de la otra puerta cerrada más adelante, que tal vez era un baño. La sala era bastante espaciosa, separada por una barra de cocina americana. Las paredes de madera me parecieron familiares, y enseguida recordé dónde las había visto: en algunas fotos de Thiago e Isadora. Ese era su "lugar secreto", donde Thiago planeaba esconderse cuando robara a mi hijo.

El odio me invadió. Pero, claro, aún tenía que seguir con la actuación.

—Luciana no se sentía bien. Vine solo. Digo, solo yo y Leo.

—Qué niño tan tranquilo. ¿Puedo sostenerlo? —estiró los brazos y dio un paso hacia mí.

—Mejor no, puede despertarse. —Miré alrededor, aún buscando alguna prueba de que Thiago estuviera allí. No podía haberme equivocado sobre esto—. Tiene una casa muy bonita.

Dijo tantas veces que era muy simple, que pensé que sería un lugar mucho más pequeño.

—Conseguí un buen precio en el alquiler. Me gusta aquí, es un lugar elevado, el clima es bueno. Sin contar que aprecio el contacto con la naturaleza.

—Sí, Luciana me contó que mencionó esto. Le pareció curioso, porque dijo que usted nunca se había interesado por la naturaleza.

—Las personas cambian, ¿no? ...Bueno, ya que viniste sin Luciana, ¿puedo ofrecerte un vaso de agua o un jugo?

—No hace falta, gracias. Pero me gustaría usar el baño. ¿Es esa la puerta ahí al lado suyo?

—Ah, no. Está allí. —Señaló hacia otra puerta—. ¿Quieres que sujete al niño mientras vas?

Parecía bastante ansioso por sostener al nieto. Lo cual, para mí, era una confirmación más de que había algo más detrás de todo esto, algo mucho más allá de un abuelo queriendo conocer a su nieto. El día del restaurante, apenas había mirado a Lara.

—Puedo esperar un poco —respondí—. Mejor voy cuando me esté yendo. Creo que aceptaré el vaso de agua, entonces.

—Claro... un momento...

Caminó lentamente hacia la cocina. No esperaba que insistiera tanto. Pensaba que pronto encontraría a Thiago, quien intentaría hacerme rendir para llevarse al bebé, y cuando se

diera cuenta de que solo era una muñeca, daría la señal para que los hombres invadieran. Pero las cosas estaban tomando un rumbo muy diferente.

De todos modos, no tenía ninguna duda de que Thiago estaba escondido detrás de alguna de esas puertas. Pensé en sacar el arma y amenazar a Miguel, pero luego pensé que, si lo hacía, Thiago podría llegar armado y dispararme. Serían dos contra uno, y no dudaba que Miguel también estuviera armado.

Miguel se detuvo detrás de la barra de la cocina, parecía perdido buscando algo.

—Ya sabes cómo es con una casa nueva, ¿no? —comentó —. Uno no recuerda dónde pone las cosas. Ahora, por ejemplo, no sé dónde dejé los vasos. Tal vez estén debajo del fregadero.

Se agachó, desapareciendo de mi vista, y me preparé para lo peor. Llevé la mano al cinturón para activar el audio del micrófono y dar la señal, cuando Miguel volvió a levantarse. Pero no estaba solo.

En sus brazos, con las manos atadas a la espalda y una mordaza cubriéndole la boca, estaba Lara.

Me paralicé, completamente en pánico.

—No encontré los vasos, pero mira qué cosita más linda encontré aquí. Pasé hoy por la escuela a recogerla, no iban a negársela a un abuelo, ¿verdad? —La miraba de una forma sádica, y luego volvió su mirada enfermiza hacia mí—. Avísales a tus amigos afuera que pueden irse a casa. No los invité a que vinieran. Esto es solo una reunión familiar. Yo, tú y mis queridos nietos.

Sin salida, hice lo que él ordenaba. Abrí el audio del micrófono y pedí a los guardias que se retiraran, diciéndoles que no había problema alguno allí. Cuando terminaba de hacer esto, una de las puertas se abrió y por ella salió quien ya esperaba encontrar allí.

Ese desgraciado estaba realmente vivo.

*****

Capítulo treinta y cuatro



LUCIANA

Me había distanciado exactamente en la medida en que Marcos me había sugerido.

Lo suficientemente lejos para poder escapar en caso de que algo sucediera -aunque sabía que jamás podría hacer eso dejando atrás al hombre que amaba-, pero lo suficientemente cerca como para poder ver la entrada de la casa.

El lugar no podría haber sido mejor elegido por ellos. No pasaba absolutamente nada ni nadie por esa carretera de tierra. Había señal de celular, pero aún si llamáramos a alguien, llevaría mucho tiempo para que cualquier tipo de ayuda llegara hasta allí.

Permanecía allí, con las ventanas del coche abiertas y los ojos fijos en ese portón de madera. Mi concentración en

ese punto era tan grande que me sorprendí cuando alguien apareció en la ventana del lado del copiloto.

—¿Señorita? —grité mientras giraba mi cuerpo hacia el hombre que estaba allí parado, con una pistola en mano. Mi primer pensamiento fue que iba a morir en ese momento—. Perdón, no era mi intención asustarla. Soy Carlos, uno de los hombres contratados por su prometido.

Solté el aire de mis pulmones, sintiendo un gran alivio. Bien podría haber comenzado con esa información.

Sin embargo, el alivio pronto fue reemplazado por miedo cuando la situación fue completamente absorbida por mí.

—¿No les dijo que permanecieran en alerta para entrar cuando él diera la señal? —pregunté.

—Sí, para eso vinimos. Pero acaba de contactarnos y dijo que podríamos irnos, que ya no necesitaría nuestros servicios. Dijo que todo estaba en orden adentro.

—¿Qué? ¿Marcos les dijo eso?

—Lo dijo. Mi compañero ya se fue por la senda que hicimos a través del bosque, para tomar el coche que dejó adelante, en la carretera. Pero yo decidí venir a hablar con usted primero. El contacto del Sr. Marcos me pareció bastante sospechoso.

Obviamente era más que sospechoso. No podía estar todo bien allí dentro, porque sabíamos que Thiago estaba ahí.

A menos que, de alguna manera, estuviera amenazando a Marcos.

—¿Debería irme realmente, señorita? —preguntó el hombre, aparentemente sintiendo lo mismo que yo.

—No. Por favor, no se vaya. Mi prometido está en peligro, lo sé. Pero, ¿qué podemos hacer?

—Invadir la casa es una opción.

—Si él está bajo la mira de un arma y ustedes invaden, podrían matarlo.

—Existen formas diferentes de realizar una invasión, señorita. Y la mía es la forma profesional.

*****



MARCOS

Ese hijo de puta estaba con mi hija. Lara apenas intentaba moverse, de tan aterrada que estaba, y solo me miraba con sus ojitos llenos de lágrimas. Ella confiaba en mí para salvarla. Y lo haría, aunque tuviera que dar mi vida por eso.

O matar a alguien para lograrlo.

—Idiota... —dijo Thiago, llamando mi atención hacia él—. ¿De verdad pensaste que ibas a venir aquí con dos matones y lograr atraparme? Para alguien que vino con escolta armada, dudo mucho que esa porquería en tu regazo sea realmente el bebé.

Él me había atrapado. Sin nada más que esconder, dejé ese bulto con la muñeca en el suelo y le pregunté:

—¿Cómo sabías de la escolta?

—Tengo cámaras de seguridad escondidas por toda la parte delantera de la casa. El movimiento de esos tipos frente a la casa comenzó mucho antes de que llegaras. De todas formas, ya había tomado un paso adelante y mandé al viejo a recoger a la niña en la escuela, solo por seguridad.

Cámaras en un lugar tan apartado como ese. Realmente subestimaba la paranoia de ese hombre que alguna vez consideré mi mejor amigo.

—Bueno, entonces, me atrapaste. Deja que mi hija se vaya, no quieres hacerle daño a una niña.

—¿"Tu hija"? Esa perra no solo te sedujo, sino que también te hizo adoptar a esa minusválida. Qué patético, Marcos. Un hombre que estuvo casado con una mujer como Isadora, ahora rebajándose a esto. Esperaba más de ti.

Me consumió por completo la rabia al escuchar cómo se refería de esa forma a mi esposa y mi hija. Si no fuera porque Lara estaba en las manos de ese viejo maldito, me hubiera lanzado contra Thiago y lo habría golpeado hasta desfigurarle la cara.

Ese pedazo de mierda siguió hablando:

—Vi en las cámaras que tu perra estuvo aquí, pero ya se fue. Llama a ella y ordena que agarre al bebé y lo traiga aquí. Y que no hable con nadie sobre esto. Si no, voy a mutilar aún más a su hijita. Y matar a los dos.

No podía estar hablando en serio. Jamás imaginé que sería capaz de caer tan bajo.

—Espera... —la voz de Miguel llamó mi atención y me hizo mirarlo nuevamente—. Thiago, no dijiste nada sobre hacerle daño a la niña. ¿Estás enfermo, amigo? Ella es solo una niña.

—No parecías preocupado cuando fuiste a buscarla en la escuela —replicó Thiago.

—Porque me dijiste que ella sería solo una moneda de cambio en caso de que el doctorcito intentara algo. Dijiste que ibas a tomar al bebé y huir, no a matar a nadie. Mucho menos a una niña pequeña.

—Estás cobrando bastante bien por este trabajo.

—Aún no me has dado mi dinero.

—Porque el trabajo aún no ha terminado. Ahora cierra esa boca y haz lo que tengas que hacer.

Aunque no parecía muy contento con eso, Miguel fue hasta el fondo de la cocina, puso a Lara sentada en una silla, luego regresó cerca de la barra y parecía que iba a tomar algo, pero volví a concentrarme en Thiago cuando él gritó:

—¿Estás armado?

—No —respondí de inmediato.

Él sacó un revólver de su cintura y extendió el brazo hacia Lara, apuntando hacia ella.

—Si voy hasta ti, te registro y encuentro un arma, ¿puedo dispararle a esa mocosa?

Exhalé profundamente. Perdido, sin salida. Levanté mi camisa y saqué mi pistola, entregándosela a Thiago.

—Eso, buen chico. No eres para las armas, Marcos. Siempre serás el nerd de los cómics y los videojuegos. Eres un perdedor típico. Tuviste suerte de que la genética te ayudara y te hiciera guapo. Además de tener mucha suerte en la vida y hacerte rico con esas aplicaciones idiotas.

—También llaman a ese tipo de suerte inteligencia —no pude evitarlo y respondí—. Tal vez haya sido una forma

de compensar el hecho de no haber nacido en una familia que pudiera darme una oficina de lujo para jugar a ser abogado.

—Muy gracioso. Realmente eres muy valiente, Marcos. Pero el tiempo está pasando y no estoy dispuesto a esperar mucho.

Escuché el sonido de un líquido derramándose, al mismo tiempo que un fuerte olor a gasolina invadió mis narices. Volví a mirar a Miguel y lo vi con un bidón arrojando el combustible sobre las paredes de madera de la cocina.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté en pánico.

Thiago respondió con mucha naturalidad.

—Te dije que si Luciana no trae a mi bebé, tú y esa niña van a morir. Y no va a ser de una forma rápida y sin dolor, amigo. ¿Qué esperas para llamarla?

No sabía qué hacer. Sinceramente, me veía en un callejón sin salida.

Sin dejar de hacer lo que estaba haciendo, Miguel contestó:

—Dijiste que ibas a prender fuego a la casa después de tener al bebé, y que no habría nadie dentro de ella.

—Cállate y haz lo que acordamos, yo decido cuándo encender el fuego. —Thiago me miró—. Y tú también, haz lo que te ordené y llama a esa mujer.

¿Cómo iba a llamar a Luciana y decirle que hiciera algo así? ¿Y de qué manera podía simplemente negar y dejar que ese loco hiciera eso? Miguel seguía echando gasolina por toda la cocina, y con una chispa todo eso se convertiría en un infierno en llamas. Y mi niña estaba ahí, asustada, atada y amordazada en una silla, sin ninguna posibilidad de defensa. Me di cuenta de que no llevaba su prótesis. Esos cobardes se la habían quitado para que, aunque pudiera soltarse, ni siquiera tuviera la oportunidad de correr. ¿Qué tan enfermizo era eso?

—Voy a llamarla —anuncié, sin salida—. Solo para, por favor —ordené a Miguel.

Él realmente se detuvo, pero solo para cambiar el bidón vacío por otro, con el que empapaba los muebles, el piso y las cortinas de la sala.

Tomé el celular y marqué el número de Luciana. Thiago exigió que pusiera la llamada en altavoz y así lo hice. Sonó varias veces hasta que cayó en el buzón de voz.

—Debe estar manejando —mentí. Sabía que Luciana no se habría ido. Pero el hecho de que no atendiera me puso aún más nervioso. Sabía que, en esa situación, no rechazaría una llamada mía. Lo que solo podía significar que estaba lejos del celular.

—Intenta de nuevo, hasta que atienda —exigió Thiago, ahora apuntándome con el revólver.

Y lo intenté. Nuevamente, buzón de voz.

—Estás marcando el número equivocado, ¿verdad? —gruñó Thiago, furioso.

Y era terrible que se pusiera nervioso. Lo último que necesitábamos era que ese loco tuviera un ataque de furia.

—No, Thiago, la estoy llamando a ella. Pero no está contestando. Como dije, debe estar manejando.

—Ella no dejaría de contestarte —su voz se volvió aún más agresiva y la mano que sostenía el arma temblaba. Luego, la dirigió hacia Lara.

Extendí las manos hacia él como señal de calma.

—Espera, Thiago. En algún momento va a contestar. No hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

—¿Por qué me arrepentiría de matar a la hija de esa perra que intentó robarle el lugar a Isadora en la vida de mi bebé? ¿Crees que no leí las noticias del último mes? ¡Dijiste en una rueda de prensa que incluso el nombre de él lo eligió esa vagabunda!

—Ella no le robó el lugar a nadie. Ella dio a luz al hijo que Isadora tanto quería tener, fue la responsable de que ese sueño se hiciera realidad, incluso después de su muerte. ¿Qué crees que Isadora desearía para su hijo, eh?

—¡Que se quedara conmigo! ¡Bien lejos de ti y de esa mujer!

—No, Thiago. Ella quería que su hijo fuera feliz, que tuviera una familia que lo amara.

—¿Y quién sería esa familia, Marcos? ¿Esa mujer de los suburbios y su hija discapacitada? ¿Y para completar, el

perro callejero que recogió de la calle? ¡Hazme el favor! El hijo de Isadora merece mucho más que eso. Al menos tendrá un padre mejor. Yo soy mucho mejor que tú.

No iba a discutir con él en ese estado. Solo me quedaba preguntándome cómo pude haber tenido a alguien así cerca de mí por tantos años. Un tipo lleno de opiniones repulsivas como las suyas. Supongo que él lo escondía muy bien, o era mi sentimiento de amistad el que no me dejaba ver lo que realmente era.

De repente, escuché un ruido proveniente de la habitación cuya puerta seguía cerrada, que imaginaba era el baño de la casa. Los otros dos hombres voltearon la mirada hacia allí y aproveché la distracción de Thiago para saltar sobre él, logrando agarrar el arma que apuntaba hacia mi hija. La que él llevaba en la otra mano -la mía- cayó, rodando por el suelo hasta la cocina. No tuvo tiempo de reaccionar, ya que la puerta del baño se abrió de golpe y por ella apareció uno de los hombres que había contratado, también apuntando un arma hacia Thiago. Justo detrás de él apareció Luciana.

Aunque ver que ella estaba bien me dio inicialmente una sensación de alivio, esa sensación pronto dio paso a la ira al pensar en lo terca que era esa mujer. Le había dicho que esperara en el coche.

Miguel levantó inmediatamente las manos, dejando que el bidón que llevaba se cayera. Sin embargo, Thiago reaccionó de una forma que no esperaba. Sacó un encendedor del bolsillo. Luciana acababa de ver a Lara y estaba a punto de correr hacia ella, pero se detuvo ante la amenaza.

—Todos quietos, o este lugar se convertirá en una enorme fogata.

—¿Alguien echó gasolina aquí? —preguntó el guardia, resoplando al parecer por el fuerte olor.

—En todo el lugar —gritó Thiago. Viéndose acorralado, retrocedió hacia la puerta de salida de la casa, aún amenazándonos con el dedo preparado para accionar el encendedor—. Esto será más perfecto de lo que podría haber planeado... La familia feliz muere en un trágico incendio... y yo vuelvo a casa, desolado por la trágica muerte de mi mejor amigo, y pido en la corte la custodia del pobre huérfano que se quedó sin sus padres.

—Esto no va a funcionar, Thiago... —intenté convencerlo, pero no sirvió de nada. Loco como estaba, simplemente encendió el encendedor y lo llevó hacia una cortina, que inmediatamente se prendió en llamas.

Entonces, se dio la vuelta y salió corriendo, huyendo como la rata inmunda que era.

—¡Lara! —gritó Luciana, comenzando a correr hacia la cocina. Yo prácticamente me lancé sobre ella, deteniéndola.

—¡Llévala de aquí! —pedí al guardia, quien obedeció la orden, agarrando a Luciana por la cintura y comenzando a arrastrarla hacia la puerta mientras aún podían salir sin que el fuego se propagara más.

Sin embargo, ella forcejeaba y gritaba el nombre de su hija, mostrando que no estaba dispuesta a irse sin ella.

— ¡Voy a salvarla, Lu! ¡Solo sal de aquí ahora, por favor! —grité y no esperé respuesta.

Escuchaba los gritos de Luciana haciéndose más distantes mientras la arrastraban fuera de la casa, y me lancé entre las llamas que ardían en la cocina. Logré ver a Lara aún en la misma silla, con sus ojos desesperados pidiendo socorro. A diferencia de todas las demás paredes de la cocina, aquella donde estaba la silla aún no había sido tomada por el fuego, al igual que el suelo alrededor de ella. Pero sabía que eso no era un milagro. Miguel no había arrojado el combustible allí.

Tal vez incluso debería considerar eso como un milagro. Ese hombre tan malvado tuvo una mísera acción mínimamente humana en su vida.

Cuando llegué a Lara, ella ya estaba casi desmayada, asfixiándose con el humo. Desaté sus manos, le quité la mordaza de la boca y la levanté en mis brazos, mirando a mi alrededor y pensando en cómo salir de allí. Solo había una puerta y el camino hasta ella estaba completamente cubierto por el fuego.

Miré hacia atrás. Anexa a la cocina, había una pequeña área de servicio cerrada, con un pequeño tendedero. Para mi suerte, entre las pocas prendas colgadas allí, había un edredón fino y un trapo de cocina, ambos podían ayudarnos. Los tomé y los eché en el tanque, abriendo la llave para mojarlos. Le di el trapo a Lara, indicándole que debía usarlo para cubrirse la nariz y la boca. Mientras hacía esto, vi una forma más sencilla de sacar a Lara de allí. Había una ventana. Era alta y muy estrecha, prácticamente solo una entrada de aire. Yo no pasaría por allí. Pero Lara sí.

—Ey, princesa... —la senté en el suelo y me agaché frente a ella mientras comenzaba a atar el trapo mojado alrededor de su rostro para cubrirle la nariz y la boca, como una máscara—. ¿Ves esa ventana allá? Vas a saltar por ella. No te preocupes, voy a sostener tu mano para suavizar la caída lo más que pueda. Tal vez te hagas un pequeño daño, pero estarás bien. Cuando pases, grita por tu mamá para que te saque de allí y trata de alejarte lo más posible de la casa y del fuego, ¿entendido? ¿Confías en mí?

Tosió y, entre sollozos, preguntó:

—¿Tú también vas a saltar después?

—Soy demasiado grande para pasar por allí, pero saldré por la puerta. El edredón mojado me protegerá.

—¿Te veré afuera, entonces?

—Claro que sí. Ahora ven.

La levanté de nuevo en mis brazos, y ella rodeó mi cuello con los brazos y declaró, aún llorando:

—Te amo, papá. Te amo mucho.

—Yo también te amo, mi hija.

La levanté hasta la abertura de la ventana, por donde ella comenzó a pasar: primero la pierna, luego el torso... El espacio era estrecho incluso para ella, pero todo saldría bien. Sostuve sus manos y la bajé tanto como pude, hasta que tuve que soltarla. Escuché su pequeño cuerpo golpeando el suelo.

—¿Estás bien, Lara? —grité.

—¡Sí, papá! —gritó ella de vuelta. Sal de ahí pronto, por favor.

Incluso en medio de ese infierno, aún pude sonreír. Mi niña estaba a salvo.

Ahora yo debía cumplir las promesas que había hecho y salir vivo de ese lugar.

*****

Capítulo treinta y cinco



LUCIANA

Ya estaba afuera de la casa cuando logré librarme de ese grandulón y corrí de vuelta hacia la entrada. Pero él volvió a detenerme. Era un hombre enorme y muy musculoso, debía ser el doble de mi tamaño, tanto en altura como en anchura. Pero yo era una madre desesperada, y él no tenía idea de la fuerza que podía tener en un momento como ese.

Aun así, toda mi fuerza no fue suficiente para lograr entrar en esa casa. Cada vez que lograba zafarme, él me alcanzaba y me arrastraba de nuevo afuera. Hasta que, en un momento determinado, escuché esa vocecita infantil llamándome.

— ¡Mamá! ¡Ayúdame, mamá!

Entrando en un estado completamente salvaje, mordí el brazo de ese hombre, haciendo que me soltara nuevamente, y volví a cruzar el portón. Estaba a punto de

entrar en la casa cuando me di cuenta de que la voz que escuchaba no venía de adentro, sino del jardín. Corrí hasta el costado de la casa y encontré a mi hija tirada en el césped.

—¡Lara! —grité, corriendo hacia ella. Estaba tosiendo mucho, toda sucia de hollín, y su rodilla y uno de sus codos sangraban, probablemente por la caída. Pero ella estaba bien. Estaba viva.

La abracé con fuerza, agradeciendo a Dios por ese segundo milagro en su vida.

—Papá me sacó por la ventana —me dijo—. Pero él todavía está allá adentro, mamá.

Miré hacia la pared de la casa, avistando la estrecha y alta ventana por donde él la había sacado.

Él había salvado su vida. Dijo que la salvaría, y la salvó.

Ahora solo me quedaba esperar que también cumpliera la promesa de salir de ahí y volver a mí.

Esperar...

Solo esa palabra me pesaba de una manera insoportable. No soportaría esperar.

Carlos se acercó a nosotros, hablando por teléfono, aparentemente llamando a los bomberos. Le di un beso largo en la frente a Lara, prometiéndole en silencio que volvería a ella, trayendo a su papá conmigo. Luego me

levanté, pedí al guardia que la sacara de allí y se hiciera cargo de ella, y corrí hacia la entrada de la casa. Él nuevamente intentó detenerme, pero no lo logró. Finalmente, entré, encontrando un verdadero infierno en su interior.

*****



MARCOS

Me envolví en la manta mojada y avancé entre las llamas, intentando encontrar el camino hacia la salida. ¿Cómo era posible que una casa de repente se convirtiera en un enorme castillo? O, peor aún, un laberinto sin salida. Pareció una eternidad hasta que finalmente llegué a la sala y vi la salida. Sin embargo, al pasar por la puerta del dormitorio, vi a Miguel dentro, buscando algo desesperadamente. Pensaba que ya se habría ido de allí, ¿por qué no lo había hecho?

— ¡Vamos a salir de aquí! —grité para él.

— ¡No me voy sin mi dinero! —gritó de vuelta—. Sé que dejó esa maleta con la plata en algún lugar de este cuarto.

— ¡Olvida el dinero! ¡Si te quedas aquí, vas a morir!

Tosió, mostrando que, aunque el cuarto aún no estuviera tan lleno de llamas como la sala y la cocina, pronto perdería el conocimiento por el humo.

— Para ti es fácil decir que olvide el dinero, ¿verdad? El dinero nunca será un problema en tu vida.

Aunque tenía razón en que el dinero no era un problema para mí, se equivocaba completamente en la otra parte. Cambiaría todo, absolutamente todo lo material que tenía por la oportunidad de volver a encontrar a mi familia. Podríamos reconstruirlo todo de nuevo, o no, no me importaba. Lo esencial era estar con Luciana y mis hijos.

Sin embargo, no podía irme dejando a ese hombre atrás, abandonado a morir. Así que entré al cuarto e intenté sacarlo, pero él me empujó, dejando claro que no estaría dispuesto a salir de allí sin su apreciado dinero. Seguiría intentándolo si no fuera por la voz que escuché desde la sala, un grito angustiado:

— ¡Marcos!

— Lu... —susurré.

Fui hasta la puerta que conectaba ambos cuartos y vi a Luciana allí dentro, rodeada por las llamas, mirando aterrada a su alrededor, probablemente buscándome.

— ¡Lu! —repetí, esta vez más alto. Me miró y una sonrisa apareció en sus labios.

Corrí hacia ella y la abracé. Me quité la manta aún húmeda y la envolví sobre su cuerpo, colocando una de las puntas en su mano y mostrándole que debía usarlo para cubrirse la boca y la nariz. Así, la llevé conmigo, cruzando una pared de llamas que se había formado entre nosotros y la puerta. No me importaron las quemaduras que sufrí en el proceso. Todo lo que me movía en ese momento era sacar a Luciana de allí.

Y lo conseguí. Crucé el jardín con ella, saliendo por el portón. El guardia estaba allí con Lara en brazos y ni siquiera podía medir el alivio que sentí al ver que ella y Luciana estaban bien.

—¡Papá! ¡Mamá! —gritó Lara, extendiendo los brazos hacia mí.

La tomé en mis brazos y la abracé con fuerza. Luciana se unió a nosotros y lloraba desconsolada. Lara comenzó a toser, lo que me alertó de que necesitaba atención médica. Tal vez yo también, pero no tenía tiempo para pensar en eso.

—Ya llamé a emergencias —dijo el guardia—. Los bomberos y las ambulancias deben llegar en unos minutos.

—Que lleguen rápido, todavía hay alguien dentro —advertí.

Luciana se alejó para mirarme a los ojos, preocupada.

—¿Thiago y Miguel no escaparon? ¿Había alguien más en la casa?

—Thiago escapó. Miguel no. —Me odié por decir eso de esa manera. El terror en los ojos de Luciana me destruyó—. Intenté sacarlo de allí, pero se negó a salir sin encontrar el dinero.

Volví a mirar hacia la casa, considerando intentar nuevamente entrar, aunque era evidente que eso ya no sería posible. El fuego ya lo había arrasado todo. Lo lógico sería esperar que los bomberos llegaran, y esperaba que no se demoraran.

Mi celular sonó y lo atendí. El teléfono estaba tan caliente que sentí que me quemaba la oreja. Tuve suerte de que aún funcionara.

—¿Señor Herrmann? —dijo una voz masculina—. Soy Jorge, uno de los guardias que estaba de vigilancia frente a la casa.

Ah... claro... el que se había ido. Bueno, pero ¿cómo podría condenarlo por eso? Solo había hecho lo que yo le había ordenado.

Pero estaba muy agradecido con el otro por haberse quedado allí. No lo habría logrado sin su ayuda.

Jorge continuó hablando, con la voz baja y entrecortada:

—Me fui como me pidió, pero en el camino empecé a pensar mejor y me di cuenta de lo rara que fue su orden, así que decidí regresar. Estaba casi llegando a la casa cuando vi a un hombre corriendo por la carretera hacia el matorral. Lo reconocí, es ese tal Thiago que usted nos mostró en la foto.

—¿Qué? ¿Por dónde fue? ¿Hay alguna pista que nos ayude a encontrarlo?

—Mejor que eso, señor. Estoy siguiendo al hijo de puta. Aún no me ha visto. ¿Qué quiere que haga cuando lo alcance?

—No hagas nada. Sigue oculto. Y explícame cómo llegar hasta ti.

—Haz el camino de vuelta por la carretera, hasta encontrar mi coche, que dejé estacionado allá. Desde allí, sigue en línea recta por la zona de vegetación a la derecha de la pista. Hay un pequeño sendero. Estamos a unos veinte minutos siguiendo en línea recta. Él va despacio, parece cansado. Si viene rápido, puede alcanzarnos. Si cambia de dirección, lo llamaré para avisarle.

—Está bien. —Colgué el teléfono y vi que Luciana me miraba preocupada—. Voy a encontrar a Thiago, amor. Necesitamos acabar con esto hoy, o esta pesadilla en nuestra vida puede reiniciarse en cualquier momento. —Miré a Carlos y le entregué a Lara—. Por favor, cuida de las dos hasta que llegue el rescate.

—Sí, señor. Y toma esto, puede que lo necesites. —Me entregó una de sus armas. La idea de tener que usarla era horrible, pero no dudaría en hacerlo si era para salvar a mi familia.

Miré a Luciana y ella me abrazó con fuerza.

—¿Hace diferencia si te pido que no vayas?

—Sabes que preferiría no ir. Que quiero quedarme aquí contigo y con Lara. Pero lo necesito. Thiago no va a descansar hasta que nos quite a Leonardo, y ya vimos que es capaz de todo, incluso de hacerle daño a Lara.

—Lo sé. Solo, por favor, vuelve con nosotros.

—Mantengo mi promesa de que volveré.

Le di un breve beso en los labios y no dije nada más. No había tiempo, y tampoco quería hacer despedidas, porque realmente estaba dispuesto a regresar.

Corrí por el camino que Jorge me había indicado, y no tardé en encontrar su coche en la carretera. Entré en la zona de vegetación a la derecha, siguiendo en línea recta, como él me había dicho. Me había alejado solo unos metros de la carretera cuando escuché el sonido de los camiones de bomberos pasando, además de un vehículo policial. Eso me dio algo de alivio. Luciana y Lara recibirían atención, y tal vez también pudieran salvar a Miguel, a pesar de que no valiera nada, sabía que Luciana no quería perderlo y no quería más sufrimiento para ella.

Seguí corriendo en medio de la vegetación, sin importarme el dolor que las hojas y las ramas causaban al rozar las muchas heridas de quemadura en mi cuerpo. Mi camisa se había convertido en un trapo, y mientras corría, rasgué lo que quedaba de ella. Sentía que la adrenalina aumentaba mientras avanzaba más y más, y perdí por completo la noción de la distancia y el tiempo. Solo me detuve cuando escuché un silbido. Miré hacia la dirección de donde venía y vi a Jorge agachado detrás de una gran roca. Me acerqué a él, me agaché también y miré hacia

donde él observaba. Thiago estaba allí, de pie, al borde del acantilado.

—Se detuvo aquí justo después de que terminamos nuestra llamada —dijo Jorge, susurrando—. No parece estar armado, así que podría haberlo rodeado y rendido hasta que usted llegara, pero no pensé que fuera necesario. No tiene por dónde escapar.

Estuve de acuerdo, sabiendo que tenía razón. Thiago estaba acorralado, no tenía por dónde huir. Yo estaba armado, podría someterlo, pero... ¿qué haría después? ¿Intentaría convencerlo de que dejara de perseguirnos?

En realidad, debía convencerlo de que necesitaba ayuda. Las cámaras de seguridad de la casa probablemente lo habían captado huyendo en cuanto comenzó el fuego, lo que lo pondría como el principal sospechoso de todo. Antes no quería involucrar a la policía en esto, pero ahora que los bomberos ya habían llegado, eso sería imposible.

Así que me levanté, mientras sacaba mi celular y tecleaba la contraseña para desbloquear la pantalla, entregándole el aparato a Jorge.

—Llama a mi prometida, Luciana, y dile que informe a la policía nuestra ubicación. Dile que el culpable del incendio ha sido atrapado.

Jorge asintió y tomó el teléfono, comenzando a hacer la llamada mientras yo caminaba hacia Thiago. Me detuve a unos metros de él y comencé a hablar:

—Ya no puedes escapar, Thiago.

Él estaba de espaldas a mí, pero no pareció sorprendido al escuchar mi voz. Tanto que se dio vuelta lentamente hacia mí.

—Imaginé que podrías sobrevivir al fuego. Las cucarachas tienen buena resistencia para mantenerse vivas después de situaciones extremas.

Si intentaba ofenderme, sinceramente no lo estaba logrando. Las palabras que había dicho sobre mi esposa y mi hija ya habían cruzado todos los límites de lo que podría aceptar en silencio, de manera que nada de lo que dijera sobre mí me afectaba.

—La policía está en camino —le informé, igualmente tranquilo—. Las cámaras en la parte frontal de la casa te grabaron huyendo, y tenemos muchos testigos que pueden corroborar que tú encendiste la casa con personas dentro, además de haber ordenado el secuestro de una niña.

—No secuestré a nadie. El abuelo la recogió en la escuela. Si se la entregaron a él, no fue culpa mía. Por cierto... ¿ese viejo mercenario también sobrevivió?

No lo sabía. La probabilidad de que la respuesta fuera negativa era mucho mayor que lo contrario, pero aun así mentí:

—Es muy probable que sí.

—Y cuando lleguen los policías para arrestarme por incendiar una casa, ¿también planeas contarles lo que me llevó a hacer todo esto?

—¿Que eres un loco obsesionado que quería a toda costa quedarse con mi hijo? Probablemente lo contaré.

—Y lo que me llevó a tener tal obsesión... ¿lo vas a mencionar?

—¿Y qué sería eso?

—Que el hijo es de Isadora. Que pagaste a una mujer para ser tu madre de alquiler. Imagínate, los padres de Isa van a adorar saber esa noticia. Yo iré preso, pero tú tampoco te quedarás con el bebé.

—No sé de qué hablas, Thiago. Nunca pagué nada a Luciana. Solo, encantado por su hija y dispuesto a aceptarla como mía, abrí una cuenta de ahorros para la niña con cien mil reales, y pagué por su prótesis de carrera. No hay ningún registro de dinero mío para Luciana.

Al parecer, no contaba con eso. Pero aún esperaba tener un as bajo la manga:

—Una simple prueba de ADN confirma que ella no es la madre del niño.

—Mandaste a secuestrar a una niña, incendiaste una casa para intentar matar a un grupo de personas... sin contar que aún no es tarde para denunciarte por el intento de secuestro de Luciana cuando estaba embarazada y por el robo de mi coche y su celular. La parte del celular será fácilmente confirmada por el testimonio de Miguel, a quien obligaste a que te ayudara en toda esta locura a cambio de dinero. Ah, y claro, ¿cómo podría olvidar que también me robaste una suma considerable? Son tantos crímenes cometidos por alguien visiblemente desequilibrado

mentalmente... ¿Crees que alguien le dará atención a tus delirios sobre esa locura de madre de alquiler?

—¿Qué me impediría intentarlo?

—¿Una reducción de pena, tal vez? Serás arrestado por provocar un incendio y tratar de matar a cinco personas, eso es indiscutible. Pero, ¿cuántos crímenes más quieres sumar a eso? Si decides hablar sobre la inseminación, me veré obligado a denunciarte por todas las demás cosas, y también estarás autoincriminándote como el mediador de un esquema de madre de alquiler. Son demasiados crímenes. Luciana y yo, muy probablemente, si somos incriminados, podremos responder en libertad. Los padres de Isadora querrán quedarse con Leonardo, lo que nos causará mucho dolor de cabeza, pero yo soy el padre del niño y tendré muy buenos abogados a mi favor. Tú, en cambio, pasarás toda tu vida en prisión. Es un precio demasiado alto para una venganza que probablemente no nos causará más que algunos meses o pocos años de problemas judiciales.

Se quedó sin palabras. Probablemente no esperaba nada de eso y, para ser honesto, yo tampoco. No había pensado en todo eso antes, porque sinceramente nunca había considerado involucrar a la policía. Pero todo se había salido completamente de control cuando ese loco intentó matarnos.

—Creo que nunca entenderás cuánto te odio. Que siempre te odié, desde el día en que empezaste a coquetear con Isa.

—Lo sé perfectamente. Intentaste matar a mi familia. Es aterrador, porque... realmente te consideraba un amigo.

—Porque siempre fuiste patético, Marcos. Sinceramente, nunca supe qué vio Isa en ti. Ah, claro, lo sé... como te dije, tuviste la suerte de que la genética te favoreciera. Ella se sentía atraída por ti. Incluso te quería, siempre decía que no quería hacerte daño cuando pidiera el divorcio, que la tratabas bien y que eras un "buen hombre". Pero el amor, de verdad... lo tenía por mí. La atracción que sentía por ti fue sumada al hecho de que pudieras darle un hijo.

—Tal vez tengas razón en muchas cosas. Menos en lo de que Isa te amaba. Ustedes eran parecidos, compartían los mismos valores sórdidos... Pero hoy me doy cuenta de que ella era incapaz de amar a alguien.

—¡Ella me amaba! —gritó, completamente fuera de control.

Y me di cuenta de que estaba dispuesto a seguir afirmando eso, pero se detuvo cuando escuchamos los pasos corriendo a través del matorral detrás de nosotros. Probablemente eran los policías acercándose.

Thiago miró en la dirección de donde venían los sonidos y, al parecer entender a qué se referían, volvió a mirarme.

—Tienes un arma, ¿verdad? ¿Por qué no disparas ya? Apuesto a que meter una bala en mi cabeza te daría mucha más satisfacción que verme tras las rejas.

—No, Thiago. No voy a disparar porque no soy como tú. La muerte de Isadora... o de la mujer en la que me ilusioné que ella fuera... me afectó profundamente, hasta el

punto de esconderme tras un muro de tristeza. Pero nunca dejé que ese duelo se convirtiera en odio.

—¿Y crees que eso te hace mejor que yo? Eso te hace débil, nada más.

—No me importa lo que pienses. Lo único que me importa es que mis hijos no crecerán sabiendo que tienen un padre asesino. Y que mi mujer nunca tendrá motivos para avergonzarse de mí. Lo mismo para mi hermana y mi sobrino. Ellos son los que me importan. Y por ellos no dejaré que el odio que siento por ti, crezca y me convierta en un monstruo.

La expresión que me dio mostró que, por mucho que yo estuviera sintiendo un inmenso odio por él, ese sentimiento no se acercaba ni un poco a la repulsión que él sentía por mí. Pensé en lo insoportable que debe ser vivir con esa sensación. Tal vez, si no fuera por la luz que Luciana trajo a mi vida, yo también hubiera dejado que esa oscuridad me dominara. Ella me salvó de muchas formas... tal vez nunca llegué a comprender completamente el alcance de eso.

Los policías llegaron, capturando a Thiago. Él levantó las manos y parecía que, finalmente, toda esa pesadilla iba a terminar.

Y terminó, pero de una manera muy diferente a lo que imaginaba. Dio algunos pasos hacia atrás. Los agentes ordenaron que se detuviera, pero él no lo hizo y simplemente siguió retrocediendo, hasta que su pie encontró el vacío y su cuerpo cayó hacia atrás, comenzando a caer.

Los policías corrieron para tratar de evitar que cayera, pero fue en vano.

Simplemente desapareció, cayendo por el abismo, sin ninguna posibilidad de sobrevivir.

*****

Capítulo treinta y seis



LUCIANA

Los días posteriores a aquella tragedia fueron especialmente difíciles para mí. Hice que Marcos pusiera temporalmente la cuna de Leo en nuestro cuarto, y Lara venía durmiendo con nosotros en la cama, lo cual no fue solo una decisión mía. Ella tuvo algunas pesadillas después de aquel día, despertaba asustada en medio de la noche y se calmaba solo estando con nosotros.

Thiago estaba muerto, y mi padre también, y por más que esta segunda parte no fuera nada agradable para mí –por muy malo que él hubiera sido como padre y abuelo–,

era algo que nos representaba alguna seguridad. Aún así, no podía dormir a menos que estuviera con mi familia bien cerca de mí, solo de esa forma me sentía completamente segura.

Sin embargo, exactamente diez días después de todo aquello, el cuerpo de Thiago fue encontrado, cerrando definitivamente cualquier posibilidad de que alguna de mis pesadillas en las que él había sobrevivido se hiciera realidad. Y fue solo entonces que la vida empezó a volver a la normalidad.

Los niños volvieron a sus habitaciones. Lara volvió a ir a la escuela, aunque Marcos había armado un gran lío por allá, ya que ellos habían permitido que se fuera con el abuelo sin nuestra autorización. Marcos volvió a tomar el mando de la empresa, yo comencé poco a poco a encargarme nuevamente de las cosas de la tienda, y nosotros volvimos a amarnos todas las noches, y algunas tardes también, cuando él llegaba más temprano a casa y Lara aún estaba en la escuela.

La felicidad comenzó a regresar lentamente a nuestras vidas.

Poco después llegó el cumpleaños de nueve años de Lara, y por primera vez no pude encargarme personalmente de toda la decoración y los recuerdos, como me gustaba hacer. Con un bebé pequeño y todo el estrés de la situación, solo nos quedó contratar una empresa que se encargara de todo. Pero no por eso la celebración perdió la magia que merecía tener.

El tema de la fiesta, elegido por ella misma, fue la Mujer Maravilla, aunque Marcos había sugerido

fuertemente que Capitán Marvel era más genial (victoria mía esta vez. ¡Punto para el equipo DC!).

Y para nosotros, lo más maravilloso de la fiesta fue que ella misma decidió que quería caracterizarse como el personaje, incluso usando una falda, sin ningún reparo en dejar su prótesis a la vista.

Los demás niños también pudieron ir disfrazados, con temática libre de superhéroes, del universo que eligieran. Caio fue de Batman y Ana Clara eligió a la Supergirl (otros dos puntos para el equipo DC). Para salvar un poco el lado de Marvel, dejé que Marcos eligiera el disfraz de Leo, que usaba un overol con capucha de Spider-Man. Él paseaba por el salón en brazos de Carol. Mi amiga había superado bien la muerte de Thiago, especialmente después de que él la decepcionara como lo hizo, y seguía en busca de un nuevo amor para su vida.

Después de recibir a los invitados y verificar que todo estuviera bien, me fui a sentar en un banco que estaba en la parte exterior del salón de fiestas, mirando distraídamente a los niños que jugaban adentro. Además de sus dos mejores amigos, fueron invitados algunos compañeros nuevos de su escuela. Lara corría con ellos en lo que parecía una especie de juego de la cuerda. Y no podría sentirme más feliz al verla retomar su vida y superar sus limitaciones.

—Creo que es injusto que los adultos no hayamos tenido la opción de venir disfrazados... —se quejó Marcos, sentándose a mi lado con un plato de bocaditos en las manos.

Me ofreció y tomé un quibe, dando una mordida antes de responder:

—¿Y qué elegirías para disfrazarte?

—¡Capitán América, por supuesto! Es tu favorito.

—Bueno... de los de Marvel... tal vez.

—Te juro que no entiendo qué gracia le ves.

—Según lo que tu hermana misma dijo: "¡Por el amor de Dios, Marcos! ¡Es Chris Evans!"

Me miró de reojo, haciéndose el ofendido.

—Qué tontería. Yo soy mucho más.

—En eso coincidimos, después de todo. También me parezco mucho más a ti, mi superhéroe favorito.

—Mmm... creo que me gusta eso...

Acercamos nuestros rostros, intercambiando un breve beso que fue suficiente para encender llamas en mi cuerpo. Y sé que lo mismo pasó con él, porque lo comentó.

—Y volvemos a mi comentario inicial... Los adultos también debieron haber sido invitados a venir disfrazados. Me encantaría jugar a los superhéroes más tarde contigo.

—Ya que no tenemos disfraces, juguemos a otra cosa...

—Ah... seguro que querré jugar. ¿Falta mucho para la fiesta de cumpleaños?

Le di un golpecito en el hombro, como si lo regañara, para que se comportara y tuviera paciencia. Tendríamos toda la noche para disfrutar el uno del otro.

Llegaron más invitados y fuimos a recibirlos. La fiesta fue muy divertida, y la mejor parte, sin duda, fue ver la felicidad de mi hija. Especialmente cuando llegó el momento de cortar el pastel, y nosotros tres estábamos a su lado: Marcos y yo, con Leo en brazos.

Cuando terminó y el último invitado ya se había ido, nos dirigimos a casa. Lara estaba tan cansada que se quedó dormida en el auto, y Marcos tuvo que cargarla en brazos hasta el apartamento.

—Ella no pesaba así... —se quejó, cuando ya estábamos entrando a casa. Sabía que era solo un comentario suyo, ya que soportaba muy bien el peso de Lara, pero aún así respondí:

—Y prepárate para que cada vez pese más. Ya tiene nueve años. Pronto será una adolescente.

De repente, él se detuvo en seco, mientras nos dirigíamos hacia las escaleras. Yo también me detuve y lo miré.

—¿Qué pasó?

—Eso... esa palabra que dijiste.

—¿Adolescente? No deberías asustarte por eso.

—Aún falta mucho para eso.

—Unos años. No muchos. Unos pocos.

—No estoy listo para tener una hija adolescente.

Contuve la risa, mordiendo los labios.

—¿Crees que nuestros hijos serán niños para siempre?

—Claro que no. Bueno... me gustaría que sí, pero no lo espero. Pero... imagina dentro de tres o cuatro años, a Lara... perdiendo el interés por las muñecas y queriendo salir a fiestas con sus amigos, o pensando en... novios... —La última palabra parecía haberlo aterrorizado—. No, falta mucho para eso, mejor los llevamos a sus cuartos.

No pude evitar reír y volví a subir las escaleras, seguido por él. Entré al cuarto de Leo para ponerlo en su cuna, mientras Marcos iba al cuarto de Lara. Después de acostar a los dos en sus camas, nos encontramos en el pasillo. Él aún parecía algo asustado.

—Marcos, solo era una broma. Ella tiene nueve, aún nos quedan algunos años para disfrutar el resto de su infancia.

—Sí, lo sé... pero... ¿No te da miedo?

—Cuando pienso demasiado en eso, sí... un poco. Pero es el curso natural de la vida. Aunque, si te calma un

poco el corazón, debes saber que, incluso cuando Lara empiece a pensar en novios, nunca habrá ningún hombre más especial para ella que tú. Eres el mejor padre que ella y Leo podrían tener.

Él sonrió.

—Bueno... qué bueno, porque ellos también tienen la mejor madre posible.

Se acercó, tomando mis labios con los suyos. Mientras su lengua caliente se deslizaba sobre la mía, nuestros cuerpos se encontraron y sus manos recorrieron las curvas de mi cuerpo. Era increíble cómo un simple primer contacto ya había provocado toda esa electricidad entre nosotros.

Prácticamente nos arrastramos hasta nuestra habitación, donde hicimos el amor lenta, profunda y apasionadamente, como si fuera la primera vez. Nuestros cuerpos se entendieron y encajaron a la perfección, de la misma manera que nuestras miradas siempre se decían tanto sin necesidad de palabras.

De la misma manera que Marcos me había leído el alma en una sola fotografía. Y por eso me eligió para ser la madre de su hijo.

*****



MARCOS

Nueve meses después...

Allí, en esa tribuna llena de padres y madres emocionados animando a sus hijos, dudaba mucho que hubiera alguien que gritara más fuerte que Luciana y yo. Tanto que, allá abajo, esperando el inicio de la carrera, Lara nos miraba de vez en cuando y se reía, seguramente encontrando gracioso a sus padres escandalosos. Leo estaba en mi regazo y no se molestaba en lo más mínimo con el ruido. Todo lo contrario, intentaba imitarlo. Aún no sabía hablar, pero tenía una garganta potente para los gritos. Y parecía entender que ese era un momento para gritar bien fuerte y animar a su hermana.

Se dio la salida y comenzó la carrera. Elisa, que ya había perdido casi completamente la voz gritando con nosotros en la prueba masculina -donde Caio había terminado en primer lugar-, estaba a nuestro lado en la tribuna e intentaba acompañarnos, animando a su sobrina. Ana Clara también participaba, y esperábamos que ella también lo hiciera bien.

En realidad, como siempre le decíamos a Lara, íbamos a celebrar independientemente de su posición. Porque sabíamos que ella ya era una vencedora solo por estar allí. Pero ella había querido tanto esa medalla el año anterior que esperábamos con muchas ganas que este año la consiguiera. Se había esforzado mucho en eso.

Un tercer puesto ya le habría dado eso, pero nuestra niña fue más allá y llegó primera. Fue la más rápida. Y gritamos y vibramos cuando subió al podio como si fuera una medalla de oro en los Juegos Olímpicos Mundiales. Ana Clara llegó en segundo lugar y ver la felicidad con la que las dos amigas se abrazaban nos emocionaba aún más.

Después de la premiación, hubo un descanso entre las actividades y los niños fueron al vestuario a cambiarse. Elisa anunció que iría a la cafetería de la escuela a comprar algo para beber, ya que su garganta dolía de tanto gritar. Entonces, me giré hacia Luciana y noté que se mantenía parada, con los ojos fijos en el podio vacío, y lágrimas mojando su rostro.

—¿Amor, estás bien? —pregunté preocupado.

Ella me miró y sonrió, tranquilizándome.

—Estaba solo pensando en todo lo que Lara ha pasado... y en lo especial que hace todo esto al ver su felicidad en este momento. Ella solo quería correr... y yo tuve tanto miedo de que nunca más pudiera volver a hacerlo.

—Pero lo consiguió. Porque tuvo una madre que nunca se rindió con ella. Una vez me dijiste que habías perdido un poco la magia de los superhéroes al darte

cuenta de que no existían. Creo que lo que descubrí desde que te conocí es que, incluso sin superpoderes, todos podemos ser superhéroes por aquellos que amamos o que necesitan de nosotros. O por nosotros mismos, para superar nuestras propias dificultades.

Ella movió la cabeza, pareciendo estar de acuerdo conmigo.

—Como cuando te arriesgaste para salvarnos de Thiago. Y enfrentaste el fuego para salvar a Lara. O... como Caio y Ana Clara golpeando al compañero que insultó a Lara. O Lara enfrentando su limitación y demostrando que es capaz de hacer todo lo que sueña.

Asentí, sintiendo que algunas lágrimas también amenazaban con formarse en mis ojos. Pero antes de que salieran a la luz, hice lo que mejor sabíamos hacer: respondí de forma inesperada y relajada.

—En realidad, yo hablaba de Batman.

Ella se rió y me dio un golpe en el hombro.

—Punto para DC, entonces.

—Esta vez te lo dejo pasar.

Sosteniendo a Leo con solo un brazo, pasé el otro por encima de los hombros de Lu, que se acurrucó más cerca de mí, apoyando la cabeza en mi pecho. En medio de tantas voces desordenadas en esa tribuna y de los niños que en la cancha se preparaban para el inicio de la próxima prueba, escuché su voz dulce y baja, casi susurrada:

—Te amo. Eres mi superhéroe.

—Y tú eres la superhéroina de mi vida. Y te amo.

Fue en ese momento cuando Lara llegó hasta nosotros, trayendo orgullosa su medalla dorada para mostrarnos. La envolvimos en nuestro abrazo, que aunque duró solo unos segundos, fue como si trajera consigo todo el infinito.

Nos quedamos allí, como si solo fuéramos nosotros, inmersos en nuestra propia burbuja de amor.

Nosotros cuatro...

Solo algunas semanas después descubrimos que, en realidad, en ese momento ya éramos cinco.

*****

Epílogo



LUCIANA

Seis meses después...

Para quien aún embarazada decidió casarse y decidió esperar no solo a que el bebé naciera, sino también a que estuviera un poco más crecido, me temo decir que los planes habían salido ligeramente mal, porque de todas formas estaría casándome con una enorme panza de embarazo.

Veintiséis semanas de gestación. Según la famosa tabla de los vegetales, el bebé ahora tenía el tamaño de una lechuga americana. Nuestra pequeña Larissa crecía fuerte, saludable y pronto estaría aquí con nosotros. Al igual que Lara, que sería mi dama de honor, y Leonardo, que entraría al salón conmigo, Larissa también sería parte de ese momento especial.

Lara cada día se parecía más a mí, y Leo era el reflejo de Marcos. Ahora, tendríamos una mezcla de los dos. No es que

eso cambiara el amor que sentíamos por cada uno de nuestros hijos.

Ya había llorado mucho más ese día de lo que me corresponde para todo un año. Lloré cuando nuestras madrinas, Elisa y Carolina, llegaron al lugar junto al salón, donde yo pasaría mi "día de la novia", trayendo chocolates y diciendo cosas lindas para emocionarme.

Lloré cuando Leo estuvo listo, usando un pequeño smoking que lo hacía parecer un mini Marcos. Lloré cuando vi a Lara, con un vestido muy parecido al mío y el cabello cayendo en rizos sobre sus hombros. Pensé en lo cerca que estuve de perderla dos veces y en cómo había llegado viva hasta allí. Solo había tenido fuerzas para seguir adelante y reconstruir mi vida porque ella estaba a mi lado, dándome ánimo, aunque, en su inocencia infantil, ni siquiera tenía idea de eso.

Maldita sea, lloré hasta cuando trajeron a Harry para mostrarme cómo había vuelto del pet shop usando chaleco y corbata, listo para ser el invitado más elegante de esa ceremonia.

Y empecé a llorar de nuevo cuando terminé de maquillarme y me levanté, fui al espejo y me miré por completo. Puse las manos sobre mi vientre bien visible bajo el vestido de novia.

Había llegado el momento de oficializar ese amor que nos había traído tanta vida. Leo fue colocado en un cochecito y era de esa manera que entraría conmigo. No tenía un padre que me llevara al altar, pero iría acompañada por ese pequeño hombrecito que había sido el responsable de unirnos.

Lara me dio un abrazo muy fuerte antes de unirse a Caio, quien sería el paje y estaba elegantemente vestido con un traje. Los dos se tomaron de las manos y entraron al salón.

Poco después, llegó nuestro turno.

—Entonces, ¿listo para llevarme hasta tu papá? —pregunté, inclinándome ligeramente hacia el cochecito.

—¿Papá? —repitió, abriendo esa hermosa sonrisa que siempre hacía que mi corazón se derritiera.

—¡Sí! ¡A tu papá! —Le di un beso en la mejilla—. Te amo, mi amor.

Él sonrió de nuevo y esa fue toda la respuesta que necesitaba recibir.

Las puertas se abrieron y, empujando el cochecito con un ramo de flores atado a su costado, entré. Entonces, vi a Marcos frente al altar y perdí el aliento por un momento al verlo tan guapo con su smoking, allí parado, esperando por mí.

Nos sonreímos, mientras veía las lágrimas caer por su rostro y también sentía las mías sobre el mío.

Ahí estaba yo, llorando una vez más.

Pero sabía que, de aquí en adelante, la mayor parte de los llantos que tendría serían de alegría.

Extra

¿Te gustó la lectura?

Conoce el prólogo del spin-off **LA NAVIDAD DE ESPERANZA,** que tiene a Lara –ahora adulta– como protagonista, viviendo su propia historia de amor con su mejor amigo de la infancia, en medio de la magia de la época navideña.



LARA

Hasta ese momento, los aeropuertos siempre habían sido un lugar que me traía buenas expectativas, después de todo, viajar era una de las cosas que más amaba hacer.

Estaba en mi lista, después de prioridades como estar con mi familia y amigos, jugar con mi perro, ver películas de nerds y correr.

Sin embargo, ese día, el lugar comenzó a tener una carga negativa en mis recuerdos. Después de todo, no estaba allí para viajar, sino para despedirme de un amigo. De mi mejor amigo.

Teníamos dieciocho años. Esa edad complicada, en la que se termina el colegio y empiezan a trazarse nuevos rumbos en la vida.

Mi rumbo no traía grandes cambios. Desde pequeña, correr había sido mi pasión. Empezó en el equipo del colegio, y poco a poco fue tomando un aire profesional,

rompiendo las expectativas prejuiciosas de varias personas que pensaban que jamás sería capaz de eso.

Tenía seis años cuando mi familia y yo sufrimos un accidente de tránsito. Mi padre biológico murió y yo casi seguí el mismo destino. Mi madre aún decía que mi recuperación había sido un verdadero milagro.

Pero no escapé de eso completa. Tuve que someterme a una amputación en la pierna izquierda, un poco por encima de la rodilla. Los primeros años fueron difíciles, mi madre hizo sacrificios inimaginables para poder cubrir los gastos médicos, las interminables sesiones de fisioterapia y las prótesis.

A los ocho años, el entonces novio -y hoy marido- de mi madre, mi "nuevo papá", Marcos, me regaló mis primeras prótesis especiales para correr, y desde ese día juré que siempre daría lo mejor de mí. Que no dejaría que mi discapacidad me impidiera realizar mis sueños.

La carrera en Educación Física era una de mis opciones, pero al final elegí otra que también se había convertido en un sueño: Fisioterapia. Así como yo había recibido tanta ayuda durante el momento más difícil de mi vida, ahora sentía que era el momento de agradecer ayudando a otros.

En cambio, mi mejor amigo tenía planes mucho más lejanos. Literalmente. Optó por una universidad en el extranjero. En Dublín, Irlanda. A casi diez mil kilómetros de distancia.

El año escolar allá aún tardaría algún tiempo en comenzar, pero él quería ir para establecerse. Haría algunos

cursos para mejorar su inglés -aunque realmente no lo necesitaba- y organizaría su nuevo departamento. Estaba tan emocionado por comenzar esa nueva vida, que ni siquiera tuve el valor de comentarle que pensaba que había elegido el peor momento para irse.

Justo antes de Navidad. Desde nuestros ocho años, siempre pasábamos las fiestas de fin de año juntos, y ahora, por primera vez, eso no iba a suceder.

—¡Mándame fotos de todo! —le pedí, mientras caminábamos por el aeropuerto hacia la zona de embarque. Ya habíamos hecho una despedida con familia y amigos el día anterior. La tía Elisa, su madre, había llorado mucho, por lo que él no quiso que nadie más fuera al aeropuerto, solo yo.

No es que yo fuera la más fuerte emocionalmente. Solo era la que mejor disimulaba.

—Ya te dije que las mandaré, Lara. Pero sabes que puedes venir a visitarme siempre que quieras, ¿verdad?

—Es complicado. Sabes que tengo los entrenamientos, casi ni tenemos descanso en la semana de Navidad, y aun así...

—Sí, lo sé. Lamento no poder pasar Navidad con ustedes. Pero pronto regresaré para visitarlos.

—No te preocupes por eso. Concéntrate en tu nueva vida.

Paramos frente a la entrada de la zona de embarque y nos giramos uno frente al otro. No quería llorar. Al menos, no frente a él. Si ese era el sueño de mi mejor amigo, tenía que apoyarlo, como él siempre hizo con el mío. Cuatro años pasan rápido, y pronto estaría de regreso. Mi padrastro, que también era su tío, era dueño de una empresa de tecnología y Caio ya tenía su puesto más que asegurado allí, en el momento en que regresara.

Además, él dijo que pronto vendría a visitarnos.

Pero, por alguna razón, no pude creer en esa promesa. Algo me decía que la embriagante vida universitaria joven adulta en otro país pronto lo atraparía. Tendría nuevos amigos, nuevas prioridades... tal vez una novia.

Por primera vez, pensar en esa última parte me causó una ligera, aunque perceptible, incomodidad. Eso nunca había ocurrido antes. De hecho, siempre me llevaba muy bien con las tres o cuatro novias más serias que Caio tuvo durante la escuela. ¿Qué razones habría para que eso cambiara?

—Será por poco tiempo, Lara. Pronto estaré de vuelta —me aseguró, seguramente al darse cuenta de las lágrimas que se formaban en mis ojos.

Maldita sea. No era tan buena escondiendo mis sentimientos.

Forcé una sonrisa, tratando de convencer tanto a él como a mí misma de que todo estaba bien.

—Lo sé. Aprovecha bien este tiempo. Enfócate en tus estudios y en hacer nuevos amigos.

—Nadie nunca va a ocupar tu lugar.

Iba a responder que el suyo tampoco sería jamás ocupado por otra persona, pero mi voz fue silenciada por el sonido de los altavoces anunciando la primera llamada para su vuelo. Entonces, nos abrazamos y nos quedamos en silencio, en los brazos del otro, durante un tiempo, hasta que él susurró a mi oído:

—¿Vas a estar bien?

—Sí. Ya no soy esa niña asustada que necesitaba ser protegida en la escuela.

—Sé que no lo eres. Has crecido y te has convertido en una mujer fuerte.

Mujer...

Era extraño escuchar esa palabra dirigida a mí desde su voz. Pero estaba claro que eso no significaba que me viera de esa manera.

Bueno... y no se suponía que lo hiciera. Siempre seríamos mejores amigos, nada más que eso.

—Además... —dije, intentando relajar el ambiente—. Aunque lo necesitara, sabes que Ana Clara patea pantorrillas como nadie.

Él se rió. Después de todo, no había sido el único en defenderme durante los años de la escuela primaria. Nuestra amiga Ana Clara, que también había crecido con nosotros, había sido llevada a la dirección más de una docena de veces exactamente por patear las pantorrillas de algunos chicos que se metían conmigo.

Una vez más, la voz en el altavoz nos advirtió que era hora de la despedida. Nos alejamos un poco y él tomó mis manos. Una eternidad pareció pasar en los segundos que estuvimos atrapados en un intercambio de miradas.

Y fue allí, en ese momento, cuando realmente sentí que algo había cambiado.

Él volvió a acercarse y depositó un beso en mi mejilla, antes de dar media vuelta y entrar en la zona de embarque.

Me quedé allí parada, viéndolo alejarse, sintiendo que se llevaba consigo un pedazo de mi corazón.

Lee el resto en **LA NAVIDAD DE LA ESPERANZA**

Próximamente en Amazon

*****

Contactos de la autora

Instagram: https://www.instagram.com/luciane_rangel

Tiktok: https://www.tiktok.com/@luescreve

https://www.tiktok.com/@natalidades

*****

---

[1]La paçoca es un dulce típico brasileño hecho a base de maní (cacahuate).